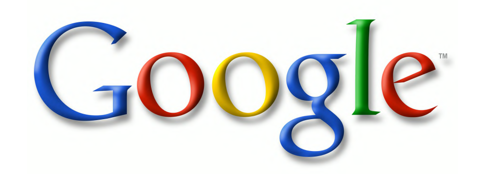
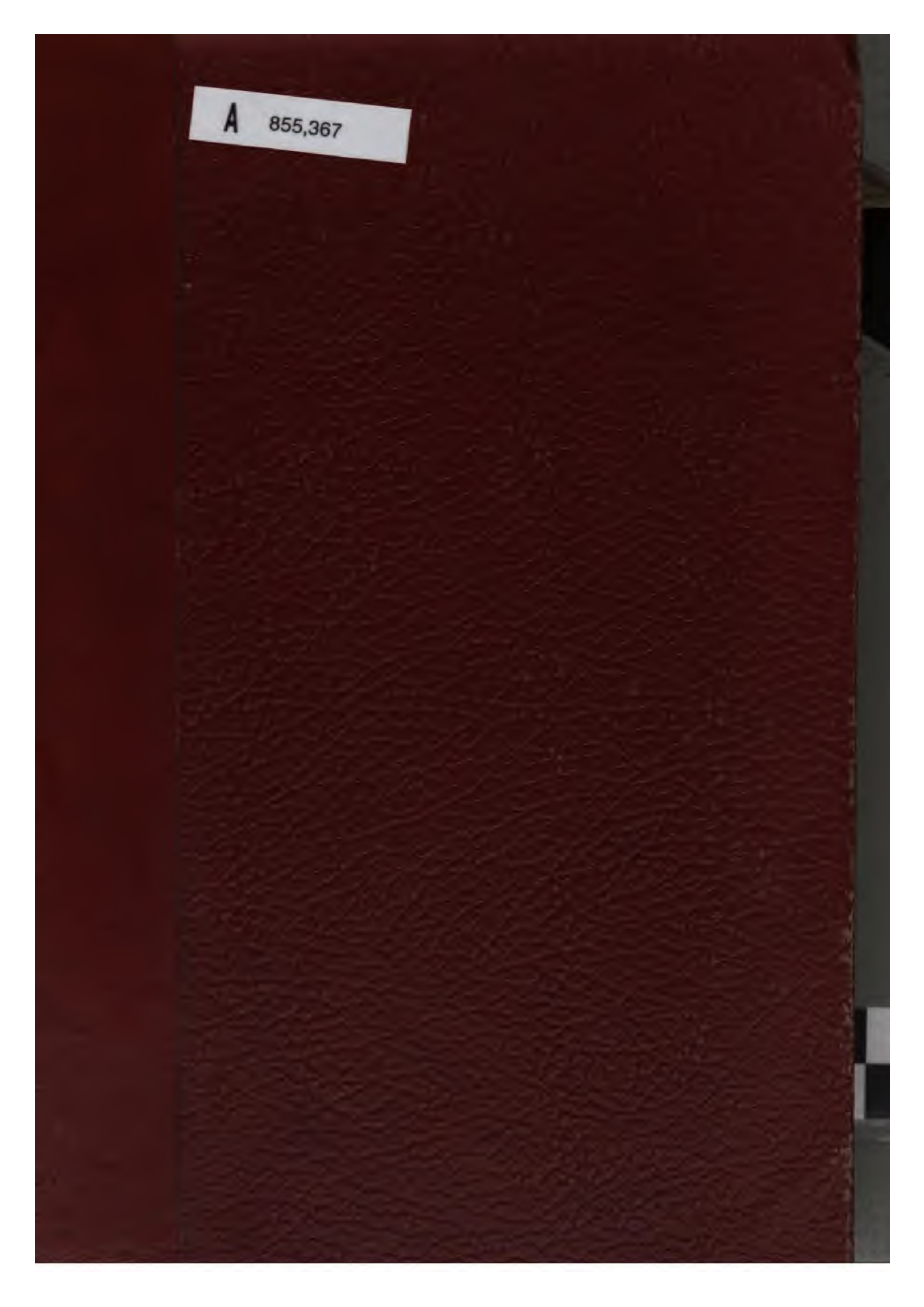



A 855,367



EL

ROMANCERO NACIONAL

POR

GUILLERMO PRIETO



MÉXICO.

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO,

Calle de San Andrés número 15.

1885



PRÓLOGO.

I

El viejo cantor de las glorias y de las esperanzas de México, el más popular y fecundo de nuestros poetas, Guillermo Prieto, ha coronado su vida literaria, reuniendo en una coleccion de romances, todos los recuerdos históricos y tradicionales de la Independencia Nacional.

Es decir, ha llenado un vacío que existia en la poesía patria, en nuestra historia y en nuestros sentimientos, y ha creado la Epopeya Nacional en una de sus varias formas.

Cuando uno se pone á pensar que en las numerosas manifestaciones que en el dominio de la Poesía ha hecho el talento mexicano desde el año de 21, en que se consumó la Independencia, hasta nuestro tiempo, apénas hay una que otra que merezcan verdaderamente el nombre de heróicas; cuando en los centenares de volúmenes de versos que se han dado á luz en diversas épocas y por espacio de sesenta y tres años, y en un país en que se ha cultivado la Poesía, de preferencia á todas las ramas de la literatura, no se encuentran más que alguna oda patriótica, pálida y quejumbrosa, ó un soneto seco y desabrido, ó alguna leyendita con el sabor de cuento de amores, sin brío, sin

entusiasmo, sin color local, pero ni siquiera el bosquejo de un poema, ni la descripcion de una batalla, ni el retrato de un héroe; francamente, se sorprende uno, y le vienen tentaciones de decir, imitando á Mr. de Malezieu cuando Voltaire le consultaba acerca de la *Henriada*:—"*Los mexicanos no tienen la cabeza épica.*"

Efectivamente, es preciso convenir en que sumando el número de libros que se han publicado en México, como producto original de la nacion independiente, se encuentra: que la cantidad mayor pertenece á los del género religioso; luego sigue la de los libros de Derecho y Legislacion; despues la de los libros de versos, y al último vienen en fracciones mínimas los de ciencias; quiere decir, que primero somos devotos, luego legistas, luego poetas, y en último caso científicos y lo demas.

Pero en el terreno de las Bellas Letras, hemos cultivado de preferencia y con un afan de que hay poco ejemplo, la poesía, haciendo caso apénas de la historia, de la biografía, de las costumbres, de la novela, y de otras manifestaciones literarias no ménos interesantes.

Y en la Poesía hemos todavía dado preferencia al amor, á la religion, á los placeres, á la amistad, á la lisonja, á la sátira, al epigrama, á los sucesos históricos de otros pueblos, á todo, pero no nos ha ocurrido celebrar lo que tenemos de más grande y de más digno del canto, á saber: el heroismo de los padres de la Patria.

¿Por qué ese silencio? ¿por qué esa esquivez de las musas mexicanas?

¿Acaso realmente los mexicanos *no tengan la cabeza épica?* Tal puede creerse á juzgar por lo visto.

Algunos creen, sin embargo, poder explicar este fenómeno literario, diciendo que nuestra literatura hasta hoy, es embrionaria; que apénas comienza, que no asume todavía un carácter nacional, una fisonomía determinada, y que la poesía épica precisamente debe reflejar el carácter de un pueblo. Nosotros pensamos que en parte esto último es exacto, pero que no lo es como principio absoluto. La epopeya cuando se forma colectiva y

lentamente, cuando es anónima y espontánea, debe, en efecto, reflejar como toda obra democrática, el carácter de un pueblo ó el color dominante de una época, si vale expresarnos así. Pero cuando es obra del sentimiento individual, cuando se encierra, por ejemplo, en uno ó varios poemas, debidos á la inspiracion de uno ó más pensadores que se aislan de la multitud, que se encuentran quizás en contradiccion con ella, y que van á buscar á sus héroes en un mundo subjetivo peculiar, pidiendo muchas veces sus fantasmas al sueño, sus tipos al ideal, ó sus aberraciones á la fantasía, á falta de séres reales; en suma, cuando la epopeya es artificial, entónces, no solamente no es preciso, sino que no es comun que retrate el carácter de un pueblo y que tenga la fisonomía esencialmente nacional.

Enhorabuena que los *epea* de la Grecia. anteriores á la guerra de Troya, y aun la *Iliada*, obra de Homero ó de los Homéridas, sean el trasunto del genio nacional de los griegos, y que los *carmina* de que hablan Ciceron, Nonio y Dionisio de Halicarnaso, reflejen el carácter del viejo pueblo latino; que los cantos de los antiguos escaldos, así como los romances españoles, los *bylinas* y los *piesnas* de los rusos retraten el tipo primitivo del pueblo germánico luchando con los romanos; del pueblo español cristiano y católico luchando con los árabes, y del pueblo ruso todavía saliendo de la envoltura tártara; pero nadie se atreverá á decir que la *Eneida* y la *Farsalia* sean precisamente el reflejo del carácter romano, siendo como eran obras individuales, la primera hecha expresamente para divinizar á los Césares, déspotas vencedores, y la segunda para glorificar á los republicanos vencidos; ni nadie dirá tampoco que los poemas épicos posteriores á la heróica guerra de siete siglos en España, como la *Jerusalem* de Lope, el *Bernardo* de Balbuena y aun la *Araucana* de Ercilla, retratan al pueblo español, ni que la *Jerusalem* del Tasso, el *Orlando furioso* del Ariosto, ni el *Paraíso perdido* de Milton, ni que las *Luisiadas* de Camoens, ni que la *Henriadà* de Voltaire retraten respectivamente el heroismo del pueblo italiano, el espíritu del pueblo portugués ó la opinion del pueblo francés, porque el pobre Tasso escribió su admirable

poema justamente en los tiempos del mayor abatimiento y abyeccion de su patria; porque la musa de Ariosto tuvo que refugiarse en el mundo de la imaginacion, para huir de la vergüenza y de la servidumbre que veia en torno suyo en Italia; porque Milton se veia obligado á remontarse hasta el cielo, ó á descender al inmenso abismo del infierno y saludarlo como Satán, diciéndole, con la fiera expresion del orgullo indomable, y con una especie de delicia:

"*Hail, horrors, hail,*"

para no ver las bajezas de la restauracion monárquica, él que habia asistido á los triunfos de la libertad inglesa; porque Camoens, cantando la gloriosa expedicion de Vasco de Gama y dando á su poema, no el nombre del héroe, sino el del pueblo lusitano, sabia muy bien que esa expedicion habia sido impopular y aborrecida en Portugal; que ella habia hecho maldecir al rey Manuel y llorar por temerarios y extravagantes á los expedicionarios, de modo que esa gloria no fué hija del genio nacional; y por último, en cuanto á la *Henriada*, porque si Voltaire ensalzaba á un monarca muy querido en Francia, las ideas del poeta, sus divinidades filosóficas y las tendencias de su poema, estaban muy léjos de ser la expresion general de su pueblo.

Así pues, esos poemas son grandes y con razon se citan como bellos modelos, pero no son el reflejo del espíritu nacional. Son la epopeya artificial é individual, un esfuerzo del arte, un monumento del genio humano; pero entre ellos y la *epopeya* democrática y colectiva que sí reproduce la fisonomía de un pueblo, hay la misma diferencia que existe entre el tipo comun y el extraordinario, entre los individuos de una flora local y el ejemplar de un flora exótica.

Verdad es tambien que hay poemas individuales, que forjados con los elementos anónimos y colectivos, participan de su índole esencialmente democrática, como la *Iliada* que hemos mencionado entre las epopeyas espontáneas; como el *Shah-Nhameh* que Firdousi formó con los antiguos cantos de Iran; como los *Niebelungen*, cadena de viejos cantos tradicionales de

Alemania; como el poema del *Cid* que se compuso con el material de los cantos populares españoles; como la *Chanson de Roland*, que era la expresion heróica del pueblo francés vencido, pero no domado; como la *Victoria de Junin*, de Olmedo, que es un canto inspirado seguramente en el grito de júbilo del pueblo colombiano y en la narracion popular de las hazañas de Bolívar. Pero los poemas épicos de esta última especie son excepcionales y deben ocupar un lugar aparte entre la epopeya democrática y los poemas épicos individuales.

Así pues, no es generalmente cierto que el poema heróico deba ser siempre la expresion nacional del pueblo en que se produce. Esto puede decirse solamente de la epopeya colectiva y democrática, pero no de los poemas épicos hijos del sentimiento individual.

Ahora bien: que en México, al ménos como nacion independiente desde 1821 hasta nuestro tiempo, no ha existido esa epopeya popular colectiva, es una verdad notoria.

Posible es que haya habido una en la México anterior á la Conquista, y de ello tenemos muchos indicios en los escritores del siglo XVI, que nos hablan frecuentemente de los cantos guerreros de los aztecas, en los que perpetuaban la memoria y los heróicos hechos de sus caudillos; pero si es fácil encontrar la prueba de la existencia de esa epopeya primitiva y salvaje en aquellos tiempos, seria imposible reconstruirla hoy, y debemos considerarla como perdida para siempre.

Limitándonos, pues, á la México actual, queda establecido como evidente que carece de Epopeya popular, pero que pudo haber contado con algun poema épico debido á la inspiracion individual, como contó Colombia con "*La Victoria de Junin*" de Olmedo, y como contó la República Argentina con "*El Triunfo de Ituzaingó*," de Juan Cruz Varela.

¿Por qué no ha sido así? No puede alegarse seriamente la primera razon que hemos mencionado, á saber: que nuestra poesía es incipiente todavía. Esto tampoco es exacto. Nuestra poesía, si se da como nacida en la Independencia, nació ya adulta.

Es fácil demostrarlo.



II

Tal demostracion debe enlazarse naturalmente con esta cuestion fundamental que ha dado motivo á sendas discusiones: ¿Tenemos una literatura nacional? Y en caso afirmativo, ¿esta literatura debe diferenciarse radicalmente de la literatura española?

Sin entrar por ahora de lleno en la cuestion, que merece tratarse extensamente y en capítulo aparte, sólo diremos, confirmando las opiniones que sobre el particular hemos expuesto otras veces, que en nuestro concepto, podemos tener y tenemos de hecho una literatura nacional, y que para ello no necesitamos de que se diferencie radicalmente de la literatura española, puesto que la lengua que sirve de base á ambas es la misma. Bastan las modificaciones que han impuesto á la lengua española que se habla en México, los modismos de la lengua que habla el pueblo indígena, los millares de vocablos de toda especie que han sustituido en el modo comun de hablar á sus equivalentes españoles, haciéndolos olvidar para siempre; la sinonimia local, en fin, abundantísima en los países latino-americanos, juntamente con las influencias de nuestro clima, de nuestro suelo y de nuestro modo de ser; basta todo esto, repetimos, para que nuestra literatura tenga una fisonomía peculiar, independiente, autonómica, como la tienen todas las literaturas que se han formado con el fondo de la lengua latina; la italiana, la española, la portuguesa, la rumana; como la tienen las que se han formado con el fondo de la lengua slava; como la tienen las que se han formado con el fondo de la lengua germánica.

¿Por qué plantada en otro suelo, bajo otro sol, con nueva sávia, é ingertando en ella puas de las plantas americanas, una rama cortada del viejo árbol de la literatura española no ha de poder constituir á su vez un árbol robusto, frondoso y de especial aspecto, como ha sucedido con las ramas del viejo tronco latino?

Pues qué, la literatura actual de los Estados Unidos del Norte ¿no es ya una literatura nacional y diversa de la literatura de su antigua metrópoli? ¿Acaso los versos esencialmente americanos de Longfelow, no se diferencian de los versos de Chaucer, de Pope, de Shelley; y las novelas de Fenimore Cooper, que parecen impregnadas del aroma de las praderas, y reflejan la vida del desierto, no son diversas de las novelas de Richardson, cuadro de una sociedad refinada; de las de Bulwer, que son intrigas amorosas; de las de Dickens, que son estudios morales, y de las de D'Israeli, que son teorías filosóficas?

En el seno mismo de la literatura británica, ¿no presentan una fisonomía que se aparta del tipo inglés, los poemas de Campbell y los versos de Burns, erizados de modismos escoceses, apénas comprensibles para los ingleses mismos; y las novelas de Walter Scott, que no reflejan más que á la Escocia y no traducen más que sus leyendas, sus tradiciones y su carácter?

¿Acaso el poeta polaco se parece al ruso, y éste al ilirio, al montenegrino, al bohemio ó al bosniaco?

¿Por qué, pues, no hemos de tener una poesía y una literatura esencialmente mexicana, como el Perú, Colombia, el Uruguay, la República Argentina y Chile tienen ya las suyas desde que se hicieron independientes? Bello, Olmedo, Juan Cárlos Gómez, Acuña de Figueroa, Estéban Echeverría, José Mármol, Bartolomé Hidalgo y los historiadores, los oradores, los científicos, no esperaron la aquiescencia de nadie para introducir en sus magníficos versos, en sus discursos, en sus libros y en sus diarios, los giros especiales de su lengua local, los nombres de sus rios, de sus montañas, de sus plantas, de sus fieras, sus modismos nacionales, hasta su ortografía peculiar, que no han querido variar por un sentimiento de fiera y altiva independencia.

La literatura en esos pueblos sud-americanos nació del patriotismo, como Minerva de la cabeza de Júpiter, ya robusta y armada.

Y así ha sabido mantenerla la juventud de aquellos países, fiel á las tradiciones literarias de sus patriarcas.

Pues bien: en México tambien nació adulta, como lo hemos

asentado, ménos vigorosa. es cierto, que en la América del Sur, pero no adolescente, ni ménos embrionaria como quieren algunos.

Reflejo de la española y formada sobre la base de su lengua, no tuvo necesidad de reunir poco á poco los elementos para desarrollar ésta, es decir, no tuvo necesidad de pasar por el período de la gestacion, ni por los de la infancia y la adolescencia. En el siglo XVI ya estaba adulta, y por eso desde ese tiempo siguió las vicisitudes de la literatura matriz, sufriendo la embriaguez caballeresca del siglo XVII, el *delirium tremens* del gongorismo, la enervacion mística y la imbecilidad del siglo XVIII, y hasta el cosquilleo liberal de principios del presente.

Pero cuando se consumó la independencia en 1821, ya parecia haber vuelto enteramente á la vida, á una vida llena de salud y robustez.

No: no era embrionaria la poesía que en los labios de Quintana Roo y resonando precisamente en 1821, tenia acentos como éste:

"Renueva, oh musa, el victorioso aliento
Con que fiel de la Patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predijo en inspirado acento,
Cuando más orgulloso
Y con mentido triunfo más ufano,
El ibero sañoso
Tanto, ¡ay! en lo opresion cargó la mano,
Que al Anáhuac vencido
Contó por siempre á su coyunda unido."

Y más adelante, recordando los horrores de la conquista y de la vida colonial:

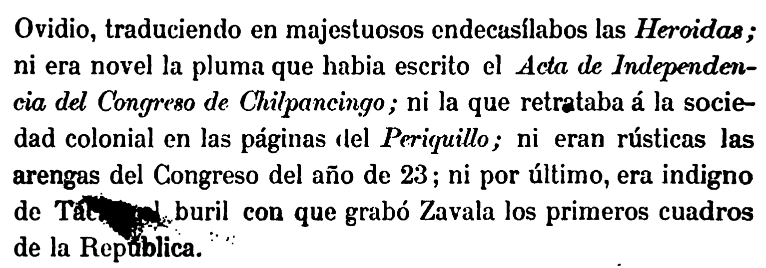
"Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara,
Cuando por permision inescrutable
De tu justo decreto y adorable,
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrílego, arbolando
La enseña de tu cruz en burla impía,

Cuando más profanando
Su religion con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!"

Ni era infantil tampoco la poesía que con el acento de Sánchez de Tagle celebraba así la heróica salida de Morelos del sitio de Cuautla en 1812:

" Insólito calor mi pecho inflama,
Siento en el alma desusado brío;
Con imperiosa voz la cara patria
Cantar me manda sus heróicos hijos,
Y el divino valor y el arte sumo
Con que á sus sanguinarios enemigos
En lid tan desigual vencer supieron,
Legando asombro á los futuros siglos.
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
Madre del sueño y del sabroso olvido,
Que la creacion reparas decaecida
Y eres á la fatiga único alivio!
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen
Bajo tu cetro de ébano dormidos,
El hombre solo con el ojo atento,
Persigue al hombre; ni el menor resquicio
De esperanza y de bien dejarle quieren
La mortal rabia y odio vengativo!
¡Oh noche! torna los brillantes ojos
Al desolado Anáhuac, mira el sitio
Do un puñado de bravos invencibles
Resiste del Averno el poderío,
Cansa miles de crueles, y supera
Su furor, sus ardides y sus tiros,
Superior á la muerte, que en mil formas
Le presentan el tiempo y su enemigo;
Sin dejarle momento de descanso,
Ni entre ignominia ó muerte algun partido."

No fué tampoco adolescente la voz que se apagaba en 1809, la voz de Navarrete, rival de Melendez y de los restauradores del buen gusto en España, y que habia entonado los clásicos versos de los *Ratos tristes* y del poema eucarístico á *La Divina Providencia;* ni la de Ochoa, que habia robado los acentos de



Ovidio, traduciendo en majestuosos endecasílabos las *Heroidas;* ni era novel la pluma que habia escrito el *Acta de Independencia del Congreso de Chilpancingo;* ni la que retrataba á la sociedad colonial en las páginas del *Periquillo;* ni eran rústicas las arengas del Congreso del año de 23; ni por último, era indigno de Tác[illegible]l buril con que grabó Zavala los primeros cuadros de la República.

Así pues, la nueva nacion al separarse de España tenia ya una poesía y una literatura adultas, y no es razonable presumir siquiera que la falta de una Epopeya nacional sea motivada por el atraso de nuestra cultura entónces.

Por lo demas, esto á lo sumo podria decirse, tratándose de un poema épico debido á la inspiracion individual, porque en lo tocante á la Epopeya democrática y colectiva, la Historia está allí para demostrarnos de una manera irrefutable, que aquella señala precisamente el período infantil de toda poesía, que ella es la primera manifestacion poética de un pueblo: y tanto es así, que justamente por nacer en una época en que las naciones están envueltas generalmente en las nieblas de la leyenda y pobladas por las visiones de la Mitología, ha tenido que mezclar á su carácter puramente humano, las exageraciones de la fábula y las influencias de la religion. De ahí ha provenido la regla evidentemente deducida de la Epopeya griega, que Aristóteles indicó como una conveniencia en el poema épico, pero que los preceptistas han establecido despues como un principio incontrastable, á saber: *la intervencion de lo maravilloso.*

De manera que aun dando como cierto lo que está muy léjos de ser, esto es, que nuestra poesía haya sido incipiente en el período trascurrido de la Independencia acá, lo natural habria sido exigirle que comenzase por ser épica. Pero lo repetimos una vez más todavía: la Independencia no coincidió con la época de infancia de nuestra literatura, y si es verdad que en todos los pueblos que luchan heróicamente, por adelantados que se hallen en civilizacion, hay siempre la posibilidad de crear una epopeya democrática y espontánea, teniendo ó no necesidad de mezclar en ella las ficciones de la leyenda popular y de la reli-

gion, tambien es un hecho bien triste, pero innegable, el de que en México esta poesía heróica que el pueblo forma impulsado por su imaginacion, por su orgullo y por su gratitud, no ha existido jamas, ni en el tiempo de la nacion independiente, ni en la época colonial, y tendriamos que remontarnos hasta los siglos anteriores á la conquista española para encontrar su huella, sólo su huella, porque como lo hemos dicho, se han perdido los monumentos y las tradiciones que serian necesarios para reconstruirla.

III

Y ahora ocurre naturalmente esta pregunta: ¿por qué no existen en México monumentos de poesía épica, ni en la forma de cantos populares y anónimos, ni en la de poemas individuales, y se advierte su falta tanto en la época colonial en que pudo haberse formado la Epopeya de la Conquista, como en el tiempo de la República en que se contaba con el tesoro vírgen y abundante de la Independencia?

Pues á tamaña pregunta pueden darse muchas respuestas, y vamos á apuntarlas brevemente, ántes de llegar al "*Romancero Nacional*," objeto principal de nuestro estudio, y precisamente á fin de encarecer el mérito que en nuestro concepto encierra la gran obra de nuestro poeta mexicano.

Que no haya habido Epopeya popular de la Conquista Española, no es muy sorprendente. Aquí se formó, en virtud de ese grande acontecimiento, un nuevo y extraño pueblo colonial con los restos todavía muy grandes de la antigua nacion vencida y con los elementos pequeños relativamente de la nacion conquistadora.

Aquellos, los restos indígenas, á pesar de su mayoría, eran confusos, disímbolos, enemigos unos de otros, y aunque sufriendo la suerte del vencido, aunque doblegados bajo el yugo que á todos se les impuso, no sentian más vínculo de union que el de la servidumbre; pero divididos por añejas rivalidades anteriores á la conquista, no tenian iguales aspiraciones, no se ama-

ban como hermanos en la desgracia, no lloraban juntos la pérdida del poder, no se reanimaban con los recuerdos de la gloria comun, ni siquiera podian expresar sus odios y sus dolores en una misma lengua.

Los restos de la tribu *mexica* eran los únicos que tenian derecho de lamentar la pérdida de su imperio y de enaltecer la memoria de sus guerreros heróicos y de sus grandiosos caudillos; los únicos que podian entonar un canto sublime para eternizar la gloria sin igual de la defensa de México, que los españoles y sus aliados no ocuparon sino hecha escombros, arrasada palmo á palmo y convertida en osario, desde las calzadas hasta el templo mayor.

Pero los restos de esa fiera tribu, que si ántes habia subyugado á las otras, mostró cuando ménos, al desaparecer, que habia sido digna de la supremacía, ó se retiraron en dispersion á las montañas, y allí se refugiaron en el silencio y en la barbarie, ó perecieron pronto diezmados por el sufrimiento ó el suicidio.

Los poetas que conservaban la Epopeya antigua en los cantares de la tradicion, ó que pudieron crear la nueva de su lucha infortunada, los sacerdotes guardianes de la religion y de la historia, los viejos sabios, maestros de la juventud y oráculos del pueblo, murieron esgrimiendo su macana empapada en sangre en las calles de México, y combatiendo por la patria. Los pocos que quedaron, desaparecieron como por encanto, y el virey Mendoza y los frailes Sahagun, Durán y Benavente, apénas pudieron encontrar á algunos, tal vez los ménos instruidos, que les dieran vagas noticias del modo de ser de la nacion vencida, manteniéndose los más en la espesura de los bosques encerrados en desdeñoso silencio.

Los *mexica*, pues, no pudieron ni trasmitirnos su poesía heróica antigua, ni legarnos como un canto de muerte poesía ninguna posterior á la conquista.

Las otras tribus, ¿qué Epopeya habian de crear? Unas como las de Zempoala, de Tlaxcala, de Huejotzinco y de Texcoco, habian sido auxiliares del conquistador; habian ido hasta las naves en que llegó á nuestras costas á llamarlo, á decidirlo á la

invasion, ofreciéndole su apoyo; lo habian acompañado en su marcha fácil hasta México; habian formado su vanguardia en la guerra y su principal fuerza en el sitio; le habian suministrado toda clase de auxilios; hasta se habian convertido en bestias para conducir sus bastimentos, sus municiones y sus cargas: habian construido sus bergantines; millares de sus individuos habian muerto para ayudarlo á triunfar; en fin, ellos casi puede decirse que habian sido los verdaderos conquistadores. Tenian derecho ciertamente de celebrar su victoria sobre sus viejos enemigos los mexicanos; pero ¿podian hacerlo cuando comprendieron inmediatamente que el triunfo no les habia sido provechoso, y cuando sintieron el yugo que echó sobre su cuello aquel vencedor extranjero á quien habian ayudado á aniquilar á los vencedores de su misma raza; cuando vieron que precisamente sus ciudades fueron las peor libradas en la conquista, desapareciendo enteramente Zempoala, convirtiéndose las metrópolis de Tlaxcala y de Huejotzinco en aldeas, y en cadáver Texcoco, la antigua señora del lago? ¿Podia el caballo de la fábula envanecerse de haber invitado al hombre para tomar venganza del leon, cuando quedó despues más tiranizado que nunca por su aliado convertido en dueño absoluto?

En cuanto á los demas pueblos, amigos ó enemigos de los mexicanos, como el de Michoacan, el de Oaxaca y otros, fueron sometidos sin combate, y agobiados bajo el peso de los auxiliares ó del desaliento producido por la desaparicion de la terrible Tenochtitlan, pues desde entónces se estableció esta ley que ha regido sin cesar en nuestra historia, á saber: que dominada la metrópoli, se domina el país entero, al ménos por mucho tiempo. Así es que la heróica resistencia de algunos pueblos de Jalisco fué pasajera, la de los chichimecas de Querétaro fué una farsa lastimosa, y sólo en los desiertos del Norte encontró asilo la indómita é inextinguible resistencia de las tribus nómades y bárbaras. Esas deben tener una Epopeya salvaje; todavía en sus aduares y en la danza de las cabelleras, resuenan los viejos cantos en que se refieren las proezas de sus mayores; con ellos se animan en sus combates y con ellos mueren luchando con-

tra los blancos de México y contra los blancos de los Estados Unidos. Pero esa Epopeya del desierto no pertenece propiamente á la nacion mexicana actual, así como tampoco pertenece á la nacion vecina.

Por su parte los mestizos, los descendientes de los españoles que se mezclaron con las razas indígenas, no quisieron tampoco crear la epopeya de la conquista. Ellos habian heredado la sangre de sus padres españoles, pero habian mamado la leche de sus madres indias, y el orgullo que pudo haberles infundido aquella, se trocaba en tristeza amarga y en odio concentrado bajo la influencia de la alimentacion y de la educacion maternales.

Esta no es una metáfora, sino un hecho real é innegable que ya sorprendia dolorosamente á D. Lúcas Alaman, quien lo creia contrario á todas las reglas de la lógica. En efecto, lógico ó ilógico, él existió desde los primeros años de la dominacion española; él influyó enteramente en nuestra vida social, y tanto, que á él debimos precisamente la Independencia, como se la debieron igualmente las otras Américas latinas.

Los dominadores establecieron aquí su religion, su lengua, sus costumbres; fundaron en este suelo fortalezas, palacios, templos, conventos, universidades, hospitales, casas de beneficencia, acueductos, ciudades, haciendas; abrieron carreteras y puertos; introdujeron sus virtudes y sus vicios. Lo único que no pudieron fundar fué la simpatía hácia ellos, ni en el pueblo conquistado, ni aun entre sus descendientes mismos.

¿Ingratitud? No: ley histórica, resultado fisiológico de la conquista. Algo semejante habia sucedido á los moros en España, y el bilioso D. Lúcas que extrañaba esta conducta en los mexicanos, debió habérsela explicado recordando la de los españoles.

Además, como desde los primeros años de la conquista se produjo el antagonismo entre los frailes misioneros y los conquistadores, antagonismo que dió orígen á una lucha tenaz, sorda é implacable que se llevó muchas veces hasta el trono y que se extendió hasta el pueblo; y como los frailes eran más inteli-

gentes, ménos rapaces, y sobre todo ménos crueles que los conquistadores, y aunque procurando siempre los bienes terrenales, al ménos defendian á los vencidos de las vejaciones de los vencedores, y servian de apoyo y de consuelo á los que sufrian, el resultado fué natural é inmediato: tanto las razas aborígenes como las clases populares mestizas profesaban mayor simpatía á los frailes y sus instituciones, que á los soldados que se convertian en sus encomenderos y señores feudales.

De ahí provino el carácter profundamente religioso que ha sido y es todavía, como el aspecto dominante del pueblo mexicano, y de ahí resultó tambien la universalidad con que fueron conocidas y celebradas las proezas de los misioneros y las maravillas de la nueva religion, de preferencia á los recuerdos de la conquista.

Así es, que los cantares del pueblo desde fines del siglo XVI fueron todos religiosos, explicando la doctrina cristiana, celebrando los misterios de la religion, los milagros de las imágenes que se iban apareciendo en todas las comarcas de Nueva España, la magnificencia de los templos, las fiestas sagradas, las leyendas locales, las vidas de santos y cuanto se relacionaba con la propaganda del culto en la tierra. Esto ha sido tan general y quedó tan arraigado, que todavía hoy si algo cantan los indios en sus diversas lenguas y en sus pobres fiestas de familia, es una alabanza de la Vírgen de Guadalupe, del Señor de Chalma ó de otras deidades católicas, y entre los mestizos de las haciendas y de las minas, al acabar sus tareas diarias, es el *alabado*, ó las coplas y las seguidillas á lo *divino* sobre la *Pasion* y la *Eucaristía*, que alternan siempre con los romances de amores en los *fandangos* y en los *velorios*.

De modo que si en la época colonial ha habido una poesía colectiva, anónima y popular, ella fué exclusivamente religiosa, y el que quisiera sacar de ella un *romancero sacro*, tendria ciertamente abundantísimo material.

Pero para formar una epopeya de la conquista no existe nada en los cantos del pueblo. Y fué mirado por todos el asunto con tanta indiferencia, que ni aun el deseo de lisonjear á los domi-

nadores fué parte para que los ingenios de la época se consagrasen á sacar de él motivos para poemas individuales; y miéntras que se encuentran muchos en latin y en castellano sobre asuntos religiosos, como los numerosos que celebran la aparicion de la Vírgen de Guadalupe, como el del P. Abad "*Heroica de Deo Carmina*," como el trabajoso *La Teresiada* del P. Valencia, como el bellísimo del P. Landivar, *Rusticatio mexicana*, como el gongorino la *Primavera indiana* de Sigüenza, el clásico *La Divina Providencia* del P. Navarrete, y otros cien sobre diversos asuntos, sólo á un señor D. Francisco Ruiz de Leon, nativo de Tehuacan,[1] le ocurrió publicar á mediados del siglo pasado, un poema intitulado: *La Hernandia, Triunfos de la fe, Gloria de las armas españolas, Poema heróico, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España, Proezas de Hernan Cortés, Católicos blasones militares y grandezas del Nuevo Mundo*, que á pesar de su título rimbombante, de haber sido dedicado á Fernando VI y de ser verdaderamente la Historia de Solís puesta en octavas, ha pasado inadvertido al grado de que muy pocos lo conocen. Todos prefirieron, como era natural, seguir leyendo la bella, aunque mentirosísima prosa de Solís, á mascar las octavas gongorinas y fastidiosas del poeta de Tehuacan de las Granadas.

IV

Llegamos á la época de la insurreccion y á los tiempos posteriores hasta hoy, y aquí tambien es preciso detenernos un poco estudiando el carácter social de México para poder explicarnos el por qué no ha habido una epopeya popular desde los años de la lucha, y por qué no se han escrito poemas heróicos

1 Beristain, hablando del P. Agustin Castro, menciona entre los MS. que dejó este jesuita mexicano, que murió en Bolonia en 1790, un poema intitulado "*La Cortesiada: poema épico de Hernan Cortés.*" Esta obra es desconocida. En cuanto al *Peregrino Indiano* de Saavedra, es más bien una historia rimada que un poema. Clavigero dice de él, que no tiene de poema más que el metro.

despues, inspirados por los hechos gloriosos de nuestros antepasados, en aquella guerra memorable.

Seria necesario examinar profundamente el estado social y moral en que se hallaba lo que se llamó Nueva España cuando estalló la revolucion y miéntras que ella duró, para poder apreciar con justicia las causas de este fenómeno literario, así como las de otros de mayor importancia que han influido despues poderosamente en nuestra vida política.

Ya que eso no se puede, ni las dimensiones de este estudio lo permiten, bástenos indicar los siguientes hechos que son innegables. La insurreccion produjo una division profundísima en la poblacion de la colonia. Una parte de la raza indígena de los pueblos centrales y una parte de las clases mestizas y pobres, tambien de los pueblos centrales, siguieron á los insurgentes de 1810. Otra parte de esa raza indígena, por apatía, por hábito de servidumbre ó por impotencia, permaneció sumisa á las autoridades españolas. Lo mismo sucedió á otra gran parte de las clases mestizas de los pueblos centrales y aun de los lejanos. Las clases ricas, los grandes propietarios rurales y mineros, los comerciantes, no sólo permanecieron adictos al gobierno colonial, sino que aun fueron hostiles á la revolucion. El clero se dividió; el alto, el rico, el que disfrutaba de los más pingües beneficios en las grandes ciudades y administraba los cuantiosos bienes de los conventos de regulares, se declaró desde los primeros dias contra la Independencia, y fulminó toda clase de anatemas sobre los insurgentes, predicó contra ellos en todos los púlpitos, puso sus tesoros á disposicion de los realistas, y no pocos de sus miembros empuñaron en una mano el Crucifijo y en la otra la espada para pelear con los que apellidaban herejes enemigos del rey y de la religion.

Lo que se llamaba el clero bajo, los curas de los pueblos del campo y de la montaña, los frailes de algunos conventos humildes, simpatizaron con el movimiento de independencia, y los primeros y más ilustres caudillos de él, los que deben llamarse verdaderamente *Padres de la Patria*, porque iniciaron la guerra y la sostuvieron, como Hidalgo y Morelos, salieron precisamen-

te del seno de ese clero pobre, testigo inmediato de las miserias del pueblo.

Así pues, dada la educacion hondamente religiosa que habia recibido el pueblo colonial, educacion que lo llevaba hasta la supersticion y el fanatismo intolerante y feroz, natural era que se hubiese producido un conflicto terrible en el espíritu de las masas, y fuerza es confesar que en una parte de ellas el deseo de libertad fué irresistible, puesto que no cejó en la empresa á pesar del anatema de las altas jerarquías eclesiásticas, que pudo haber desautorizado á los sacerdotes jefes de la insurreccion, así como pesó sobre ellos, á la hora de su martirio en el cadalso.

Pero en otra parte considerable de estas masas sí produjo efecto la predicacion del alto clero; y fué el fanatismo religioso precisamente el que atrajo á las filas realistas desde 1810, á los rancheros que acaudillaban Oviedo y Elorza; á los treinta mil criollos que segun Alaman combatieron por espacio de once años, contra los insurgentes, á las órdenes de Armijo, de Iturbide, de Quintanar, de Bustamante y de Santa-Anna; á los negros de Juvera y á los negros esclavos del español Yermo, que con desesperada fidelidad salian de México el 22 de Setiembre de 1821, repicando las campanas de los pueblos y gritando *viva el rey* en los oídos del ejército trigarante mandado por Iturbide y por otros ex-realistas convertidos de la noche á la mañana en independientes.

Así pues, faltaba el sentimiento unánime en el pueblo, que es el que da vida á la epopeya espontánea y democrática; pero aun así, se sabe que entre las tropas insurgentes, particularmente entre las de Morelos, de Mina y de Guerrero, hubo muchos cantos en que se celebraban las victorias, se lamentaban los reveses y se alentaban las esperanzas de la Patria. Hace cuarenta años que los viejos insurgentes ó sus hijos los entonaban todavía algunas noches en sus cabañas montañesas. Eran romances muy rudos naturalmente, pero muy expresivos, y pintaban con exactitud los sentimientos de la época. Pero esos cantos se han perdido, y los sucesos desgraciados de nuestra

guerra con los yankees y los de nuestras continuas guerras civiles los han hecho olvidar completamente.

Pero si faltó unanimidad en las simpatías de la poblacion colonial para celebrar el primer movimiento de independencia, ¿por qué no se formó una epopeya popular con el segundo, puesto que en él tomaron parte las clases más cultas y se notó mayor aceptacion de parte de todas? Por una razon muy sencilla. Porque este segundo movimiento no fué popular, sino dirigido por las clases altas, ántes enemigas de la insurreccion, y dirigido justamente no sólo contra el sistema de libertad iniciada en España, sino contra las aspiraciones de los caudillos de 1810; de modo que subsistió la division social anterior, y gran parte del pueblo, al ver este complot teocrático y oligárquico, lo aceptó por necesidad, pero bien pronto manifestó su aversion á los nuevos caudillos.

Además, la famosa cruzada del plan de Iguala no se prestaba á la epopeya. No hubo en ella proezas que celebrar. Fué más bien una cruzada mercantil, en la que si hubo alguna lucha entre los *héroes*, fué motivada por el precio de la apostasía, de la traicion y de la bajeza, y por las competencias de la subasta. Fué una conquista iniciada por frailes y ricachos en los rincones de los conventos, y concluida por mensajeros que se dirigian á los campamentos y á los cuarteles cargados de onzas de oro y de libranzas. Los pocos combates que hubo, fueron insignificantes; aunque dieron un barniz de guerra á aquella enorme operacion bursátil, arreglada de antemano en los conciliábulos de la Profesa. Así, la accion de Córdoba fué más bien honrosa para Hévia que para Herrera; la toma de Durango por Negrete, costó más bílis y tinta que sangre, y la desgarbada accion de Atzcapotzalco fué tan pobre en hazañas como dudosa en gloria, que sin embargo se atribuyeron tanto Bustamante como los españoles, siendo inútil para los dos partidos. En cuanto á la famosa escaramuza de los 30 contra 400, tan cacareada por los trigarantes, y en que la fantasía de los aduladores puso la mayor parte, fué una vulgaridad despues de las hazañas verdaderas de Morelos y de sus tenientes.

Iturbide, á los belicosos que lo azuzaban para que terminase de una vez la guerra con un combate decisivo, contestaba, segun afirna Alaman, con el proverbio familiar de México:—"*Si con atolito vamos sanando, atolito vámosle dando.*" Ahora bien: el sistema del *atolito* no se prestaba á la poesía heróica. Lo que debe correr por las venas de la epopeya, no es *atole*, sino sangre.

Tal fué la campaña de 1821. Quizás por eso los cantores de Iturbide se han visto apurados siempre, buscando motivos para entonarle una oda, y se han limitado á elogiar su apostura, su gallardía, su destreza como ginete, la gracia de sus modales, cualidades todas que no son enteramente inútiles en la epopeya, pero que no constituyen su condicion principal. Quintana Roo y Sánchez de Tagle, desde 1821, cantando en presencia del caudillo triunfador, se vieron obligados á evocar las proezas de Hidalgo y de Morelos para dar un sabor épico á sus odas, como Píndaro tenia que evocar las hazañas de los semidioses para enaltecer á los triunfadores del Circo. Despues Lafragua, en sus detestables y prosaicos versos de 1841, tuvo que hacer lo mismo, hablando de Hidalgo, de Guerrero, del sol, de la luna, de las estrellas, y que hacer un alegato jurídico para poder concluir en tono elegiaco lo que habia comenzado en tono heróico.

En suma, aquel segundo movimiento de 1821 fué muy hábil, pero no fué épico.

Pues entónces, ¿por qué no hubo una reaccion poética en favor de los héroes de 1810, despues de la caida de Iturbide? Sí la hubo, pero no en la forma popular y colectiva, sino en la individual y exclusivamente lírica, y lo prueban los cantos que con motivo de las fiestas de Setiembre se han dado á luz desde 1824, en honor de los Padres de la Patria.

Sólo que esta poesía lírica fué escasa, y tan mediana, que pocos de sus monumentos han podido salvarse del olvido. En cuanto á epopeya individual, ni intentos siquiera ha habido de ella en los sesenta años que han trascurrido desde aquel tiempo hasta nuestros dias, con todo y que Olmedo y los poetas sud-americanos nos daban un brillante ejemplo cantando á por-

ña á Bolívar, á Sucre, á Carrera, á San Martin, á Alvear y á todos sus héroes de la independencia.

Para explicarnos tambien este fenómeno, tenemos que acudir á los motivos históricos y sociales.

Verdad es que Iturbide habia caido, y que con esto se produjo de pronto una reaccion en favor de los insurgentes de 1810. Guerrero, Bravo, Victoria, y con ellos todos sus antiguos amigos de la guerra de once años, se vieron exaltados al poder y disfrutaron de gran popularidad. Pero las ideas y opiniones del hombre de 1821 no habian muerto con él, y habian quedado encarnadas en sus antiguos compañeros, que como él tambien, habian sido enemigos encarnizados de los primeros caudillos de la insurreccion.

Ahora bien: si Iturbide decia en su *Manifiesto* publicado en Italia durante su proscripcion, que aún volveria á perseguir á los patriotas de 1810 si se reprodujera aquella situacion, sus viejos compañeros los ex-realistas que se habian quedado en México y que le habian hecho traicion á él mismo, pero que querian suplantarlo en su papel de héroes y de gobernantes, tenian que participar de sus ideas respecto de los insurgentes de la primera época, so pena de pasar á los ojos del pueblo por lo que eran verdaderamente, esto es, enemigos de la independencia y traidores á España, á la que habian servido como mercenarios.

Así es que, tan pronto como pudieron sobreponerse por sus constantes sublevaciones, y esto fué desde luego, procuraron por todos los medios de que puede usar el poder, que se opacase la memoria de aquellos héroes, cuyo solo nombre era un reproche para esos viejos genízaros del despotismo colonial. ¿Cómo habia de glorificar Bustamante á Hidalgo y á Morelos, cuando habia dejado la medicina para sentar plaza de soldado á fin de combatir contra el primero, y cuando habia sido de los humillados en Cuautla por el segundo? Para Bustamante, al contrario, era una gracia denigrar á los héroes de 1810, y él mismo los mandaba asesinar cuando podia, como lo hizo con Guerrero, ó los perseguia furiosamente, como lo hizo con Quintana Roo.

Baste decir que este militar sanguinario y brutal, sin talento y sin virtudes, que lo mismo se jactaba de haber lanceado á los insurgentes, como de haber lanceado á los españoles en Juchi, y que sólo á los yankees no quiso lancear en 47, se entregó enteramente, durante su gobierno, en manos de D. Lúcas Alaman, el deturpador y enemigo acérrimo de los caudillos de 1810.

Los poetas cortesanos de ese tiempo, ¿cómo habian de pulsar la lira en loor de esos caudillos, corriendo el riesgo de desagradar al gobernante? ¡Imposible! Y la desgracia fué que no floreció en aquellos tiempos calamitosos ningun poeta valeroso é independiente que pulsase la lira en alabanza de los verdaderos héroes.

Despues siguiéronse la guerra civil y los motines militares en todo su furor. Toda aquella soldadesca del ejército trigarante se habia convertido en una turba de pretorianos que ambicionaban el poder, y que se desgarraban unos á otros para conseguirlo. Ya federalistas, centralistas ó dictadores; unas veces pronunciados y otras gobernantes, aquellos brigadieres, coroneles, capitanes, y hasta sargentos, en union de sus respectivos golillas y áulicos, mantuvieron al pueblo en perpetua agitacion. Entónces pudo haber una epopeya colectiva, aunque disímbola y contradictoria, y la hubo en efecto, porque cada uno de esos matasietes tenia un enjambre de poetas aduladores á su servicio; pero semejante epopeya, que no se proponia inmortalizar más que bellaquerías y miserias, además de ser ruin como obra de arte, es indigna de mencion por vergonzosa.

Despues, nueva guerra civil y nuevos himnos á los hombres del poder, con especialidad á Santa-Anna, que fué todavía dictador por tres años más. ¿Quién iba á acordarse entónces de los héroes de 1810? El anciano brigadier iturbidista que años ántes habia tenido veleidades en favor de los primeros insurgentes, y que habia sido enemigo de Bustamante y de su ministro Alaman, vino á entregarse tambien en manos de este otro anciano más enemigo que nunca de la independencia, y resuelto como el dictador, á gobernar conforme al programa teocrático-militar de 1821.

Precisamente otro anciano veterano de 1810, fué quien echó abajo esa dictadura, proclamando el plan de Ayutla, que contenia las aspiraciones netamente populares de la primera época de la Independencia. Entónces hubo como una explosion de libertad, y con ella volvió el culto de los primeros caudillos, que se manifestó en los discursos cívicos, en los escritos diarios y en los cantos de los poetas. Pero como á esos dias de triunfo se siguieron luego la rebelion reaccionaria y la terrible guerra de Reforma, fecunda en desastres y en peripecias, aquellos recuerdos se desvanecieron ante el furor de la lucha, y no hubo lugar más que para la poesía tirteica del combate y para la poesía burlona del pueblo. Entónces hubo algo de epopeya colectiva y democrática, y Guillermo Prieto fué uno de los poetas que contribuyeron á ella con los cantos más populares que servian de provocacion al enemigo y de toque de arremetida á las huestes de la Reforma.

Pero esa especie de epopeya compuesta de ligeras narraciones y de cantos burlones é injurias, y que es la única que haya sido verdaderamente popular en México, al ménos entre la gente que habla el español, tuvo una vida momentánea, como hija de una guerra de hermanos y producto de las pasiones de partido.

Siguió al nuevo triunfo liberal la guerra de intervencion extranjera y con ella el Imperio. El triunfo del 5 de Mayo dió vuelo por unos dias á la poesía lírica, que expresó en varoniles acentos el orgullo de la Patria, y todavía Guillermo Prieto fué el autor de los más inspirados, así como siguió siendo el cantor de la lucha, aun en medio de los mayores reveses y en el camino del destierro.

Entretanto, en México se operaba un fenómeno singular; el jóven príncipe que ocupaba el trono levantado bajo los auspicios de la intervencion francesa, se manifestó desde los primeros dias admirador entusiasta de los caudillos de la Independencia, y sincero ó no en su admiracion, impulsado por móviles de política, como quieren algunos, ó convencido por razones históricas, el hecho es que expresó su opinion de cuantas maneras pudo.

Trasladóse, con una gran comitiva, en Setiembre de 1864, al pueblo de Dolores, y allí solemnizó la noche del 15 el grito de Independencia dado por Hidalgo en 1810, y peroró al pueblo desde la misma ventana en que segun la tradicion habló á las masas el ilustre caudillo.

Despues, en 1865, quiso celebrar con solemnidad inusitada el centenario del hombre más grande de la insurreccion, del inmortal Morelos; hizo erigir una estatua y colocarla en una de las calles más céntricas y brillantes de México, la de San Francisco, en el amplio lugar que se llama Plazuela de Guardiola, y allí rodeado de su corte y del ejército, no quiso confiar á nadie el discurso inaugural de la estatua y conmemorativo del centenario, y él mismo fué el orador, tributando un homenaje público de admiracion al héroe sin rival.

Luego, no hallando en ninguna parte una galería de retratos de los héroes de la Patria, mandó hacerla con empeño, encargando los cuadros á los mejores artistas, y gracias á eso, tenemos en el salon de embajadores la galería de nuestros héroes, incompleta, como él la dejó, á causa de los sucesos que sobrevinieron.

Justo es confesar que este hombre hizo lo que debieron haber hecho los gobernantes de México anteriores á él. Lo repetimos, sincero ó no, este extranjero, este descendiente de la casa de Austria, este usurpador coronado, cuando ménos dió una leccion severa á los Gobiernos y Ayuntamientos republicanos que desde 1824 hasta 1863, en todo habian pensado ménos en erigir estatuas á los Padres de la Patria, en conservar sus retratos y en honrar su memoria con monumentos públicos. Es cierto que se habia proyectado la ereccion de un gran monumento en honor suyo en medio de la Plaza Mayor de México, pero qnedó en proyecto, pues no se hizo de él más que el zócalo, que se ha convertido despues en paseo con el jardin que se plantó al rededor de él. Tambien es cierto que se habia erigido una estatua de hidalgo en Toluca, pero se debia á una donacion privada y no á un decreto público. Por lo demas, un Congreso se contentó con decretar como una gran cosa, que se deposita-

sen las cenizas de los héroes debajo de un altar lleno de ratas en la Catedral de México, y con poner el nombre de aquellos caudillos ilustres á varias poblaciones y á varias calles y plazuelas de los suburbios.

En cuanto á retratos, apénas existian de los primeros héroes algunos imperfectos; los pequeños hechos en cera por Rodríguez; los publicados en Lóndres, copia de éstos, y los que publicó en malas litografías Alaman, que deturpando y todo á nuestros próceres, nos hizo ese favor.

En nuestro Museo Nacional entónces no habia más que unos cuantos ídolos, algunos castillos de *popote* y el retrato del gigante Martin Salmeron.

En cambio, la adulacion habia elevado la estatua de Santa-Anna en la plaza del Volador, y Tenerani en Roma habia hecho, por encargo de los palaciegos, los bustos en mármol, de Bustamante, de Alaman, de Santa-Anna: el retrato de Iturbide se ostentaba en el Palacio Nacional, y en Chihuahua apénas se levantaba un cenotafio ridículo de ladrillo en el lugar en que habia sido fusilado el padre de la patria.

Volvamos á Maximiliano. De esperarse era que al ver su afecto á los héroes de 1810, los poetas de la corte completasen aquella manifestacion, acometiendo, por fin, la obra de la epopeya de la Independencia, ó al ménos enriqueciendo la poesía lírica con nuevos cantos. Pero no fué así. Nadie pulsó la lira en ese tono; nadie se movió; ni la lisonja palaciega logró producir en el alma de aquellos poetas del partido monárquico una inspiracion patriótica. ¡Pobre Maximiliano! él no conocia tal vez el fondo de odio inextinguible que existia en el espíritn de aquellos literatos contra los caudillos de nuestra independencia en 1810. Ellos habian podido cantar á Iturbide, pero á Hidalgo y á Morelos, nunca, y es seguro que reprobaron sordamente los alardes patrióticos del príncipe en Dolores y en el centenario de Morelos.

Pero lo peor ha sido, que despues del triunfo de la República en 1857, nada se hizo mejor que lo que se habia hecho ántes. Y fué que entónces las glorias de la segunda guerra de in-

dependencia hicieron olvidar las de la primera. Se olvidó á Hidalgo y á Morelos, y sólo se pensó en D. Benito Juárez. Algunos lisonjeros exagerados, precisamente de los que no habian servido para nada en la guerra de intervencion, queriendo, ya que les faltaba el de los servicios en tiempo de prueba, contraer algun mérito con el presidente afortunado, llegaron hasta colocarlo á la misma altura de Hidalgo y de Morelos, como si hubiera sido lo mismo crear la patria sacándola del caos de la servidumbre, que conservarla por deber cuando estaba ya formada, y como si fuese dable que en México pudiera haber algo ni entónces ni jamas, que se igualase á la resolucion sublime de Hidalgo, ni al genio de Morelos.

Por lo demas, Hidalgo y Morelos fueron personalidades, y Juárez fué una personificacion de la defensa nacional. Mas como la fama y la poesía buscan precisamente las personificaciones, el hecho fué que Juárez asumió la gloria colectiva de la guerra, y por entónces su imágen opacó en la memoria del pueblo la de los padres de la patria. Tan cierto es esto, que miéntras centenares de retratos suyos se ostentaban en las casas de gobierno, en los salones municipales, en las oficinas y en las escuelas, apénas se encontraba uno que otro de Hidalgo en esos mismos lugares, y miéntras se le ha erigido por órden del Gobierno un suntuoso sepulcro de mármol, adornado con su estatua, no se ha erigido todavía en México la del ilustre caudillo de 1810.

No deben censurarse tamaños honores, pues el famoso presidente los mereció, y la patria ha hecho bien en manifestar así su gratitud al hombre que la representó dignamente; pero cada cual debe ocupar su puesto respectivo, y si la República ha consagrado monumentos públicos al magistrado que supo conservarla incólume, tiempo há que debia haberlos consagrado á los héroes que con sacrificio de su vida la fundaron.

Esta cuestion de los monumentos públicos no está de más en el asunto de que tratamos, porque ella se enlaza íntimamente con la epopeya nacional, y explica en parte el olvido en que se ha echado la tradicion heróica de la independencia de México.

Los monumentos votivos, los templos, las inscripciones conmemorativas, las estatuas, los sarcófagos, las columnas, mantienen viva en las naciones la memoria de los grandes hombres y de los hechos gloriosos; con ellos la imaginacion popular anima la sombra de los héroes, y crea en torno suyo las leyendas; la juventud se familiariza con la historia, y la poesía en la epopeya hace del heroismo el númen tutelar de la patria. La Grecia antigua levantaba un templo para cada héroe, convirtiéndolo en semidios; consagraba sus recuerdos patrióticos con fiestas solemnes en que tomaban parte la religion y la poesía. Los griegos conocian desde niños la grandeza de sus padres, viéndola eternizada en los bronces de los templos, en las estatuas de las plazas y de las calles, oyéndola relatar en los gimnasios y en los bosques sagrados, representar en la escena, cantar en los juegos olímpicos y confundirse en los himnos sagrados con el poder de los dioses. Así se vigorizaba naturalmente el carácter nacional, y cuando venia la invasion extranjera, aquel pueblo sabia luchar, siquiera fuese con el poder tremendo del imperio persa, y sacando fuerza de su entusiasmo, alcanzaba la victoria.

Todas las naciones cultas han imitado ese útil ejemplo. En la América del Norte, la imágen de Washington se levanta por todas partes, y su nombre se repite constantemente por sus conciudadanos desde la escuela hasta el Capitolio; y en la América del Sur, las estatuas y los retratos de Bolívar se ostentan en las plazas, en los palacios, en los museos y en las escuelas; las estatuas de Miguel Carrera y de San Martin se elevan en Santiago y en Buenos Aires, la historia de los héroes es conocida de todos, y despues de Olmedo, que cantó la victoria de Junin, el venezolano Felipe de la Tejera presentó en el año pasado en Carácas, como ofrenda en el centenario de Bolívar, su bello poema épico en doce cantos *La Boliviada*, en que celebra en estro homérico toda la guerra de independencia.

De este modo en esas repúblicas del Sur, la admiracion y el entusiasmo del pueblo que habian creado desde luego la poesía lírica patriótica, mantuvieron el fuego sagrado aun entre las

borrascas de las guerras civiles; la gratitud consagró los monumentos públicos, y la epopeya individual ha nacido al calor de estos sentimientos, y seguirá formando el carácter republicano y varonil, como en la Grecia de otros tiempos.

V

En México, unas veces porque las frecuentes guerras intestinas mantenian siempre exhausto el tesoro federal y el de los Estados, otras porque las mejoras materiales llamaban de preferencia la atencion del Gobierno; tal vez porque la prensa ó los artistas mismos no promovian con empeño la ereccion de monumentos públicos á los héroes, y por último, quizás á causa de la apatía, que es como el fondo de nuestro carácter, el hecho es que contamos con un número muy corto de tales monumentos. Redúcense á la estatua de Hidalgo en Toluca, que segun hemos dicho se debe á una donacion particular; á la estatua de Morelos que hizo erigir Maximiliano, y que Juárez mandó trasladar á la plazuela de San Juan de Dios; á la estatua de Guerrero que un Ayuntamiento, presidido por D. Mariano Riva Palacio, yerno de aquel grande hombre, hizo erigir en la plaza de San Fernando; á otra estatua de Hidalgo que el gobierno del Estado de San Luis Potosí, patrióticamente inspirado, levantó en la plaza mayor de su capital; al cenotafio de ladrillo que hay en Chihuahua, en el lugar mismo en que fué sacrificado el Padre de la Patria, y á otro cenotafio humilde que se ve en Ecatepec en el lugar donde fué fusilado Morelos.

Ultimamente se trabaja en la ereccion de la estatua de Cuauhtemotzin en nuestro paseo de la Reforma de México, y se inaugurará próximamente, habiéndose encargado la obra al jóven ingeniero Jiménez (que acaba de morir), y al acreditado escultor Noreña.

Pero en lo relativo á los héroes de la Independencia, el noble ejemplo dado por el Estado de San Luis Potosí no ha sido seguido por los otros Estados, que tienen el honor de contar con un héroe ó con varios, así como no ha sido seguido tampoco el

ilustrado ejemplo del patriótico Gobierno del Estado de Morelos, que decretó últimamente que se reprodujese la imágen del excelso caudillo cuyo nombre lleva, en los sellos públicos.

La iniciativa de uno de nuestros amigos en la prensa, para que se erigiese un panteon monumental en el que reposaran las cenizas de los héroes de la patria, quedó sin eco.

El recuerdo de las hazañas de estos hombres ilustres fundadores de la nacionalidad, constan en obras históricas voluminosas, como las de Bustamante, Mora, Zavala y Alaman, que además de ser escasísimas, no están al alcance de los más á causa de su costo; ó bien en librillos de escuela de muy pocas páginas, en que apénas se hace mencion de aquella época.

Así pues, en un pueblo en que no hay monumentos que eternicen la memoria de los héroes, y en que hasta escasean las noticias acerca de ellos, no es de extrañarse que no haya florecido la poesía épica nacional. Al contrario, lo sorprendente es que aún quede historia ó tradicion de lo que fueron, entre las clases más cultas.

En cuanto al pueblo ignorante, haced la experiencia, preguntad á un hombre cualquiera, sea de los indígenas analfabéticos, ó bien de los mestizos que hablan español y que saben leer, quién es la *Virgen de Guadalupe* ó el santo de tal ó cual pueblo, y os dirá al instante la historia ó la leyenda de los milagros. Preguntadle en seguida quién fué Hidalgo, quién fué Morelos, quiénes fueron los Galeanas, Mina, Guerrero, los Bravos, los Rayones, Valerio Trujano, Pedro Asensio, y se encogerá de hombros, no sabiendo qué responder. ¡Apénas se conserva un vago recuerdo de ellos en los lugares mismos que ilustraron con sus hazañas!

Esta diferencia consiste, en que la Iglesia ha cuidado de tener siempre presente en la imaginacion popular el objeto del culto, y de excitar dia por dia el sentimiento religioso por la enseñanza de las tradiciones.

Cuando esto no se hace valiéndose de la objetividad y de la narracion, los pueblos pierden irremisiblemente su historia, sus tradiciones, su religion misma.



Además, en México se produce un fenómeno todavía más digno de atencion por lo raro, porque es tan raro, que no tenemos noticia de que se verifique en pueblo alguno que estime su independencia. Cada año se celebran en Setiembre las fiestas de la patria, y en ellas un orador recita desde la tribuna cívica los hechos de la insurreccion de 1810, en estilo más ó ménos elegante, como puede. Por de contado hace el elogio de los héroes, y se ve obligado, por el peso de la verdad, á justificar su noble movimiento. Tiene que decir que la Independencia fué justa por alguna razon; tiene que asegurar, lo que es evidente, que la opresion es mala, que la libertad es buena; que la vida colonial era una desgracia para México, que la vida nacional es más conveniente.

Le es preciso contar que los españoles mataban á los insurgentes, y que éstos mataban tambien á los españoles, porque así es como se hacen generalmente las guerras; por último, le es indispensable decir algo cuando habla del sacrificio de los padres de la patria y del furor de sus verdugos.

Pues bien; esto que es tan cierto, que es tan razonable, puesto que para eso precisamente se han instituido las fiestas cívicas, únicas en que el pueblo oye hablar de sus acontecimientos históricos; esto que la ley ha querido que se haga para mantener en el espíritu público viva la idea de la nacionalidad, irrita espantosamente el furor y el despecho de cierto partido que hasta hoy ¡cosa singular! vive entre nosotros aborreciendo la independencia y suspirando por la vida colonial. Y cada año, por esos mismos dias de Setiembre, algunos periódicos, órganos de ese partido, publican artículos virulentos denigrando la memoria de los héroes de 1810 y pintando á éstos como facinerosos. Parecen esos artículos como exhalaciones de los sepulcros de Cancelada y de Alaman, los dos libelistas enemigos implacables de los libertadores. A ellos se agregan las recalentadas injurias que no deja nunca de arrojar con donoso desenfado algun periodista español de esos que vienen á establecer aquí diarios con el objeto de estrechar más y más los vínculos fraternales que deben unir á México y España.

Al decir de estas dos clases de escritores, la nacion mexicana seria una nacion fundada por bandidos y conservada por ingratos; canalla toda.

Pero es lo peor todavía, que algunos gacetilleros mexicanos y que pretenden pasar revista de liberales y de patriotas, por un cosquilleo de españolismo que envuelve tendencias de lisonja, tambien se descuelgan en esos mismos dias, poniendo de oro y azul á los oradores cívicos, deturpando tambien á los héroes, merced á quienes cuentan con una patria libre, y pretendiendo que no se hable ya de aquel asunto, sino que se vuelva toda alabanza á la vida antigua, con lo cual resultaria lógicamente estúpida la independencia de México.

Este pueblo, que por más que se diga es manso y tolerante, permite á esas gentes tamaño desahogo como una válvula de seguridad para que no revienten, oye impasible sus diatribas, y al cabo y al fin no hace caso ni de los panegiristas ni de los insultadores. Casi nunca lee lo que dicen unos y otros, y prefiere divertirse con la parada militar y los fuegos artificiales.

Por el estilo de esos escritores enemigos de la Independencia, algunos poetas del mismo partido dicen, que no puede hacerse un poema épico con las hazañas de nuestros insurgentes, porque eran impíos, sanguinarios y crueles. Estos vates timoratos confunden la Epopeya con la Hagiografía. Efectivamente las proezas de nuestros héroes, como las de todos los héroes de la guerra, no son iguales á las de San Pacomio, de San Silvestre ó de San Alejo. Pero los poetas conservadores aparentan olvidar que Aquiles daba vuelta tres veces á la plaza de Troya arrastrando el cadáver de su valiente enemigo Héctor; que Ayax desafiaba á los dioses; que los héroes de la Jerusalem eran unos verdaderos bandidos que se arrodillaban al pié del Santo Sepulcro despues de haber asesinado á setenta mil prisioneros ancianos, mujeres y niños; y que los héroes de los Edas eran los del tiempo de Atila, que bebian sangre en los cráneos de sus enemigos.

Ahora bien; los de la Independencia mexicana no eran ni con mucho semejantes á esos modelos de las epopeyas griega,

cristiana y germánica. Eran guerreros como se usan en las naciones civilizadas hasta hoy dia, en que el derecho de gentes ha hecho mayores progresos. No eran ni siquiera como los héroes de la Conquista que quemaban á sus enemigos vencidos para sacarles oro, ó que los esclavizaban para vivir de su trabajo. Exigir que los insurgentes no mataran á sus enemigos, era demasiado. Pretender que Morelos abrazase con tierna efusion, y despidiese con reverencia á los españoles prisioneros despues de las matanzas de Aculco, de Calderon, de Guanajuato, de Salvatierra, y de las ejecuciones de Chihuahua, era pretender que se combatiese la ferocidad con la imbecilidad.

Sin embargo, justamente los insurgentes del año de 10 han dado al mundo el mayor ejemplo de generosidad de que haga mencion la historia. Es sabido en todas partes que un teniente de Morelos, D. Nicolás Bravo, dió libertad á 300 prisioneros españoles cogidos en combate y que habia ofrecido canjear por su padre, prisionero en México y cogido traidoramente en una hacienda con su familia, tan luego como supo que el bárbaro virey español, desoyendo la voz de la humanidad, habia mandado dar garrote vil al general insurgente. Este hecho no pertenece al *Flos Sanctorum* ni al *Año Cristiano*, sino á lo sublime, á aquello que si en la guerra seria un absurdo, en la historia del género humano lo eleva hasta la divinidad.

Verdad es que los demas no tuvieron tanta abnegacion; pero aun así, como para la epopeya no son absolutamente necesarias las virtudes cristianas, sino las proezas del valor en una causa noble, nuestros héroes son dignos de la poesía épica, y sus enemigos lo niegan por rencorosa insensatez.

Resumiendo, pues, todo lo que hemos dicho en este largo estudio, resulta que, sea por un motivo ó por otro, no ha habido en México hasta aquí, Epopeya de la Independencia.

VI

Ahora bien; en medio de esta situacion de indiferencia, de olvido y de ignorancia popular, luchando con tamañas preocupaciones, legadas por el rencor y mantenidas por el despecho;

exponiéndose al desden presuntuoso de los enemigos de la insurreccion, pero inspirado por el puro amor de la patria, su constante númen, hé aquí que nuestro insigne poeta Guillermo Prieto, en sus dias de ancianidad iluminados por la gloria, se levanta por último, empuñando no ya la lira lidia del amor juvenil, ni el laud popular en que ha cantado las alegrías de la "Musa Callejera," sino la lira frigia de bordones de bronce y oro con que ha entonado otra vez los cantos vigorosos de la Reforma y de la Libertad en los furores de la lucha.

Ni es tampoco la oda pindárica la que resonará hoy en sus acentos, como despues de la gloria de Mayo, ó animando á las huestes de la República en los desiertos de la frontera.

De mayor altura desciende hoy su inspiracion, y á más trascendentales fines se consagra. Hoy canta á los héroes de la Independencia nacional, y sus cantos se dirigen al pueblo, como para eternizar en su memoria los recuerdos más gloriosos y más grandes de la nacion.

Él ha fundado por fin la Epopeya nacional, esta grande y váronil poesía que es en las venas de los pueblos lo que es la sávia en las venas de los árboles.

Las tradiciones de heroismo de los antepasados deben conservarse vivas en las naciones, no sólo como un tributo de gratitud, sino como un elemento de fuerza. Ellas producen el orgullo patriótico; ellas sostienen la dignidad pública y hacen amable el sacrificio en los dias de infortunio; constituyen los blasones del honor de la familia por los cuales se muere ántes que mancharlos.

La poesía ha ofrecido en todos tiempos la forma más fácil, y al mismo tiempo la más bella para conservar estos recuerdos, y de ahí la epopeya en la coleccion democrática y espontánea ó en poemas debidos á la inspiracion personal.

La primera de estas manifestaciones es la más natural, y por eso los críticos le dan tal nombre; ella parece indicada, en efecto, por la naturaleza misma del pueblo, que gusta de conservar en sus cantos sencillos y rudos la memoria de los acontecimientos en que toma parte ó que hieren su imaginacion. La segun-

da, sea que se funde en la tradicion popular ó que sea hija pura de la fantasía, deberá al artificio su semejanza con la natural, y por eso es difícil, tan difícil, que ocupa el primer lugar entre los diversos géneros de poesía.

Los pueblos más civilizados, aquellos en que han florecido numerosísimos poetas que han sobresalido en diversos géneros, apénas cuentan con un épico, y muchas veces carecen de esta fortuna. México se encontraba hasta hace poco entre los últimos. Abundante con exceso en su poesía religiosa, bucólica, erótica, elegiaca, descriptiva, satírica, y no muy escaso en la dramática, no podia presentar, como lo hemos dicho, un solo monumento de poesía heróica. Es preciso no ocultarlo tampoco; la empresa era superior á las fuerzas comunes, y los poetas enemigos de los héroes que aparentaban no acometerla por falta de simpatía, verdaderamente han ocultado su impotencia bajo la máscara de su desden olímpico, puesto que habrian podido dar pruebas de su aptitud cantando á otros héroes: Cortés, Pedro de Alvarado y Calleja, por ejemplo.

Los preceptistas que se han empeñado siempre en sujetar á reglas fijas esta cosa fugaz, impetuosa y libre que se llama la inspiracion, han hecho más inaccesible todavía la poesía épica, pretendiendo someterla al sistema de Procusto.

Lo que la sábia antigüedad admiró en el poema insuperable de Homero, constituyó un cánon infalible y único. La posteridad se ha encargado de desmentir esta teoría establecida á *posteriori* hasta aquella época, pero á *priori* para el porvenir. Fuera de la norma homérica, hay epopeya sin embargo, y la Farsalia, los Edas, el Romancero, los *piesnas* rusos, la Henriada, los cantos Slavos y los Cantos de la Grecia Moderna están ahí para demostrarlo.

Las unidades, la intervencion de los dioses, la majestad misma del verso griego, que los españoles creyeron luego sustituir con los alejandrinos monorimos, y despues, á ejemplo de los italianos, con la octava endecasílaba, así como los franceses con el alejandrino pareado, son reglas que los hechos han violado á cada paso, pues la forma espontánea y propia de los pueblos ha

dominado siempre. La intervencion de lo maravilloso se ha sustituido en la epopeya artificial con el impulso de las pasiones ó de las virtudes, y á veces con las alucinaciones del patriotismo, como en la *Victoria de Junin.* En cuanto á la epopeya democrática, no lo ha necesitado, siendo como es hija de la naturaleza y no del arte.

Así pues, la Estética ha sido varia en la poesía épica, y la inspiracion libre, como debia ser, sólo ha procurado encarnar en la forma adecuada para su objeto. El éxito ha hecho clásico lo bello, aunque fuera nuevo y aunque extralimitase las reglas de los viejos preceptistas. Tal poema que cumple con las condiciones de Aristóteles y de Horacio, ha quedado olvidado en los archivos, miéntras que un romance, una cancion, una leyenda con versos descuidados y estilo humilde, se graba como en bronce, en la memoria popular. Y es que el pueblo ama, no lo que se le impone, sino aquello que le conmueve.

Por eso Guillermo Prieto, con su estilo desaliñado á veces, con su fantasía que discurre impetuosa y febril por los espacios de la inspiracion, con su palabra pintoresca y viva que penetra y hace penetrar en los abismos del corazon humano ó que retrata las escenas de la vida, será siempre el poeta mexicano por excelencia, el poeta de la patria. Cuando el pueblo lo ve aparecer en la tribuna cívica, ó en medio de la plaza pública, ó ponerse en pié en cualquier altura, se agrupa, se arremolina en torno de él, se calla, escucha conmovido de antemano, porque aquella figura que ve alzarse es la del bardo que canta sus dolores ó sus esperanzas, porque aquella cabeza radiosa y expresiva, se ha expuesto á todos los sacrificios por amor á la libertad, porque de aquellas canas desordenadas *se alza siempre el fuego de la inspiracion, como se alza la llama del Popocatepetl de entre las nieves de su cumbre*, porque de aquellos labios parecen brotar y correr á borbotones los torrentes de la verdadera poesía, que electriza á la muchedumbre y que inmortaliza las cosas.

Por eso Guillermo Prieto era el poeta más á propósito para crear la poesía heróica en México, y por eso tambien él ha es-

cogido para su obra la forma que es más adecuada para hacerla popular.

Uno de esos poetas acompasados y simétricos, más cuidadosos de la gramática que del sentimiento, y más atentos á las reglas que á la naturalidad, rellenos de imágenes trilladas y de conceptos alambicados y oscuros, habria hecho una parodia de Ercilla ó una fria imitacion de la *Jerusalem*, encerrando en los frios anillos de la octava real y en la camisa de fuerza del consonante, una accion que se desborda, que se divide, que corre en mil torrentes de diverso cauce, que se dispersa por todos lados, como la lluvia en las montañas, como el incendio en los bosques, como la luz en el espacio.

La epopeya entera de los once años de lucha por la independencia, se niega, á causa de su mismo carácter, á ser encerrada en un solo poema de limitadas dimensiones. Muchos de sus episodios y muchos de sus héroes sí se prestan admirablemente al poema individual sujeto á las unidades clásicas. Pero abrazar el conjunto era imposible bajo el imperio de estas reglas.

Guillermo Prieto las dejó aparte, y deseoso de reunir en su obra todos los recuerdos heróicos de la insurreccion, como se enlazan en un hilo centenares de piedras preciosas, ó como se engarzan en una diadema puñados de diamantes, de rubíes y de zafiros, se ha limitado á conservar como unidad la narracion histórica, y como resorte constante el amor á la patria, dividiendo su vasta coleccion en pequeños romances, como en el *Romancero del Cid* y el *Romancero de romances moriscos*, verdadera y legítima expresion de la poesía épica española.

Nuestro poeta consideró que, á semejanza del pueblo español, nuestro pueblo que habla la misma lengua, gusta más de la versificacion llana y fácil del romance octosílabo, que de las intrincadas combinaciones de otros metros, y que más bien que torturarse la memoria recordando el consonante, prefiere saborear la armonía del asonante como hija de su idioma. Estas cualidades hacen del romance la forma poética popular por excelencia, y propia para grabarla en la memoria de todos.

De manera que Prieto ha realizado por la primera vez quizás

una cosa que siempre pareció árdua y difícil, esto es, ha creado la epopeya artificial con todos los caracteres de epopeya natural, colectiva y democrática.

Hasta aquí ésta habia sido como un panal formado por muchas abejas. Pues en el *Romancero Nacional*, el gran poeta mexicano ha sido la única abeja constructora y surtidora de miel. Es sin duda alguna el primer ejemplo que se presenta de una obra literaria de ese género. El poeta jalapeño D. José de Jesus Diaz habia hecho ya un ensayo, pero no habia abrazado el conjunto histórico de la Independencia. Hace algunos años que un grupo de jóvenes poetas de México inspirados, como Guillermo, intentaron hacer tambien un *Romancero Nacional*, y aun publicaron varios romances bastante bellos, que fueron muy bien acogidos.

Esa habria sido una obra colectiva, aunque no enteramente democrática, pero la dejaron trunca los autores; su ejemplo no fué seguido por otros, y lo que la inconstancia juvenil no logró realizar, lo ha conseguido por fin el entusiasmo inextinguible de este anciano en quien el hielo de la edad no ha podido apagar el fuego de la juventud que arde en su alma.

Por lo demas, sustituyéndose al pueblo en esta epopeya nacional, es el único que podia hacerlo en nuestra época Él conoce bien los resortes de la emocion popular, él que siempre los ha manejado con éxito; nadie como él posee la palabra pintoresca y fácil que encanta la imaginacion de la muchedumbre; nadie como él habla su lenguaje ingenuo y sencillo y sabe embellecer las rudezas del estilo llano con las gracias de la alegría, de la ternura, del amor y del valor. El poeta que ha reproducido con tan fiel exactitud los cuadros de la *Musa Callejera*, el poeta que adopta el carácter proteiforme de nuestros tipos, pero que cuando es necesario eleva su inspiracion hasta las regiones del patriotismo y de la libertad, era el único que podia, identificándose con el pueblo, reemplazarlo en la construccion de esa obra espontánea y natural que se llama la epopeya patriótica.

No por eso ha dejado de ser fiel á las leyes del sentido gene-

ral en tan elevada materia. Él ha comprendido, como Voltaire, que "un poema épico debe fundarse en el juicio y embellecerse con la imaginacion; que lo que pertenece al buen sentido, pertenece igualmente á todas las naciones del mundo. Todos os dirán que una accion única y simple que se desarrolla fácilmente y por grados y que no cuesta una fatigosa atencion, les agrada más que una reunion confusa de aventuras monstruosas. Se desea generalmente que esa unidad tan sábia esté adornada con variedad de episodios, que sean como los miembros de un cuerpo robusto y proporcionado. A medida que la accion sea grande, agradará á todos los hombres, cuya debilidad consiste en que desean ser seducidos por todo lo que sobrepasa la vida ordinaria. Preciso es que esa accion sea interesante, porque todos los corazones desean ser conmovidos, y si un poema, por otra parte perfecto, no conmoviese, seria insípido en cualquiera tiempo y en cualquiera país. La accion debe ser entera, porque no hay hombre que pueda quedar satisfecho si no recibe más que una parte del todo que esperaba."

Prieto ha cumplido con estas leyes en el *Romancero*, y desde el primero de sus cantos, el lector ve desplegarse ante sus ojos todo el cuadro grandioso de nuestra insurreccion, y desfilar uno por uno á los grandes caudillos, á los capitanes famosos, y aun á los guerreros ménos conocidos de aquella época heróica.

Allí van, pues, á aparecer fielmente retratados, como animados en la escena de la guerra, todos aquellos hombres cuya figura y cuyos hechos en vano buscaria el pueblo para caracterizarlos, en la embrollada narracion de Bustamante, en las noticias lacónicas de Mora y de Zavala, y que tanto ha desnaturalizado el rencor sistemático de Alaman.

Van á surgir, como evocados por la voz mágica del poeta y rodeados del prestigio de la verdad histórica, en primer lugar el sublime anciano de Dolores con su pequeño grupo de amigos y de aldeanos, saludando, entre los albores de un dia de Setiembre, el Génesis de la Patria; luego convocando á los pueblos para defenderla; marchando despues al frente de las masas para atacar y tomar la fortaleza de Granaditas tras de sangriento y

furioso combate; dirigiéndose como impetuoso torrente por Valladolid á la capital del vireinato; preparándose á la batalla en torno del altar de granito de la montaña de las Cruces en que el viejo caudillo reviste de nuevo las ropas sagradas para elevar sus preces al Dios de los pueblos libres. Despues la lucha encarnizada en medio de los bosques, cuyos ecos despiertan al retumbar del cañon, como asombrados despues de un silencio de tres siglos; luego la victoria, el terror de la metrópoli y la retirada misteriosa y siniestra de aquel ejército triunfador, que pudo acabar en un dia lo que fué despues obra de once años de porfiada guerra; más allá, Aculco, Guadalajara, Calderon, los reveses, el eclipse momentáneo del sol de Dolores, la marcha en el desierto, la traicion de Monclova y el dadalso de los primeros héroes en Chihuahua.

Luego vendrán Mercado con sus victorias y desastres como relámpagos, y D. Ignacio Rayon con su soberbia retirada desde el Saltillo hasta los confines de Michoacan.

Y luego aparecerá, surgiendo del océano de las montañas del Sur, el titan de la insurreccion, la gran figura de la epopeya, el genio sin rival de México, el ínclito Morelos llevando á su lado á Hermenegildo Galeana, el Aquiles y el Roldan de aquel ejército; á Pablo Galeana, tan gallardo y tan intrépido como Reinaldo; á Julian de Ávila, el defensor del Veladero; á Leonardo, Miguel, Víctor y Nicolás Bravo, cuatro leones; á Matamoros el vencedor del batallon de Asturias en San Agustin del Palmar; á Victoria, el primer presidente de la futura República; á Terán el sabio y el bizarro que afirmará un dia la Independencia venciendo á Barradas en Tampico; á Guerrero que conservará el fuego sagrado en los dias de infortunio; á Álvarez que conducirá al pueblo, al cabo de cuarenta años, hasta el camino de la democracia pura que habian emprendido los caudillos de 1810 y que se habia extraviado en 1821. Todos esos hombres, jóvenes aún, todos hijos del pueblo y escogidos entre las masas por la mirada adivinadora de aquel taumaturgo de la revolucion.

Y ya oirémos en los cantos del poeta las hazañas de aquel nido de águilas que se llamaba *El Paso á la Eternidad*, los acen-

tos de triunfo de Tonaltepec y de Chichihualco, la derrota de los *chaquetas* de Tixtla con su gigante Martin Salmeron, la derrota de los *colorados* de Fuentes, la toma de Chilapa y la fuga del presuntuoso Recacho, la batalla de Izúcar, el encuentro famoso de los dos campeones de aquella lucha, de Calleja, el general español vencedor de los insurgentes del centro, y de Morelos el caudillo insurgente vencedor de los españoles del Sur; las luchas homéricas del sitio de Cuautla, esa Troya no tomada; la humillacion de Calleja, los asaltos de Tehuacan y de Orizaba, el gloriosísimo y sangriento de Oaxaca, las fiestas del Congreso de Chilpancingo, el sitio y toma de Acapulco, las increibles proezas de los Galeanas en la Caleta, el abordaje de los buques españoles, la rendicion del castillo español de San Diego á Morelos, la accion famosa de San Agustin del Palmar y la derrota de Dambrini por Matamoros; luego los reveses de Valladolid y de Puruarán, el suplicio de Matamoros, la muerte desgraciada de Galeana en Coyuca, la Junta de Apatzingan, la larga travesía por la tierracaliente, la traicion de Carranco en Tesmalacan, la cautividad de Morelos y la muerte grandiosamente heróica de este caudillo asombroso en Ecatepec, que al sucumbir dejó agonizante el poder colonial en México.

Luego verémos atravesar el Golfo en débiles barcos, combatido por las tempestades y los reveses, pero sostenido por una resolucion sublime, á un jóven y apuesto guerrero español, ilustre ya por sus hazañas en Europa, á Javier Mina, que enamorado de la Libertad y más intrépido que Cortés, y más noble, porque no obraba impulsado por la sed del oro, viene á tomar parte en la lucha por la Independencia. Que desembarca en las costas de Tampico al frente de un puñado de amigos valientes y atrevidos, como los antiguos almogávares, que deja allí á unos cuantos guardando su espalda, y penetra sin auxilio de nadie, sin guías, sin bastimentos, en tierra desconocida y hostil, que atraviesa bosques insalubres y solitarios y encuentra al salir de ellos al enemigo realista preparado, aguerrido, superior ocho veces en fuerzas, y que á pesar de eso, lo acomete, lo hace pedazos en Peotillos y continúa su marcha victoriosa hasta el cen-

tro del país. Pero que encuentra á la revolucion en su hora de infortunio, á los principales jefes ó muertos ó dispersos; que lucha, que reanima á los desalentados, que hace prodigios de valor, pero que, asediado por todas partes, agobiado por el número y perseguido por la fatalidad, es hecho prisionero y compra con su sangre el derecho de ser llamado padre de la nueva Patria y mártir de la Libertad.

Por último, aparecerán, como dibujando sus imponentes siluetas en el horizonte luminoso del pasado, el *campo del Gallo*, el *Cerro de Cóporo*, el *fuerte del Sombrero*, el *cerro Colorado*, el *fuerte de los Remedios*, el *fuerte de Soto la Marina* y el *Campo de Xaliaca*, y elevándose entre sus rocas erizadas de parapetos, las atrevidas figuras de Ramon Rayon, de Young y Pedro Moreno, de Novoa y de Árago, el mayor Sardá, y de Nicolás Catalan y de su noble mujer, heróica como las espartanas. Surgirá del olvido como de las ondas del mar de Chapala, aquella fortaleza insurgente defendida tres años por Castellanos y sus valientes indios. De los picos basálticos de las montañas mixtecas, hoy cubiertos por las nubes del olvido, se levantará Juan del Cármen, con sus indómitos montañeses, y de las alturas de la Sierra-Madre descenderán, como águilas, Guerrero y Pedro Asensio, éste para derrotar á Iturbide, y aquel para llamarlo á las filas de la insurreccion y consumar la Independencia en 1821.

Todo esto y más encierra el *Romancero* de nuestro gran poeta. Es la epopeya nacional con todos sus caracteres, con su sabor democrático, su aspecto personal y pintoresco y su verdad histórica, que no tiene necesidad de revestir el brillante atavío de la leyenda para ser admirable.

Si, como lo esperamos, este libro llega á ser popular, él influirá poderosamente en la educacion moral y patriótica de las generaciones futuras, que no contaban hasta aquí más que con la poesía religiosa y erótica ó la elegiaca y satírica, que juntamente con la falta de instruccion, han producido en el espíritu de nuestro pueblo una especie de resignacion mística, cuando no una melancólica languidez ó el amargo descontento del pesimismo.

Prieto, creando la poesía heróica, revivirá en el alma del pue-

blo la fe en sus destinos, contribuirá á formar la verdadera nacionalidad por la fusion de los recuerdos gloriosos, y á dar á las masas el conocimiento de su verdadero valor en los futuros conflictos de la patria.

Así comprenderá el pueblo el sacrificio de los héroes de la Independencia y aceptará los que le impone el deber de conservar una herencia tan costosa. Sabrá que si los hombres de 1847 luchando con una nacion de 12 millones y con un ejército invasor de doce mil, se dejaron arrebatar la mitad del territorio, fué porque eran indignos de suceder á aquellos de la insurreccion, que lucharon sin tregua contra el poder colosal y arraigado de España y contra ejércitos diez veces más numerosos y aguerridos, hasta expulsarlos del suelo mexicano y conquistar una patria libre. El ejemplo de Morelos defendiendo una plaza escasa de elementos, con mil y pico de hombres contra nueve mil provistos de artillería, de dinero, y teniendo á su retaguardia á la capital del vircinato, debió enseñar lo que pudo hacerse en México con diez mil hombres en 1847 contra el ejército de Scott, inferior en número, y que no tenia á su espalda más que el aislamiento y el odio.

De otra manera, si esas lecciones heróicas del pasado no sirven para nada, tendriamos que considerar á los hombres de 1810 como una bandada de genios sobrenaturales que hubiese atravesado el cielo de nuestra historia sin dejar ni huella ni descendencia.

Pero no: la poesía alumbra hoy el abismo del olvido, y saca de él los tesoros tanto tiempo guardados; con ellos se enriquecerán los elementos de la educacion popular.

De todos modos, Guillermo Prieto ha cerrado con su libro el ciclo de la poesía puramente lírica en México; y sea que el camino que ha abierto sea frecuentado ó no, él habrá adquirido un nuevo título á la inmortalidad, ya que fué en su juventud y en su edad madura el cancionero del pueblo, el poeta pindárico de la Libertad; y siendo hoy en su vejez, á semejanza de Homero, el cantor de los héroes de su Patria.

Ignacio M. Altamirano.

PRIMER ROMANCE DE ITURRIGARAY.

¡Qué alegres están tus Pascuas,
San Agustin de las Cuevas,
El de los verdes sembrados
Y las ricas sementeras,
El de quintas deliciosas,
El de deliciosas huertas;
El de fértiles cañadas,
El de colinas risueñas,
El de arroyos cristalinos,
Que van cantando en la yerba.
Para gozar tus encantos
Tenochtitlan se despuebla:
Van los indios en bandadas,
La inquieta plebe en carretas,
En sus *cuacos* los catrines,
De *jarano* y *calzonera;*

Los próceres encumbrados
En sus *bombés* y *calesas;*
Pretensioso el *medio pelo*,
En simones de colleras,
Bamboleando en sus sopandas
La caja infirme é inquieta;
Llevando por todas partes,
En confusion estupenda,
Almofrejes, sillas, trastos,
Perros, muchachos, maletas.......
Es un rio la calzada,
La plaza en gente hormiguea,
Cada casa es hospedaje,
O fonda, ó cantina, ó tienda:
Allí donde no se baila,
Es que de fijo se juega;
Donde no hay culto de Baco,
Es porque Vénus impera,
Y el gran Birjan, cetro en mano,
Halaga, deslumbra, inquieta,
Desde al oidor taciturno
Que es oráculo en la Audiencia,
Hasta el audaz *cucharero*,
Que en las plazas hace rueda
Y atento á las *tres cartitas*
Sombrero y frazada arriesga.
Las campanas se hacen rajas,
Que hay hervidero en la iglesia

De misas y de sermones,
Novenas é *indulugencias*,
Entre *toritos* y bombas
Y *corredizos* y ruedas.
A las once *son los gallos*
Que ajustaron sus peleas,
Y habrá *moros* y *cristianos*,
Y de miles las apuestas,
Y habrá lo de *voy á Pérez*,
Y habrá *juega por Ledesma;*
Y "ya se va la tapada
Tas á tas, y *abran la puerta*."
En los palcos del palenque
Su lujo ostentan las bellas,
Reverberan los diamantes,
Ciñen los cuellos las perlas,
Y las arrogantes plumas
Sobre los peinados tiemblan.
Todo es bulla y regocijo,
Todo contento y riqueza;
En las calles las vendimias
Se agolpan y se tropiezan;
La nevería es la gloria;
En las fondas cantos suenan,
Y en las *partidas* de lujo,
En salones que refrescan
Por las rasgadas ventanas
Los frutales de las huertas,

Puestas en brillantes filas
Sobre la verde carpeta,
Incitando la codicia,
Montones de onzas se elevan,
Prometiendo mentirosas
El dominio de la tierra.

Mas donde se ve la gala
De México y su opulencia,
Y el hechizo de sus damas
Y el rango de la nobleza,
Es en el salon del baile,
Que en el *palenque* se ordena,
Trasformándose divino
Con soberana grandeza.
Sillones de terciopelo,
Rica alfombra, grande orquesta,
Y candiles de á cien luces
De casi diáfana esperma.
Allí se verá á las damas
Haciendo vulgar la seda;
Corta manga, largo el guante,
De zafiro la pulsera,
El cinturon con diamantes,
Alto el talle y á la inglesa,
Blancas plumas el peinado,

Rico calado en las medias,
Cerrando piedras preciosas
Del calzado las mancuernas.
Los galanes, calzon corto,
De seda tirante media,
La gran casaca bórdada
De oro y de plata y de perlas,
Camisa de ricos vuelos,
Y empolvada la coleta.......

Eran de ochocientos ocho
Estas hermosas escenas.
Tesoros daban las minas,
Frutos ópimos las tierras;
Las ciudades se acercaban
Por hermosas carreteras;
Los puentes tienden sus brazos,
Y los pueblos se congregan:
Pasaba ufano el comercio
Derramando sus riquezas;
Y el báculo en una mano
Y la Cruz Santa en la diestra,
Lo temporal y lo eterno
Determinaba la Iglesia.
¡Qué arrogancia en los oidores!
¡Cuánto rumbo en las condesas!

Los doctores ¡qué encumbrados!
En los claustros, ¡qué etiqueta!
Los militares ¡qué guapos!
¡Y cuánta prosopopeya!
Pero todo lo eclipsaban
El Virey y la Vireina,
Él flor de los caballeros,
Joya de las damas ella;
Él generoso y valiente,
Ella encantadora y bella.
Galanes les agasajan,
Hermosuras les cortejan;
En los grandes no hay envidias,
Y los pueblos les respetan.
Dice murmurando oculta
Acaso opinion rastrera,
Que era el Virey ambicioso
Y orgullosa la Vireina,
Y que más bien como reyes
Que cual siervos se manejan.
A veces se sintió sombra
De una traidora sospecha,
Pero era como esas nubes
Que vagando se presentan,
Y dan nuevo brillo al cielo
Cuando gruñendo se alejan.......

En tanto, la madre España,
Con Godoy á su cabeza
Y un Cárlos IV, modelo
De esposos y reyes pelmas;
Con un príncipe de Asturias
Muy digno de ir á galeras,
Y un Napoleon Bonaparte
Lleno de infamias y tretas,
De Pelayo en los terrenos
Armaban tal gazapela,
Que el escándalo del mundo
Fueron las tristes revueltas.
El rey abdica, Fernando
Salta traidor á la arena;
Al odiado favorito
Se aprehende y se piden cuentas,
Y el trono de San Fernando
Se ve sin piés ni cabeza.......
Y todos esos avisos
Con que los pueblos despiertan,
Llevaban su rico pólen,
Sacrosanta independencia
Que los pueblos aún dormidos
Sienten llegar á sus venas.

Y tú, cuán alegre estabas,
San Agustin de las Cuevas,
En los gallos á que asisten
El Virey y la Vireina.
De pronto se entra en su palco
Un oficial....... pliegos lleva;
Los ve el Virey, se demuda,
Habla bajo á la Vireina.......
Despues acuden los grandes;
Ya los potentados cercan,
Reina el silencio....... el palenque
Cual hondo desierto queda.
Dése lectura á los pliegos
Iturrigaray ordena,
Como Virey, y de España
Se oyen las tremendas nuevas.......
Alguno dice que de ira
Dió señales la Vireina.......
La lectura terminada,
Se manda seguir la fiesta;
Pero todo era fingido,
La gente en vano se esfuerza,
Van desertando los nobles.......
Los cortesanos se alejan.......
Y á poco....... la hermosa plaza
Cierra gimiendo sus puertas.

¡Pueblo! ¡pueblo! ese es aviso
Que llega tu hora suprema;
Esas farsas de los reyes,
Dicen que tú te gobiernas;
¡Ay de ellos si lo conoces!
¡Pobres tronos si despiertas!

Julio 26 de 1881.

SEGUNDO ROMANCE DE ITURRIGARAY.

En olas de las discordias
Se hundió de España el Gobierno,
Y cual presos sin cadenas
Se vieron mover los pueblos;
Se soñaron ciudadanos
Los que se durmieron siervos;
Vieron á sus mandarines
Con irrision y desprecio,
Y á Napoleon Bonaparte
Como aborto del infierno;
Los místicos le pintaban
Con cola, garras y cuernos, [1]
Miéntras con alas y estrellas
Al bribon Fernando Sétimo.

1 Histórico.

A la hermosa Nueva España
Trajo el mar los hondos ecos
De tan terribles mudanzas,
De tan tremendos sucesos,
Como nubes tempestuosas
Los cielos de horror cubriendo.
Los españoles se alarman,
Y en furia cambian su miedo;
Los mexicanos despiertan
En su pecho los deseos
Que la santa independencia
Tras larga lucha nos dieron;
El Virey, aunque valiente,
Estaba como perplejo;
Pero en el fondo del alma
Viva tentacion sintiendo
De tornar tantos trastornos
En su gloria y su provecho
Segun los unos; los otros
En su firmeza creyeron
Ver, como siempre miraban,
Amor de México al pueblo; ....
Pero lo que se refiere
Entre el vulgo como cierto,
Es que dos comisionados,
Que de Sevilla vinieron,
Pidiendo al par que obediencia
Como homenaje, dineros,

El uno Jabat llamado,
Jáuregui otro, segun creo,
Salieron desconsolados
Porque en México supieron,
Que aquí podian mandarse
No existiendo allá gobierno.
Se enojan los españoles,
Los criollos muestran contento,
Y se espian, y se armaban
Rencorosos y resueltos.
La causa del pueblo ampara
Nuestro ilustre Ayuntamiento
Con Azcárate elocuente,
Con Verdad, que es un portento;
Con Cristo muy decidido,
Pero dulce y caballero.
Todos del Virey confiados
Van á Palacio derecho,
Y entre mazas y con pompa
Y escoltados por el pueblo.
Dignos y en su propia mano
Le entregan un manifiesto
En que dicen: "llegó la hora,
" Formemos nuestro Gobierno;
" Ved que tenemos los hombres
" Derecho á nuestros derechos."
Y aunque no entendieron muchos
Qué pasaba, qué era aquello,

Sintieron luz en las almas:
Sintieron llama en los pechos:
Y de libertad la aurora
Bañó en luz el firmamento.
Los oidores espantados
Como por el sol murciélagos....
Aquel don Guillermo Aguirre
(¡Horror que fuera Guillermo!)
Todo se vuelve sorpresas,
Estallando en aspavientos.
Propone al fin Villaurrutia
Insuficientes proyectos;
Pero el Virey, indeciso,
Habla al fiscal en secreto,
Mas no tanto que no se oiga
Por el vulgo novelero:
"*Siempre habrá grandes mudanzas;*"
Palabras que le perdieron,
Quedando despues del acto
Los ánimos más inquietos.

Rabiaban los gachupines
Y los *chaquetas* con ellos,
Dirigiéndose furiosos
A casa de Gabriel Yermo,
Esquina de Cordobanes,

Alto zaguan, patio estrecho,
Que era de realistas nido
Y Fuerte del descontento.

Hacendado poderoso
Era don Gabriel de Yermo,
Vasallo á lo Torquemada
Y cómo él, cristiano añejo:
De Iturrigaray vengaba
Profundos resentimientos....
Sus fincas tornó cuarteles,
Hizo soldados sus negros,
Y cuantos á él se acercaron,
Juraron con feroz celo
De aquel Virey la caida,
De México el escarmiento,
Para la honra de la Iglesia,
Y en pro de Fernando Sétimo.

Era el 15 de Setiembre.
La noche su manto negro
Sobre la ciudad tendia,
Que estaba entregada al sueño.
Los rebeldes, entre sombras
Marchan en grupos dispersos,
Con la mano en las espadas

Y en los corazones miedo.
Todo en lo oscuro es pavores,
Todo en la plaza silencio.
En el frente de Palacio
Se mira como á lo léjos
La columna de Fernando,
De la horca los dos maderos;
Que aquella plaza era entónces
Cloaca . . . . y muladar sangriento,
Como imágen abreviada
De la época y del Gobierno.
Marchaban los conjurados,
Digo, con aire siniestro,
Apagando las pisadas
Y conteniendo el resuello.
Tambien podrian mirarse
Inmóviles y en silencio,
En portales y paredes
Acurrucados los *léperos*,
Sin saber nada, curiosos
Novedades inquiriendo.
Y aunque Santiago García
Traidor al Virey vendiendo
Les daba seguridades
Para que cayera preso,
En servicio del rey mismo,
Imágen del Rey del cielo,
No se barren con un soplo

Tres centurias de respeto,
Ni se separan de un golpe
Libertad y sacrilegio....
"Adelante," una voz dice,
Marcha al Palacio emprendiendo,
Y se eleva rumor sordo
Como al acercarse el trueno.
"Alto," repite Garrido,
Soldado de guardia intrépido;
"Alto," preparando el arma,
"Alto," al disparar el fuego.
La chusma se precipita,
Un hombre resulta muerto,
Y penetran en Palacio
Los amotinados, ciegos,
Y llegan y se dirigen
Del Virey al aposento....
Un Inarra los conduce,
Conocido por lo hambriento,
Gloton, grosero, finchado,
Grueso abdómen, torvo ceño.
Llegan á forzar la puerta;
Les induce un relojero,
Ramon Roblejo Lozano,
Tuno de cuenta, desecho
De cárceles y presidios,
Item más.... cristiano viejo,
Que grita que por hereje

Va á ponerse al Virey preso.
Gime la puerta; á su ruido
El Virey está despierto,
Salta con pistola en mano,
Con arrogancia, del lecho,
Y le hace frente á la turba,
Digno, imponente y sereno;
Y cual bandada de chicos,
Que viendo al leon durmiendo
Se jactan junto á la jaula
Y alarde hacen de denuedo;
Mas apénas se rebulle
El bravo rey del desierto,
Cuando corren espantados
Su garra casi sintiendo,
Tal retrocede la turba; . . . .
Pero en el mismo momento
Un misterioso embozado,
Que el rostro se va cubriendo,
Y que es un oidor afirman
Los que están en el secreto,
Los repone . . . . el Virey noble
Se halla desarmado y preso,
Y la estancia que de Reyes
Más que Palacio, era templo,
De la familia del prócer
Resuena con los lamentos.

Un cañon va por delante,
El Virey ocupa el medio
En su coche, y á los lados
"El Parian" y los de Yermo:
Todos cuitados,
Todo en silencio:
En las almas de todos el espanto,
Y él para el Santo Oficio
Marcha cual reo.

La plebe ruge espantada,
Los criollos están de duelo;
La comitiva camina
Como si llevara un muerto.
Se ven desiertas las calles,
Y sólo de trecho en trecho
Faroles agonizantes
De amodorrados serenos.
Miéntras que á Santo Domingo
Parece llega un entierro.

Un cañon va por delante,
El Virey ocupa el centro
En su coche, y á los lados
"El Parian" y los de Yermo:

Todos cuitados,
Todo en silencio:
En las almas de todos el espanto
Y él como reo.

A la Inquisicion llegaron,
Que abre sus antros y hierros,
Y los tigres de la hoguera
Parece que sonrieron.
La Vireina, que de hermosas
Era joya, era modelo,
Con el llanto de sus ojos
Baña las manos del preso,
Y contempla á sus verdugos
Con majestad y desprecio.

A poco . . . . San Juan de Ulúa
Mira á los augustos presos,
Y el gran navío *San Justo*
Lleva al ultrajado reo . . . .

Los rebeldes son magnates:
De enhorabuena está el clero;
Los *chaquetas* se pasean
Y hacen el dia festejo.
En medio de aquel tumulto,
Entre repiques y truenos,
Se cambian los mandarines,

Se proclama Virey nuevo.
Un dóyme á Dios, un buen hombre
Era Garibay don Pedro,
Un manequí de la Audiencia,
Un militar rezandero,
Si bien para nada malo,
Tambien para nada bueno.
Entretanto, en las mazmorras
Están horrores sufriendo
Verdad, Azcárate, Cristo,
Y Talamantes el recto,
De corazon generoso
Y de esclarecido ingenio.

Los criollos están furiosos;
La ira sugiere proyectos; . . . .
Pero los calman mil voces
Que clamaban sin recelo,
Poniendo fe en el futuro
Y en los opresores miedo:
Está dado el primer paso,
Todo lo demas es ménos.
Y aquel grito era terrible
Sólo porque era lo cierto.

Julio de 1881.



ROMANCE DEL LIC. VERDAD.

I

Agítase el mar del pueblo,
Que en conflicto están los Reyes,
Y la aherrojada colonia
Pide cuenta de su suerte.
Iturrigaray vacila;
La Audiencia quiere perderle,
Y en la lucha se despierta
Y poderoso se siente....
Pero el hábito de esclavo
Le refrena y le contiene,
Y sin tener la licencia
No se quiere ni que piense:
Era el volcan encendido
Hirviendo bajo la nieve;
Era la rambla de arena

En que saltara el torrente;
El trozo de dinamita
Que con el choque más leve
Hace pedazos los hierros
Y hará los tronos perderse.
El sesudo Ayuntamiento
Que al pueblo la vida debe,
Con el Virey se acompaña,
De libertad lleva el gérmen,
Y cuenta con concejales
Decididos y valientes.
En la junta que convoca
El Virey, era de verse
La infamia de los oidores,
Falsos y orgullosos siempre;
De Iturrigaray la astucia,
Y á un edil, jóven imberbe,
Arrostrando el recio empuje
De los serviles aleves,
Que de este modo prorumpe
Con asombro de la gente:
"No permanezcas cuitado,
"Pueblo, levanta la frente,
" *Que tú eres el soberano*
" *Y tú harás obedecerte;*
"Pueblo, levántate osado,
"Porque tú sólo eres fuerte,
"Y tú sostienes los tronos

"Y haces y deshaces reyes."
Y vibraba aquel acento
Tan sublime y elocuente,
Que el escándalo y la rabia
Quisieran desparecerle.
Y érase un hombre nervudo,
De ojo audaz, erguida frente,
La talla dominadora,
Hermoso, expresivo, fuerte,
Con la emocion irradiando,
Como un monte que se enciende.
Los Oidores, iracundos
En sus sillas se estremecen;
El Arzobispo se indigna
Y maldice al insolente.
¿Quién es ese temerario,
Quién es, pregunta la plebe?
—"Es Verdad, el Licenciado,
"Regidor que nada teme,
"Y que logrará atrevido
"Tan sólo comprometerse."

Pasaron dias y dias;
El tiempo trascurrió breve;
En olvido las rencillas
De aquellos lances parecen;
Pero el odio en los serviles

Escondido se mantiene,
Como entre marchitas yerbas
El nido de la serpiente.

II

"¡Vive Dios que he de mataros
Si se escucha el menor ruido!"
Y el acento era tan ronco,
Y era tan oscuro el sitio,
Y es el rumor tan extraño,
Tan estrecho el pasadizo,
Tan húmedo, y con un tufo
Tan insano y opresivo,
Que en el fondo de una tumba
Parece lo sucedido.
De una encubierta linterna
Se escurren sutiles visos
Que más que gentes, fantasmas
Mal alumbran, y vestiglos.
Esos bultos se agrupaban
A otro bulto con ahinco,
Debajo de cuyas ropas
Se escuchan sordos gemidos,
Y le estrujan y le arrastran,
Y el mártir en hondo ahoguío
Se detiene y se adelanta

En un reluchar continuo.
De cadenas y cerrojos,
Oyense agudos crujidos.
Tuercen escaleras, pasan
De hondo calabozo un quicio
Y "aquí" .... les marca el acento
Con su tono imperativo....
En lo intenso de la sombra
Se escuchan siniestros ruidos;
Mas todo tan misterioso,
Mas todo tan confundido,
Que era el espanto del alma
Y el terror de los sentidos;
Y cuando en aquel conjunto
De la linterna algun hilo
De luz filtra, se ve un todo
Pavoroso, indefinido,
Y algo como forma humana
Sujeto á horrendos martirios.
Sigue la lucha.... un instante
Hay de estupor infinito....
Un momento la luz brota
Con reverberante brillo,
Y alumbra atado á una soga
Y de un clavo suspendido
A un hombre que se columpia
Ahorcándose convulsivo;
Pero era luz de relámpago

La que un punto ha aparecido....
Todo lo envuelve la sombra,
Y el cortejo de asesinos
Oyó contra las paredes
Golpes, y escuchó gemidos
Que con sus fauces de piedra
Devoraba aquel abismo....
Cuatro dias cuenta Octubre
Y ocho años contaba el siglo
Que en el seno de sus noches
Vió perpetrar el martirio....

III

Todo la paz anunciaba,
Ya ni hay motin ni conflictos,
Sus puertas abren las tiendas
Y sus tesoros los giros.
De pronto en rumor confuso,
El patriota compungido
Anuncia: Verdad ha muerto,
Se arrojó ciego al suicidio;
Otros dicen que un veneno
Cortó de su vida el hilo,
Y otros que cobró la muerte
Su tributo cuando quiso.
El pueblo incrédulo escucha

Sin dar de amargura signo;
Pero graba en sus recuerdos
A su defensor querido
Para cuando tome cuentas
A sus verdugos malditos.

IV

Como rayo cruza el tiempo,
Y los años así vuelan;
Vierte sus ópimos frutos
La adorada independencia,
Y el brazo de la Reforma
Con su inflexible barreta
El pasado desmorona
Dejando escombros en tierra.
Con las paredes del claustro
Se abatieron las barreras
Que la luz por tres centurias
Tuvieron como represa.
La mazmorra pavorosa
Donde aconteció la escena
Que nos refirió la historia
Con voz misteriosa y trémula,
Era en la calle cerrada
Ahora de Santa Teresa,
Y del viejo Arzobispado

La prision honda y siniestra,
Va á convertirse en estancia
Amplia, alegre y opulenta
Para don Joaquin Alcalde,
Que trasforma y hermosea
Aquellos antros de cárcel
Tornándolos ricas piezas.
Al derribar las paredes
Y al raspar las que en pié quedan,
Descubren los albañiles
Un hoyo . . . . borradas letras,
Algunas manchas de sangre
Y de piés y uñas las huellas . . . .
Gritan, acude la gente,
Se inquiere, limpia y despeja
El muro, y se mira claro
Con estupor y sorpresa:
" *Este es el hueco del claro*
" *En que la justicia eterna*
" *Colgó á Verdad don Francisco,*
" *De sus delitos en pena.*"

La inscripcion guardó la historia,
Y hoy en sus anales queda
Como una huella de sangre
Y de Garibay afrenta.

ROMANCE DE VENEGAS.

Al repicar las campanas
Y al clamor de las trompetas,
Con pompa de batidores,
Y alabardas, y calesas,
En México la grandiosa,
Entró su Virey Venegas:
Viene á desfacer entuertos,
Le llaman diestro en la guerra,
Valiente el frances le dice,
Y se ensalza su prudencia.
Un catorce de Setiembre
México miró la fiesta
De su entrada, y con sus gentes
Cubrió plazas y azoteas.
Las mujeres, en voz baja,
Elogiaban su presencia;

Los criollos, á sus censuras
Abren fáciles la puerta,
Por las modas que introduce
Y causaban extrañeza.
Él adoptaba la *furia*,
Desterrando la coleta,
Pantalon y grandes botas
En vez de zapato y media.
Le adulan más que humillados
Gachupines y chaquetas,
Y él va marchando severo
Con precaucion y firmeza,
Valor poniendo en las almas,
Tiento poniendo en las lenguas.
Le rinde la tropa honores,
Incienso y cantos la Iglesia,
Los nobles respeto y honra,
Y cuasi culto la Audiencia.
Cariñoso el Arzobispo
No se aparta de su diestra,
Y el buen Garibay don Pedro,
Que de vejez bambolea,
Asíduo le hace la corte
Con sumisa reverencia.
Todo promete ventura,
Todo el porvenir alegra;
Apénas queda algun rastro
De la pasada tormenta,

Como en el frondoso bosque
Cuando el huracan se aleja
De corpulentas encinas
Ramas besando la tierra....
¡No te embriagues con tu dicha,
No la amamantes, Venegas!
Que no espirarán los ecos
Que levantan estas fiestas,
Sin que una voz no te diga,
Llegando triste á tu oreja:
" Vienes á los funerales
" De la España y su grandeza,
" Y esa *canalla* que se alza
" Y que tú propio desprecias,
" Será el invencible pueblo
" Que logre su independencia."

[redacted]

ROMANCE DEL CORREGIDOR Y LA CORREGIDORA

DE QUERÉTARO.

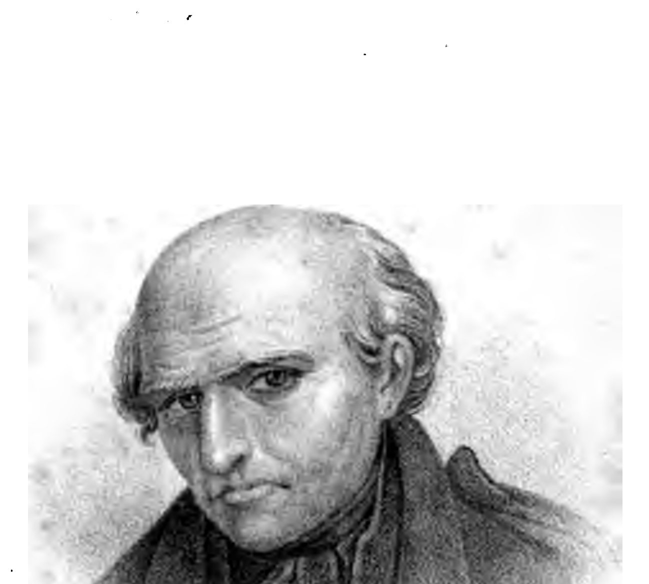
Con el rostro descompuesto,
La faz lívida de espanto,
Trémula, y por los sollozos
Tartamudeando los labios,
Toma la Corregidora
A su marido del brazo,
Y en retirado aposento,
Despues de que hubo cerrado,
Y cierta de que están léjos
Las palabras y los pasos,
La majestuosa matrona
Así estalla en su relato:
"Domínguez, somos perdidos,
"El complot han denunciado;
"Ya se decretan prisiones,
"Ya se levantan cadalsos:
"Ya aprehenden á los amigos
"Que están aquí refugiados,

"Y marchan resueltas tropas
"Por Allende y por Hidalgo.
"—Sálvense—Domínguez clama:—
"Salvémosles, á salvarlos;
"Valor! porque es nuestra causa,
"—Valor! por ella muramos!"
Y la sublime matrona,
Que era de beldad un pasmo,
En instantes se trasforma
Como amparo de los náufragos;
Y apasionada, divina,
Arrollando los obstáculos,
Hace difundir la nueva,
Pone patriotas en salvo,
Y procura que desmientan
Al delator obcecado,
Que era, segun se refiere,
Un tal Galvan don Mariano,
Empleado en la Estafeta....
Chaqueta y cristiano rancio;
Pero ante todo, dispuso
Enviar un aviso exacto
A Ignacio Allende, y consigue
Tanto empeñar al enviado,
Que se apodera atrevido
De un corcel que encuentra al paso,
Y hasta San Miguel el Grande
Vuela, sin darse descanso.

Allende sabe el suceso,
Busca á Aldama sin retardo,
Y con audaz arrogancia,
Briosos y resueltos ambos,
A Dolores enderezan
Las riendas de sus caballos,
Y veloces como flechas
Vuelan, los aires cortando.
Era don Ignacio Allende
Alto, rubio, bien plantado,
Cuello erguido, ancha la espalda,
Suelto y poderoso el brazo,
Crespa, alborotada *furia*,
Andar resuelto y con garbo,
Ver audaz, azules ojos,
Ardientes, limpios y claros;
Ginete entre los ginetes,
Cual soldado, temerario,
Complaciente en los festines,
Comedido en los estrados,
Lidiando toros, prodigio,
De caballeros dechado.
De la Reina el Regimiento
Le vió capitan bizarro,
Y á la par le festejaban
Las ciudades y los campos.
Aldama, su compañero,
Era tambien hombre guapo,

Con valor, pero prudente:
Firme, pero con recato:
Era del honor asombro,
De su palabra era esclavo,
Y una vez que hubo resuelto
Correr la suerte de Hidalgo,
Fué su dignidad ejemplo,
Y bravo, entre los más bravos.

Cruzan montes y veredas
Los hombres que hemos pintado,
Y el resoplar en silencio
Se escucha de sus caballos,
O el tropel, entre las piedras,
De sus resonantes cascos.
Así á Dolores penetran,
Leguas diez atravesando,
Y enfrente de las ventanas
Altas, sin rejas, en bajo,
De la habitacion del cura,
Los ginetes hacen alto.
Reina en las calles la noche
Y el silencio en el espacio.
El pueblo estaba desierto,
No hay un rumor en los campos,
El rio tranquilo suena,
Y es todo sueño y descanso.



El Libertador de México.

Dr. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

Copiado de un retrato antiguo, original de D. Primitivo Miranda que segun informes del Gral. D. Manuel Doblado y otras personas fidedignas que conocieron al héroe, es el que tiene mayor semejanza, con el caudillo de Dolores.



ROMANCE DE HIDALGO.

Los pueblos de Guanajuato
Son como collar de perlas;
Si en sus minas brota el oro,
Más que minas son sus tierras;
Son bonanza sus metales;
Son bonanza sus cosechas;
Son sus corceles ardientes;
Son seductoras sus bellas,
Y sus esforzados hijos
Vierten con igual largueza,
En sus festines el oro
Y su sangre en la pelea.
Entre esos pueblos hermanos
Brilla como magna estrella
La poblacion de Dolores
Entre llanuras extensas:

Le ciñe un rio anchuroso
Coronado de arboledas;
Se ven sus casas blanqueando
Entre deliciosas huertas;
En sus plazas sobresale
Modesta la humilde iglesia,
Con su alegre campanario
Y el cementerio de piedra.
En derredor y en los llanos
Vénse ricas sementeras
Con trigales como de oro,
Con milpas que verdeguean,
Y cuyas colgantes hojas
Con el vago viento suenan.
En los apacibles prados,
Pastando abundante yerba,
Los ganados paso á paso
Su ociosa vida pasean;
Miéntras cabras y corderos
Vagan en alegre huelga
Bajo extendidos mezquites
Que trecho á trecho descuellan.
Doquiera se ve al trabajo
Derramando la riqueza,
Llevando en pos de sus pasos
A la paz y la inocencia.

Por aquellos emparrados
En que los racimos cuelgan,
¿Qué hace aquel amable anciano
A quien los indios rodean,
Y á quien se dan testimonios
De ternura y reverencia?
Venid conmigo, llegaos,
Contemplémoslo de cerca.
Es un noble sacerdote
Que aun no frisa en los sesenta;
Delgado, pero nervudo;
De andar tardo y con firmeza;
Frente augusta y espaciosa;
De cabellos leves hebras
En las pronunciadas sienes,
Que como plata blanquean.
La nariz un tanto curva,
La piel tirando á morena,
Negro y penetrante el ojo,
La boca breve y discreta.
De continuo le domina
Calma triste y circunspecta;
Pero sus ojos á veces
Terribles relampaguean
Y las luchas de su pecho
Delatan con llama intensa,
Perdiéndose en el misterio
Esas chispas indiscretas,

Avisos incontenibles
De sus ignoradas penas....
Lleva en sus hombros su turca,
Largo baston en la diestra,
Y así divulga en los indios
Los tesoros de la ciencia,
Y las artes, y el cultivo
De los campos les enseña.
Él llora con sus dolores,
Él perdona sus flaquezas,
Él les enseña á ser hombres
Cuando les ven como á bestias,
Y él en su piedad sublime,
Recogiendo sus miserias,
Jura que ha de redimirlos
De su situacion abyecta,
Y hace surgir todo un pueblo
Del volcan de sus ideas!!!
Así, miéntras enseñaba
Dulce á cultivar la tierra,
Ya con Allende conspira,
Con Aldama se concierta,
Con Abasolo platica
De la temeraria empresa.
Oculto fabrica lanzas
Y para la lid se apresta,
Y ya inicia, ya disuade,
Como manda la prudencia.

¿Quereis saber más del hombre
Que entre las vides pasea?
"Es el pastor de las almas,
"Es el cura de esa tierra,
"Miguel Hidalgo y Costilla,
"Del pueblo escudo y defensa,
"Y á quien llamará la fama
"Padre de la Independencia."

[redacted]

ROMANCE DEL 15 DE SETIEMBRE.

Golpes suenan en la puerta,
En la puerta del Curato;
Golpes y voces que llaman
Ansiosas al Cura Hidalgo....
Se hace luz en las estancias,
Se pasean los caballos,
Entran Allende y Aldama
Del Cura en el pobre cuarto,
Y sin muchas precauciones,
Ni más rodeos, ni preámbulos,
Dicen: "Estamos vendidos:
"¿Qué resolucion tomamos?"
Oye la nueva tranquilo
Con calma y sosiego Hidalgo,
Miéntras se ajusta las medias,
Y ordena que venga un criado

Para que den chocolate
A sus valientes aliados.....
Manda llamar los serenos
Y á su hermano don Mariano.
Se encendieron unas teas
Que agitaban unos cuantos:
Las boruquientas campanas
Despiertan al vecindario;
Acuden al llamamiento
Gentes á pié y á caballo,
Y en una de las ventanas
De aquel inmortal Curato,
Erguido, grande, sublime,
Asoma su busto Hidalgo.
Grita: "¡Muera el mal gobierno!"
Alza llama el entusiasmo,
Y el pueblo se siente libre,
Y en el polvo sus tiranos....
Quince inmortal de Setiembre
De ochocientos diez, los fastos
Escribieron, y esa fecha....
Pasan sin tocar los años.

ROMANCE DE DOLORES.

¿No habeis mirado las aguas
Del monte precipitarse
Entre las peñas, hirvientes
En las quiebras escrespándose,
Y difundirse bramando
En turbulentos raudales,
Hasta en la oscura barranca
Fiero torrente tornarse?
¿No habeis mirado la lava
Correr de abiertos volcanes,
Rodar con ímpetu ardiente
Los peñascos y los árboles
El incendio propagando,
De espanto llenando el aire,
Haciendo temblar los montes
Y gemir los animales;

Como humillados los cielos
Y anonadados los mares?
Así se despierta el pueblo,
Así acude en aquel trance,
Así al rededor de Hidalgo
Aulla, se estrecha, levántase,
Terrible, medio desnudo,
Incontenible, salvaje....
Él no sabe lo que quiere,
Pero lo que siente sabe;
Sabe que no será esclavo,
Sabe que Hidalgo es su padre,
Y siente que siendo libre
Será fuerte, y noble, y grande.
Pero á tanto bien se llega
Siempre entre mares de sangre;
No hay redencion sin suplicio,
Ni háyla sin acerbo cáliz.
Siempre los que el mal sembraron
Recogieron tempestades,
Y una voz dice inflexible:
"Quien tal hizo, que tal pague"....
Así en confusion horrible
Hierven las gentes cual mares;
Ancianos, mujeres, niños,
Ginetes que sobresalen
Entre lanzas, chuzos, hondas,
Y carabinas y sables.

"¡Que mueran los gachupines!"
Grita rugiendo el coraje,
Y se aprehenden españoles,
Y abren sus antros las cárceles....
Cabalga el subdelegado
Preso; con escolta traen,
Sin respeto á su corona,
Al sacristan, que era un padre
A quien el señor Vicario,
Honra de los liberales,
Quiere poner en seguro
Para que á Hidalgo no dañe.
Donde hay peligro, está Allende;
Aldama, multiplicándose,
En órden pone las chusmas
Con Abasolo delante,
Que era un apuesto mancebo,
Valiente, diestro, indomable,
Muy mirado con los pobres
Y muy grande entre los grandes.
Hidalgo tranquilo ordena,
Manda, contiene, persuade;
"A San Miguel," grita el pueblo,
"A San Miguel;" y en instantes,
Entre repiques y truenos
Está en marcha la falange,
Y más que falange, pueblo
En conjunto, desbandándose,

En tropel, abandonando
Sus campos y sus hogares,
Y así siguieron á Hidalgo
En Atotonilco el Grande.
La prevision del caudillo
Se apodera de la Imágen
Sagrada que en Guadalupe
Hízose erigir altares.
Y "Este es, ¡oh pueblo!—le dice,—
"Este será tu estandarte;
"Ella es amparo del indio,
"Ella es del indio la madre.
"Ella hasta México mismo
"Nos conducirá triunfantes."
A las palabras de Hidalgo
Como que los cielos se abren;
"¡Que viva la Santa Vírgen!"
Repiten montes y valles;
Y porque lo quiso el hado,
O el programa se acabale,
O bien porque el fanatismo
Con la pasion se acompañe,
"*¡Y mueran los gachupines!*"
Vibran terribles los aires;
Y ese fué el grito de guerra,
Y de gloria y de desastre.

ROMANCE PRIMERO DE SAN MIGUEL EL GRANDE.

Parece que están colgando,
Sobrepuestas en pared,
A la falda de los cerros
Las calles de San Miguel:
Desde las grandes alturas
Las azoteas se ven,
Y las plazas y arboledas
Se bullen á nuestros piés.
Es lindo el pueblo, muy lindo,
Y verde como un Eden:
Cada ventana descubre
En los patios un verjel.
Hay sus balcones rumbosos,
Hay sus casas de gran tren,
De opulentos hacendados,
Y templos como á granel,

Que son decoro del clero
Y alcázares de la fe.
En comercio y en riqueza
Nada quedaba que ver
En el año que me ocupa
De mil ochocientos diez.
A San Miguel marcha Hidalgo
Con su numerosa grey,
Que se engrosa y robustece
Y acrecienta su poder.
Todo respira contento,
Arde y trasciende el placer;
El pueblo llora de gozo,
Aunque sin saber por qué.
Y es que, aunque marcha á la muerte,
El pueblo ya es "pueblo rey."
Que hagan cálculos los sabios;
El que da su sangre es él;
Y si la da por su gusto,
Siempre la da con placer....
Así tronando en los vientos
Su anuncio grande se ve,
Como torrente impetuoso
Invadiendo San Miguel.
Las campanas se hacen rajas
Dando al pueblo el parabien;
Las músicas festejosas
Resonaban por doquier.

Hormiguean los terrados,
Las azoteas tambien,
De gente entre banderolas
Y lienzos, que en el tropel
La imágen de Guadalupe
Flotando dejaban ver.
Pero ¿quién pintar pudiera
Del júbilo la embriaguez?
Eso, segun sus alcances,
Se lo pinta cada quien.
Primero van los caudillos
Que ya todos conoceis;
Hidalgo, Aldama y Allende;
Abasolo va despues;
Se siguen los caporales
Y gente de más valer,
En arrogantes caballos,
Algunos de rico arnés;
Ancho sombrero el ginete,
Cuera de curtida piel,
Con agujetas de plata
Y bordado su revés;
Rica bota *de campana*,
Y grande espuela en el pié,
Tal van unos; pero muchos
Entran en la lid tambien
En malhadados rocines
Delgados como el papel,

El cabello dado al viento,
Y casi en la desnudez.
En pos va la infantería,
Que de labradores es,
Cada grupo con sus viejos,
Sus caciques y su juez.
Los dragones de la Reina,
Que de guapos dan la ley,
Con el pueblo se confunden,
Que el pueblo les vió nacer.
Y todos como cercados
De inmensas olas se ven,
Que forma el pueblo ferviente
Sin poderse contener.
Entre miles de banderas
Se miran resplandecer
Las lanzas y carabinas,
Y un bosque forma el tropel
De ramas, picas y palos
En impetuoso vaiven....
Mas ya llegan á la plaza,
Ya estamos en San Miguel.

ROMANCE SEGUNDO DE SAN MIGUEL EL GRANDE.

Se aloja Hidalgo, llegando,
En la casa de Landeta;
Manda que aprehendan á Isasi
Y á la vez que á Barrio aprehendan,
Y las tropas en las calles
A sus solaces se entregan.
Dicen que Hidalgo imprudente
El desórden no refrena,
Y otros dicen que con órden
No se forman las revueltas.
Los unos quieren las luchas,
Pero con compás y regla;
Otros, recias tempestades
Piensan que se reglamentan,
Y silbar sabemos todos,
Y á un toro pocos se arriesgan.

Dicen que Hidalgo, en el colmo
De la pasion que le incendia,
Al pueblo desde la altura
Arrojaba las talegas;
"Mas, pues que Alamán lo afirma,
Le darémos cuarentena."
Baile, músicas, holgorio,
Y entusiasmo puro y fiesta
Era todo. En el futuro
Puede venir lo que venga,
Que en ciertas cosas, el triunfo
Es tirar la primer piedra.
Las huestes de los patriotas
Instante á instante se aumentan;
Apénas toman descanso,
Tienen un respiro apénas,
Cuando á San Miguel dejando,
Vuelan, costeando la Sierra,
Y de Celaya orgullosa
Choca la turba en las puertas.
Apénas los siente Duro,
Que el jefe militar era,
Cuando él y los españoles,
Flexibles como la seda,
Recogiendo sus caudales,
A Guanajuato se alejan.
Lleva Hidalgo el estandarte....
De su pueblo á la cabeza,

Por la dilatada plaza
Entusiasta lo pasea,
Y desde el meson mentado
Que alto en la plaza descuella,
En voces tan elocuentes,
Con expresiones tan tiernas
A los pueblos felicita
Por la proteccion excelsa,
Que cual lloraron los hombres
Llorado hubieran las piedras
Si entendieran lo que dijo
Y si corazon tuvieran.
Padre proclaman á Hidalgo,
Jefe y norte de la empresa,
Y el Cura, llorando entónces,
Se abrazó de su bandera.



ROMANCE DE ALARMA.

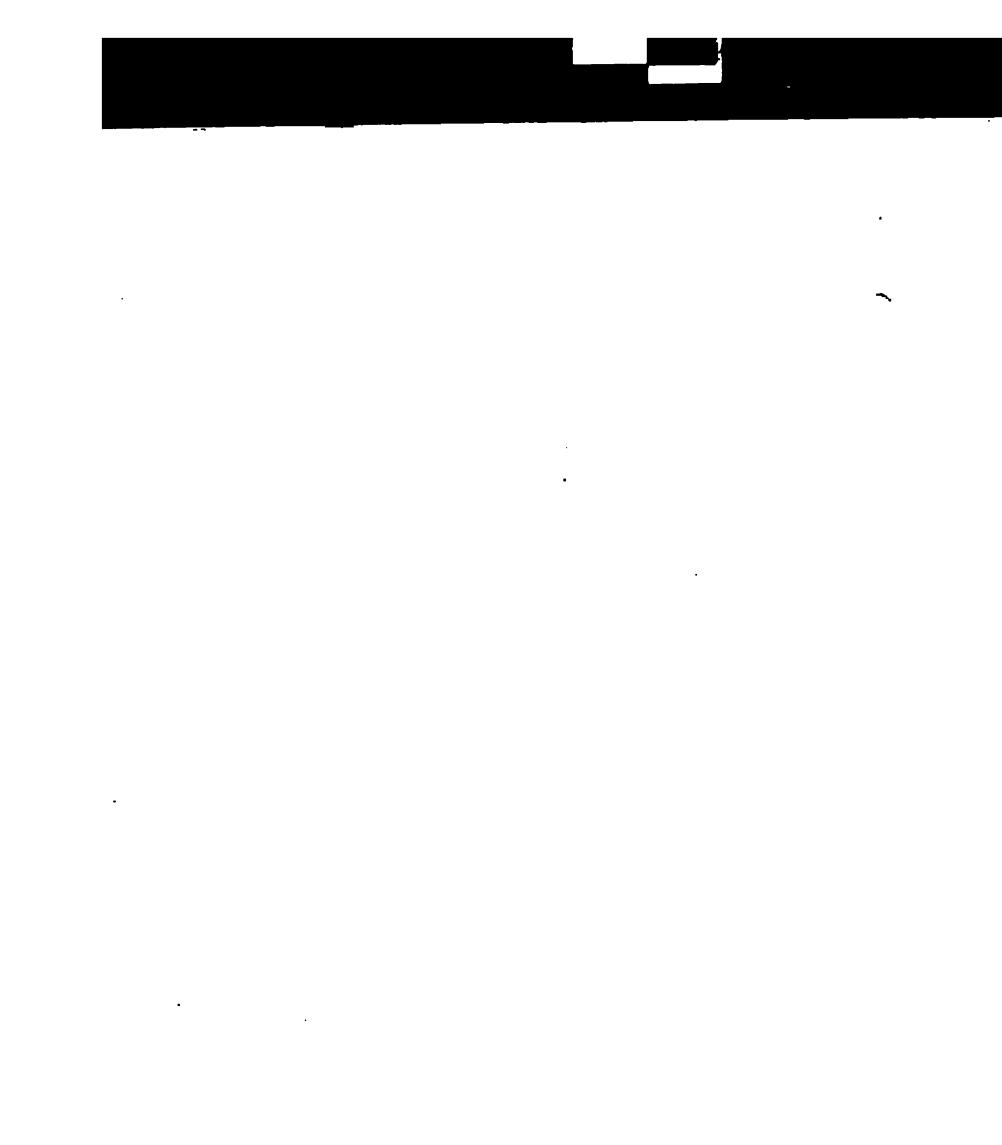
Como hace volar el viento
Furioso las hojas secas,
Y en diluvios las derrama,
Las revuelve y las dispersa,
Vuelan así las noticias
Y en torrentes van las nuevas
De lo que pasó en Dolores,
De Hidalgo y de sus grandezas.
Y cual los curiosos peces
Corren si una luz observan
En el agua, tal los pueblos
En pos de noticias llegan.
El Virey recibe el parte
De todo, y perplejo queda;
Sosegarlo quiere Aguirre,
Que á la canalla desprecia;

Pero él, sondeando la sima
Que mira á sus piés abierta,
Dice: "que vengan mis bravos,"
Y de sus bravos se cerca.
A su lado acude brioso
El Conde de la Cadena,
Decoro de los valientes,
Temido y honrado en Puebla.
Con su Cuerpo valeroso
Viene don Ramon Ortega;
Manda que aliste sus huestes
En el Potosí Calleja;
Valladolid y Orizaba
Se ponen en pié de guerra;
Mas con todo esto, su pecho
Previsor no se sosiega.
De la fragata de Atocha
Manda que la gente venga
Con don Pedro Celestino
Negrete, que la gobierna....
Los marinos desalmados
Tocan audaces en tierra,
Y aquello fueron bravatas,
Insultos y desvergüenzas,
Que enconaban de los criollos
Las sus heridas abiertas.
No bien se alistan las armas
Y para la lid se aprestan,

El Virey llama sesudo
A los grandes y la Audiencia,
Y en un salon de Palacio
Con gran pompa se congregan.
Bajo dosel los recibe
Con grave gesto Venegas,
Y sobre muelles cojines
Los concurrentes se asientan.
El Arzobispo Lizana
Le da á Garibay la diestra;
Don José de Bustamante,
Que del mar general era,
Brusco en su ademan, avisa
Que asiste como por fuerza,
Mirando de los oidores
La vanidosa etiqueta.
Todos desden y desprecio
De lo sucedido afectan,
Y quieren que á los rebeldes
Se ajusticie con violencia.
Mas el infalible instinto
Se irrita de los *chaquetas*,
Y como siempre acontece
Si el peligro no está cerca,
El suelo brota valientes,
Los héroes los vientos pueblan,
Y hay aquello de "vencemos,
Y apostamos la cabeza.". . . .

Entretanto, los tributos
A los indios se aligeran;
No hay uno que hable de azotes,
Ni miente la Tlapisquera.
Les llama el Virey sus hijos,
Y hasta Acuña los chiquea,
Que dicen era un corchete
De nombre, por su fiereza.
No consiente estar ociosa
En aquel trance la Iglesia;
Llueven las excomuniones;
Valladolid la primera
Hereje á Hidalgo declara
Bajo terrible anatema;
El Arzobispo Lizana
Sigue de Queipo las huellas,
Y el buen Obispo Campillo,
Que era fiel Pastor de Puebla,
El coro torna en Congreso,
Que maldice á la insurgencia;
Pero para el *Santo Oficio*
Fué el holgorio, la cosecha:
Ya ve flotantes sus llamas
Y con pasto sus hogueras;
A Hidalgo y todos los suyos
Con honda furia condena,
Y prepara sus estatuas
Para ensayarse con ellas,

Mientra á los originales
Los descoyuntan y tuestan;
Y aquellos fueron latines,
Y aquellas fueron arengas.
El Colegio de Abogados
De Aldama Ignacio se venga,
Y lo expulsa de su seno
Para procurar su mengua.
Hasta el gran doctor Montaña
Agitó entónces su péñola;
Pero se creyeron burlas
Lo que él escribió de veras.
Los copleros palaciegos
Chillaban como cornejas,
Esperanzas y bravatas
Soltando á diestra y siniestra....
En tanto, en solemne marcha
La tropa corre á la guerra,
Y la ciudad silenciosa
La ve alejar con tristeza.
Son soldados valerosos,
De la Corona es la fuerza,
Vistosos sus uniformes....
Van al frente cuatro piezas,
Y lleva orgulloso el mando
Don Ramon Diaz de Ortega.



ROMANCE PRIMERO DE GUANAJUATO.

Entre fértiles llanuras
De oro, esmeraldas, topacios,
Como muro gigantesco
De países encantados,
Apiñándose montañas
Grandes, cerros empinándose,
No se ve, ni se sospecha,
Se adivina Guanajuato,
Arca inmensa de tesoros
De este suelo mexicano.
Son cañadas, son laderas
Y son cimas y barrancos
Las que se llaman sus calles
Y la que ciudad llamamos.
Están las casas en ella
Al aire y como colgando;

No hay atrás, ni hay adelante,
Hay arriba ó cuesta abajo:
Si lo primero, se trepa,
Si lo segundo, rodando.
Es ciudad que se examina
Como girones de un cuadro,
Ciudad que nos hace gestos
En plazuelas y terrados,
Donde el aire baila valse
Y hace zig-zag el sol claro.
Andando, andando, tropieza
El pié con un campanario,
Y donde sospecha yerba
Está la cima de un árbol.
Asoma la oreja un burro
Cual subido en un tejado,
Y sobre nuestas cabezas
Corren coches y caballos;
Pero todo tan hermoso,
Tan opulento y fantástico,
Que admira ver de las peñas
Surgir soberbios palacios,
Y á la rica arquitectura
En roca incrustar el mármol.
Son sus templos en grandeza
Y en opulencia extremados,
Y de las sus mil haciendas
Las chimeneas humeando,

Anuncios de las riquezas
Derraman en el espacio.
¡Cuán generosas las hembras!
Los donceles ¡cuán galanos!
¡Qué alegres y manirotos
Los mineros arriesgados!
En la adversidad ¡cuán dignos!
En la de buenas ¡cuán francos!
Y como triple divisa
De su placer en el trato,
Alegran sus corazones,
Segun lo que me han contado,
La música, las hermosas
Y los soberbios caballos.
Era emporio del comercio
Aquel tiempo Guanajuato;
Brotaban las piedras pesos,
Todo era dicha y regalo,
Gobernando recto y dulce
El noble Intendente Riaño,
De quien nos deja la historia
Fidelísimo retrato....
Valiente, mas comedido,
Justo, caballero, honrado,
Cariñoso con los pobres,
Sabio, expedito, hablar franco,
Modelo de gobernantes
Y de nobleza dechado,

Fiel á su Dios y á sus reyes,
Fué el enemigo de Hidalgo;
Pero el enemigo noble
Merece ser respetado....
Ya va á comenzar el drama;
Dejadme tomar descanso.

ROMANCE SEGUNDO DE GUANAJUATO.

TOQUE DE GENERALA.

¿Qué propalan con pavura
Las cajas y los clarines,
Que se conmueven los cerros
Cuando los ecos repiten,
Y semblantes espantados
Se ven, y semblantes tristes?....
Esas puertas que se cierran,
Esa agitacion, ¿qué dicen?
Dicen que Hidalgo sus huestes
A Guanajuato dirige,
Y sus pisadas se escuchan
Como rugidos de tigres.
Vénse torrentes de sangre,
Horrores mil se predicen;

Gimiendo la paz, se ahuyenta,
La guerra se ve terrible,
Entre el silbar de las balas,
Y el terror que no se extingue.
Suenan alarma las cajas,
Los bronces guerra repiten,
Y al toque de generala,
Cual si diese al aire libre
Centellas de los rencores
Y de venganzas sin límite,
Estallaba el odio intenso
De criollos y gachupines,
Tornando en antro de horrores
La ántes ciudad bonancible,
La de peldaños de plata,
De riquezas y festines.
Riaño convoca á los suyos
Para saber qué deciden.
De pronto el silencio reina;
Pero Berzábal, que en lides
Es diestro, y que entre los bravos
Como bravo se distingue,
Con arrogancia indomable
"*Morir, ó vencer,*" les dice.
"*Morir, ó vencer,*" las tropas
Con entusiasmo repiten,
Y se hace que á los acentos
De "¡viva el Rey!" se coliguen

Por miles los combatientes,
Que se sienten invencibles.

Primero se abren los fosos
Y se levantan trincheras,
Y los templos y edificios,
Los terrados y azoteas
Se vuelven, cual por encanto,
Sitios de amparo y defensa;
Despues todo se abandona,
Pues Riaño insiste en la idea
De formar de *Granaditas*
Su fuerte y su ciudadela;
Y aunque hay parecer contrario,
Él persistiendo en su tema
Al fin triunfa, y Granaditas
Será el campo de la guerra,
Y á la lid se le prepara
Y para la lid se apresta....
Alhóndiga es Granaditas
En que los granos se encierran,
Y más que troje, palacio
Parece por su opulencia.
Se asienta en robustos muros,
Y alza la masa soberbia
En declives de montañas,
Entre gigantescas peñas,
A la orilla del camino

Que en la cañada penetra,
Y que en atrevidos giros
Por la ciudad culebrea.
Es un inmenso cuadrado;
Patios cual plazas extensas,
Con dilatados salones,
Con grandiosas escaleras,
Espaciosos corredores
Y anchas y largas bodegas.
Dominan la enorme masa
Con sus peñascos y crestas,
San Miguel y *el Cuarto*, montes
Que en su vecindad se elevan.
Le ciñe un rio anchuroso,
Que inmóvil raudal de piedra
Es grande parte del tiempo,
Que es el tiempo de la seca.
Bajas, mezquinas ventanas
En simétricas hileras;
Detrás azolvada noria,
Al frente anchurosa puerta....
Víveres á Granaditas
Y los tesoros se llevan;
Allí se plantan cuarteles
Y las familias se hospedan,
Y patios y corredores,
Y la altura y las bodegas,
De gente que se refugia

En confusion hormiguea.
El pueblo, que ve celoso
Que á su suerte se le deja,
Vuelve los ojos á Hidalgo,
De su letargo despierta,
Y mira aquellos aprestos
Con burlona indiferencia.
Riaño, en tanto, descollando
Con majestuosa entereza,
En medio de aquel tumulto
Se aisla y escribe á Calleja:
"La honra me manda que luche,
"Y no me manda que venza;
"Volad pronto á mi socorro:
"Socorro; haré cuanto pueda."

ROMANCE TERCERO DE GUANAJUATO.

28 DE SETIEMBRE.

Sobre dos briosos corceles
Vencedores de los vientos,
Haciendo sonar las peñas
Y despertando los ecos,
De Marfil por la Cañada
Corren dos bravos mancebos,
Fuertes, ágiles, alegres,
De Hidalgo cual mensajeros.
Empuñan robustas lanzas,
Ciñen su temible acero;
Uno es Mariano Abasolo,
Jóven que ya conocemos;
El otro, Ignacio Camargo,
Flor de oro de los guerreros.
Ambos para el Intendente,
De Hidalgo conducen pliegos,

Y del que hace una hora apénas
Con gozo se desprendieron,
Porque rendir Guanajuato
Tiene Hidalgo por objeto,
Y le empujan en oleadas
Incontenibles los pueblos.
"Alto," gritan roncas voces
En los avanzados puestos;
"Alto," con coraje intima
Más allá un destacamento;
Y al frente de Granaditas
Y al pié de sus parapetos,
Refrenando sus caballos
Los arrogantes mancebos,
Se anuncian, y en los estribos
Quedaron mudos y quietos.
Cayó en la ciudad, cual chispa
De pólvora en un reguero,
La nueva de la llegada
De los bravos mensajeros,
Y se revisten de gentes
Las alturas y los cerros.
Se dan los toques de estilo,
Cercan á Camargo prestos
Los soldados; de ancha venda
Cautos sus ojos cubrieron,
Ordenándole que marche
Al colocarle en el centro.

Abasolo queda en tanto
Muy vigilado en su puesto.
Riaño á Camargo recibe
Muy cortés, pero severo,
Y el jóven, modesto y noble,
Entrega á Riaño sus pliegos;
Atento el mensaje toma,
Mira, y despues de leerlo,
Con un acento impasible
Y el rostro digno y severo,
Despues de tranquila pausa
Díjole: "Jóven, volveos;
"Yo responderé muy pronto,
Consultando con quien debo."
Vendan de nuevo á Camargo,
Le hacen los soldados cerco,
Todos marchan silenciosos,
Y reina tanto el silencio
En el concurso curioso
Que inunda calzada y cerros,
Que el ruido de las pisadas
Del grupo del mensajero,
Se percibia distinto
Y se escuchaba á lo léjos,
Notándose que se apaga
Cuando llegó al parapeto.
Unido con Abasolo,
Monta en su corcel ligero,

Y ambos jóvenes galanos,
Arrogantes y contentos,
De Marfil por la Cañada
Corren de Hidalgo al encuentro.

En lo alto de Granaditas,
Grave, tranquilo, sesudo,
Riaño congregó á los Jefes
Y del pliego les impuso.
Es pliego en que anuncia Hidalgo
Que el mando del pueblo obtuvo,
Y en que obediencia reclama
Del intendente y los suyos.
Los españoles su rabia
Encubren con disimulo;
Los soldados, sus fusiles
Miran con bélico impulso;
Pero todos se refrenan,
Y hay silencio de sepulcro;
Miéntras el sol alumbraba
De Riaño el tranquilo busto.
Don Bernardo del Castillo,
Capitan de grande influjo
Por generoso y por noble,
Y de parecer maduro,
Clama: "No hay que detenernos;
"No hay que vacilar un punto;

"Vencer, ó morir peleando
"Hasta no quedar ninguno."
A esas voces, con rugido
Sordo responde el concurso,
Y se oyen gritos tremendos
Como remedando el júbilo.
Y "¡oh! mis soldados, mis hijos!
—Riaño entusiasta repuso—
"¿Qué decís? ¿estais resueltos
"A que combatamos juntos?"
Y del batallon de Riaño,
Como estallido robusto,
"¡Viva el Rey!" en hondo grito
Truena, encendiendo el tumulto,
A Berzábal circundando,
Que dominaba en el grupo.

[redacted]

ROMANCE CUARTO DE GUANAJUATO.

RIAÑO Y LA RENDICION DE GRANADITAS.

Y ¿qué es la multitud? ¿qué nos anuncia
Ese sordo rumor que forma el pueblo?
¿Por qué será que desparece el hombre
Cuando se embebe en el conjunto inmenso?
Porque la liga de dispersos séres
Da vida á un sér sublime, á otro sér nuevo,
Que es terrible, que siéntese infinito,
Y que fatal impónese y supremo.
Esa es la humanidad; ese conjunto
Vocinglero y salvaje, es su remedo:
Palpita el huracan entre sus brazos,
Como en las cañas azorado ciervo,
Y pasa sollozando entre sus olas,
Como tórtola viuda, el ronco trueno.

El hombre puede destrozar del monstruo
Con hierro y fuego los robustos miembros;
Pero él renacerá, muros y fuertes
Con soplo omnipotente derritiendo!
La intriga, y la impostura, y los cañones
Forjarán los tiranos con despecho;
Pero ¡ay de ellos si el pueblo se levanta
Ofendido vengando sus derechos!
Hidalgo, y los caudillos y banderas
Son lo visible; lo íntimo y supremo
Es el gemir del miserable esclavo,
Es el azote cruel al indio abyecto,
Son las hogueras que en tu santo nombre,
Sagrada religion, están ardiendo!
Y ese tropel desnudo, ese conjunto
Es nuestra vida, y es de hermanos nuestros:
A ellos desciende tu poder divino,
Los acompañas tú, Dios de los pueblos!
Es inmensa la masa, desparecen
Las cañadas y cumbres de los cerros,
Y en giro incontenible la corriente
Flota, se arremolina, corre á trechos,
Y se rompe en mil gritos de victoria
Que hacen temblar los montes con su estruendo.
Así la turba ruge y se contiene
Al frente del odiado parapeto,
Miéntras de Granaditas se disparan
Vivos torrentes de nutrido fuego.

Ruge la multitud, hincha sus olas
E invade fiera el enemigo cerco;
Miéntras otra fraccion salta en las rocas
Hasta tocar la cima de los cerros;
Como estallando del volcan el cráter,
Lanza á lo alto de peñas los fragmentos,
Entre fuego y cenizas chispeantes
Y en revueltos turbiones de humo negro.
Los dragones realistas, despeñados
Cual torrente de rocas, esparciendo
La muerte y el terror, ruedan, dejando
Los regueros de heridos y los muertos.
Con ímpetu feroz se precipitan
Otras chusmas, del rio dentro el lecho,
Y rompen piedras, proyectiles dando
Con incesante afan á los honderos,
Que forman de la Alhóndiga en la altura,
Nublando el aire, alzado pavimento.
El gemir, la blasfemia, el alarido,
Repercuten los montes á lo léjos,
Y el ¡ay! de los heridos, entre el rojo
Vapor de sangre que levanta el trueno....
Todo era la locura de la rabia,
Era como el delirio del tormento,
Era, ¡gran Dios! de la embriaguez de sangre
La horrible confusion y el desconcierto.
Riaño percibe débil en un punto
De sus valientes tropas el esfuerzo;

Vuela á su auxilio, avánzase al peligro,
Con grave majestad, pero resuelto.
En su marcha interpónese la muerte,
Y con su noble sangre empapa el suelo....
Se levanta alarido de venganza
La nueva pavorosa difundiendo....
Toma el cadáver, anegado en llanto
Terrible de dolor, su hijo Gilberto,
Y la lid se renueva destructora,
Cual si fuese de tigres carniceros.
Entónces los patriotas, que oponian
Brazos inermes y desnudos pechos
Al plomo fratricida y la metralla,
Piden auxilio al horroroso incendio,
Y en rojas lenguas álzanse las llamas
Destruccion y pavura desparciendo.
Las ventanas del fuerte vomitaban
Frascos enormes de colado hierro
Henchidos de metralla, que estallando
Con el fragor del impetuoso trueno,
Dejaban como rastro de su paso
Entrañas de hombre y destrozados miembros.
Cunde el mar de la llama, la atizaban,
Audaces desafiando el vivo fuego,
Algunos que con losas á la espalda
Se arriman á la puerta, tú el primero,
Por *Pípila* en la historia conocido
Bajo el risible apodo, héroe del pueblo.

Hace fango la sangre, el paso estorban
Los montones enormes de los muertos:
Sangrando los heridos discurrian
Como al acaso, salvacion pidiendo,
Y avanzan los de Hidalgo incontenibles,
Y "¡muera el gachupin!" repite el pueblo.
Créen que se pide paz, que al aire flotan
En mástiles erguidos blancos lienzos;
Pero *¡traicion!* repiten los que miran
Que, léjos de cesar, se aviva el fuego.
Entónces, voces mil, como salidas
De la ancha boca del maldito infierno,
Gritan: "no más piedad!" y dentro el fuerte
Con recio empuje comenzó el degüello.
¡Cuánta escena de horror! ¡cuántos horrores
Al través de los tiempos estoy viendo!
Los niños, las mujeres, los ancianos,
La matanza, la sangre y el incendio....
Dejemos tanto horror, dejad que al cuadro
Mi mano temblorosa ponga un velo....

México está triunfante; esos horrores
Fueron de los verdugos de los pueblos;
Los que siembran rencores, no se asombren
De cosechar venganzas y escarmientos.
México es vencedor; alza la frente
De gloria y de poder radiante el pueblo!



ROMANCE QUINTO DE GUANAJUATO.

Ántes de esparcir el órden
Como el sol su claro brillo,
Del caos los elementos
Están en vaiven continuo;
Y así los cambios se operan,
La creacion así se hizo.
Sangre, desastres, horrores,
Preceden en torbellino
La resurreccion de un pueblo,
Su triunfo tras el martirio.
Y á los cuitados que espanta
De la nube el estallido,
Nada dice en la cosecha
De la tierra el beneficio....
Ni recuerdan que inflexible

Tiene ordenado el destino
Que cada progreso nazca
Entre dolor y gemidos.

El populacho furioso
Que en Granaditas altivo
Prodigó heróico su sangre
Con inquebrantable brío,
Al fulgor de la victoria
Libres dejó sus instintos,
Y al fin, cual pueblo salvaje,
Fué su goce el exterminio:
Dió de rencores los frutos,
Porque era árbol de martirio!
Mata, incendia, roba, asuela
Entre feroces rugidos,
Al repicar las campanas,
De la bomba al estampido:
Y discurren por las calles
Desnudos, dando alaridos,
Con sus hachas en las manos
Y de humana sangre tintos,
Hombres mil, que de las furias
Fueron vergüenza y ludibrio.
En vano ardiente falange
Se opone de jefes dignos:
En vano la Santa Iglesia

Pide suplicante auxilio.
De Belem los padres fueron
Sus más crueles asesinos,
É hicieron grito de guerra
El Santo Nombre de Cristo.
¿Quién la catarata enfrena
Cuando trasborda el abismo?
¿Quién marca rumbo y concierto
De la tempestad al giro?....

De Guanajuato en Palacio
A Hidalgo se mira digno,
Tratando de su Gobierno
Levantar el edificio.
Los próceres se le excusan
De formar el municipio:
Unos su rencor ocultan,
Otros temen al caudillo;
Éstos sólo hablan de guerra
Y de matar enemigos.
Brotan insignes patriotas
Dando á su causa prestigio,
Como *Chovel* esforzado,
De la ciencia tan querido;
Como el prócer opulento
Llamado *Bernardo Chico*,
Que ofreció con su fortuna
Su porvenir y sus hijos;

Como los *bravos Liceagas*
De la historia orgullo y brillo;
Como *Dávalos*, que aduna
Lo patriota y lo científico;
Como *Sumner*, que era encanto
Por lo galano y lo activo,
Con otros mil que me callo
De miedo de ser prolijo.
Otórganse recompensas,
Nuevos cuerpos vénse listos,
Y se acuñaron monedas,
Pero sin cambiar el tipo.

La voz de Riaño espirante
Que á Calleja pide auxilio,
Llega á San Luis, del desastre
Con sus pormenores mismos.
Ruge terrible Calleja,
Lo propio que tigre herido,
Y se aturden y se espantan
Sus adláteres y esbirros,
Como cuando una corriente
Invade ignorado sitio,
De alimañas asquerosas
Despedazando los nidos.

ROMANCE DE CALLEJA.

En la hacienda de la Pila,
Que es de Potosí la perla
Por su edificio opulento,
Por sus valiosas riquezas,
Están las tropas feroces
Del gran brigadier Calleja,
Con las armas poderosas
Que de Monterey le llegan,
Con sus horrendos cañones
Que mirarlos amedrenta,
Con sus terribles ginetes
Que á la tempestad remedan,
Y en fin, con los *Tamarindos*,
Horrible grupo de fieras,
Que por donde van pasando
Muerte, horror y sangre riegan.
Bajo un dosel escarlata

Que oro tiene por cenefa,
Y que erguido se levanta
En el patio de la hacienda,
Está el augusto retrato
De Su Majestad excelsa
Fernando Sétimo, encanto
Y adoracion de Calleja.
Él está en pié, y descubierto,
Como su fiel centinela;
Bajo el retrato está un fraile,
Y un Cristo se ve en su diestra.
El ejército desfila
Frente de él con reverencia,
Y se inclinan á su frente
Las españolas banderas.
Suenan cajas y clarines,
La voz del fraile resuena:
"¿Jurais al Rey nuestro padre,
Amo y Señor, obediencia?"
Y Calleja dijo: "Juro;"
Con insultante soberbia
"Vamos á matar herejes,
"Que así lo manda la Iglesia,"
Claman todos, presumiendo
Que ganan la gloria eterna;
Y el jurar de los soldados
Fué como rugir de hienas.

Amenazantes las tropas,
Pronto de San Luis se alejan,
Y rumbo de Guanajuato
Su odio y sus venganzas llevan.

ROMANCE DE VALLADOLID.

Riega tus calles de flores,
Risueño Valladolid,
Que la libertad divina
Radiante está en el zenit,
Y sus primeros albores
Debieron brillar en tí.
Las legiones vencedoras
De Guanajuato en la lid,
A cortejarte se acercan
Y admirar tus gracias mil.
Tejan tus hijos coronas
De laurel y de alhelí,
Y tus músicas resuenen
Como en alegre festin.
Gérmenes de independencia
Tambien sembráronse aquí,
Que hechos flores, sus corolas
Aquí se deben abrir.
Dénse al vuelo tus campanas

Y diana toque el clarin,
Que va entrando el Cura Hidalgo
Alegre y sin combatir.
Los sesudos concejales
De uniforme y espadin,
Con sumiso acatámiento
Saliéronle á recibir.
Hidalgo va entre los suyos,
Sin pompa vana y pueril;
No se le mira en la diestra
Ancho alfanje relucir;
Viste de negro y al uso,
De negro raso el chupin.
Allende lo sigue airoso,
Y tiene orgullo en lucir
El arrogante uniforme
Con que venció á los del Cid.
Aldama y Balleza siguen,
Y entre multitud sin fin
Cuerpos de ordenada tropa
Llevando al hombro el fusil,
Con cuatro gruesos cañones,
Que eran más para reir,
Porque siendo de madera
Su vida estaba en un tris.
Dos piezas iban de bronce,
Muy buenas para la lid,
Y en todos el entusiasmo

De vencer ó de morir.
Hidalgo pára en la iglesia;
Pero nadie sale á abrir,
Porque á toda costa quieren
Que Dios sea gachupin....
En ira se enciende Hidalgo
Viendo proceder tan vil,
Y *al Conde de Sierra Gorda*,
De la iglesia mandarin,
Con enojado semblante
Y cruda voz, habló así:
"¡Cuidad, cuidad, oh mal padre!
"De hacer vuestro manequí
"Del Dios Santo, que á los pueblos
"Quiso augusto redimir.
"No pongais red en los pasos
"De vuestro humilde redil,
"Porque yo soy su ministro
"Y no lo he de consentir.
"No forja Dios las cadenas,
"Ni de Dios es el tomin
"Con que cebais de los reyes,
"Del virey y el ministril
"Las pasiones enconosas;
"Y ni la codicia vil
"Dios quiere para los hombres.
"Paz y amor, y le servir
"Es ser ante todo justos,

" Amparando al infeliz....
" Paso á los libres, mal padre,
" Las puertas del templo abrid;
" Veréis cómo los patriotas
" Lo sabemos bendecir"....
El Conde escuchó la arenga,
Y fué á disponer servil
Quitar las excomuniones
Que el Cabildo fijó allí
Declarando hereje á Hidalgo
Y á su chusma baladí;
Y el cielo estuvo insurgente,
E insurgente el serafin,
Y con él medio Cabildo,
Y el otro medio, servil
Preparaba cruda guerra,
Y escándalo y sanquintin
De curas y sacristanes,
Entre el Cristo y el atril.
Entretanto, fijo Hidalgo
En lo que mira venir,
Quiere dejar un Gobierno
Formal en Valladolid,
Y logra al noble Anzorena
De su poder investir,
Y por la eleccion que hiciera
Recibe plácemes mil.

ROMANCE DE MORELOS.

Al que gobierna la Mitra
Hablar quiere un triste cura,
Miéntras Hidalgo los pueblos
De Valladolid ocupa....
Érase un hombre robusto,
Mas de vulgar catadura:
Ancha espalda, corto cuello,
Andar manso, facha inculta.
Es levantada su frente
Que negro cabello inunda;
Su color, un tanto oscuro,
Ancha la barba y canuda,
Ojo negro y concentrado,
Pero luz clara y profunda,
Y voz que parece suena
De miedo de quedar muda.

"¿Quién sois?" le pregunta el Conde
Con indiferencia al Cura:
"Yo soy el Cura Morelos,"
Le contesta á la pregunta.
"¿Qué quereis?"—"Licencia pido
"De partir de Hidalgo en busca,
"Y su capellan hacerme
"Uniéndome á su fortuna."
Quiere el Conde disuadirlo,
Y él renovaba la súplica:
Insta, persuade, y temiendo
Peligros en su repulsa,
Deja elegir á Morelos
Con libertad absoluta.
Morelos corre hácia Hidalgo,
Y algo iluminó á los curas,
Que el presente y el futuro
En sus ojos se saludan,
Y un horizonte de gloria
Ambos viéndose columbran....
—"Estoy á vuestro mandato."
Hidalgo toma la pluma,
Y despues que aquella firma
Conspicua y gruesa dibuja,
Dice: "Tomad Acapulco
"Y entrad confiado en la lucha."
Sereno acepta y confiado
De Carácuaro el buen Cura,

Llevando por todo auxilio
Para una empresa tan cruda,
Cuatro carabinas viejas
Y dos criados en sus mulas.

[redacted]

ROMANCE DE LAS MARCHAS.

Miéntras Hidalgo prepara
A Tenochtitlan su asalto,
Y los aprestos guerreros
Desbordan el entusiasmo
En Valladolid florido,
De grandes hechos teatro;
Flon Querétaro abandona,
De ira y de venganza aullando,
Como la leona hambrienta
Que percibe incierta el rastro
De la codiciada presa
Que de su garra ha escapado.
"Cuidad—les dice arrogante
A sus sumisos esclavos,—
"Cuidad, miéntras yo me alejo,
"De ser fieles á vuestro amo;

" Pero ¡guay de vuestras vidas
" Si no sois fieles, ¡cuidado!
" Tornaré, por todas partes
" Muerte y terror os preparo;
" Serán de sangre torrentes
" Las calles que estais pisando."
Y marcha para Dolores
Do está Calleja al cuidado.
Apénas los dos caudillos
Unidos vénse y rodeados
De los suyos, que verdugos
Se sienten, sueñan estragos,
Émulos en la barbarie
Y compitiendo en lo malo.
Incendio, robo, matanzas
Por doquiera propagaron,
Humillando á las panteras
Y al chacal avergonzando.
Quieren borrar la grandeza
De los recuerdos de Hidalgo,
Y miéntras más sangre vierten
Se presentaban más claros,
Como crestas de arrecifes
Que están con el mar luchando,
Y se bruñen y relucen
Miéntras son más los asaltos
Y las azotan más olas
Que vuelan hechas pedazos.

En San Miguel, las venganzas
Hallan tambien ancho campo,
Y todo se mira negro,
Sin más luz que la del rayo.
Y como chispas fugaces
Que en la atmósfera vagando
Tornan hoguera las selvas
Y hogueras los secos pastos,
De Hidalgo el vivo prestigio,
La santa causa de Hidalgo
Vagabunda corre y brota,
Y súbita llama alzando,
Arma heróicos á los pueblos
Y conturba á los tiranos.
Así miéntras Flon dejaba
A Querétaro confiado,
En Huichapam Miguel Sánchez
Con Villagran esforzado,
Y en Querétaro, resuena
El grito de "¡viva Hidalgo!"
Hidalgo está en Ixtlahuaca
Y á México marcha ufano
Entre falanges inmensas,
Entre pueblos desarmados
Que iban en pos de la muerte
La libertad invocando....
A su encuentro van Calleja
Y Flon, venciendo el espacio;

Venegas manda á su frente
Para detener á Hidalgo,
A un don Torcuato Trujillo,
Que es mueble de su palacio,
Cortesano escurridizo
De quien nos dejó don Cárlos
Bustamante, en sus memorias,
Fidelísimo retrato.
Jóven, frívolo, elegante,
Nervioso, afiligranado,
Cobarde como la liebre,
Que el tifo mucho más malo.

Tendido como un tapete
Que pende de las montañas,
Por respaldo excelsos montes
Y arboledas á su falda,
Está el Valle de Toluca
Entre campos de esmeraldas,
Tras las empinadas sierras
Que al Sur de México se alzan.
Recta corre en la llanura
De México la calzada,
Que se divisa á lo léjos
Como imperturbable raya,
Y se pierde en las veredas
Y entre rocas escarpadas.

En el confin del camino
Lerma aislado se levanta.
Al pié del puente que nombra
De San Bernabé la fama,
Allí se instala Trujillo,
Y allí relucen las armas
De sus escogidas tropas,
Fieles y subordinadas.
Hidalgo allí se dirige
En su tumultuosa marcha,
Y algo en el aire se siente
Que predice la batalla.
Trujillo ocupa las Cruces,
Corazon de las montañas,
Y á las Cruces llega Hidalgo
Tras de fatigosa marcha.
La mitad de su carrera
El sol ya casi tocaba,
Cuando del bronce el estruendo
Los aires con furia rasga,
Y entre horribles alaridos
Vuelan silbando las balas.

PRIMER ROMANCE DE LAS CRUCES.

Limpios se miran los cielos,
Limpios por las recias lluvias,
Como al dejar los cristales
Del lago alegre hermosura.
En las hojas de los pinos
Y en sus ramas, se columpian
Gotas de cristal luciente,
Que cuando el sol las alumbra
Son diamantes y topacios
Que hechiceros nos deslumbran:
Cruzan las aves cantando,
Los arroyuelos murmuran,
Y de las pobres cabañas
Que á lo léjos se dibujan
Escondidas en los montes,
Albo como blanca espuma

Sube del hogar el humo,
Que entre los árboles cruza.
En lo más hondo del bosque
Se abre y remeda llanura
Un despejado terreno
Que circundan las alturas;
O ya empinadas montañas,
O ya cañadas oscuras,
O bien quiebras caprichosas
En diagonales y curvas
Que en mil giros aparecen
Y entre los montes se ocultan.
Es de Salazar el llano
Aquella hondonada brusca,
Por lo singular, hermosa,
Risueña por su verdura.
Por doquiera los madroños
Y los ocotes se agrupan,
O se alinean graves pinos
Coronando las alturas....
Hora esos montes excelsos
Y esas barrancas profundas,
Y esa humedecida yerba
De lindas flores incultas,
Cubren gentes belicosas,
De lujo ó medio desnudas,
Una parte con arneses
Para la batalla dura,

Otra tumultuosa y fiera
En desordenadas chusmas.
Brillan al sol los fusiles,
Aturden discordes músicas,
Y el eco de las trompetas
En las montañas retumba.
Flotan al aire banderas
De seda y lino y de plumas;
Del Tepeyacac la Vírgen
Tierna aparece y augusta,
Vestida de sol divino
Y por escabel la luna.
De pronto silencio tocan,
Y se divisa una altura
Que forma peñon gigante
Y que se aisla en las llanuras
En bello altar convertida
Con su blanca vestidura.
La cera pálida ardiendo,
De incienso las nubes puras
Tórnanse en vellones de oro
Al subir blancas espumas;
Y en ese altar, revestido
De sagradas vestiduras,
Del anciano de Dolores
Se eleva la talla augusta,
Sublime, resplandeciente
De majestad y hermosura.

Los cañones, cual reptiles,
Con hondas bocas oscuras;
En hileras los dragones
Con las espadas desnudas;
Muy erguidos los infantes
Y en pelotones las chusmas,
En los árboles y peñas
La multitud se apañusca
De hombres, mujeres y niños
Que entre la yerba pululan.
De repente se arrodilla
Aquella masa confusa,
Y es que Dios se hace patente
En la ceremonia augusta;
Tocan marcha los tambores,
Rompen el aire las músicas,
Y con vivas á la patria
Al Dios Eterno saludan....
En luz, en gloria, en contento
El bello cuadro se inunda
Y la *Victoria* cantando
Hosannas, los aires cruza.

ROMANCE SEGUNDO DE LAS CRUCES.

Las tropas realistas, del bosque en las ramas,
De pronto desatan su saña feroz,
Y vibra su lengua de bronce y de llamas
Con ímpetu fiero tremendo el cañon.

La turba de Hidalgo, cual bravos leones
Que ven en contorno los bosques arder.
Rugiendo abrazaban los fieros cañones,
Más bien anhelando morir, que vencer.

De un lado la fuerza sin guía y salvaje;
Del otro la maña del buen lidiador;
¡Oh Dios! cuánto esfuerzo de ciego coraje
Del pueblo de Hidalgo requiere el valor!

El indio ante el bronce formaba muralla,
Y al rayo en su vuelo pretende destruir;
Sus miembros esparce feroz la metralla,
Y en mares de sangre se envuelve al morir.

En medio al destrozo su frente levanta,
Feroz instrumento del odio español,
Garrido, ginete que hermanos quebranta....
Y allí de Iturbide la fama nació.

La lid se encarniza; la espada de Allende
Cual surco de fuego se mira brillar,
Y allí donde vibra, con furia se enciende
Sangrienta y terrible y atroz tempestad.

De pronto del campo servil, de Trujillo,
Resuenan mil voces que piden la paz....
Y accede á los gritos Hidalgo el caudillo,
Marchando al realista con calma y bondad.

Al verlo Trujillo sonrie contento,
Le deja se acerque, y entónces el vil
El fuego y el bronce le arroja violento,
Traidor, viendo al pueblo sin lucha morir.

Herido en la espalda, sangrando, furioso,
Revuélvese el pueblo con ciega pasion,
Y vuela en pedazos el cerco alevoso
Que encierra en su seno perfidia y traicion.

Allí, bravo Allende, dejaste estampado
Tu nombre de brioso, con rastros de luz;
Allí, gran Jiménez, de noble soldado
Los lauros te otorga la fiel gratitud.

La fama repite que el nombre guerrero
Glorioso, es de Bringas, que rayo en la lid,
Muriendo y sangrando meneaba su acero....
¡Morir siendo esclavo, qué triste es morir!

Arrolla la fuerza realista bramando
Al pueblo, y ceñido de pompa triunfal,
Volaba entre peñas, disperso, rodando,
Cual paja que esparce terrible huracan.

Sus alas extiende feroz la derrota,
A México llega siniestro el rumor,
Y cunde la nueva, y al pueblo alborota,
Y ciega el espanto y embriaga el terror....

Hidalgo contiene su marcha triunfante,
Que así su destino fatal lo ordenó.
Los hombres comenten.... en tiempo distante
Veráse la huella del dedo de Dios.

ROMANCE TERCERO DE LAS CRUCES.

MEXICO LA TARDE DE LA BATALLA DE LAS CRUCES.

Cual se conmueven los peces
Si al lago por un derrumbe.
Rueda del monte el peñasco
Y con estrépito se hunde,
Tal próceres y corchetes
Se revuelven y confunden
Con la nueva tremebunda
Del encuentro de las Cruces.
Invaden muebles las calles,
Y á los conventos se acude
Para guardar los tesoros
Que arcas y cofres rehunden.
Hay gritos en el Palacio,
Y las campanas aturden

Con agudas rogativas,
Con las que el pánico cunde.
Los canes corren sin rumbo,
Las viejas al templo acuden,
Cruzan en hombros de criados
Esmeriles y arcabuces,
Y las tropas espantadas
En torres y alturas suben.
Ciertos frailes furibundos,
Que de ira y despecho rugen,
Empuñan sus Crucifijos
Y en medio del pueblo surgen,
Con puñales en la diestra
Que amenazantes relucen,
Porque siempre el fanatismo,
Aunque al mismo Dios insulte,
Sus pasiones de pantera
Con manto sagrado cubre.
Tú, religion sacrosanta,
Blanda y tierna, tierna y dulce,
Sueles tener servidores
Que al invocarte te escupen.
Las piedras del pavimento
Se arrancan, y se conducen
A las vírgenes del claustro
Para que herejes machuquen.
Y para que nada falte,
De modo que se dibuje

La farsa, y de aquellos tiempos
Conserve el tipo y el lustre,
La Vírgen de los Remedios
Él entusiasmo difunde;
La cercan los potentados
Y el Ayuntamiento ilustre,
Y al sonar de los clarines
La plebe en ella descubre
        Faja de generala
    De los realistas,
    Con un baston con borlas
    De chuchería.
    Van de ella en torno
    Los *chaquetas* gritando,
    " *¡Mueran los criollos!*"
Y así pasaban las cosas
En el memorable Octubre,
Miéntras el servil se esfuerza,
Con despecho y pesadumbre,
A forjar una victoria
Del desastre de las Cruces.

[redacted]

ROMANCE DE ACULCO.

A la orilla del camino
Que llaman de Tierradentro,
Que va entre inmensas llanuras
Cercadas á largos trechos
Por elevadas montañas
Y por empinados cerros,
En una hermosa hondonada,
De Arroyozarco no léjos,
San Gerónimo de Aculco
Asoma el humilde aspecto.
Es una verde llanura
Con unos pelados cerros,
Y es un conjunto de chozas
Que quiso llamarse pueblo,
Que el hábito no hace al monje,
Ni sirve para mi cuento.

En la llanura, Calleja
De Hidalgo se halla en acecho,
Porque así el Virey lo manda,
Y la órden tuvo en Querétaro.
Hidalgo, desde las Cruces
Se retiró satisfecho,
En medio, no ya de tropas,
Sí de tumultuoso pueblo,
Que celebrando victorias,
Mas sin rumbo ni concierto,
Coronaba las alturas
Desordenado y contento;
Pero gérmenes de muerte
Desarrollando en su seno
Están entre los caudillos
Las serpientes de los celos.
De lo que Hidalgo concierta,
Allende reclama el premio:
Uno detesta á los Reyes
Y el otro al Rey es afecto,
Mas la causa de las causas
Está en la tiniebla envuelto;
Aun tiene la historia sombras
Que no disipa el misterio....
Y mucho hago levantando
Sólo la punta del velo,
Que trastorna conjeturas
Y que confunde sucesos.

Cuando Calleja acomete
Se tornan tumulto inmenso
El vasto campo de Hidalgo,
Sus trenes y sus guerreros,
Y se usurpa la sorpresa
Los lauros del vencimiento.
Derrámanse en la llanura
Grupos de extraviado pueblo,
Como la tromba marina
Brota de la mar, barriendo
Las atropelladas olas
Que le salen al encuentro.
Carruajes, trenes, tesoros,
Pertrechos de guerra inmensos
Intrépido salva Allende
Retirándose en concierto.
En las masas infelices
Ceba Calleja el despecho,
É inmola su alma de hiena
A rendidos prisioneros.
Hidalgo se encuentra aislado,
Y sigue firme y resuelto
A Valladolid su marcha,
Donde pronto le halláremos.
Allende, con lo que salva
De sus bravos compañeros
A Guanajuato se lanza
En rápido movimiento.

Calleja al Virey escribe,
Vano, orgulloso, contento:
"La insurreccion es vencida;
"Ya la insurreccion ha muerto;"
Y así afirman los serviles
Entre entusiastas festejos.
Así, cuando se percibe
De pronto un claro de cielo
Y los relámpagos cruzan
En nubarrones dispersos,
No se mira que otras nubes
Que retumban á lo léjos
Como flotando esparcidas
Empujadas por los vientos,
Harán más recio el estrago
Si invaden de nuevo el cielo,
Estremeciendo la tierra
Con su retronar violento....

En pos de Allende, Calleja,
Dejando á Hidalgo, va presto,
Y renueva Guanajuato,
En el formidable encuentro,
Del horror de Granaditas
Los sucesos estupendos;
Pero esta vez la fortuna
Condenó á martirio al pueblo.

ROMANCE DE FLON Y CALLEJA EN GUANAJUATO.

Allende va derrotado
Camino de Zacatecas,
Y sabe México entónces,
Con orgullo de Venegas,
Que en Guanajuato sangriento
Entra vencedor Calleja,
Incontenible, rabioso
Por la reciente pelea.
Era un tigre que en la sangre
Se revuelca de su presa,
Y sus instintos feroces
Sus recuerdos le despiertan.
Los aullidos de tormento
Vibran gimiendo en las peñas,
Las garras de la venganza
Caliente sangre chorrean;

Era como en un rebaño
Un asalto de panteras.
Manda tocar á degüello;
Los soldados, con fiereza
Incendian, rompen, destrozan,
En gente inerme se ceban,
Y miembros despedazados
Carros y caballos huellan.
En ese huracan de espanto,
En la tempestad deshecha
De terror, un fraile augusto
Fué al Conde de la Cadena,
Y el bravo Flon, con asombro
Su fiero corcel refrena.
El fraile, grande, severo,
Con voz que vibrante süena,
La siniestra levantada
Y un Crucifijo en la diestra.
Grita: "Señor, la matanza
"Te pide que se contenga
"Este Dios, que justiciero
"Tiene que pedirte cuenta."
Y es su mirar tan ceñudo
Y es su actitud tan suprema,
Que el Conde quedó en su puesto
Como si fuera de piedra,
Y cual por mágico encanto
Se apaciguó la tormenta.

El fraile cruzó la turba
Llevando el Cristo en su diestra,
Y los fieros asesinos
Se descubren las cabezas.
" ¿Quién es—pregunta la gente—
" Ese que doma las fieras?"
" Es Belaunzarán," repiten
El pueblo y los de Calleja,
Miéntras el fraile, tranquilo
Va caminando á su celda.

Los rigores de Calleja
No por esto se sofocan;
Diezma feroz los soldados,
Arrastra cruel á las horcas
Que por doquiera levanta,
A prominentes patriotas,
Del seno de las familias
Robados á sus esposas....
A tí, Chovel, el apuesto,
Al que las ciencias coronan,
A quien tiene el doble lauro
De los sabios y patriotas,
A tí condena el tirano
A una muerte ignominiosa,
Y de tu sangre anatemas
Contra su recuerdo brotan.

Y no escribió esos anales
Con escándalo la historia,
Por espanto de la sangre
Y el terror de las derrotas;
Escribió con mano incierta,
Porque esos males se agolpan,
Por dar pábulo á sus odios,
No por la lucha horrorosa,
Sin combate, entre la gente
Que al vencedor se abandona.
¡Ay de tí, feroz Calleja,
Y ¡ay de tus grandes victorias!
En política, el abismo
Que abre mano destructora
Con la matanza y la sangre,
En vez de cerrar, se ahonda.
Calleja, de Guanajuato
Ya se aleja con sus tropas,
Y en el pueblo quedan rastros
De su sangrienta memoria,
Cual los que deja el incendio
Con llama desoladora.

ROMANCE DE GUADALAJARA.

Bajo su dosel sentado,
Gran baston y gran casaca,
Dominador y gestudo
Está don Roque de Abarca.
Grueso abdómen, torva vista,
Sombrero al tres, barba cana,
Imperante, jactancioso,
Que manda en Guadalajara,
Y que contra la insurgencia
La quiere poner en armas.
Todo en contorno son furias,
Los ojos despiden llamas,
Las blasfemias, de las bocas
Como flechas se disparan.
"¡A combatir!" gritan todos,
"¡Guerra! ¡guerra! ¡al arma! ¡al arma!"

Son fortalezas los templos
Y son cuarteles las plazas:
Los beatos limpian fusiles
Y hacen cartuchos las beatas,
Pues Dios es ántes que todo,
Y ántes que todo es el alma.
Los que matan insurgentes
Es cual de fe, que se salvan:
El que perece en la lucha
Tiene de mártir la palma.
Ya el clarin en roncos ecos
Terror y muerte proclama;
Los fosos abren sus fauces
Y sus brazos las murallas.
Pero ¿qué quiere ese grupo
De figuras tan extrañas?
Era de Dios la falange,
Era *la Santa Cruzada:*
Los frailes de los conventos,
De charreteras y espadas,
Con espuelas los calzados,
Remangadas las mortajas,
En rocinantes inquietos
De la más risible traza;
Los clérigos, como pueden
Acomodan sus sotanas,
Y curas y sacristanes
Y demas broza eclesiástica,

Recitando el *Miserere*
Cierran la curiosa marcha.
Se alza en medio la bandera
Como una extendida sábana,
Con su cruz roja en el centro
Que ocupa más de tres varas.
En vez de al clarin, tal tropa
Obedece á la campana,
Y acurrucado en un rucio
Mal acometido de asma,
Como general augusto
Marcha el Obispo Cabañas,
Con su sombrero morado,
De raso verde la falda;
Y como su vieja mano
No puede blandir la espada,
Marcha echando bendiciones,
Y toda la grey cristiana,
Con lágrimas en los ojos,
Se arrodilla cuando pasa,
Y jura rencor á Hidalgo,
Que es de Satanás estampa,
Y á los herejes que siguen
Sus sacrílegas pisadas.



ROMANCE DE JOSÉ ANTONIO TORRES.

I

En los campos de la Barca
Como sol está brillando
La Vírgen de Guadalupe
En la bandera de Hidalgo,
Que Torres, don José Antonio,
Con esfuerzo ha levantado,
Pagando con su dinero
Sus armas y sus soldados.
Érase don José Antonio
Labrador recto y honrado,
Con una alma muy más limpia
Que de nieve copo blanco;
Tan noble como valiente,
Tan fino como esforzado,
Dulce con los infelices,
Con los vencidos humano,

Con el enemigo noble,
Franca bolsa, fino trato,
Sin ponzoña sus palabras
Y su mirar sin engaño.
No era dechado de grandes
En el molde cortesano;
Pero era del caballero
El modelo y el dechado.
Este Torres, levantaba
El estandarte de Hidalgo
En los dominios de Abarca
Y de la Barca en los campos.
El intendente, iracundo
Por tan feroz desacato,
Para anonadar á Torres
Destina al oidor Recacho,
Que deja á Guadalajara
Escarmientos augurando.
Ya se avistaron las fuerzas:
Torres, ordenado y cauto,
Espera, envuelve y destroza,
Incontenible, á Recacho,
Que aturdido y sin sombrero,
Sin armas y sin caballo,
No encontrando otro refugio
Contra el esfuerzo contrario,
Acógese al señor Cura
Que sale del templo santo

Con la frente descubierta
Y la custodia en las manos.
Los soldados se arrodillan,
El arma rinden con garbo,
Y le tributan honores
Al Señor Sacramentado:
Miéntras, se ase del vestido
Del señor Cura, Recacho,
Y así en un coche se instalan
Que marcha entre los soldados,
Y entran en Guadalajara
Su victoria proclamando.
Torres marcha circunspecto;
Como un cadáver Recacho,
Oculto tras la custodia
Su semblante demudado.

II

Apénas Guadalajara
Sabe la triste derrota,
Que la noticia dispersa,
Como huracan á las moscas,
Los finchados mandarines
Y la Cruzada famosa.
Don Roque Abarca se oculta
Y ni la nariz asoma;

Para San Blas el Obispo
Despavorido galopa,
Con una gran caravana
Que se espanta de su sombra;
Pero que al paso recoge
Lo que el erario atesora.
Torres enfrena la plebe,
Torres los odios embota:
No hay una mancha de sangre,
Y no hay de llanto una gota.
Al malvado se reprime,
La opinion no se extorsiona,
Brilla la santa justicia
De libertad con la pompa,
Y se sienten orgullosos
De su triunfo los patriotas.
Tú eres, Torres, quien escribes
Esta página de gloria,
Hijo rudo de los campos,
Alma noble y generosa
De quien México no ensalza
Tal cual debe la memoria.

ROMANCE DE HIDALGO EN GUADALAJARA

Y REUNION CON ALLENDE.

Resueltas, briosas, alegres,
Como en animada fiesta,
Las tropas del Cura Hidalgo
De Valladolid se alejan,
Adonde entraron dolientes
Porque fué la suerte adversa
En la campaña de Aculco,
Cuyas heridas no cierran....
Y aquella Guadalajara
Gala y flor de nuestra tierra,
Que por lo lindo enamora
Y por lo grande recrea;
Hurí que juega entre flores,
Airosa y gentil gacela,
Esbelto y gallardo almendro
Que olorosas flores riega

En los diáfanos cristales
Que en torno á su planta juegan,
Brilla de íntimo alborozo,
Porque al caudillo celebra
Que de libertad del pueblo
Proclamó la buena nueva.
Perfuma el aire el contento,
La ciudad está de fiesta,
Y entre vítores y cantos
Y expansiones que deleitan,
Al Palacio con los suyos
El Grande Hidalgo penetra,
Y á organizar un Gobierno
Dedícase con presteza.
Chico, y Rayon don Ignacio,
Ambos versados en letras,
Cual sus secretarios fungen
Y le instruyen y aconsejan.
Improvísase armamento,
Se centuplican las fuerzas,
Prepotentes se disponen
El órden y la defensa.
Disipándose las sombras
Que aun tiene la independencia,
El retrato de Fernando
De Palacio se destierra;
A hablar se empieza de patria
Y su voluntad suprema.

Inundan á aquellas masas
Los fulgores de la imprenta,
Y el gran doctor Maldonado,
De preclara inteligencia,
Aunque el hielo de los años
Cubre su hermosa cabeza,
Y aunque la luz de sus ojos
Se perdió en hondas tinieblas,
Con su pluma esplendorosa
A los esclavos despierta,
Y los derechos del hombre
Vindica con su elocuencia.
Irritados los serviles
Tramaron traiciones negras,
É Hidalgo aplica el cauterio
A esos males, con firmeza;
Que la salvacion del pueblo,
Aunque gima la clemencia,
En los momentos supremos
Debe ser la ley suprema.
Allende, que desabrido
Con Iriarte en Zacatecas,
Sabe que á Hidalgo amenaza
Incontenible, Calleja,
Vuela á luchar á su lado
Y á Guadalajara llega....
Hidalgo sale á su encuentro
Y honores mil le dispensa,

Estréchale entre sus brazos
Cuando ya le tuvo cerca,
Y le dijo: "Don Ignacio,
" Venid muy en hora buena,
" Que un ejército nos vale
" El valer de vuestra diestra;
" Venid, que os hace más jóven
" El calor de la pelea,
" Y tienen sed los valientes
" De estar en vuestra presencia."
Los señores de Palacio
Le hacen sendas reverencias;
Le tienden finos las manos
Los que sirven á la Iglesia,
Y en su marcha le custodian,
Con chupin y de coleta,
Los venerandos oidores
De la aristócrata Audiencia.

ROMANCE DE LA BATALLA DE CALDERON.

Encorvado el triste Enero
De mil ochocientos once,
Llegó con su barba cana
A la Historia dando voces,
Para que sus altos hechos
Grabe en duraderos bronces,
Y le dijo: "Hay un gran rio
Que á Guadalajara corre
Entre accidentadas lomas,
Quiebras y peñas enormes;
Ancho puente le atraviesa
Que marcan macizos postes
De la extendida llanura
Hasta del rio en el borde,
Y de allí pasa el camino,
Que se extiende ó se recoge,

Segun que corta las lomas
O en ellas audaz se impone.
En la altura de las *Ánimas*
Mira el sol la masa enorme
Del ejército de Hidalgo
Y sus compactas legiones;
Al frente, como un remedo
Del plan, y cálculo y órden,
Pero despues, á millares
Los caballos y los hombres,
Y nadando en ese océano
Carros de parque y cañones.
Hay de la chusma algazara,
Del mando vuelan los toques
Perdiéndose en el tumulto
Como que nadie los oye....
La derrota ya presagian
Los que la guerra conocen,
Pero "la lucha es un triunfo,"
Dicen otros campeones.
En la multitud descuellan,
En sus corceles veloces,
Abasolo el indomable,
El firme y sereno Torres,
El rayo de Marte, Allende,
Aldama, brazo de bronce.
Hidalgo está en la reserva,
Y á su derredor agólpanse

En bandadas los flecheros,
Ginetes en pelotones,
Hombres con cabos de lanza,
Con pistolas y garrotes
Y hondas de heridoras piedras,
Garfios, espadas y estoques.
Todos blandiendo sus armas,
Todos salvajes, feroces,
Obrando como enemigos
Al propagar el desórden.
Calleja está en la llanura
Con diez soberbios cañones,
Con obedientes soldados
Que la campaña conocen
Y con un Miguel Empáran
Que los maneja y dispone.
Otra columna encomienda,
Con órden que todo arrolle,
Al Conde de la Cadena,
Que es bueno entre los mejores,
Y que hace de sus soldados,
Con brioso ejemplo, leones.
Y Calleja se reserva,
Ambicioso de gran nombre,
El centro, con la certeza
De que el triunfo le corone.
La lid se traba; en torrentes
Balas vomitan los bronces;

Flon acomete esforzado
Y el flanco ataca de Torres;
Mas como fieras de infierno
Le rechazaron, y entónces
Allí hubiera sucumbido,
Mas Villamil le socorre.
Entretanto, de Abasolo
La columna desbordóse,
Entre el plomo y la metralla,
Entre sangre y entre horrores;
Y al rio tiñe la sangre
Que desde las lomas corre.
Abasolo, cual torrente,
Ya arrebata sus cañones;
Pero Empáran con los suyos
En tropel precipitóse,
Y entónces, de la reserva
De Hidalgo viendo el desórden,
Calleja embiste atrevido,
Y hacen los muertos montones.
De pronto, con el estruendo
Aquel campo estremecióse....
El parque voló de Hidalgo,
Al llano las llamas corren,
Saltan en un mar de fuego,
Entre humo y horror los hombres,
Y las chusmas se desbandan
Y dando alaridos corren.

Hidalgo, Allende, Abasolo
Y Aldama, cual fuertes robles
Que al bravo huracan resisten,
A la derrota se oponen,
Y sólo desparecieron
Cuando, rotas sus legiones,
De combatir la esperanza
Como el humo disipóse....
"¡Viva el Rey!" los de Calleja
Claman en gritos feroces,
Mas les impone silencio
Un cadáver que allí vióse,
Y parece que desmiente
Los lauros y los honores.
Es Flon, honra de los bravos,
De la Cadena es el Conde.
La sangre de sus heridas
Negra se cuaja y no corre;
Murió luchando valiente;
Dios piadoso le perdone.

ROMANCE DE CALLEJA

DESPUES DE LA BATALLA DE CALDERON.

Entre cortinas y flores
Y cohetes y repiques,
Al redoblar de los parches
Y al grito de los clarines,
Saludan Guadalajara
Calleja y los que le siguen.
Dominan cual vencedores
Los soberbios adalides;
Los hombres les gritan vivas,
Las bellas culto les rinden,
Y en la Catedral le espera
Sumiso el Cabildo insigne.
El *Te Deum* da á los vientos
Sus armonías sublimes,
Y besa el agua bendita
Las espadas de los tigres.

Entre los valientes jefes
Que en las filas se distinguen,
Se señala á Bustamante,
A quien tanto amó Iturbide;
Al gran Marqués de Vivanco,
El del acero invencible;
Al guapo Zenon Fernández,
Despues famoso en las lides;
Tambien á Máximo Garro,
Que en Madrid fué á convertirse
En azote de tiranos
Y honra y gloria de los libres.
Todos van marchando ufanos,
Y Calleja los preside:
Veloz se instala en Palacio,
Supremo el mando reviste,
Los ocultos perseguidos
Se aparecen como buitres,
Atizando las venganzas
Y protegiendo desquites....
Están de gorja las calles,
El gozo no tiene límites,
Cuando de nuevo se escuchan
Los tambores y clarines,
Y el tumulto de las gentes
Entre ruidosos repiques.
Es Cruz, que llega afanoso,
Y que casi llega triste

De venir despues que triunfos
Tropas realistas consiguen
Sin concurso de sus fuerzas,
Tan sedientas de batirse.
Viste Cruz grande uniforme;
Dos cuellos como tabiques
Emparedan su garganta
Y el ancho pescuezo oprimen.
De las boscosas patillas,
Rebeldes como las crines,
Se destaca ancho bigote
Que en dos curvas se divide.
Ojo grande, angosta frente,
Aire fiero, un tanto triste,
De gavilan las maneras
Y los instintos de buitre.
  Encerróse con Calleja
Despues del regio convite,
Y sin un punto de tregua
Planes de guerra deciden.
Cruz de San Blas toma el rumbo;
Calleja al Virey escribe,
Quien ébrio con la victoria,
Y viendo que se derrite
Como la nieve el amago
En que creyó sumergirse,
Derrama premios y honores,
Hay festejos y festines,

Y más que nunca miraron
El poder de España firme.
Así el titilar incierto
De la llama al extinguirse,
Suele remedar de pronto
A la hoguera que revive,
Y alumbra sólo cenizas
Que ni su calor perciben.

ROMANCE DE HIDALGO

DESPUES DE LA BATALLA DE CALDERON.

¡Ay de los que en la barquilla
Se embarcan de la fortuna
Creyendo arribar al puerto
Con viento en popa y sin lucha!
¡Ay de los que al verla ufana
Sospechan que no se muda,
Y hallan, durmiendo en sus brazos,
Escarmiento y amarguras!
¿Do están las huestes de Hidalgo?
¿Qué quedó de su bravura?
Quedan regueros de muertos,
Vagan sin rumbo las chusmas,
Y hay rencores y anatemas,
Voces que aullan é insultan
Al caudillo á quien los hados
Miraron con faz adusta,

Porque hay por miles gusanos
Que se abrigan y pululan
Al pié de los pedestales
Sostén de la estatua augusta.
Pero si el tiempo á la estatua
Con recio empuje derrumba,
La asaltan y la oscurecen,
Y la ultrajan y la ensucian.
Llegan así descontentos,
É Hidalgo no se perturba,
Porque su mérito excelso
Cifrará la edad futura,
En que vió honores y triunfos
Entre pavorosas dudas.
Del pueblo el triunfo infalible
Circuido de gloria pura,
Y para él los desengaños,
El patíbulo y la tumba.
Allende, á quien las envidias
Pusieron el alma oscura,
Por motivos que la historia
Cobarde tal vez oculta,
Mina de Hidalgo el prestigio,
Conspira, siembra calumnias,
Y á que le quiten el mando
De las fuerzas se apresura.
Hidalgo renuncia el mando
Porque el bien tan sólo busca,

Y así marcha á Zacatecas,
Dando al que manda su ayuda.
Pero hay negros nubarrones
Que el triste futuro enlutan,
Y aunque unos predicen triunfos,
Otros derrotas auguran....

Por fin, tras recio combate
Siguen los héroes la ruta
De la distante frontera,
Para las luchas futuras,
Allende á Rayon del mando
Le deja la investidura;
Mas refiere la leyenda
Misteriosa, ó la calumnia,
Que á deshora de la noche
Se vió en una estancia oscura
Hablando con Elizondo,
De quien traicion se susurra,
Y órdenes dictó en seguida
Que hicieron brotar mil dudas,
A que Rayon desdeñoso
Les dió indignada repulsa....
¿Por qué, Allende, tales sombras
El sol de tu fama anublan?



ROMANCE DEL GENERAL CRUZ Y DEL CURA MERCADO.

Trocando el grave bonete
Por el sombrero jarano,
Por el fusil el hisopo,
Por el púlpito el caballo,
En San Blas como insurgente
Campea el Cura Mercado,
Y á los serviles combate
Como hecho á domar los diablos.
Va Cruz en su seguimiento,
Más que como fiel soldado,
Al husmo de los tesoros
Que el Cura conduce, avaro,
De los que Cruz esperaba
Más que del cielo milagros.
Contra de un Cura otro Cura
Arman traidores los hados,

Y ese Cura, por la historia
Santos Verdin es llamado.
Tras *Kiries* y *Gloria Patris*
Sus astucias ocultando,
Una noche inesperada,
Toca al arma en su curato,
Y á sus pobres feligreses
Torna valientes soldados
En la casa de Romero,
Jefe de los de Mercado.
Se traba la lucha cruda
Y se encarniza el asalto;
Salta Romero del lecho,
Atrinchérase en su cuarto,
Y con tal esfuerzo lucha
Y tal difunde el espanto,
Que al despedazar las puertas
De donde estaba encerrado,
Y mirarlo valeroso
En su sangre agonizando,
Buscábanle compañeros,
Y viéndole solitario,
Retrocedieron confusos
El cadáver respetando.
En tanto, en plazas y calles
La traicion siembra el espanto,
Miéntras persigue rabioso
Al caudillo temerario

Que vendido por los suyos
Y de enemigos cercado,
Rota la terrible espada,
Por mil heridas sangrando,
Adelantóse furioso
A orillas de hondo barranco,
Y maldiciendo iracundo
A traidores y á tiranos,
Al fondo de la honda sima
Precipitó su caballo,
Donde los de Cruz le vieron
Hecho sangrientos pedazos.

ROMANCE DE ELIZONDO.

Arrogante la apostura,
Ojo hundido, angosta frente,
Desconfiado en la mirada
Y de maneras corteses,
El oficial Elizondo
Está frente al bravo Allende,
A quien de entregar acaba
Un cuaderno de papeles,
Y á quien resuelto le dice
Con audacia impertinente:
"Ved, Señor, que he levantado
"Cuatro provincias muy fuertes;
"Ved, Señor, que vuestra causa
"Reina en los pueblos de Oriente,
"Y que es justo se me nombre
"General teniente y Jefe."

Allende, con noble calma
Le dice: "Mozo, detente:
" Cuando más las cicatrices
" Me muestren que los papeles;
" Cuando más que con escritos
" Con hechos te recomiendes,
" Yo te otorgaré más premios
" Que los que despierto sueñes.
" No has educado tus manos
" Para cosechar laureles;
" Mas si los codicias brioso,
" Primero es que hazañas siembres."
Elizondo, desabrido,
Con la ira en el alma fuése,
Y su rencor hizo sombra
A las pasiones aleves
Que la traicion produjeron
Como venenosa sierpe.

ROMANCE DE LAS NORIAS DE BAJÁN.

LA DERROTA.

¿A dónde está el que en Dolores
Cual rayo despertó al pueblo,
Rasgando la negra nube
De su indigno vilipendio?
¿Dó se despeñó el torrente
Que, con su empuje soberbio,
Derribando las barreras
Que tres siglos le opusieron,
Invadió los anchos campos,
Abatió muros excelsos,
Y llenó al mundo de asombro
Con sus inmortales hechos?
¿Dó está quien en Granaditas
Se apareció como espectro,

Prediciendo á los tiranos
Su caida y su escarmiento,
Llenando sus almas crueles
De turbacion y de miedo?
¿Dónde está quien en las Cruces
Las anchas alas cerniendo
De su legion, al enjambre
De cortesanos perversos
Hizo temblar sobre el firme
Pedestal de sus asientos?
Descendia amenazante,
Cual de encina el tronco inmenso
Entre las soberbias ondas,
Como peñasco tremendo
Desprendido de la cima
Del inaccesible cerro,
Que arrastrando como aludes
Piedras mil, que en su descenso
Van arrancando gemidos
Sordos al convulso suelo.
El anciano de Dolores,
El grande, el fuerte, el excelso,
Desde Calderon terrible
Do le hirió el destino adverso,
Viene huyendo de los hados,
Viene buscando el desierto:
O cual leon se retira
Sangrando el herido pecho,

Para reponer sus fuerzas
Y á la lid tornar de nuevo:
Como la ola, que chocando
Con arrecifes, tendiendo
La cauda, se vuelve, engrosa,
Y con choque más violento
Salta sobre el fuerte escollo
Triunfante en el mar inmenso!!!
¡Oh, qué triste es la derrota!
¡Oh, qué triste es el cortejo!
¡Cómo se nutre con llanto!
¡Cómo se aisla de muertos!
¡Oh, cuán pocos acompañan
A la miseria y al duelo!

EL CONVOY.

Convoy de muerte semeja,
Convoy de muerte parece
La marcha del grande Hidalgo,
Y la marcha de sus héroes.
Percíbense en la llanura
Coches, caballos y trenes,
Como se ven en las aguas

De arrebatada creciente
Ramas dispersas, que fueron
La gala de los verjeles,
Y derruidos paredones
Sobre los trozos de césped.
Allí va el noble Abasolo
Dando ejemplo de prudente;
Allí el invencible Aldama,
Allá el impetuoso Allende,
Y por todos lados marchan
Los enjambres de sirvientes,
Como la misma ignorancia
Insustanciales y alegres.
Marchan en tropel confuso
Caballos, carros, mujeres:
Parece una romería,
Que están de fiesta parece,
Y sólo los que conocen
Cuánto con ellos se pierde,
Ven entre nubes de polvo
El convoy despareccrse,
Sintiendo dentro del pecho
De los tormentos las sierpes.
Y miéntras así caminan
Los heróicos insurgentes,
Sus pasos espiando cauta
Sigue la traicion aleve,
Y aquellos que la conocen,

"Es de Elizondo la gente,"
Dicen, y horrendas desdichas
Y horrendos dramas presienten.

LAS NORIAS DE BAJÁN.

Es una triste llanura,
Triste como mujer muerta,
Y parece que en contorno
Están llorando las sierras.
La llanura está vestida
Como de harapos de yerba,
O más bien parece un cuerpo
Invadido por la lepra,
Entre peñascos muriendo
Y espirando sobre arenas.
Ni un arroyo que derrame
De agua las delgadas hebras;
Ni el espino que levante
En alto sus ramas secas;
Ni el abrojo que sus puntas
Entre las guijas entierra....
Una loma como soga
Que al valle oprime y sujeta
Se ve en la altura; es cual cepo,

Es como rota cadena
Que á la luz estorba el paso
Y el libre andar intercepta.
A su pié salen del fondo
De la tierra, cual cabezas
De esqueleto, unos vigones
Ahorcándose en unas ruedas.
Son las norias, que en vez de aguas
Manan húmedas arenas,
Y que sólo de mirarlas
Las fauces se sienten secas;
Son de agua para el viajero
Las mentirosas promesas;
Pero son de desengaños
Manantiales que atormentan.
Norias de Baján se llaman,
Y allí concurren por fuerza
Los hombres hechos esponjas,
Con sus instintos de bestias.
Unas derruidas paredes
De adobe, toscas y aviesas,
Con troneras por ventanas,
Faltas de techo y de puertas,
Son las únicas guaridas
En que gente se sospecha;
Y tras aquella verruga,
Jiba, papada y etcétera,
Que llamamos una loma

Que al valle ciñe y aprieta,
Elizondo con su gente
Se encuentra en ansiosa espera,
De su traicion saboreando
Las horribles peripecias.

EL ASALTO.

"¡Alto, enemigos de reyes!
"¡Alto, canalla maldita!
"Que aquí se pagan las Cruces
"Y se paga Granaditas.
"A ellos, á su Rey traidores,"
Voces destempladas gritan;
Y el plomo rasga los vientos,
Y ardientes alfanjes brillan.
Era jauría de lobos
Dando feroz embestida
Al ganado que en los prados
Bajo la sombra dormita.
Requieren los grandes héroes
Las poderosas cuchillas;
Allende, Abasolo, Aldama,
Matando se centuplican.
Los hombres inermes mueren,
Las hembras temblando gritan,

Y á punto están de envolverse
En confusion inaudita,
Vencedores y vencidos
En atroz carnicería,
Cuando se escucha un acento
Que las mil voces domina,
Como apaga el ronco trueno
De aves inquietas la grita.
"Tomad, si quereis, traidores,
"De los que luchan las vidas,
"Y no cebeis en mujeres
"Y en los inermes las iras;
"Donde caiga nuestra sangre
"Nacerá vuestra ignominia,
"Y donde diere la sombra
"De nuestra tumba, habrá un dia
"Que como sol reverbere
"La independencia divina.
"Horror causarán al mundo
"Vuestras frentes maldecidas,
"*Que la mancha de traidores*
"*No borra la muerte misma*"....
....

Los alevosos verdugos
Ciñen á la comitiva,
Y el convoy sigue su marcha
De la tropa entre las filas.

LA LOMA DEL PRENDIMIENTO.

En la espesa polvareda
Los coches se van perdiendo,
Y quedan en la llanura
El espanto y el silencio.
Quedan en las tristes ruinas
Regados los esqueletos,
Y los hoyos de las Norias
(Ilusion de refrigerio
De la caravana rica
Y el solitario viajero)
Lloran hoy escasas gotas;
Contemplándose en un tiempo
Como triste calavera
Señala con hondos huecos
Los que del semblante humano
Ojos seductores fueron.
Ve el campesino aquel sitio
Como maldito del cielo,
Y gritar suele al que pasa:
"Torced, torced el sendero;
"No piseis con vuestras plantas
"*La loma del prendimiento.*"

[redacted]

ROMANCE DE ALLENDE.

LAS NORIAS: DERROTA Y MARCHA.

Ya marchan presos los héroes
Sorprendidos en las Norias;
Mas no se calma el tumulto,
Y hierven de gentes olas,
Que agitadas de despecho
Unas con otras se chocan.
Elizondo, que dispuso
Hacer su inícua maniobra
Vendiéndose como amigo
Con su comparsa obsequiosa,
Al llegar al bravo Allende,
Éste, ciego por la cólera,
Traidor le llama, y dispara
Contra el traidor sus pistolas.
"¡Fuego!" responde, escapando,
"¡Fuego!" repite á su tropa;

Y tronaron las descargas
En confusion horrorosa....
Cuando el humo se disipa,
Percibe la gente absorta
Al hijo gentil de Allende,
El de cabellera blonda,
El esforzado en las lides,
La esperanza en las derrotas,
En los brazos de su padre
Espirante entre congojas.
Levanta el padre aquel rostro,
Besa la sangrienta boca,
Y le dice enternecido,
Con la voz trémula y ronca:
"¡Ay! ¡dichoso tú que mueres
"Sin mancha, como patriota!"

Elizondo, furibundo,
Mata, dispersa, destroza,
Y la traicion se engalana
Con laureles de victoria.

"¡Adelante, prisioneros!"
Grita insolente la tropa,
Y las víctimas desfilan
En procesion silenciosa.
Allí se mira á Balleza,
De Hidalgo brazo y custodia;

Allí Abasolo y Camargo,
Y Zapata y Lanzagorta,
Siguen su tranquila marcha
Sin jactancia y sin zozobra.
Se ve á don Mariano Hidalgo
Lucir su noble persona,
Y al grave Santa María,
Ejemplo de calma estóica.
Allí José Santos Villa
Junto á Solís se coloca,
Y sigue compacto grupo
De respetables personas
Que, pastores de la Iglesia,
Y liberales sin nota,
Quieren servir á la patria
Y por salvarla se inmolan,
Del Redentor de los hombres
Haciendo las santas obras.
Marcha así la comitiva
En procesion silenciosa,
Hasta tocar en la plaza
Del oprimido Monclova,
Donde repiques y salvas
Celebraron la derrota,
Que más bien debió llamarse
De la traicion la victoria.



ROMANCE DE ZACATECAS.

"Venid, Señor Intendente,
"Que va tronar la tormenta;
"Yo bien sé que sois osado,
"Mas no se requiere fuerza
"Cuando las iras del pueblo
"Se desatan y revientan."
Y Rendon el atrevido
Contiene su alma colérica,
Y la ciudad abandona,
De despecho y rabia presa.
El Conde de la Laguna
Que así hablara con prudencia,
A la turbulenta plebe
Noble y benigno sosiega
Cuando llegó de Dolores
El clamor de independencia.

Entónce el Ayuntamiento,
Que ve la ciudad acéfala
Y sobre ella amontonadas
Espesas nubes de guerra,
Dice: "Tomad, Señor Conde,
"De este Gobierno las riendas,
"Que Iriarte nos amenaza
"Sin evitarlo Calleja."
El Conde guardó silencio;
La perdicion mira cierta
De familias españolas,
Y la incertidumbre deja.
"Acepto: pero sepamos
"Qué miras tiene la guerra;
"No busquemos la matanza
"Con la ceguedad de fieras,
"Ni la razon apaguemos
"Cuando su luz se desea:
"Llamad de San Cosme al Cura,
"Y llamad al Cura Piedras,
"Que conversen con Iriarte
"Y sus intenciones sepan."
Llega el Cura de San Cosme:
Su frente es alta y severa,
Seco, flaco, y la mirada
Como luminosa estrella.
Habla, y de sus puros labios
Se derrama la elocuencia.

Con brillo de tal estima,
Con tintes de tal pureza,
Que dominando por noble
Los ánimos encadena.
¡Qué patriota! ¡qué cristiano!
¡Qué palabra tan discreta!
El Conde de la Laguna
La escucha con complacencia
Y le dice: "Dios os lleve,
" Que ansioso espero que vuelvan."
—¿Quién es—todos se preguntan—
El Padre?—y es la respuesta:
—Es el Cura de San Cosme,
Es la honra de nuestra tierra,
Esperanza de la patria
Y luminar de la Iglesia.
Es el *Doctor Cos*, que asoma
Aquí por la vez primera,
Y astro fulgente en su cielo
Lo verá la Independencia.

La conducta del buen Conde
Reprobó el brutal Venegas,
Y de Cos marcó la frente
Su rencoroso anatema.



ROMANCE DE CHIHUAHUA.

HIDALGO Y SUS COMPAÑEROS ENTRAN PRESOS EN CHIHUAHUA

I

En medio de las llanuras
De los inmensos desiertos
Que en el confin de la patria
Miran del Norte el lucero;
Donde no crece la yerba
Ni murmura el arroyuelo,
Ni los pájaros cantores
Vuelan cortando los vientos;
Donde el grito de las fieras
Despertar suelen los ecos
Y el alarido salvaje
Del comanche infunde miedo;
Donde mirando á la tierra
Entre el pavor del silencio,

Nos parece de repente
Cadáver de un mundo yerto,
Y cual fantasmas las sombras
De las nubes en su seno,
De pronto se nos presenta,
Como llovida del cielo,
La pintoresca Chihuahua
Con indecible embeleso.
Cual bandada de palomas
Sus blancas casas, cubriendo
El trecho de una llanura
Que nos inspira contento.
Las casas como que llevan
Sobre los hombros sus templos,
Y que van las arboledas
De su grupo en seguimiento.
En torno las sementeras,
Los ganados á loléjos,
Los desiertos más distantes,
Y en pié viéndolos los cerros.
En ese giron de tierra
Que el hombre arrancó al desierto,
¡Cuán bella se ve á la patria
Que casi se va perdiendo!
Son ginetes extremados
Sus donceles y guerreros;
Atraviesan los peligros
Sin interrumpir sus juegos,

Y convierten en leyendas
Sus amores romancescos.
Las damas, como los lirios
De sus escondidos huertos,
Son las delicias del alma
Por lo fiel y por lo tierno;
Y son matronas sublimes
En el conflicto y el riesgo,
En esos dramas horribles
Del salvaje en el desierto.
¿Quién pinta de ese carácter
Lo delicado y lo austero?
¿Lo sencillo del infante?
¿Lo incontenible y soberbio?
¿Cómo pintarlo en las fiestas
Afectuoso y bullanguero,
Y furibundo y ardiente
En los combates sangrientos?
¿Y quién pintar lo patriota
De su independiente pueblo
Que conserva sus memorias
Como aureola de luceros,
Y que guarda en su recinto
Mil tesoros de recuerdos? . . . .
Era de ochocientos once
Y de Abril el mes funesto,
Cuando entraron en Chihuahua
Hidalgo y los suyos presos.

Los *chaquetas* muestran gozo,
Rabia y estupor el pueblo.
Dianas están las cajas redoblando,
Las campanas repican desde lo alto;
Los patriotas se alejan del concurso
Muy paso á paso,
Y estando solos, á enjugar su llanto.

II

A los presos se conduce
Con gran farsa y aparato,
De la ciudad á un extremo
Ya dispuesto de antemano,
En singular edificio
Que han respetado los años.
Es el principio de un templo
Sin concluirse, abandonado,
Con su gótica fachada
Y en pié y aislados los arcos,
Que apoyo de naves fueran,
No burlas del viento vano,
Si á los proyectos del hombre
Fueran sumisos los hados.
Es la vida interrumpida
De muerte por el asalto:
Es la ruina, las grandezas
Del nacimiento usurpado,

Lo súbito, lo imprevisto,
En esqueleto imperando.
A Colegio de Jesuitas
Era el templo destinado,
Y el lugar en que soñaban
Los arquitectos los claustros,
Y los amplios corredores,
Y los amplísimos patios,
Fueron salas, oficinas
Y lugares apropiados
A un hospital miserable
Que San Felipe llamaron
Recordando á los Jesuitas,
Sus grandezas recordando,
Y su destierro terrible
De México, inesperado.
Al tenerse la noticia
De que fué aprehendido Hidalgo,
El Comandante Salcedo,
Que ejerce el supremo mando
De Chihuahua, del Colegio
Cortando el extenso patio,
Con premura desusada
Hizo construir unos cuartos
Para encerrar á los presos,
Cuartos de mezquino espacio,
Sin luz, cual cajas de adobe,
Para hombres asfixia y asco;

Dejando al vasto edificio
Con dos miserables patios
De que quedan las señales
Por la ruina de los cuartos.
Miéntras el pueblo padece
Gritan vivas los soldados
Y repican las campanas,
Y los presos van marchando.
¡Ay de Hidalgo!
¡La hora de tus verdugos
Ha sonado!
Repite el pueblo los nombres
De Camargo y de Carrasco;
Mireles y Lanzagorta
Van tranquilos platicando.
A Allende se reconoce
Por lo altivo y lo gallardo;
A Aldama por lo modesto;
A Chico por lo galano,
Y al Mariscal Abasolo
Por lo garboso y lo guapo.
El coche de Hidalgo cubren
Los numerosos soldados,
Y allí es donde los curiosos
Vánse ansiosos agrupando.
¡Ay de Hidalgo!
¡La hora de tus verdugos
Ha sonado!

En el cubo de la torre,
Que es un reducido cuarto,
Para habitacion estrecho
Y para prision insano,
Cerrado con toscas puertas
De cerrojos y candados,
Con poderosa custodia
Sepultóse al Cura Hidalgo;
Y á los presos que le siguen,
En los asquerosos cuartos.
Corredores y azoteas,
Bóvedas, pasos y tránsitos,
Ocupaban vigilantes
Centinelas y soldados....
Por fuera el rumor escucha
La gente con sobresalto,
Hasta quedar en silencio
La prision, y paso á paso,
Haciendo hileras y grupos,
Fuése el pueblo dispersando.
De gorja están los esbirros;
Los patriotas, con espanto
Repetian en voz baja:
¡Ay de Hidalgo!
¡La hora de los verdugos
Ha sonado!



ROMANCE DE LA INSURRECCION.

Marchando van á Chihuahua
Hidalgo y sus compañeros,
Siguiendo hasta hallar la muerte
Del martirio el derrotero.
Con el desleal Elizondo
Quedan insurgentes presos,
El que luego que se siente
De todos señor y dueño,
Pidiendo á su sed de sangre
Como estímulo y refuerzo,
Lanzó sobre ellos comanches
Que formaban en su ejército,
Como en tropel á los lobos
Sobre indefensos corderos.
Fué el furor de la matanza,
Fué un delirio carnicero,

Miedo y horror de la tierra,
Espanto del mismo infierno.
Los pocos que se ocultaron
Van para Monclova presos,
Donde los del Rey demuestran
Entusiastas su contento.
Salvas, vítores y flores
Hienden alegres los vientos,
Y cruzan así las calles
Los cansados prisioneros.
Gritan feroces soldados
Que viva Fernando Sétimo;
Y "mueran los insurgentes"
Añade estúpido el pueblo.
Así hasta la inmunda cárcel
A los presos condujeron;
Y era el lugar tan mezquino,
Tan reducido y estrecho,
Que unos en otros quedaban
Como aprensados los cuerpos,
Luchando cada garganta
Por conquistar el aliento.
Por cuatro veces la noche
Llegó á mirar tal tormento,
Sepultando en sus horrores
Lo cruel del martirio intenso.
Al cabo los de Elizondo
Viva compasion fingiendo,

A los indios desdichados
Como bestias repartieron,
Sintiéndose como esclavos
En solaz y refrigerio....
"Matad á los oficiales,
"Acabad con los sargentos:
"Así lo manda Elizondo,
"Así lo manda Salcedo,"
Dijo una voz, y preparan
Los patíbulos sangrientos....
Y á la voz, como si fuese
Voz de vida y de consuelo,
Voz de libertad querida,
Voz de victoria y contento,
Del antro que los sepulta
Salen airosos y esbeltos,
Acosta, Ortega, Navarro,
Domínguez, Malo, y con ellos
Ocarranza, el conocido
Por sus inmortales hechos,
Y príncipe, entre los libres
De honra y de valor ejemplo.
"¡Muera!" gritan los verdugos:
"¡Viva el pueblo!" gritan ellos:
Truenan horribles descargas,
Y despues reina el silencio.

[redacted]

ROMANCE DE DURANGO.

"Que mueran esos traidores
"Que usted celoso custodia;
"Que les tiren por la espalda,
"Cuidando mucho la tropa
"No apuntar á sus cabezas,
"Y que las talares ropas
"Les vistan despues de muertos
"Con respeto y ceremonia;
"Que al fin por ser sacerdotes
"A la Santa Iglesia se honra.
"Durango, á quince de Julio."
Y así concluyó la nota
De don Bernardo Bonavia
Contra los nobles patriotas
Que á la partida de Hidalgo
Se quedaron en Monclova.
Alguno, como caudillo,
Dió á la patria honor y gloria;
Otros, en su ministerio

Ejercieron santas obras
En la mision sacrosanta
De paz y misericordia.
Suenan roncos los tambores:
Allanda manda en persona,
La ejecucion presidiendo
Vil traidor y con faz torva.
Y de dos en dos los padres
Que la comitiva forman,
Van, con espanto del mundo,
Como procesion de sombras,
Majestuosos y tranquilos,
Sin orgullo y sin congoja.
La gente en hondo silencio
A verlos pasar se asoma,
Y se retira callando,
Mas conmovida y llorosa.
Balleza, Conde é Hidalgo
Van con reforzadas tropas;
Medina y Jiménez rezan
Sin cuidarse de su escolta.
De pronto recia descarga
Su eco en la ciudad prolonga,
Y á poco Allanda y Saavedra
Tornan frente de la tropa,
Que redobla sus tambores
Cual despues de una victoria.

ROMANCE DE LA DEGRADACION.

Es del triste Hospital el patio extenso:
En su amplio corredor se alza un tablado
Revestido de negras colgaduras:
En el fondo el dosel, sillones anchos,
La mesa y el sangriento Crucifijo
Entre dos llamas, lúgubre imperando.
Bajo el dosel contémplase sombrío,
Rígido, inmóvil, cual de duro mármol,
Con su bonete de encumbrados picos,
El ojo hundido, y cual cadáver pálido,
Evitando del vulgo las miradas,
Al doctor Valentin, que de Durango
Representa al Obispo, y ejecuta
Servil y sin conciencia sus mandatos.
A su lado se agrupan reverentes
Dignidades de Iglesia y los prelados
Que oficioso llamó como auxiliares
Para el juicio sacrílego de Hidalgo.
El ojo sin fijarse, torvo el rostro,
Difícil respirar, visible espanto,
En el opuesto grupo está Salcedo,

De angosta frente, el pelo alborotado,
Llevando al cinto espada formidable
Y alto baston como señal de mando.
Esbirros de la Curia, Ricos homes,
Intrusos, y sirvientes, y soldados
Se ven al rededor de aquel asiento
Y cubriendo compactos su respaldo.
Despues, desde las gradas, por doquiera
Cerco macizo, muro continuado
De tropa con la mano en los fusiles,
Estúpido el mirar, mudos los labios.
Luego la multitud, como de estatuas,
Como algo de terrífico esperando.
El sol, como asustado, iluminaba
La pavorosa escena con sus rayos.
Iba á verse el fatídico divorcio
Del siervo del Señor y el cielo airado:
Ibase á ver á la Sagrada Madre
A su hijo á los verdugos entregando,
Con estupor del espantoso infierno,
Del mundo y de los cielos con escándalo.
Solo, de pié, tranquilo, se descubre,
Alta la frente, al impasible Hidalgo,
Con su misma mirada penetrante,
Su frente calva y su cabello cano.
A una leve señal surgen veloces
Esbirros negros y de angostos hábitos,
Que alba y amito, cíngulo y estola

Llevaban diligentes en las manos,
Pero era el color rojo .... como signo,
Traduce el vulgo, de irrision y escarnio.
Le revisten á Hidalgo, y así espera
Entre el silencio y entre el mudo llanto.
El que impera, le ordena se arrodille,
Con tono breve, ronco y destemplado,
Y extiende majestuosa é imponente
Al Crucifijo la convulsa mano.
Hidalgo se arrodilla, y aparece
Un misionero á quien llamaban Santo
Y que era del canónigo verdugo
El hombre venerado, y secretario.
Tal era el padre Rojas, noble pecho,
Consuelo, amigo, salvador de Hidalgo.
Servidor de la Iglesia, la obedece;
Hombre, se le admiró tierno y humano.
Con voz que sofocaba la honda pena,
Leyó el terrible, el implacable fallo
De la degradacion, y los sollozos
Reprimidos brotaron de sus labios.
En la sentencia, el odio y la calumnia
Depositaron ponzoñosos rayos,
Y del rencor la baba venenosa
Sobre cada renglon dejó su rastro.
Y el colmo del cinismo, y lo supremo
Del proceder cruel, lo más villano,
Es, que se dice al fin de la sentencia,

Despues de haber al reo degradado
Y entregado al verdugo á su capricho
Inerme al sacerdote abandonando....
"Tenedle compasion, no le deis muerte;"
Despues de asegurarlo en el cadalso,
Como quien pone una ascua de ironía
Sobre la herida que se ve sangrando.
Y en medio á tal horror, ni un ¡ay! ni un gesto
Se oyó ni vió del impasible Hidalgo.
Los cuervos clericales se abalanzan
Y pieza á pieza arrancan ensañados,
Murmurando estupendos anatemas,
Al Dios de amor infames calumniando....
Y de morder y devorar sedientos,
La frente le royeron y las manos,
Dizque para arrancar hasta el recuerdo
De la gracia y del óleo sacrosanto.
Y así, rendido, objeto de la farsa,
Parodiando el martirio y el Calvario,
Al Procónsul Salcedo y á los suyos,
Y á los que conoceis, Abella y Bracho,
Con petulancia los esbirros negros
A Hidalgo silenciosos entregaron.
El preso mudo va; fórmanle escolta
Los prevenidos grupos de soldados....
Y á poco, todo solitario queda,
Dando el sol al dosel, y en el tablado.

ROMANCE DE HIDALGO PRESO.

Está don Manuel Salcedo,
Estirado Comandante,
Enfrente del Cabo Ortega,
Y enfrente don Melchar Guaspe,
Que van á servir á Hidalgo
De guardias y vigilantes.
Da unos pasos en la estancia,
Anubla el severo empaque,
Y en voz imperiosa y ruda
Les intima aquestas frases:
"Id al cuidado del monstruo,
"Que ni vea, ni oiga, ni hable;
"Que le envuelvan las tinieblas
"Para que ni el suelo manche,
"Y que el aire le dé apénas,
"Porque puede emponzoñarle."

En silencio se despiden
Los dos sirvientes leales,
Y al calabozo de Hidalgo
Los dos silenciosos vánse.
Hidalgo, el querido anciano,
Nuestro bien y nuestro padre,
Estaba enterrado vivo,
Sin zozobra y sin quejarse.
Está tan tranquila su alma,
Que le da paso al donaire,
Y en secreto se enamoran
De su condicion amable.
Ortega como hijo le ama,
Le ama como hermano Guaspe,
Vaca le sirve afectuoso,
Que es en todo ejemplar padre.
Alto, seco, mas chistoso
Y oportuno como nadie,
El padre Rojas dirige
Sus cosas espirituales.
Rojitas le llama el pueblo
Por lo fino y lo tratable;
Y era un prodigio de ciencia
Entre modestos sayales.
Y era un triste calabozo
En donde se ahogaba el aire,
Y donde la luz tocaba
En el sitio agonizante.

Las horas del alimento
Eran de breves solaces;
Sucias y húmedas paredes,
Mesita al desvencijarse,
Con una huérfana silla
Mensajera del desastre,
Una vasija con agua,
Un desgobernado catre,
Más bien espanto del sueño
Que cama en que se descanse,
Fué el ajuar que concedieron
A Hidalgo los gobernantes;
Pero Hidalgo está risueño,
Chancea con sus guardianes,
Está alegre, cual si viese
A sus amigos triunfantes,
Sin sentir duelo en el alma
Con su suplicio delante....
A veces, cuando comia,
Para á la sombra hacer fraude,
Con una pua trinchaba
Sus ordinarios manjares,
Y encubria el contrabando
De la luz pura y el aire.
La víspera del suplicio
Viendo á Vaca demudarse,
Miéntras comia contento,
Le dijo: "Sosiego, padre,

" Que yo soy quien carga al muerto,
" Y pesado no se me hace;"
Siguiendo en festiva charla
Con todos los circunstantes.
En las paredes del cuarto
Letreros varios halláronse
Que los celosos esbirros
Destruyeron suspicaces.
La lengua guarda el pescuezo
Logró á la muerte escaparse,
Y lo repitió Chihuahua
Volando entre sus refranes.
Su corazon generoso,
Agradecido y amante,
Le consagró al Cabo Ortega
El verso que da realce
A su ternura exquisita
Y á sus sentimientos grandes,
Que pues lo canta la historia,
Permitid que yo lo estampe.

" *Ortega, tu crianza fina,*
" *Tu índole y estilo amable,*
" *Siempre te harán apreciable*
" *Aun con gente peregrina.*

" *Tiene proteccion divina*
" *La piedad que has ejercido*
" *Con un pobre desvalido*
" *Que mañana va á morir,*

"*Y no puede retribuir*
"*Ningun favor recibido.*"
Y esa musa sonreia
Entre el vapor de la sangre,
Dirigiéndose afectuosa
Así á don Melchor de Guaspe:
"*Melchor, tu buen corazon*
"*Ha adunado con pericia*
"*Lo que pide la justicia*
"*Y exige la compasion.*

....

"*Das consuelo al desvalido*
"*En cuanto te es permitido*:
"*Partes el postre con él*;
"*Y agradecido Miguel*
"*Te da las gracias rendido.*"

¡Qué tristes son los verdugos
Junto á hombre que tanto vale!
¡Qué infelices los tiranos!
¡Qué asquerosos sus secuaces!
En el dia del suplicio,
Los hombres de las ruindades
Le mermaron la medida
Del alimento constante.
Él lo notó, replicando
Con cierto burlon donaire:

"Ya que me quitais la vida,
"No mermeis el chocolate"....
En camino del suplicio
Detúvose unos instantes
Para pedir unos dulces
Que en su mesa han de encontrarse.
Trajéronlos, tomó algunos,
Y los demas los reparte
Entre los mismos soldados
Que pronto van á matarle.
¡Qué odiosos son los verdugos
De nuestros heróicos padres!
Y cuando el sol de la historia
Toda su grandeza aclare,
Surgirán en medio al mundo
Con sus tallas de gigantes,
Y esos, cual viles insectos
Royendo sus pedestales.

———◆———

ROMANCE DE LA MUERTE DE HIDALGO.

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo
Tu esqueleto descarnado;
Y con esa voz que vibra
En las almas con espanto,
Dile cómo Hidalgo el grande
Cayó rendido en tus brazos,
Y refuerza sus acentos
Para que crucen los años.
En la portada de Agosto
Se reflejaba el sol claro;
La ciudad está desierta
Y silenciosos los llanos;
Escuchábase con miedo
El resonar de los pasos,
Cual si perturbar temieran
De un moribundo el descanso,

O despertar de su sueño
Al tigre mal resguardado.
Nada revelan las voces,
Y nadie interrumpe el tráfico;
Pero se ve en las miradas
Cierto intenso sobresalto,
Prontos á llorar los ojos,
Prontos á gemir los labios,
Y el sol como amarillento,
Y cual de luto el espacio.
Como silenciosas nubes
Caminan en vuelo tardo
Grupos de gente del pueblo,
Que hasta el hospital llegando,
Se dispersan y se pierden
Sin dejar ni leve rastro.
La plaza está solitaria,
El cuartel está cerrado,
Y crée percibir el vulgo,
O percibe, rumor raro,
Que traduce misterioso
Su conmocion ocultando....
Fanáticos en los templos
Oran y derraman llanto
Porque ven al Sacerdote,
Al de Dios vivo traslado,
Al que las llaves del cielo
Colocó Dios en las manos,

Entregado á los verdugos,
De la Iglesia excomulgado,
Al cielo y á sus grandezas
Delincuente desertando.
Y entónces de los infiernos
Mirándole como aliado,
Mezclan acciones de gracias
Al gozo de los tiranos,
Y Satanás se sonrie
De tan sacrílego escándalo.
Algunos en las alturas,
Junto al hospital nombrado,
Parecen seguir del drama
Los conmovedores cuadros.
Ya se forma espesa valla
Desde la prision de Hidalgo
Hasta la pared maciza
Que cierra el segundo patio:
Ya se distingue un gran grupo
Y vése en el centro á Hidalgo;
A su lado el Padre Rojas,
Y otros padres á sus lados:
Ya se percibe confusa
La voz del bélico mando,
Y marcha la comitiva
Muy lúgubre, y paso á paso.
Hidalgo va descubierto,
Su capa negra flotando;

Era negro su vestido,
Ni pulcro ni descuidado.
Va grave, mas sin tristeza;
Erguido, sin intentarlo;
Marchaba como marchaba
En su ignorado curato,
De los pueblos bendecido
Y de los pueblos amado,
El bien, la paz y el contento
Diligente derramando.
Detúvose un solo instante,
Porque dejaba olvidados
Unos dulces, que apacible
Les dió á los que le mataron.
Fila de estatuas parece
La valla de los soldados,
Tanta grandeza del Cura
Con lágrimas contemplando.
De pronto pavor horrible
Como que interrumpe el acto,
Y se duda, y se vacila,
Y hay miedo, terror y pasmo.
Miéntras se formaba cerco,
Que suele llamarse cuadro,
Aislado entónces se aparta
Al centro, sereno, Hidalgo,
De majestad y de gloria
Y fe sublime radiando.

¡Ay! los que le hubieran visto,
Y los que hubieran mirado
El valor de sus verdugos
Y de aquel heróico anciano,
Ni en argucias de doctores,
Ni en sutilezas de sabios
Desfogaran su impotencia
Derramando comentarios.
Hidalgo mira de frente
Preparar á los soldados;
Se arrodilla en un banquillo
Que pusieron de antemano;
¡Estalla el trueno! las balas
Vestido y carne rasgaron;
Respetaban su cabeza
Guardándola para escarnio.
No espira el héroe, convulso
Y en el suelo derribado,
Nuevas heridas su cuerpo
Hacen, traidoras, pedazos;
La noble cabeza, intacta,
En roja sangre nadando,
Mantiene abiertos los ojos,
Fijos, apacibles, claros,
Como bendiciendo al pueblo
Y á la traicion perdonando.

[redacted]

ROMANCE DE LAS ESCARPIAS.

Estás de pié, Granaditas,
Mas tus heridas abiertas,
Y tus ventanas cual huecos
De espantable calavera.
Estás de pié, Granaditas,
Y triste el pueblo contempla
La sangre que en tus paredes
Parece que no se orea.
Son como hondas cicatrices
Los remiendos de tus puertas,
Que muerte, y sangre y horrores
Al pasajero recuerdan.
Estoy viendo que en tumulto
La muchedumbre te cerca:
¿Qué es lo que quiere decirte?
¿A qué ha venido, qué espera?

El púlpito se levanta
Sobre aquel mar de cabezas,
Y "¡ay del insurgente!" clama
Desde lo alto Labarrieta,
Sacerdote, y fiel sirviente
De la Iglesia y de Venegas.
De su voz, que al trueno imita,
Se desata el anatema,
Y el gentío se anonada
Cuando alza sus manos trémulas.
Los acentos furibundos
De su acerada elocuencia,
Se dirigen á unas cajas
De negros paños cubiertas,
Y que el vulgo conmovido
Ya sospecha lo que encierran . . . .
"Oyeme, Miguel Hidalgo,"
Exclamó la voz siniestra,
"Fuiste en el mundo mi amigo,
"Mas á tal crímen, tal pena."
Y salieron de las cajas
Como por sí, unas cabezas
Con los cabellos hirsutos,
Con manchas de sangre negras,
Amarillas, espantosas,
Rígidas, pero completas,
Que con los ojos cerrados
Mudas giran y voltean.

"Escarmiento!" grita el Padre,
Y la multitud se aterra,
Y su voz se repercute
En las montañas excelsas,
Cual si sus gritos lanzara
Desde la ciudad escueta,
La congoja reprimiendo,
Que ni á respirar acierta.
El pueblo va conociendo
De una en una las cabezas,
Y los nombres en voz baja
Con sordo acento resuenan.
Hidalgo, Allende, Jiménez,
Y Aldama, miran de cerca,
Y parece que al mirarlos
Dan de vida claras muestras....
En cuatro gruesas escarpias
A los cuatro vientos puestas,
Los verdugos impasibles
Colocaron las cabezas....
Y allí quedaron, para unos
De escarmiento como muestra,
Pero para otros clamando
Por la Santa Independencia.
Cuando pasan los patriotas
Les juran venganza eterna;
Cuando bajo esas escarpias
La humilde plebe atraviesa,

Detiene los tristes pasos,
Se persigna con la diestra,
Y se descubre la frente
Con amor y reverencia.

ROMANCE DEL PADRE TALAMANTES.

I

Bulto negro, bulto negro
Que remedas el espanto,
En las sombras de la noche
Y en paraje tan extraño....
Dime si eres alma en pena
Para rezarte un sudario,
Y si andas en aventuras
Para encomendarte al diablo.
Así pensaba un esbirro,
Las pisadas acechando
De un bulto, que desprendido
De la espalda de Palacio,
Por plazas y callejones
Se escurria cual relámpago.
Al Puente de Manzanares:
El bulto guia sus pasos,

Y llega á *la puerta falsa*
Del convento venerado
De la Merced, do penetra,
Al vil sabueso burlando;
Pero tiene tal consigna
El esbirro, es tal su cargo,
Y el Oidor que lo dirige
Tiene tal poder y mando,
Que á pesar de los pesares,
Y del sueño y del cansancio,
Frente de la puerta dijo:
"No hay remedio, aquí me clavo."

II

En una apartada celda
Del templo de la Merced,
Asilo de un padre grave
Y de su claustro honra y prez,
Con sillones de vaqueta,
Con libros como á granel,
Con Cristo de Guatemala
Y con pretensioso tren,
Entraba el desconocido
Que hora vais á conocer.

—Fr. Melchor, al fin nos vemos.
—Gracias mil, señor Virey.
—Tomad asiento.—
Sentóse;
Sentóse el Padre tambien....
Miéntras ordena el legajo
Que entre sus manos se ve,
Que bosqueje su retrato
Diligente mi pincel:
Fr. Melchor de Talamantes,
Que al frente, lector, teneis,
Vió en Lima la luz primera;
Y su influjo y su saber
Le trajeron á este suelo,
Que era su encanto y su bien.
Cabello de ébano y nieve,
Flaco, de amarilla tez,
Ojos hundidos y negros,
Alta frente, hundida sien
Que anunciaba penitencia,
Seriedad y madurez,
Y desprecio de las galas
Y del mundano oropel;
Pero si un punto alumbraba
En ese ascético sér
De libertad una chispa,
Un destello de su ley,
Entónces se trasformaba,

Y ardiente y con altivez,
Y dominante y sublime,
De independencia el poder
Encarecia elocuente,
Y subyugaba tambien.
Él al saber lo de España
Y la invasion del francés
Multiplicóse atrevido,
Y acudiendo á su saber,
Formuló planes profundos,
Sedujo astuto al Virey,
Y para la Independencia
Era apóstol y sosten.

III

El abultado legajo
Dice: "*Representacion*
De las Colonias," y explaya
Sus derechos con valor,
Y sus fueros; designaba
A México cual Nacion,
Y al Virey confiere el mando,
Y los títulos de honor....
El Virey.... unos momentos
Expresaba confusion;

Otros contento.... y á veces
Como sorpresa y terror;
Y al fin, le dijo en voz baja,
Y tanto, que no se oyó,
Que el fraile le echó los brazos
Con grande satisfaccion,
Y su frente majestuosa
Alumbraba como sol.

IV

Cambió la escena: ya mandan
Los audaces Parianistas,
Y de Garibay caduco
Y su mano que vacila,
Se desprenden como rayos
Odio y venganzas inícuas.
A Cardenal don Ciriaco
Cual verdugo se designa
Para hacer á Talamantes
La farsa de la justicia.
Se le requiere con furia;
Él con voz despreciativa
Contesta, y en sus principios
Grande y severo se afirma.
Se recurre á los halagos,
Y el noble fraile se indigna;

Alza vago descontento,
Rumores de simpatía,
Y una inesperada aurora
De Setiembre, triste y fria,
Solitaria halló la celda
A que Fr. Melchor dió vida.

A poco San Juan de Ulúa
Vió en sus muros una víctima,
Y no más.... porque el misterio
Tendió mil sombras malditas
Sobre el héroe, y ni su tumba
Con lauros y siemprevivas
Puede señalar al mundo
La Patria reconocida.

ROMANCE SUELTO DE LA INSURRECCION.

LEYENDA.

I

Chaqueton de paño burdo
Vecino de la rodilla;
Tosco pantalon mezclilla
Con su franja carmesí;
Cráneo macizo y cuadrado,
Tosco pelo, ojo pequeño,
Piel cual corteza de leño,
Conjunto brusco y cerril.

El sombrero hasta las cejas,
La camándula en la mano,
Jactándose de cristiano
Y de amigo del Virey;
Juan Bautista de la Torre,
Capitan de un regimiento,
Érase en aquel momento
Del vircinato sosten.

Y al correr de su rosario
Las harto melladas cuentas,
Soñaba escenas sangrientas
Para honra y gloria de Dios.
En el valle de Toluca
En que mandan él y Mora
Su segundo, asoladora
Dejó su huella el terror.

Canseco, jefe insurgente,
Su paso atrevido hostiga,
Y él en su saña enemiga,
A Dios y al rey por servir,
Tala pueblos, con la sangre
De los inermes se embriaga,
Y á cada muerte le halaga
"Bendito Dios" repetir.

Era el primer mes del año
De mil ochocientos once,
Cuando su pecho de bronce
Del primer triunfo gozó.
Cacalomacan se nombra
La hacienda que entregó al fuego,
Aunque en tranquilo sosiego
Sus habitantes halló.

Y allí, en medio á los gemidos
De tortura y agonía,
Su rosario recorria
Con afable beatitud....
Y así en el cerro de Zayas
Insurgentes se inmolaron,
Diciendo: "que se mandaron
Al infierno. Amén, Jesus."

Xocotitlan en pavesas
Guardó del tigre la pista,
Y era, en fin, don Juan Bautista
Del cielo la maldicion.
Saltó á la palestra López
Benedicto, y dijo: "Muera
Ese de entrañas de fiera
Y de los indios terror."

A su voz acude Oviedo,
Jefe entusiasta y despierto,
Y ya de Ocurio en el puerto
Resuelto á Torre esperó.
Torre acomete impetuoso,
Sorprende la artillería,
Y López, con bizarría
Carga, y su rudo furor

Con espada vengadora
Dejó allí, para escarmiento,
Hecho cadáver sangriento
Al aborrecible Mora.

II

Era el tropel de insurgentes
Con hachas, piedras y palos
Destrozando los cañones,
Los ginetes derribando,
Haciendo de proyectiles,
Proyectiles desastrados,
Los cadáveres que ruedan
De las alturas al llano.
Torre quiere guarecerse
Y marcar audaz el alto
A las chusmas, mas no pueden
Los suyos hacer disparos,
Por lo revueltos que llegan
Con sus terribles contrarios.
Emprende Torre la fuga,
Pero detienen su paso
Los árboles hechos muros,
Hechos montes los peñascos.
Oviedo entónces, á un rumbo
Y López por el contrario,

Cercan á los fugitivos
Con furor desesperado.
A Torre se le miraba
Dando señales de espanto,
Junto á un Cura, su compadre,
Confesarse arrodillado;
Y despues dejó á los suyos
A su suerte abandonados....
López á los prisioneros
Trata afectuoso y humano,
Y les dejó partir libres
Luego que llegó á Zitácuaro.

III

Rota la sangrienta espada
Y en desórden el vestido,
Con el cabello á los ojos
Y de espanto dando indicios,
Va don Juan Bautista Torre
De Túxpan por el camino,
Huyendo de la derrota
Que le dió don Benedicto.
Éste, que de aquella fuga
Recibe á tiempo el aviso,
Le sorprende en Xaripeo,
Hacienda, segun se dijo,

Que fué propiedad de Hidalgo,
Nuestro adorado caudillo.
Aprehende López á Torre,
Pero caballero y digno,
Ni le dirige reproches
Ni le sujeta á martirios,
Que las almas bien templadas
Honran hasta al enemigo;
Pero á la vista del monstruo,
El odio estalló en los indios,
Y la tempestad revienta
De los brutales instintos;
Y como los vientos rasgan
Negras nubes de granizo,
Y como barre hojas secas
El airado torbellino,
Así sus piedras disparan
Los indios enfurecidos
Sobre Torre, sin que pueda
Nadie compartirle auxilio.
Era un huracan de rabia,
Eran de odio los aullidos.
Bajo las piedras se pierde
El verdugo aborrecido,
Y ni una cruz da señales
Del lugar de su suplicio.

ROMANCE DE LA ENTRADA DE CALLEJA.

5 DE FEBRERO.

Las campanas se hacen rajas
Y dan vuelta las esquilas;
En torres y miradores
Los gallardetes se agitan,
Y rompen raudos cohetes
Los aires que llevan "vivas."
Accesorias y balcones
Ostentan blancas cortinas,
Ya plegadas con listones,
O ya con bandas ceñidas.
¿Qué produce tanto gozo?
¿Qué enciende tanta alegría?
Unos responden que el Santo
De México honra y delicia,
El de Jesus San Felipe,
El que á México ilumina:
Y lo prueban los altares
Con sus velas encendidas,

Erigidos en las calles,
Con arcos y alfombras ricas,
Y desparramando incienso
Que en nubes errantes gira.
Otros dicen: "De Calleja
Para hoy la entrada se fija,
Y lo dicen esos arcos
Que parten de la garita,
Y lo proclama Palacio
Que ostenta su artillería."

"¡Honor al héroe esforzado!
"¡Honor á su tropa invicta!"
Unos gritan; otros rugen
Con acentuada malicia:
"Bien haces, Neron maldito,
"De aprovechar este dia
"Para que nadie reniegue
"Si las campanas repican."
En las calles de Plateros
Una multitud se agita,
Que es cual torrente en el suelo,
Que está como suspendida
En balcones y ventanas,
Que las alturas domina.
Quitasoles, trajes, gorros,
Cirios, arcos y cortinas,
Forman conjunto que embriaga,

Y que deslumbra la vista.
El cañon clama: "han llegado
Las tropas," se alzan los "¡vivas!
Y las músicas marciales
Despiden sus armonías.
Vienen llenando la calle
Calleja y su comitiva,
En arrogantes corceles
Que á los vientos desafian;
Y cuando más orgulloso
Finge desdeñar los vivas,
El corcel de Júdas Tornos,
Mariscal de artillería,
Se afosca con los aplausos,
Se endereza, se encabrita,
Da á Calleja en la cabeza,
Del caballo le derriba,
Entre alaridos de susto
Y entre sofocadas risas.
En casa de Rodallega,
Dueño de una platería,
Sobre hospitalario lecho
Le confortan y le auxilian,
Miéntras frente á los balcones
Dice la gente maligna:
"Este sí que es otro agüero
"Que está muy bien que compita
"Con aquella Santa Palma

"En el cielo aparecida.
"A los piés de un mexicano,
"Y Santo, para más dicha,
"Dejó el tremendo Calleja
"Estampadas sus costillas."
Y bramaban con la chanza
Las gentes de sacristía.
Tras de dilatada pausa,
Y mal seguro en la silla
De su corcel, va Calleja,
Y á Palacio se encamina.
Allí el Virey le saluda
Con cierta falsa sonrisa,
Y marchan para la iglesia,
Donde escuchan de rodillas
El gran *Te Deum laudamus*
Que los clérigos recitan,
Esclavos de los soldados
Que á los pueblos asesinan.
Se alza arrogante Calleja,
El Virey le felicita,
Y con desusada pompa
Orgulloso se encamina
A la casa que lo aloja,
Que es una estancia magnífica,
Y marca el número doce
Calle de las Capuchinas.

ROMANCE PRIMERO DE LA INSURRECCION.

¿Quién pinta al huracan cuando desata
Entre los montes su furioso vuelo;
Cuando agita como olas los peñascos
Y hace torrentes del soplar del viento?
¿Quién describe al horrendo terremoto
Las bases de la tierra sacudiendo,
Descarriando los rios caudalosos,
Los collados moviéndose como ébrios?
¿Quién al volcan retrata en el instante
De vomitar terrífico su fuego
Cuando la lava en chorros y torrentes
Se encrespa, salta, y férvida cundiendo
Borra y desaparece lo que toca
Con ímpetu satánico y estrépito?
¿Quién pinta el reluchar de los tiranos?
¿Quién el enojo de los bravos pueblos

Cuando claman venganza y suena la hora
Fatal de la expiacion y el escarmiento?
¿Quién pintará las fieras convulsiones
Que á los pueblos de Anáhuac sacudieron
Cuando el suplicio del insigne Hidalgo
De monte en monte denunciaba el eco?
García Conde en San Luis se enseñoreaba;
Mas Gutiérrez provócale altanero,
Y el pueblo de Dolores resucita
Dando de patriotismo heróico ejemplo.
En la Paz encontró Guizastenegui
De destruccion y de venganza restos.
Calleja se abalanza á Zacatecas
Que Rayon abandona, poco experto,
Para herir á Morelia; pero Empáran
Corre audaz en su fácil seguimiento.
Álvarez el apóstota, derrama
Los horrores, espanto del infierno;
Oprime Aguascalientes, y esa masa
De odio, de sangre, de rencor y fuego,
Se revuelve entre furias de matanza,
Entre suplicios crueles y entre incendios,
Quedando como rastro las cenizas
De los que fueron venturosos pueblos.
En medio de los nuestros, descollaba,
Cual arrecife dentro el mar revuelto,
Un Albino García, de patriotas
Gala y orgullo, estímulo y ejemplo,

Flor de los bravos, gloria del Bajío;
Listo, atrevido, impávido, sereno,
Diestro ginete, guerreador astuto,
Lento en sus planes, al obrar resuelto.
Dulce con las lisonjas de la suerte,
Grande y tranquilo en el destino adverso,
Tornóse de Calleja en pesadilla,
De Álvarez y Teran tornóse espectro.
Provocaba á la lid, se desbandaba
Al tocar un fatal desfiladero,
Y despues, con la furia del torrente,
Sus corceles terribles revolviendo,
Dejaba al disiparse como nube
Montones de despojos y de muertos....
Tantos dramas de horror tuvieron realce
En la roca espantosa de los Griegos,
En donde los feroces españoles,
De sangre henchidos, pero en odio ardiendo,
Su costosa victoria desquitaron
En los pobres heridos indefensos,
Y en las tristes mujeres, que ultrajaron,
Y despues les cortaban el cabello,
Entre la mofa vil, entre el escarnio,
Indigno del soldado caballero,
Grabando, para mengua de sus nombres,
Implacable la Historia sus recuerdos.

[redacted]

ROMANCE SEGUNDO DE LA INSURRECCION.

Cual carcomida compuerta
Que hirvientes aguas azotan,
Y la cimbran, y la rajan,
Y á trechos la desmoronan,
Así el poder de Venegas
Mal contiene á los patriotas,
Que en una parte se extinguen
Para renacer en otra
Y convertir en desastres
Las pompas de la victoria.
Era pueblo que en instantes
Se improvisa airada tropa,
Y de repente se pierde
En los campos y las chozas,
Así cual quedan las aguas
Al borrarse de las olas.

En el mar del Sur, Morelos
Tropas realistas derrota;
Guerra el Occidente escucha,
Guerra claman en Sonora,
Y ensangrentaron los campos
Las luchas de Sinaloa.
Nuevo Santander, tu Golfo
Lleva sangre de patriotas,
Y en el centro las ciudades
Y las comarcas se chocan.
Iriarte, en nombre del pueblo,
Mancha la causa patriótica;
En San Luis, dos bravos legos
Pendon de guerra enarbolan,
Y en repetidos encuentros
A los realistas azoran:
Cruz en Jalisco prepara,
Con arrogancia española,
Lauros, que Torres extiende
En su marcha, como alfombra.
Y entre ese estridor salvaje
De masas que se destrozan,
De caprichosas revueltas,
De matanzas y de sombras,
Buscan los sabios los planes,
Créen los sabios que razonan,
Y sus sueños ó ilusiones,
Y sus impresiones propias,

Con vanidad estupenda
Llamaron despues Historia.
Así es el hombre, se jacta
De que conoce las cosas,
Y hay cosas que no se explican,
Porque se hacen por sí solas.
Así en el largo registro
De triunfos y de derrotas,
Los soldados se murieron,
Las victorias se mencionan,
Y el espíritu, que agita
Esas turbas tumultuosas,
Y que al fin del vencimiento
Les dará inmortal corona;
Ese, su vuelo invisible
Sigue en marcha silenciosa,
Y lleva por solo norte
Del dedo de Dios la sombra!

[redacted]

ROMANCE PRIMERO DE LA CONSPIRACION.

1811.

En una olvidada calle
En que hervia caño inmundo,
Toda hoyancos y tropiezos,
Escondrijos y tapujos,
Desgarrada en callejones
Y en malecones obtusos,
Con puertas como gateras,
Pasillos como trabucos,
Con habitantes salidos
De los abismos profundos,
Llamada *de la Polilla*,
Como un apodo de lujo,
Está la casa de Dongo,
Segun la fama, gran tuno,
Que contra el Virey conspira
Y pretende darle un susto

En combinacion certera
Con señorones de rumbo.
La gente que allí se mira
Forma un extraño conjunto
De frailes, y de letrados,
Y de otros bichos astutos,
Hechos á burlar prisiones,
Y cadenas y verdugos.
Teniendo Dongo en las manos
Un Crucifijo, dispuso
Tomarles el juramento
Para el secreto absoluto.
El Padre Castro, entusiasta
Bendice á todos augusto,
Y *Brazo fuerte* explicando,
Con entonacion de buho,
La trama que se proyecta,
Pinta el éxito seguro.
"Sale el Virey á la Viga,
—Dice—cual siempre, hecho un bruto,
"Medio durmiendo *la tranca*
"Que en sobremesa se puso.
"Casi marcha sin escolta:
"Le esperamos allí ocultos;
"La espalda nos la resguardan
"Ferrer, Cataño y los suyos;
"¡Zas! hacemos buena presa,
"Y va á Zitácuaro el bulto."

Al Virey se le delata
El proyecto, y en minutos
Cunde cual rápida llama
La confusion y el tumulto.
La adulacion pide sangre;
Sangre y muerte quiere el vulgo,
Y á Ferrer el licenciado,
Por lo visible y sesudo,
Y porque como él, letrados
En la insurreccion hay muchos,
Designa Venegas fiero
Para pasto del verdugo.
Bataller, que le defiende,
Aunque de carácter crudo,
Al ver que de sus paisanos
No le protege ninguno,
Dijo: "¡qué mengua de criollos!
¡Ellos le abren el sepulcro."
Marcha Ferrer al cadalso,
Que está cubierto de luto,
En Necatitlan, que se halla
Del Sur de México al rumbo....

[redacted]

ROMANCE SEGUNDO DE LA CONSPIRACION.

1811.

Suenan en las plazas "¡vivas!"
Surcan el aire cohetes,
Y los repiques embriagan
Como licor, á las gentes:
"¡Gloria á Dios!"—clama la Iglesia;—
"Triunfó el Virey de la muerte."
Todo en las calles son galas,
Todo en las casas banquetes,
Vítores por donde quiera,
Músicas en los cuarteles,
Y hasta las santas monjitas
Tomaron su trago alegres,
Al ver que gratos los cielos
Hacen milagros patentes.
"Triunfó—dicen—no hay remedio,
"La causa de nuestros reyes."

Y don Bruno Larrañaga
Alza su musa pedestre,
Y dispara este Soneto,
Aborto de su caletre,
Que don Cárlos Bustamante
Apellida sonsonete:

" Si á Venegas quitamos el gobierno,
" La América se pierde dividida;
" Pues hágalo una mano parricida
" Dijeron los ministros del infierno.
" La gran María pide á su Hijo tierno
" De su segundo general la vida
" Porque guarde su tierra en paz unida,
" Y á ruego tal condescendió el Eterno.
" A este fin dijo caiga la sentencia
" En los dispuestos pérfidos actores:
" Descubierta su infame inteligencia,
" México, detestando á estos traidores,
" Ama á su jefe, ríndele obediencia,
" Y de Virey-Mariano los honores."

ROMANCE TERCERO DE LA CONSPIRACION.

1811.

¡Horror! ¡horror! sangre y muerte
Van siguiendo al año de once,
Hasta espantarse las fieras
Con sus escenas atroces.
Parece que cruda rabia
Hace su presa á los hombres,
Y que la locura agota
Incomprensibles horrores.
Valladolid arde en guerras,
La guerra incendia á Catorce;
En Pachuca, Llano altivo,
Con su corazon de bronce,
Ébrio de ira y de venganza
Ve á Osorno como á su azote.
Albino (el manco García)
Al frente de sus legiones,

Terror siembra en Guanajuato,
Do resistencia le oponen.
Morelos, lauros de gloria
Ensangrentados recoge
En el Sur, de donde surge
Grande y temible su nombre,
Miéntras al *Cerro del Moro*
Ildefonso de la Torre,
Invocando al rey, asciende,
Para derramar horrores,
Descuartizando á los niños,
Despedazando á los hombres,
Y de ancianos y mujeres
Haciendo mil hecatombes.
Era vulgar el martirio,
Érase la muerte un goce,
Al aparecer aislada
Sin sus cortejos atroces.
Las serpientes de los odios
En las pavorosas noches
Provocaban el incendio,
Y tristes los resplandores
De cada aurora alumbraban
Sangrientos los horizontes,
Y montones de ceniza
Donde del cielo los dones
Engalanaban los pueblos
Y alegraban á los hombres.



A esto llamaban Calleja
Y Venegas, y la corte,
Proteccion de Dios, y triunfos
De los fueros españoles.
Y esto demuestra elocuente
Y sin sutiles razones,
La causa de negros odios
Y de bárbaros rencores.

[redacted]

ROMANCE DE JIMENEZ.

Aquel jóven que en la ciencia
Cosechó verdes laureles;
Aquel adalid gallardo,
Aquel atleta valiente
Que en la rota de las Cruces
Se alzó á la altura de Allende,
Y apareció en el peligro
Con la gloria refulgente;
Aquel honra de los libres,
Aquel Mariano Jiménez,
Asombrando va el desierto
Con su valerosa hueste,
Haciendo cundir los vivas
De México independiente.
Eran inmensas llanuras
De los salvajes albergues,

Sin un árbol, ni una yerba,
Sin un ave ni una fuente,
Al confin, escalonadas
Al Norte montañas vénse,
Donde jefes españoles
Quieren su empuje oponerle.
En el puerto del Carnero
Ochoa astuto se atreve,
Pero fué tal el arrojo
De los bravos insurgentes,
Que heridos y desbandados
Fueron soldados y jefes,
Del susto á grandes distancias
Turbados á reponerse.
Ufana marcha la tropa,
Satisfecho está Jiménez,
Las chocillas *de Agua Nueva*
Muestran sus rostros alegres,
Y brindan á los soldados
Con refrigerio y albergue.
De pronto disparos se oyen,
Los soldados se revuelven,
Y en batalla encarnizada
La expedicion se convierte.
Era el valiente Cordero,
Odio de los insurgentes,
Impetuoso, arrebatado,
Tenaz é indomable siempre....

Como dos fieras se embisten,
Cual se chocan dos torrentes,
Como si un trozo de hierro
De alto monte descendiese,
Señalando su camino
Con mil centellas ardientes.
Así se chocan las fuerzas
Realistas contra rebeldes,
Regando por donde quiera
Sangre y despojos la muerte.
Los patriotas exaltados
Al ver luchar á Jiménez,
Como tigres furibundos
A los del Rey arremeten,
Y entónces ellos, ¡cobardes!
Haciendo traicion al jefe,
Le cercan y le aprisionan
Entregándole á Jiménez....
Cordero está taciturno,
Mas sin humillar la frente,
Contemplando su suplicio
Como un azar de la suerte.
"Pésame de veros—dice
Con gran conmocion Jiménez;—
"Más os quisiera en el campo,
"Que vendido por aleves.
"Dejadlo, y atrás, cobardes,
"Que venga á mí vuestro jefe,

" Que tome asiento en mi coche,
" Sírvanle mis asistentes,
" Que yo sé bien los honores
" Que se conquista un valiente;
" Y si no fuera soldado
" Que á la consigna obedece,
" Libertad os concediera,
" Que eso mi alma me sugiere."
Cordero estrechó la mano,
En silencio, de Jiménez,
Miéntras que tocaban diana
Los clarines insurgentes.

ROMANCE DE DURANGO.

¡Oh cuán triste es que la nube
Que promete lluvia y fresco
A las agostadas plantas
Y á los sembrados sedientos,
Al desgarrar sus entrañas
Retumbando ronco el trueno,
Despida fatal granizo,
Viertan torrentes sus senos,
Y difunda por doquiera
La consternacion y el duelo!
¡Cuán triste es que nos despierte
Con su mano de esqueleto
La realidad espantosa
De nuestros felices sueños!
Tales son, Durango amado,
De tus glorias los recuerdos,

Cuando Félix Tres Palacios
Y Juan Pablo Caballero
Proclamar la independencia
Entre tus bravos quisieron.
Ya está alzada la bandera,
Ya están listos los aceros,
Ya va á prorumpir en vivas
El gran corazon del pueblo,
Cuando una voz de Verdugo
Grita airada "dénse presos,"
Y cayeron mil esbirros
Sobre los jefes resueltos.
Dispersándose, cual suele
En las regiones del viento
Bandada parlera de aves,
Del arcabuz al estruendo.
Los mites de las revueltas,
Los serviles palaciegos,
Los mismos que en los peligros
Todos son terror y miedo,
Pero que aparecen listos
A cosechar los trofeos
Cuando los triunfos coronan
Las armas de los guerreros,
Esos claman por la muerte
De los desdichados presos,
Y les agobian á injurias,
Y les disparan denuestos.

"Que hable el licenciado Bracho,"
El vulgo exclama rugiendo,
Y éste, diestro y compasivo,
Ira implacable fingiendo,
Dice que marchen á Ceuta,
Marchen á Ceuta al momento.
Los *chaquetas* se enfurecen,
Los criollos están contentos,
Y los patriotas aplazan
A más tarde sus deseos,
Como sepulta sus aguas
Al nacer pobre venero,
Y taladrando la tierra
Se ostenta, pasando tiempo,
Raudal puro en la llanura,
Sirviéndole al sol de espejo.

ROMANCE PRIMERO DEL LIC. RAYON.

ATAQUE DE MANZANILLOS.

"¡A ellos! ¡á ellos!"—grita Oviedo
Estrechado por Rayon;
"A ellos, que sólo librarlos
"Puede el gran poder de Dios."—
Y los de Empáran, nombrado
De la Torre vengador,
Se revuelven, y renuevan
El combate con teson;
Pero en atascoso fango,
Que Rayon les preparó,
Se clavan y se debaten
En impotente inaccion,
Como en un inquieto sueño
Distinguimos con pavor
Una fiera que nos sigue,
Que llega.... que nos tocó....

Gritamos, pero no suena
En la garganta la voz;
Queremos correr, y entónces
Falta á los piés el vigor.
Mírase así á los de Empáran,
Miéntras tremendo el cañon
Troncha filas de realistas
Como á los trigos la hoz.
De Zitácuaro á la villa
Entónces se dirigió,
Y en otro valiente encuentro
Lo desbarata Rayon.
La noche entónces clemente
Con Empáran se mostró,
Y le deja que á su sombra
Renazca el muerto valor.
En silencio está su campo,
Mas despierta la atencion,
Listas las armas, y presto
Al combate el español.
De súbito por su frente
Mira una iluminacion
Que se avanza, que le invade
Con extraña confusion.
El campo se desordena,
Se oyen clarin y tambor,
Y hay fuego, y lucha, y matanza,
Y fuga, y conflicto atroz.

Eran mil luces errantes
En girar sin direccion;
Eran fantásticas llamas
De dudoso resplandor,
Y era marcha imperturbable
De aquella infernal legion.
Entónces, despavorido
Se escapa el jefe español,
Y espléndida la victoria
A los libres alumbró.
" ¿Dónde están los vencedores
—Grita del pueblo la voz—
" Para rendirles los lauros
" Que se merece el valor?" . . . .
Y era un grupo de borricos,
Cada uno con su farol,
Que dispuestos en batalla,
En rapto de buen humor,
Contra la fuerza de Empáran
Lanzó festivo Rayon,
Y que triunfo esclarecido
La estratagema logró.
El Virey disfraza el hecho;
Gloria al chasco se llamó;
La historia con franca risa
Pintó tocando el violon
A Empáran, y más repuesta,
Al querer ó no, escribió:

"Ataque de Manzanillos....
"Los borricos de Rayon."

Malherido el bravo Empáran
Hasta Toluca llegó,
Y en el convento del Cármen
Pide á gritos confesion.

ROMANCE SEGUNDO DEL LIC. RAYON.

¡ADELANTE!

En raudo vuelo la fama
Comunica al aire inquieto
De nuestros primeros héroes
El fin heróico y sangriento.
A su triste voz parecen
Quedar sin vida los pueblos,
Cual las verdes sementeras
Bajo las alas del hielo.
¿Adónde están las legiones
De los libres? ¿qué se hicieron
Sus pendones arrogantes
Y sus soberbios trofeos?
Huyéronse, cual bandadas
De palomas con el trueno,
Y quedaron solitarios
Los poblados campamentos:

Quedaron como se mira
De una hoguera el voraz fuego,
Cuando el huracan revienta
Diseminando fragmentos,
Dispersas chispas que prenden
O se extinguen en el viento,
Dejando espesas tinieblas
Despues que desparecieron.
Pero al Norte se distingue
A Rayon, bravo y sereno,
De pié en medio de los libres,
Firme, inmóvil y resuelto,
Como maciza columna
Sosten del ruinoso templo
Al que terremoto horrible
Desencajó los cimientos;
O como diestro marino
Que en el huracan violento,
Cuando vuelan los pedazos
Del buque que se va hundiendo,
Se aferra al timon osado,
Renueva brioso el esfuerzo,
Y salvando los escollos
Presiente que encuentra el puerto.
"No hay que arredrarse,—gritaba,—
"Adelante, compañeros;
"El Dios de los libres vive,
"Y Dios está con el pueblo.

" Las semillas que sembraron
" Nuestros padres, van cundiendo,
" Y si el mar fuera de sangre,
" Y si en él las sumergiéramos,
" Sobre él nos dieran sus frutos
" De bendicion y progreso."
Su voz repercute Torres
Como la montaña el trueno;
Juan Pablo Anaya y Arrieta
Secundan los bravos ecos;
Rosales propaga ardiente
La fe en el doliente ejército;
Y como se ven de pronto
Las ráfagas de un incendio
Sofocado unos instantes
Por los encontrados vientos,
De las filas de los libres
Surge el entusiasmo inmenso,
Y el sol puro de Dolores
Sin nubes brilla en los cielos.
Vierte flores la esperanza,
En las almas hay contento,
Resuena el clarin de marcha,
Se improvisan los aprestos;
Pero para que no falte
En el cuadro un punto negro,
Ponce, que era proclamado
Como flor de los guerreros,

Cabizbajo y silencioso
Se retiró á su aposento;
Y lo ve pasar la tropa
La espalda al jefe volviendo,
Como si viera la imágen
De la traicion ó del miedo.

ROMANCE TERCERO DEL LIC. RAYON.

LA RETIRADA.

¡Oh Fama! ¿por qué no cantas
Con rico y sonoro plectro,
La sublime retirada
De Rayon por el desierto?
¿Por qué en ese mar de tierra
Triste como un esqueleto,
No revelas justiciera
De nuestros héroes los hechos?
Cuenta por cientos las leguas
Su desamparado seno,
Sin una sombra que aplaque
De los calores el fuego;
Sin un ave que atraviese
En giro inconstante el viento;
Sin una lágrima de agua
Para alivio del viajero;

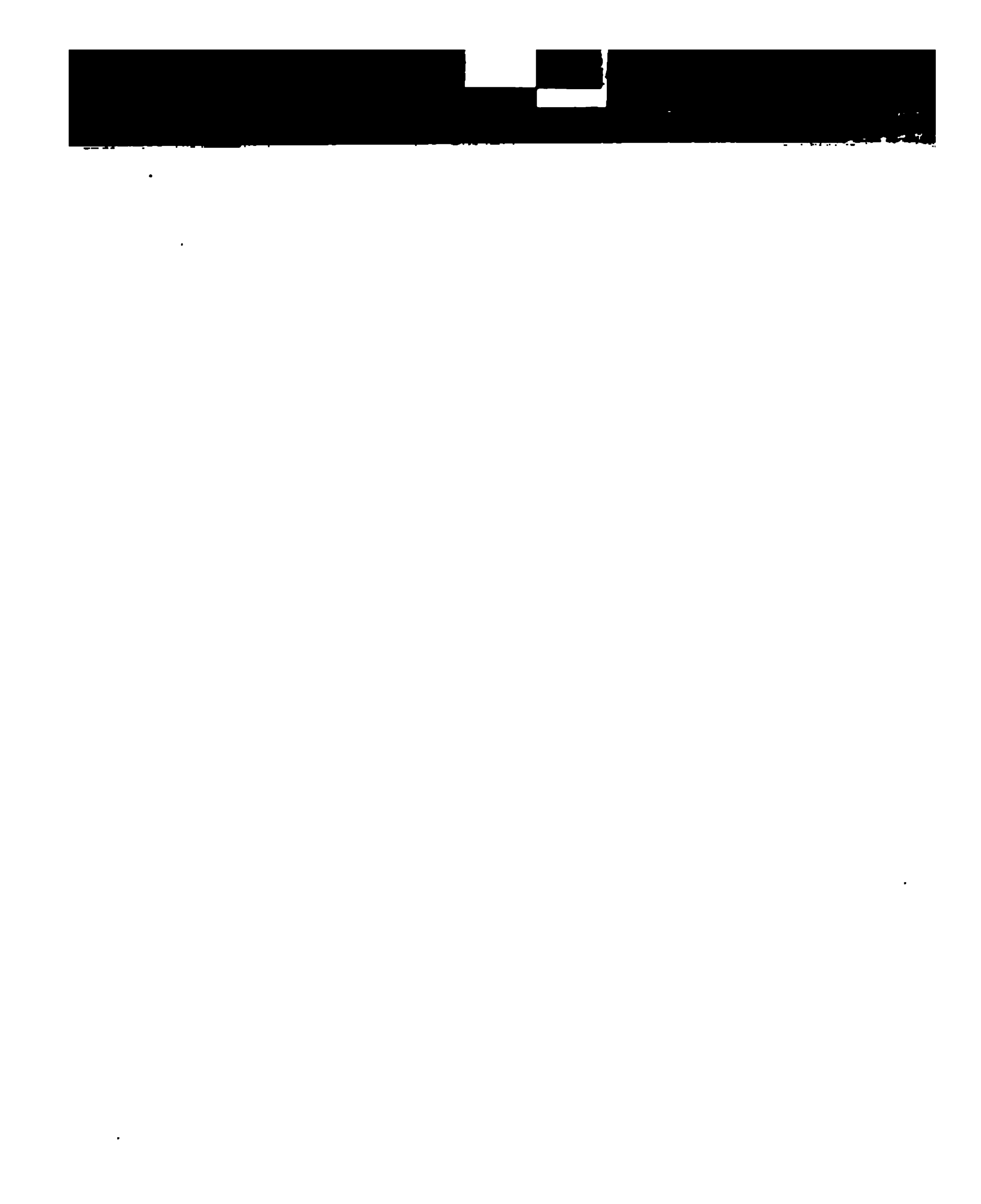
Sin el rugir de la fiera,
Sin un ruido y sin un eco.
Es el no ser de la vida,
Es de la tierra el espectro,
Es la creacion olvidada,
Es como del pecho el hueco
En el armazon horrible
De los descarnados huesos.
Y así va Rayon constante
Con la suerte combatiendo:
A cada paso un combate,
A cada marcha un encuentro,
A cada empuje mil trabas
Que le impiden el regreso
Al auxilio de los bravos
Y de nuestra patria al centro.
Despues de cada victoria,
Era el sufrir más intenso;
De hambre, y angustia y cansancio
Quedan los soldados muertos,
Sin acémilas los carros,
Y regados los pertrechos.
La sed recorre espantando
Las filas de los guerreros,
El cabello alborotado,
Dejando su flaco cuello
Descubiertos los tendones,
Con la fatiga latiendo,

En los ojos la locura,
Gimiendo sus labios secos....
Apénas fétido charco
Muestra su amarillo dedo,
Los soldados se abalanzan....
Riñen, mueren, y dispersos
Junto al agotado aguaje
Quedan montones de muertos.
Tal fué despues, de *Agua Nueva*,
Tal fué despues del *Carnero*
Y tal despues, de *Piñones*
El desenlace tremendo.
Y Rayon siempre avanzando
Como un navío velero,
A pesar de los escollos
Y de los contrarios vientos....
Por fin, feroz el destino,
Quebrantando nobles pechos,
Hizo que á Rayon dijesen:
"General, ya perecemos,
"La hambre siega nuestras filas,
"De sed estamos muriendo;
"Pedid al Virey indulto,
"Que, aunque pocos, salvarémos."
Rayon esconde su enojo,
Y elude tranquilo y diestro
El complot que á una fraguaron
La desgracia y el despecho;

Pero de pronto en el campo
Se extiende rumor siniestro;
Es Ponce, que desertaba
Aleve y mal caballero.
Rayon la moral restaura,
Torres le sigue al momento,
Y en santo furor rebosan
De los valientes los pechos.
Rosales y Pablo Anaya
Van á explorar el terreno,
Como hijos de Zacatecas,
Con quinientos fusileros.
Los enemigos los cercan,
Es extremado el aprieto;
Pero llega Antonio Torres,
Que es la tempestad y el fuego,
Y las tropas españolas
Huyen con asombro y miedo.
De pronto se unen compactas
Del *Grillo* en el alto cerro:
Francisco Rayon entónces
Las fuerzas escasas viendo
De los bravos insurgentes
Que perecen como buenos,
A las mujeres invita
A que engruesen el ejército;
Y estas bravas amazonas
Como furias del infierno,



Avanzan desesperadas
De las tropas en concierto,
Y esparcen terror y espanto
Entre despojos sangrientos.
Cuando alumbró la victoria
La frente de los guerreros;
Cuando de la accion del *Grillo*
Se contaban los portentos,
La Patria envió sus laureles,
Y la Historia sus recuerdos
A las pobres *soldaderas*,
Para gloria de su sexo.



ROMANCE CUARTO DEL LIC. RAYON.

Al paso de los valientes
Abril derramaba flores;
Les saludan los collados,
Los miran pasar los montes,
Y les brindan desde léjos
Con fresca sombra los bosques.
Rayon muy grave camina;
Modesto y afable Torres;
Villalongin entusiasta,
Sólo taciturno Ponce,
Cuando miran de repente
En el püerto de Piñones,
Dispuesta á estorbar su marcha
Una fuerza de españoles.
Sin un instante de duda
Se adelanta erguido Torres,
Y fué tan rudo el empuje,

Y fué tan tremendo el choque,
Que Ochoa, jefe contrario,
Se aturde y se descompone,
Como cuando inquieta turba
De chicos que no conocen
De la pólvora el efecto,
Incauta fuego le pone,
Y al ver la explosion tremenda
Se ciega, se espanta y corre.
Consumaron la derrota
Anaya y los dos Rayones,
José María y Francisco,
Que eran bravos guerreadores.
Prosigue triunfal la marcha,
Mas pasan dias y noches,
Y á cada luz los combates
Vénse renovar feroces.
Del hambre el mortal semblante
Dejóse mirar entónces,
Y la sed la sangre quema
Con sus congojas atroces.
Así sufriendo y luchando,
Cual perseguidos leones,
Se avanzan amenazantes
Sin cansancio ni desórden.
Como tentacion terrible
Apareciéndose Ponce,
Que con el miedo en el alma

A que combatan se opone,
Temiendo que el desaliento
La faz pavorosa asome.
Rayon señala la hacienda
De San Eustaquio; alegróse,
Y prorumpe: "agua y descanso
"Tienen allí, hasta que sobre,
"Nuestros fieros enemigos
"Los verdugos españoles."
El Comandante Larrainzar
A resistir aprestóse;
Pero el hambre se adelanta,
La sed empuña los guiones,
Y Rayon incontrastable
De la hacienda apoderóse;
Y fué el festin; el contento
Derramó sus resplandores,
Y la divina esperanza,
Sobre pedestal de bronce,
Coronada de laureles
Dominaba el horizonte.
Pero habia un punto negro,
Y era don Luciano Ponce,
Que aislándose, traicionero
De aquel campo retiróse,
Desertando á sus banderas
Con oprobio de su nombre....



ROMANCE DEL P. ANTONIO TORRES.

I

Como impetuoso torrente
Que árboles y peñas rueda,
Y al precipitar sus aguas
En una barranca, deja
En sus bordes gruesos troncos
Y desordenadas piedras,
Y cuando pasa el torrente
Sobre su lecho de arena,
Se quedan como viviendo
Los despojos que lo pueblan,
Así contempla el viajero
La ciudad de Zacatecas,
Viendo que raudales forman
Las casas y las iglesias,
Y remolinos las calles,
Y laberinto las cercas.

Suele á veces entre rocas
Sospecharse una arboleda,
Y artificiales jardines
Ciñendo á las azoteas.
El todo es árido y triste,
Como enfermiza la tierra,
Como oculta tras el monte
Que con majestad excelsa
Deja que las nubes formen
A los peñascos cimeras.
Y esa desnudez horrible,
Y esa cubierta grosera,
Es de una arca en que tesoros
Encerró la Providencia,
Y que cuasi desdeñosa,
Grande y sin orgullo huella,
Digna peana de sus héroes,
Digno tapiz de sus bellas.
Mas dejemos á la pluma,
Y oigamos á la leyenda,
Que entre las tropas de Torres
Palpitante nos espera.

II

Tocan las fuerzas del héroe
Los muros de Zacatecas;
Rayon está en Guadalupe
Con su estropeada reserva,

Y del sitiador caudillo
Confiado el asalto acecha.
Cuando era mayor su alarma,
Cuando era más su impaciencia,
Al comenzar de la noche
Veloz mensajero llega
Con un papel en que Torres
Dice con su misma letra:
"Auxilio, víveres, pronto,
"Que peligra Zacatecas."
"*Tomad los del enemigo*"
Rayon pone en la cubierta,
Y previene al mensajero
Que torne con tal respuesta.
Torres, al mirar la carta,
Tranquilo en su suerte piensa;
Manda, dispone, combina,
Y de tal modo se esfuerza,
Que á un grito estalla el asalto,
Se encarniza la pelea,
Se abalanza á los cañones,
Con ellos la lid empeña,
Y brioso, altivo, contento
Por victoria tan completa,
Al sonar de las campanas
Y del pueblo entre la fiesta,
Escribe á Rayon sumiso:
"*Os aguarda Zacatecas:*

" *Encontré lo que buscaba,*
" *Por indicaciones vuestras,*
" *Y á más, fusiles, y barras*
" *De plata más de quinientas.*"
¡Qué bravo era Antonio Torres!
¡Qué limpia su alma y qué buena!
¡Cómo eternizar sus glorias
En mis romances quisiera!

ROMANCE DE LOS DOS SOLDADITOS.

Voy de paso, y á mi andar
Sobre aquel cerro del *Grillo*,
Miro con fulgente brillo
Cual dos diamantes brillar.

Que á mi vista se aparecen
Y reclaman mi memoria,
Porque me dice la gloria:
"No por pobres desmerecen."

Del jefe el alma esforzada
Exaltábase en la accion;
Mas sólo tiene un cañon
Con la cureña quebrada.

Él en usarlo se empeña,
Cuando gateando un soldado
Se acerca, y dice esforzado:
"Yo serviré de cureña."

Así el soldado sirvió,
Y el estrago fué fatal;
Pero el infeliz murió
Rota la espina dorsal.

Tomando más precaucion,
Otro soldado valiente
Dijó: "así ya es diferente;
Prended sobre mí el cañon."

El cañon estalló fuerte;
El soldado, agonizante,
Dijo.... "¿qué tal? adelante,
Así me gusta la muerte."

Los guerreros, asombrados,
De su dolor dieron señas,
Llorando por las cureñas
Hechas de pobres soldados.

Pobres, sin lauros de honor,
Dejan de su gloria indicio;
Que marquen su sacrificio
Un recuerdo y una flor.

ROMANCE QUINTO DEL LIC. RAYON.

JUNTA DE ZITACUARO.

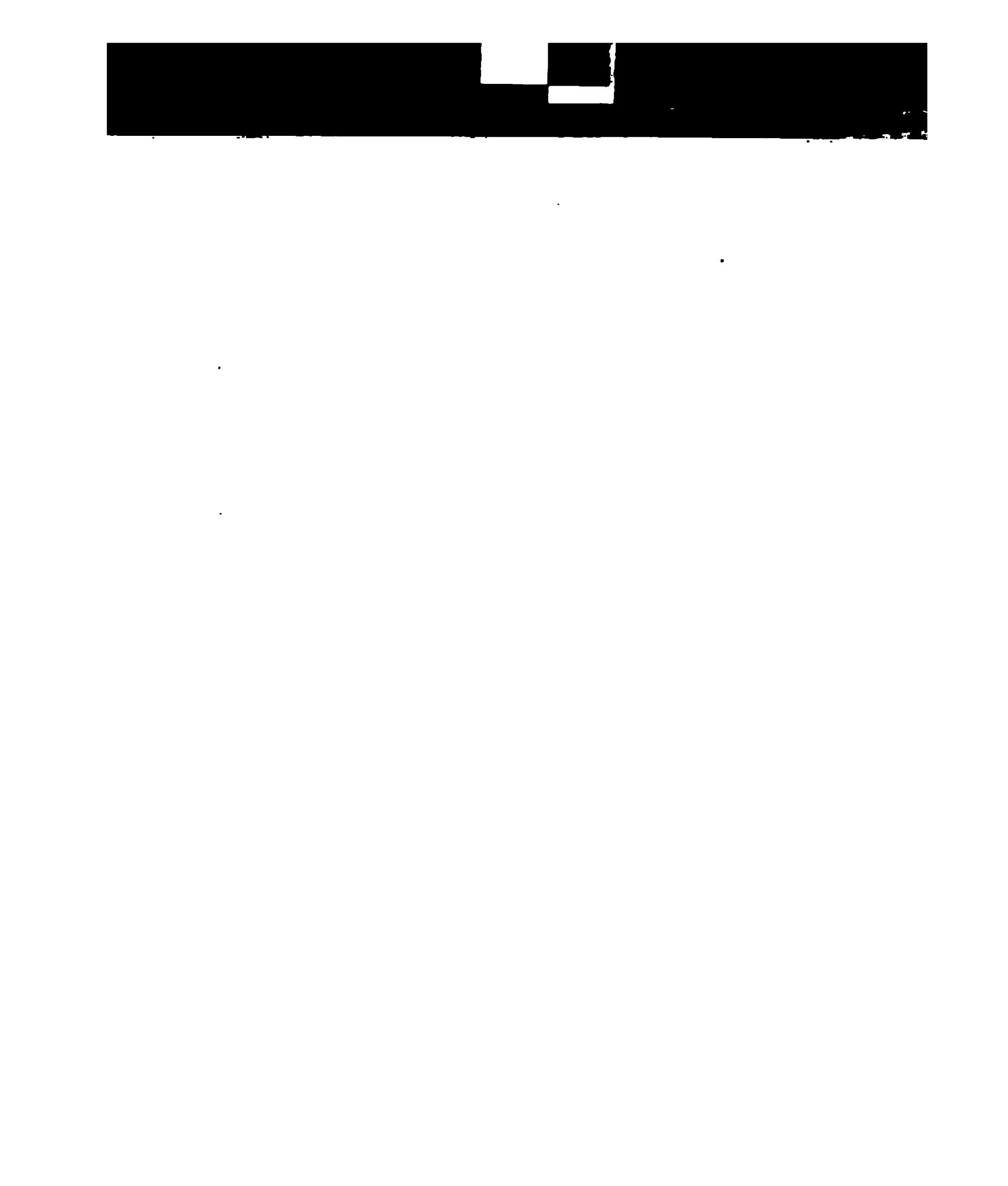
Anda Rayon taciturno,
Aunque la suerte indecisa
Unas veces llora adversa
Y otras muestra sus sonrisas.
"No es de entregar á los pueblos
"Sin temor ni retentiva,
"A los mares inconstantes
"De la revuelta anarquía."
Y así su alma discurriendo
En congojosa fatiga,
Ni con las propias victorias
Levanta el vuelo y se anima.
"Haya un Gobierno, tengamos
"Una mano que dirija;
"Levantemos una antorcha
"Que á todos sirva de guía

“ Y muestre los precipicios
“ A los pueblos que nos sigan.
“ Surja el órden, que es cual faro
“ Que entre las tinieblas brilla,
“ Y que le señala el puerto
“ Al que en el mar se extravia.”
El bienhechor pensamiento
A sus bravos comunica,
Y la razon imperando,
A los caudillos excita
A que tenga voz y aliento
La Junta gubernativa.
Mariscales, coroneles,
Se reunen con alegría
En Zitácuaro la hermosa,
La de empinadas colinas,
La de levantados cerros
Con inaccesibles cimas.
Allí Ortiz, López y Vargas
Garridos aparecian:
Albarran el impasible;
Serrano el de espada invicta;
Liceaga el rico insurgente,
Y Verduzco, que lucia
En las aulas por lo sabio,
Guerreando por su pericia.
Propónese el pensamiento,
Que encuentra ardiente acogida,



Y la reunion entusiasta
Nombra la Junta en seguida.
A Ignacio Rayon, Liceaga,
Y á Verduzco se designa;
Llevan papel y tintero,
El acta contentos firman,
Y se pueblan los espacios
Con las dianas y los vivas.

La Historia, que esto miraba,
Con indeficiente tinta,
Agosto, ochocientos once
Sobre su libro escribia.



ROMANCE DE ZITÁCUARO.

Rivales de los fantasmas,
Van cruzando las tinieblas
Por entre negros abismos
Las legiones de Calleja.
Al frente de su camino,
Todo obstáculos y quiebras,
A Zitácuaro la hermosa
Con ansiedad se sospecha,
El alcázar adorado
De la Santa Independencia,
El baluarte de los libres,
El Sinaí de la Imprenta,
El cielo en que resplandece
De la redencion la idea.
Calleja se acerca cauto,
De sangre su alma sedienta,

Como conteniendo el gozo
Se acurruca la pantera
Para saltar alevosa
Sobre la insegura presa.
La primera luz del año
Que otros once apénas cuenta,
Enfermiza va volando
Por entre entoldadas nieblas....
De pronto el viento propicio
Los horizontes despeja,
Y los restos de celajes
Blancos, que al sol reverberan,
El ramaje de una palma
Sobre los cielos remedan.
"Victoria el cielo nos brinda,
"Victoria," clama Calleja;
Y la tropa del tirano,
Fanatizada y contenta,
"Avancen—grita con gozo,—
"Porque la victoria es nuestra."
Los patriotas entretanto
Se aprestan á la defensa:
Las chusmas desordenadas
Se agrupan y se dispersan,
Como cuando recias olas
A los arrecifes llegan,
Los embisten y los cubren
Y en fracciones se revientan.

Las huestes desordenadas
Con que los Rayones cuentan,
En los momentos supremos
Más estorban que pelean.
Como en vasto anfiteatro
Zitácuaro se presenta;
En perspectiva las lomas,
Surcada por fuertes quiebras;
A su espalda hondas barrancas
Y espeso bosque y maleza.
Los soldados del tirano
Ocupan las eminencias,
Y ambos campos enemigos
Se observan cual dos atletas
Espiando sus movimientos
Para aprovechar sus fuerzas.
El camino *de Laureles*
García Conde lo intercepta:
Todo el *de San Juan el Viejo*
Es del mando de Calleja.
De pronto brotan tres grupos
Del corazon de las fuerzas,
Que se alinean y se tienden
Como rabiosas culebras.
Y amenazan frente y flancos
Do los patriotas imperan,
Es Castillo Bustamante
El de las grandes proezas,

Fanático caballero,
Y de una bravura extrema:
Es Echagaray, mentado
En otras lides sangrientas,
Como el bravo entre los bravos,
Como el invicto en la guerra,
Y es Jalon que, aunque á las burlas
Por lo nervioso se presta,
Manda jefes esforzados
Que á sus legiones alientan.
Retumba el bronce tremendo,
Gritan guerra las trompetas,
Las chusmas braman venganza,
Montes y valles retiemblan.
La tropa que ardiente escala,
La que desciende violenta,
Chocan, se revuelven, forman
Masa confusa y sangrienta,
Que la multitud envuelve,
Que los dragones degüellan,
Que en sus vaivenes horribles
Entrañas humanas riegan.
En lo más encarnizado
De la batalla tremenda,
Sebrecogida de espanto
La victoria está perpleja.
Don Ramon Rayon lo mira,
Alza á su alazan la rienda,

Y tremendo, incontenible,
Así como se despeña
De alta cima inmensa roca
Que tala, arrasa y aterra
Cuanto á su paso se opone,
Do el choque es más recio llega....
Pero ¡oh dolor! su caballo
Enloquecido tropieza
Con un madero, y sus puntas
Rompen su frente y su ceja,
Y como dardo punzante
Su ojo derecho revientan.
Ciego, sangrando, la espada
En la denodada diestra,
Infunde espanto mirarle,
La sangre en las venas hiela.
"A ellos,"—García Conde clama,—
"A ellos,"—repite Calleja,—
Y de Casa Rul el Conde,
Que estaba con las reservas,
Y el Marqués de Guadalupe,
Sobre los dispersos vuelan.
Todo en el campo es espanto,
Tremendo el pavor impera;
Y la villa de los libres,
Como matrona soberbia
Pisoteada por los brutos,
Devorada por las fieras,

Bella, herida, moribunda,
Yace á los piés de Calleja....
Él contento, voluptuoso
Mira convulsa á su presa,
Y despues que en su tormento
Detenido se recrea,
Incendio, degüello, muerte,
Ébrio de gozo decreta:
"Que de este pueblo no quede
"Una sobre de otra piedra,
"Y que en monton de cenizas
"Su hermosura se convierta,"
Dijo: obedece la llama,
Las paredes bambolean,
Huyen enfermos y niños
Dejando sangrientas huellas,
Y Satanás, espantado,
Recoge sus alas negras
Y contempla con asombro
Al impasible Calleja.

ROMANCE DEL TRIUNFO DE CALLEJA SOBRE ZITÁCUARO.

Gallardetes y cortinas,
Flores, aroma de incienso,
Y repiques de campanas
Alegrando están el viento.
"¡Que viva el grande Calleja!
—Grita entusiasmado el pueblo—
"¡Viva nuestra Generala
"La Vírgen de los Remedios!
"Zitácuaro está vencido,
"Rayon vaga por los cerros,
"En tropel los insurgentes
"Han bajado á los infiernos."
Y la gente se agolpaba,
Formando un mar á lo léjos
Con fusiles y bagajes
De Calleja y de su ejército.

¡Qué sonoros los clarines!
¡Que arrogante y noble aspecto
De los bravos oficiales....
Como ginetes, ¡cuán diestros!
Hay un escuadron formado
Sólo de caballos prietos,
Que son vergüenza del rayo
Y escándalo de los vientos.
Allí van los *Tamarindos*,
Todos vestidos de cuero;
Allí descuellan garridos
Los valientes granaderos,
Muy graves y muy finchados
Y con sus gorros muy tiesos.
Calleja llena la calle,
Y demostraba el contento
Del tigre tras la matanza
Que lo dejara repleto.
Era torva su mirada,
Tosco y cerdoso el cabello,
Ancha y grosera la barba,
Hundido y rechoncho el cuello.
Iba en un bridon gallardo
Como el azabache prieto,
Y sus crines muy más negras
Que las entrañas del ébano.
Cuando marchaba arrogante,
De la ciudad en el centro,

En un balcon una dama
Que era, si mal no recuerdo,
Gertrudis Bustos, repite,
Haciendo mil aspavientos
Y señalando á Calleja:
"Ese es mi caballo prieto."
Calleja se desconcierta,
El bridon se mueve inquieto,
Y el matador de insurgentes
Da con su cuerpo en el suelo.
La fiesta se torna en farsa,
Y hay carcajadas de léperos
Que secundan los patriotas,
De Calleja con despecho;
Pero la marcha prosigue,
Y resucita el contento.
¡Qué mimos de los Oidores!
Del propio Virey ¡qué extremos!
Sobre todo, ¡qué ternezas
Del Cabildo y de los clérigos!
¡Cómo á relucir sacaron
Lo temporal y lo eterno,
Mostrando su odio á los libres
Y á los verdugos su afecto!
Colocaban sus banquetes
Entre la tierra y el cielo,
Donde el jerez y el tintilla
Empapaban los manteos,

Y creyendo sus desmanes
Y sus orgías fingiendo
De virtud demostraciones
Y dignas de excelso premio.
Maldiciones y amenazas
Lanzaban en prosa y verso,
Que curas y sacristanes
Repetian de concierto.
Beristain, dice la fama,
Canónigo de respeto,
Copa en mano, y en la crisma
Vacilante el solideo,
Así entonaba sus brindis
Del placer en el exceso:

Bebamos, brindemos
Con las copas llenas,
Y despues gocemos
De la gloria eterna. [1]

Contentos los cristianos, miramos en torrentes
Correr la sangre impura del criollo, que sin ley
Formó legion maldita de viles insurgentes,
Y arrojó sin cadenas sobre la faz del Rey.

Calleja, con la espada con que Miguel triunfante
Castigó la protervia del pérfido Satan,
Vió á sus piés poderosos la sierpe agonizante
Que le gritó á los pueblos: ó muerte, ó libertad.

1 Histórica la cuarteta.

Huyéronse los lobos, y quedan las ovejas,
Que padres y soldados sabrémos trasquilar;
De peti ó de sotana, serémos mil Callejas,
Y así de Dios tendrémos el bien y la piedad.

Entónces, loca de gozo
La eclesiástica caterva,
En coro ardiente entonaba
De Beristain la cuarteta:

Bebamos, brindemos
Con las copas llenas,
Y despues gocemos
De la gloria eterna.



ROMANCE DE LOS DOS LEGOS.

Alborotando á la gente,
Desde el arenal de Ojuelos,
En su mula aparejada,
Cargado de duros hierros,
Va á San Luis á ser juzgado
Un notable prisionero,
Con tan celosa custodia,
Con cuidados tan extremos,
Que la gente se amontona
Con espanto y con recelo.
¿Quién es?—dicen las mujeres,—
¿Quién es?—preguntan los viejos;
Y una encarrujada anciana,
Haciendo mil aspavientos,
Grita: "¡el leguito Juanino!
"¡Fray Luis, ¡válgante los cielos!"

Érase fray Luis Herrera,
La nata y flor de los legos,
Curandero diligente,
Insaciable limosnero,
Para la calle un tesoro,
Como un tronco para el rezo:
Taimado, gloton, astuto,
Tierno con el bello sexo,
Viviendo en paz con el diablo
Y dizque ganando el cielo.
Los muchachos le juzgaban
Inocenton y travieso;
Las chicas de humor alegre,
Item las de cierto pelo,
Se ponian encarnadas
Aparentando desprecio,
Y los tunos, si pasaba
Frente á la taberna serio,
Le brindaban maliciosos
Un *Gloria in excelsis Deo.*
Este lego, de patriota
Tan hondo sintió el afecto,
Que se trasformó en instantes,
Que fué la pasion y el fuego
Por el odio á los tiranos,
Por activar su escarmiento.
Unióse á Hidalgo en Celaya,
En el Jaral le rindieron,

Y tras varias aventuras
Quedó preso en su convento.
En la reducida celda,
De terror y de silencio
Triste albergue, ni un resquicio
Logró mirar de consuelo;
Y cuando para agobiarlo
Se preparaba el despecho,
Como por arte de magia
Aparecióse otro lego,
Y era fray Juan Villerías,
Del Señor humilde siervo.
Dos legos era un buen pico
Para tentar al infierno;
Pero saltó un subteniente,
Joaquin Sevilla y Olmedo,
Y entónces dijo el demonio:
"¿Quién se opone á mi terceto?"
De pronto se rompen puertas,
De pronto se liman hierros,
Y desparecen los frailes,
Y están de pié los enfermos.
Al Cármen disimulados
Van por los patriotas presos:
Engañan la fuerte guardia,
Trincan al lego portero,
Aturrullan y acoquinan
A los graves reverendos.

Y libres los insurgentes,
Y armados hasta el pescuezo,
Como muertos silenciosos,
Y como furias resueltos,
Asaltaron los cañones,
Los cuarteles sorprendieron,
Dejando por do pasaban
Regueros de sangre y muertos.
De la noche en la tiniebla
Era furibundo el fuego
De la casa de Cortina,
Jefe obstinado y experto,
Hasta que herido en el rostro
Y su suerte maldiciendo,
Dejó el cuerpo á los contrarios
Y sus bienes al saqueo.
Repícanse las campanas,
En vivas prorumpe el pueblo,
Y acaudillando las masas,
Valientes y satisfechos,
"¡Que viva la Independencia!"
Gritan á una los dos legos.

ROMANCE DEL LEGO HERRERA.

Cuando á las bravas pasiones,
Que son asombro en la guerra,
Las virtudes no reprimen
Ni la humanidad enfrena,
Se tornan feroces llamas,
Que en vez de alumbrar incendian:
Al héroe tornan bandido,
Al bravo caudillo fiera,
Y los títulos de gloria
Manchas de horror y vergüenza.
Así tornó la fortuna
Caprichosa, al lego Herrera;
Valiente, astuto, resuelto,
Amaba la independencia,
Pero esas nobles virtudes,
En su educacion grosera,
En el lodazal de vicios

Que enfangaba su alma negra,
Se perdieron, dando paso
A mil pasiones rastreras,
Cual suelen servir de abono
Del rosal las hojas secas
A los punzadores cardos
Y á las venenosas yerbas.
De incendio, robo y matanzas
Fué del lego la carrera:
A San Luis cubrió de luto,
Y al Maíz llenó de penas:
La derrota era la rabia
Entre sus tropas perversas;
La victoria era el azote
De poblaciones enteras;
Sangre era la sed de su alma.
Su ideal venganzas cruentas:
Era de buitre su instinto,
Su sonrisa era de hiena,
Y Rio Verde se estremece
Cada vez que lo recuerda;
Que allí desplegó sus vicios,
Del infierno con sorpresa.
Allí, tenaz García Conde,
Sus fuerzas bate y dispersa,
Y los hábitos del fraile,
Y el traje de su manceba
Expuso pueril al pueblo,

Del lego para vergüenza.
Éste corre á Tamaulipas,
Donde atrevido penetra,
Y do las tropas realistas
Le sorprenden y encadenan.
Dice tambien con misterio
Otra popular leyenda,
Que un jefe, cerca de Aguayo
Le invitó para una fiesta,
Ofreciéndole seguirlo
Con singular obediencia,
Y que en la Villa un fandango
Con estrépito se ordena
En medio de la algazara
Y la música y las bellas.
Los soldados de Arredondo
Hacen á Herrera su presa,
Y á Blancas, su compañero,
De fealdad tan estupenda,
Que la Historia al indicarla
Se pasma y se desconcierta.
"¡Que mueran!"—repite el pueblo;
Montes y valles "¡que mueran!"
Entre el general aplauso
Se cumple la horrible pena,
Que sufrieron los dos tigres
Con helada indiferencia.

[redacted]

ROMANCE DE PELAYO.

Entre la tropa que sufre
De Valladolid el fuego
Cuando Muñiz y Cajigas
Pusieron en duro aprieto
A don Torcuato el farsante
Y á su acobardado ejército,
Está el sargento Pelayo,
Vigilado, cuasi preso,
Por amigo de los libres
Y á la independencia afecto.
Éste, pues, viendo los tiros
De Muñiz, poco certeros,
Y que inconstante el destino
Pudiera tornarse adverso,
Astuto un papel escribe
Al jefe Muñiz, diciendo:

"Más bajas las punterías.
"Porque si no, nos perdemos."
El papel cayó en las manos
De Trujillo, que al momento
Mandó venir á Pelayo,
Quien se presentó sereno.
"Que le cuelguen."—grita el jefe,
Y la órden tuvo su efecto,
Quedando el triste cadáver
En la picota suspenso,
Blanqueando la fatal carta
Sobre su desnudo pecho.

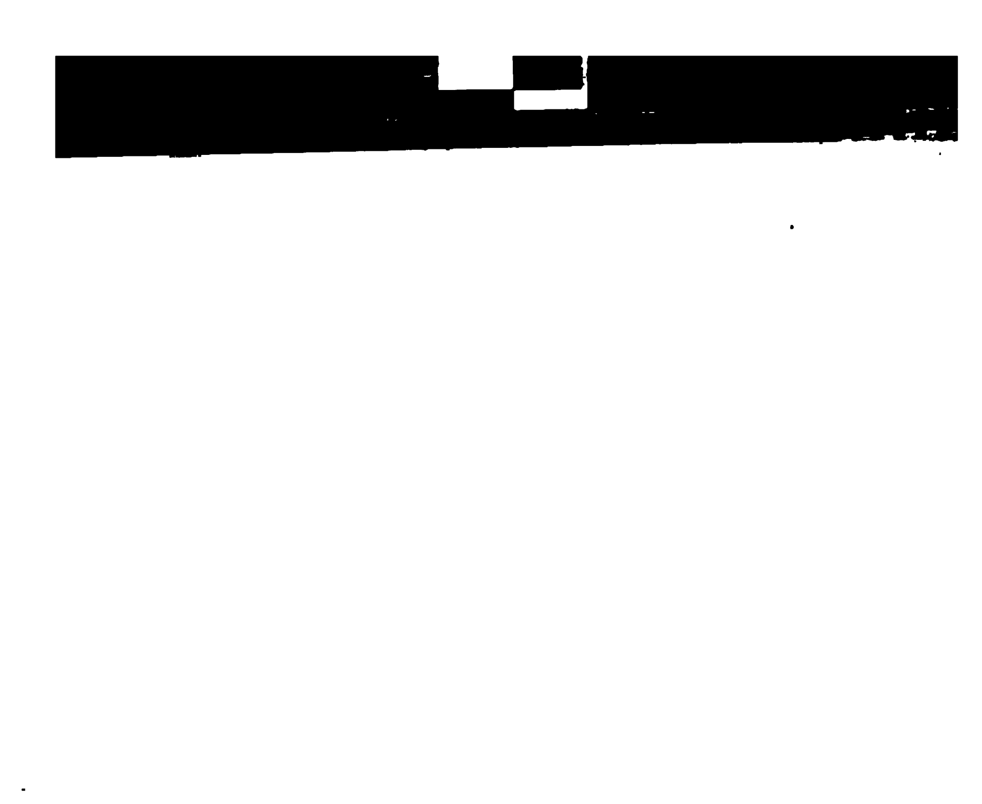
Muñiz, por inexplicable
É increible desconcierto,
Emprendió su retirada
Cuando era infalible el éxito.
Los serviles atribuyen
El triunfo á favor del cielo....
Y Venegas á las tropas
Ostentoso otorga premios.

ROMANCE DEL LEGO GALLAGA.

Como tigre perseguido
Por una chusma obstinada,
Cruzando valles y cerros
Camina el lego Gallaga,
Que se tornaba demonio
En medio de las batallas.
Ya se escabulle mañero,
Ya embiste, hiere y asalta,
Y por todas partes deja
Las huellas de sus hazañas.
Sandoval, su compañero,
Pretende que imploren gracia:
Pero el lego enfurecido
Sus intrigas desbarata.
Asi á Tomatlan llegaron,
Llenas de rencor las almas,

Sandoval le manda al lego
Que emprenda la retirada,
Porque al fin él era el dueño
De la tropa y de las armas.
"Eso no se me propone
—Dijo arrogante Gallaga—
"Y ménos por los que tienen
"De la vil traicion la mancha."
Sandoval hace un empuje,
La rienda suelta á su rabia,
Y de la mansion del lego
Sorprende la pobre guardia.
Los soldados, aturdidos,
Se esconden y se acobardan,
Y el lego, al primero que huye
Le atraviesa con su espada.
Era un rayo, era una furia
Que hiere, incendia y arrasa;
Mas la tropa numerosa
De Sandoval, se adelanta,
Y dirige sobre el lego
Sus furibundas descargas.
Cuando el humo se disipa,
En la ensangrentada estancia
Moribundo yace en tierra,
Sin humillarse, Gallaga.
Entónces sus enemigos
Hasta la plaza le arrastran:

"Un instante," grita el lego
Con voz imperiosa y clara;
Los soldados, que le escuchan,
Al hombro ponen sus armas;
"Un momento;" y de rodillas
Pronuncia algunas palabras
Dirigiendo al Sér Eterno
La más sentida plegaria.
Despues se venda los ojos
Con indiferente calma,
Levanta erguido la frente,
"¡Fuego!" con valor exclama,
Y su cabeza orgullosa
Rompen silbando las balas.



ROMANCE DEL TRAIDOR ELIZONDO.

Por las llanuras de Béjar
Vaga el traidor Elizondo,
Sembrando por donde pasa
El terror y los despojos.
Tránsfuga de las banderas
De los patriotas gloriosos,
Borrar quiere los recuerdos
De proceder espantoso.
Camina ufano, atrevido,
Fátuo, plagiando lo heróico,
Y en las reñidas batallas
Con los insurgentes briosos,
Se embriaga con sangre humana,
De las fieras con asombro;
Y sintiendo que matando
Sólo, se quedaba corto,

Apuraba la tortura
Con inventos y destrozos.
Pasmo de lo inverosímil,
Del imposible trastorno,
Arredondo le envidiaba
Su inspiracion de demonio.
Y Calleja sus infamias
Supo con gozo diabólico.
Marchaba entre los soldados
De ese feroz Elizondo,
Un jóven de noble sangre,
De hermoso y amable rostro,
Y en sus maneras dechado
De compostura y decoro.
Era Serrano su nombre,
Teniente caballeroso,
Contradiccion y contraste
De aquellos facinerosos.
Culto, educado en Europa,
Fiel, inexperto, bisoño,
Al mirar tanta matanza,
Tanto incendio, tanto robo
Fué presa de la locura
En accesos dolorosos.
Se presentaba á su mente
Cual Satanás, Elizondo
Despedazando sus carnes
Y entregándola á los lobos.

Veces mil miraba un ángel
Que le gritaba imperioso:
"Da muerte al traidor infame,
"Mata justiciero al monstruo."
Y así luchando, y con fiebre,
Y gimiendo el pobre loco,
De tormento eran sus dias
Y eran sus noches de insomnio.
Elizondo está en su tienda
Despues de beber gozoso,
Pidiendo al sueño ilusiones
Y á su fortuna tesoros.
Don Isidro de la Garza
Le custodia á trecho corto;
Las guardias yacen dormidas
Y el campo está silencioso.

De pronto hay gritos, alarma,
Y escándalo y alboroto;
Acude la guardia, llegan
Los soldados presurosos
Con hachones en las manos,
Y ven el cuadro espantoso....
En alto tiene la espada,
Y erguido el terrible loco,
A sus piés están tendidos
Garza y el cruel Elizondo,
Ensangrentadas las ropas,

Desfigurados los rostros,
Nadando en mares de sangre
Miembros truncos y despojos....
"Venid,—les grita Serrano—
"Venid,—con acento ronco,—
"Venid, yo soy de los cielos
"Un enviado misterioso
"A quien armó la justicia
"Para castigar los monstruos."

Y refiere la leyenda,
Que aquellos acentos sordos
Tuvieron ecos horribles
En Baján y sus contornos.

ROMANCE DE ARREDONDO.

¡Hola! ¡hola! á las mujeres,
¡Hola! ¡hola! á los ancianos,
Corran niños y labriegos
Hasta perderse en los campos.
Allá entre nubes de polvo
Se está viendo á los soldados
De don Joaquin de Arredondo,
Que es de la Frontera espanto.
Cuando pasan sus legiones
La tierra queda temblando,
La gente de los cuarteles
Dice que es asombro y pasmo.
Y en la capital sus hechos
Se créen por arte de encanto.
Airados los insurgentes
Le ven como al mismo diablo;

Con verter sangre delira
Despierto como soñando.
Y el General Arredondo
Es, á la verdad hablando,
Un aborto, un mal engendro
Del calavera soldado,
Desprecio de los valientes
Y de los necios encanto.
Vino, fandangos, mujeres,
Ocupaban su descanso,
Y luego frívolo y rudo,
Prostituyendo su mando,
Tocaba el clarin alarma,
Se figuraba un asalto,
Y al frente de sus secuaces,
Y con la espada en la mano,
Arremetia en las sombras
Con entes imaginarios,
Y los honores del triunfo
Reclamaba entusiasmado.
¡Guay las provincias internas!
¡Ay de los pueblos lejanos
En que aquel mico, en pantera
Se trasformaba tirano!
Entónces era el degüello
Y los pueblos incendiados;
Entónces á las familias
Eran terribles asaltos,

Para tornar á las bellas,
Y á la embriaguez y al fandango.
Así cual nube cargada
De tempestad y de rayos,
Por huracanes furiosos
Terror y muerte arrastrando,
Retronaba en los desiertos
Y en los pueblos era estrago;
Así llamaba victorias
Sus crueles asesinatos.
¡Pobres provincias internas!
¡Ay de sus hermosos llanos!
¡Ay de los pueblos inermes
Con semejantes soldados!

FAMOSO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.*

Con la bendicion de Hidalgo,
Con la esperanza en el pecho,
Por compañero su brazo
Y por protector el cielo,
De Necupétaro humilde
Sale entusiasta Morelos,
Llevando en la mente un mundo
De heróicos presentimientos
Que en hazañas inmortales
Hacen tornar los ensueños.
Diez años contaba el siglo
De Noviembre entre los hielos:
Al Sur marcha el gran caudillo,
Donde hace su nido el fuego,
Y do la tierra fecundan
Del sol los ardientes besos.

* Los romances referentes al gran Morelos, quise dedicarlos expresamente al Sr. D. Ignacio M. Altamirano, en testimonio de fraternal cariño.

Por la hacienda de la *Balsa*
El héroe pasa en silencio,
Y andando más adelante,
De milicias un sargento
Le regala unos fusiles
Tan maltratados y viejos,
Que al dueño, no á su contrario,
Causaban pavor y miedo;
Y unas lanzas que parecen
Por su inofensivo aspecto,
Que lloraban su desdicha
De no haber quedado leños.
Mas congrega voluntades
Con su palabra y su aspecto;
Los unos sabio le llaman,
Y los otros caballero,
Y en pos de sí se llevaba
A los hombres y los pueblos.
Así penetró hasta *Tecpam*,
Cuyas puertas se le abrieron
Como dos brazos que estrechan
A su señor y á su dueño.
Y al aturdir de los vivas,
Y al desbordarse el afecto,
A servir en sus banderas
Se presentan dos mancebos,
Ufanos, briosos, altivos,
Tan valientes como buenos.

Eran estos los Galeanas,
Que despues resplandecieron
Como unos soles fulgentes
De nuestra gloria en el cielo.
La corriente de patriotas
Como rio va creciendo....
Crece, crece caudaloso,
Que vas para el mar inmenso:
Crece, y vístanse tus aguas
Del resplandor de los cielos;
Crece, que en tus ondas llevas
Gérmenes de ilustres hechos.
Así la fuerza insurgente
Se dirige al *Veladero*,
Y de las iras de España
Se oyen los primeros truenos,
Apenas cruza el combate
Por los campos como el viento;
Pero de muerte y venganza
Estallaron los acentos,
Y en las olas de Acapulco
Fueron á morir los ecos.



ROMANCE DEL VELADERO.

En el cerco de montañas
Que al afamado Acapulco
Forman ya vistosa faja
O ya gigantesco muro,
Se mira empinado cerro
Que funge como reducto
Para amenazar al puerto,
De su pujanza seguro.
En derredor y á su espalda
Se despeñan exabrupto
Desfiladeros gigantes,
Doquier abismos profundos,
Desencajados peñascos,
Y senderos tan oscuros,
Como garganta de sierpe,
Como cañon de trabuco.

En la cima de ese cerro
Míranse, cual negros puntos,
Unos picos, que fortines
Nombraron como por lujo
Los gloriosos insurgentes
Cuando iban en pos de triunfos.
Caravalí fué el primero,
De Morelos el segundo,
Y el tercero San Cristóbal
Por lo fuerte y lo seguro.
Entre las ásperas quiebras,
Entre aquellos encarrujos,
Vénse jacales dispersos,
Cual si escondieran el bulto,
O como unos malhechores
Entre la maleza ocultos:
Y en tan incómodo sitio,
El hado feliz dispuso
Formar un foco de gloria
Que diera á la Fama asunto
Para cantar altos hechos
Con admiracion del mundo.
Ávila allí con denuedo
Resistió el ataque rudo
De setecientos realistas
Que, en empuje furibundo,
Pretendieron destrozarle,
Siendo nueve hombres los suyos.

Allí, y donde *los Cajones*
Forman un estrecho embudo
De roca viva, Morelos
Alcanzó espléndido triunfo
En repetidos encuentros,
A cual más sangriento y rudo.
De allí partió, como rayo,
Para abatir en minutos
De Carreño la arrogancia
Y de Páris el orgullo.
Allí ha grabado la Historia,
Severa y con firme pulso,
El nombre del *Veladero*,
Que Morelos sin segundo
Dotó de auréola sublime
Para los siglos futuros.

1



PRIMER ROMANCE DE MORELOS.

Dormidos los centinelas
Y las hogueras sin llamas,
Luciendo entre sus cenizas
Con brillo intenso las ascuas,
En lo hondo de oscura noche
Se entrega al sueño y descansa
El ejército de Páris
Que entónces el Sur mandaba,
Despues de crudos encuentros,
Despues de recias batallas
Con las tropas de Morelos
Que están á corta distancia.
Hermoso Tonaltepeque,
Tú miraste las hazañas
De los Galeanas heróicos
Y de don Ignacio Ayala;
Tú viste empañar con sangre
Los cristales del Sabana.
Entretanto sigiloso,

Lleno de astucia y audacia,
Morelos habla en reserva
Con el bravo Julian Dávila,
Y leves como las sombras
El cercano bosque pasan
Sin imprimir en el viento
Ruido alguno sus pisadas.
Llegan al campo de Páris
Do Tavares aguardaba....
La noche está silenciosa,
Murmuran dulces las auras,
Y la luna como un cráneo
Entre nubes se destaca.
Vánse donde los cañones
Sin custodia descansaban:
"¿Quién vive?" una voz repite;
"¡Fuego!" les responde Dávila,
Y sobre el campo furiosos
Los insurgentes se lanzan.
Era el tumulto, el delirio,
El terror y la matanza,
Los gemidos, las congojas
Y la demencia y la rabia.
Páris, en medio al desórden
Cauteloso se disfraza,
Y vitoreando á Morelos,
Del campamento se escapa.

SEGUNDO ROMANCE DE MORELOS.

De entre la densa tiniebla
Que al triste Acapulco envuelve,
Se ve brotar en los aires
Y elevado sobre el Fuerte,
Un farol, que es contraseña
Que avisa á los insurgentes
Que será suyo el Castillo
Cuando al Castillo se acerquen.
Encendióle Pepe Gago,
Que mañero y vil y aleve
Toma dinero á Morelos,
Y tras robarle, le vende.
Nuestras tropas se acercaron
Confiadas, y de repente
Al acento de Carreño
Brotan de fuego torrentes,

Iluminando las playas
Muy más que si el sol luciese.
En raudales la metralla,
Siembra estrago, horror y muerte:
De las lanchas cañoneras
El estampido estremece,
Y por fin, despavorida
Vuelve caras nuestra gente.
Galeana se esfuerza en vano,
Y la corriente le envuelve;
"¡Alto!" grita, como el trueno,
Morelos, con voz potente;
"¡Alto!" y al ver que los suyos
Al grito no se contienen,
Bajándose del caballo
Y puesto en tierra y tendiéndose,
"Pasad sobre mi cadáver
—Exclama, cerrando un puente;—
"*¡Pasad! y que, ejemplo de honra,*
"*Hollados mis restos queden*"....
El tumulto se sofoca,
Los soldados retroceden,
Y entusiastas y esforzados,
Restablecidos, alegres,
Grandes victorias auguran,
Grandes victorias prometen.

De Febrero, el año de once,
Pasa el esforzado Jefe
Entre los vivas del pueblo,
Que, espontáneos y vehementes,
Abren el alma á los goces
De la patria independiente,
Por las calles de Acapulco
Un dia despues del trece.

[redacted]

TERCER ROMANCE DE MORELOS.

Vecina de Chilpancingo,
Cercada de alegres campos
Y circundada de montes
Caprichosos y galanos,
Entre arboledas asoma
La hacienda de Chichihualco
Do Galeana se dirige
Víveres solicitando,
Que así lo ordena Morelos
Que á Chilpancingo ha llegado.
Los señores de la hacienda
Están allí refugiados,
Ocultos de los realistas
Que se les muestran huraños.
Porque amaban á su patria.
Cual despues acreditaron.

Eran dos guapos mancebos
Y dos garridos hermanos,
Las almas cual nieve blancas,
Noble el pecho, firme el brazo;
De sus sirvientes tesoro,
De sus familias encanto,
Y puerto, amparo y refugio
De todos los desdichados.
Ambos corren á Galeana
Para tenerle el caballo,
Y su mision al decirles,
Y al decir quién le ha mandado,
Con gozo no reprimido
Le estrecharon en sus brazos.
"Llevad lo que hay en la casa,
"Llevadlo, invicto soldado,
"Que bendicion y victorias
"Tambien quisiéramos daros:
"Venid, venid á la mesa,
"Porque ella os está esperando."
Agasájanle las damas,
Se le acercan los muchachos,
Y de servirle se olvidan,
Por contemplarle, los criados.
Entretanto, un tal Garrote,
Comandante atrabiliario,
Sin saber de la visita,
Por feroz instinto guiado,

En aquel momento mismo
Se acercaba á Chichihualco
Para aprehender por sorpresa
A los virtuosos hermanos.
Acércase de repente,
En el rio ven soldados,
"Más completa es la sorpresa,"
Garrote exclama exaltado:
"¡A ellos!" . . . . cunde la alarma
En la hacienda y en los campos;
Los desnudos bañadores
Toman las armas, en tanto
Que Galeana y sus amigos,
Veloces como relámpagos,
Corren, unen, organizan,
Embisten desesperados,
Y obligan á la victoria
A que les rinda sus lauros.
Cuando tras de dos auroras
Morelos llega al teatro
De tanta hazaña, contento
Estrecha con entusiasmo
Contra su pecho á los héroes
De triunfo tan señalado.
Abrió la Historia su libro,
Y entre los nombres preclaros
Ornamento de la patria
Y de virtudes dechado,

Escribió con letras de oro:
"Miguel y Nicolás Bravo,"
Que las filas de Morelos
Desde ese instante ilustraron.

CUARTO ROMANCE DE MORELOS.

Cual grupo de negras nubes
Que ocupando corto espacio
Extiende furioso el viento,
Y potentes retronando
Descargan en su carrera
Los torrentes y los rayos,
Y miéntras por unos valles
Siembran destruccion y espanto,
En otros son la esperanza
Y el contento de los campos;
Así gira el gran Morelos
Con su ejército esforzado,
Y así por el Sur heróico
Se propaga el amor patrio.
En cada marcha un encuentro
Espejo de hechos preclaros;
Con cada aurora mil triunfos
Que son de la Historia pasmo,
Y que los viejos patriotas

Recuerdan hoy con encanto:
Ya era la fuga de Páris,
Ya la derrota de Llano.
La gigante cordillera
Parece que alza los brazos
Y que gritan los abismos:
"¡Gloria á Morelos y á Hidalgo!"
Iguala está conmovida;
Sale Amilpas del letargo,
Y llegan á Cuernavaca
Las llamas de su entusiasmo.
"¡Viva Morelos!"—repiten
Las montañas y los campos;
"¡Viva!"—los lagos hermosos;
Los volcanes, "¡viva Hidalgo!
Y cuando del Sur la estrella
Deja ver el éter claro,
Creen mirar de la patria
El corazon palpitando.
En medio de esos fulgores
Míranse un punto anublado,
Enemigo de los libres,
Cruel imperante de Tasco.
La matanza es su custodia,
Es el incendio su heraldo,
Y es Agustin de Iturbide
Su antemural y su brazo.

QUINTO ROMANCE DE MORELOS.

DAVID Y TAVARES.

Como hace rumor la yerba
Si la roza la serpiente,
Imitando al arroyuelo,
Remedando al viento leve;
Pero el pasajero cauto,
Luego que el rumor advierte,
Accecha al reptil, le sigue
Hasta lograr sorprenderle;
Así David y Tavares
Que de ver á Rayon vuelven,
A las tropas de Morelos
Con honda traicion conmueven.
Quieren unirse á los indios
Y despedazar pretenden
A los blancos, comenzando
Por Morelos, que es su jefe.

Lo mismo que seca estopa
El odio feroz se enciende,
Y al estallar esos planes
Que espesas sombras envuelven,
Y que destrozar debieran
Al ejército insurgente,
Apareciendo Morelos
A los traidores aprehende.
Habla á don Leonardo Bravo
Impasible, y despues fuése....
Degollados en silencio
David y Tavares mueren,
Y sus sangrientas cabezas
Que están en el suelo inertes,
Silenciosa y desde léjos
Mira espantada la gente.

SEXTO ROMANCE DE MORELOS.

Tulancingo la graciosa,
La de alegres sementeras,
La que parece adornada
Para el contento y las fiestas,
¿Por qué lanzan tus entrañas
Hondos gemidos de guerra?
¿Por qué tus hermosas calles
Con sangre humana se riegan,
Si deben regarlas flores
Segun lo alegres y bellas?
Así lo quiere el destino,
Así la suerte lo ordena,
Y así en ochocientos doce
Enero helado se observa.
Marcha en contra de Morelos
Impávido Michelena;

¡Qué apostura, qué valiente!
¡Lástima que servil sea!
Ya domina nuestras fuerzas,
Ya de ellas se enseñorea,
Va á arrollarlas, y un negrito
Que estaba en una trinchera,
Contraido, acurrucado,
Hecho un nudo y una etcétera,
Al ya vencedor guerrero
Tan certero un tiro asesta,
Que le detiene en su marcha,
Que pronto lo pone en tierra,
Y hace que en el insurgente
Campo, el triunfo se mantenga.
Galeana se multiplica,
Hiere, arrolla y desordena;
Sus soldados le acompañan,
Y el negrito está á su diestra.
Éste mira que un soldado
Tira á Galeana, y alerta
Forma al pecho del caudillo
Escudo con su cabeza.
Y en su sacrificio, espira
De contento dando muestras.

SÉTIMO ROMANCE DE MORELOS.

Cerrados los negros ojos,
La mano sobre la frente,
Apoyando la siniestra
Sobre de una mesa enclenque
En que un velon amarillo
Domina sobre papeles,
Solitario, silencioso,
Como estatua permanece
Morelos, frente á la carta
En que los ilustres jefes
De Zitácuaro, la Junta
Que celebraron le advierten,
Y que ya tienen Gobierno
Que los dirija y sujete.
Y luego, "muy reservado,"
La conveniencia encarecen
De invocar al rey Fernando
Para á la causa dar creces,

Obrando muy en secreto
Como leales insurgentes.
"¡Oh ruin, oh ruin proceder!
—Clama Morelos con ira—
"¿Cómo ungir con la mentira
"La grandeza del poder?
"¡Por Dios que no puede ser
"Tratarnos como á rebaño!
"Y ha de producir gran daño,
"Y luto, y vergüenza y muerte,
"Querer buscar á la suerte
"Por la senda del engaño.

"Queremos la independencia,
"Queremos del pueblo el mando,
"Y no esclavos de Fernando
"Luchar por su conveniencia.
"¿A qué tan ruda violencia?
"¿A qué el grito de Dolores?
"¿A qué aspirar vengadores
"Al lauro de la victoria,
"Si estos disfraces de gloria
"Son para ocultar traidores?

"¡Como libre combatir
"Pedí entusiasta á los cielos,
"Que era digno de Morelos
"Cual hombre libre morir!

"¿Péro humillarse á mentir?
"¿Jactarse de ser infiel?
"¿Vestir de falso oropel
"La causa de los patriotas?
"¡Más valieran cien derrotas!
"¡Qué miserable papel!

"Mi estandarte, ¡la verdad!
"Mi divisa ¡guerra ó muerte!
"Y sólo pido á la suerte
"¡La muerte, ó la libertad!
"Del pueblo á la majestad
"No se le miente ni engaña,
"Y nuestra mayor hazaña
"Será levantar la frente
"Como pueblo independiente,
"Gritando: ¡que muera España!"

La ira ahogaba al gran caudillo,
Mas sus ímpetus contiene,
Y al fin, despues que medita
Y lée la carta dos veces,
Al desprecio la relega;
Sigue obrando diligente,
Y habla con sus compañeros
Como si nada supiese.



ROMANCE DE VENEGAS

SALIDA CONTRA IZÚCAR Y CUAUTLA.

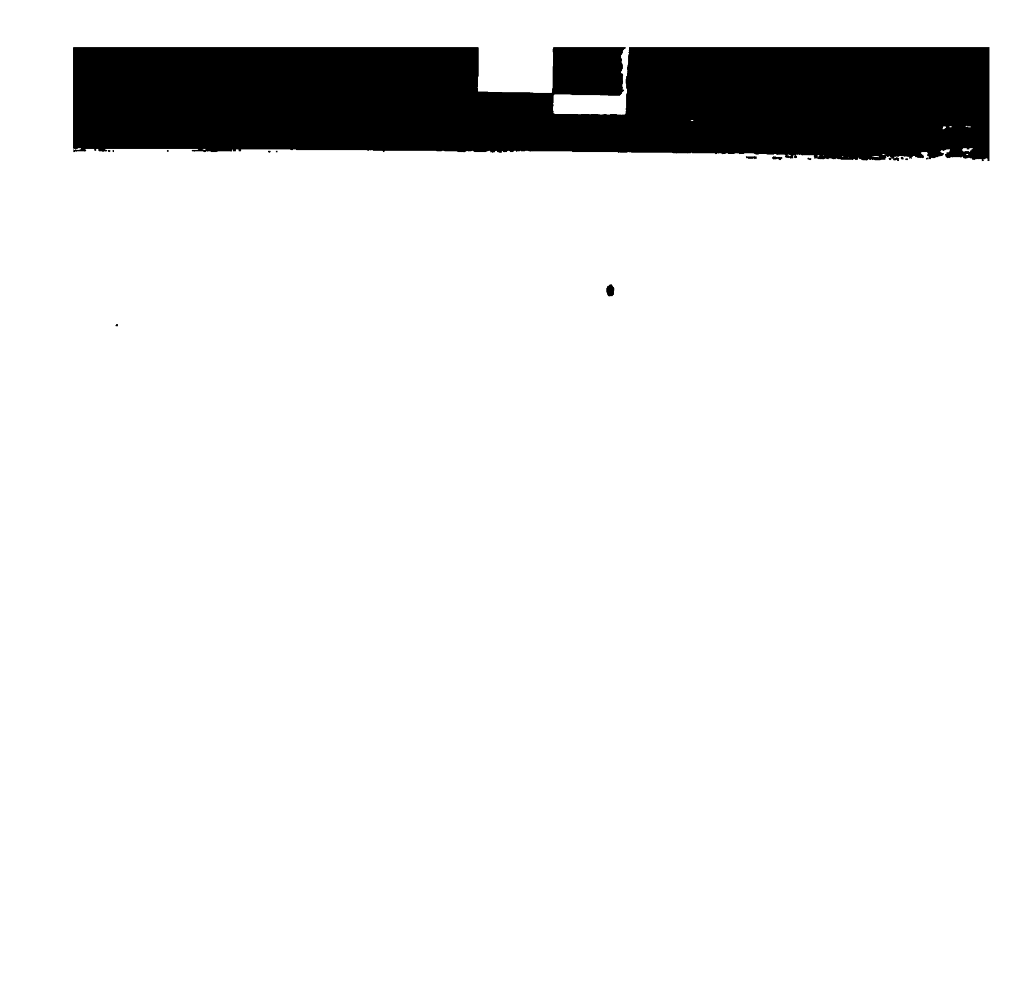
Marcan más de media noche
Los centinelas del tiempo,
Palpitando en las alturas
De los venerables templos:
Al extendido Palacio
Envuelve el hondo silencio,
Y sus amplios corredores
Y sus grandes aposentos
Se destacan en la sombra
Con duros perfiles negros;
Sólo hay luz en una estancia,
Que semeja á un ojo abierto,
De verse entre las tinieblas
Acobardado y perplejo.

A la luz de aquella esperma
Venegas está escribiendo
Abismado y absorbido,
Dejando el trabajo inquieto,
O tachando las palabras,
O quedándose suspenso,
Distraido, con la izquierda
Mano agitando el cabello.
"Instrucciones á Calleja"
—El rubro dice:—"*Secreto*,"
Y tras de ochocientos doce
Puesto "siete de Febrero."
A leer vuelve lo escrito
Con más detenido acento:
"Circundado de gavillas
"Materialmente está México;
"A Texcoco y á Toluca
"En un descuido perdemos.
"Los Villagranes y el Cura
"Correa, que es un perverso,
"Tras que á Zimapan tomaron
"Con obstinado bloqueo,
"Amenazan á Ixmiquilpam
"Cometiendo mil excesos.
"Cañas y otros cabecillas
"Asediando están Querétaro;
"Hambriento está Guanajuato,
"San Luis en su último extremo,

"Nueva Galicia alarmada
"Y Zacatecas con miedo.
"Desde Tepeji á Montealto,
"Que nos ve desde sus cerros,
"Brotando están insurgentes
"Que tocan á los Remedios,
"Y llegan á las garitas
"Haciendo burla al Gobierno.
"Valladolid por doquiera
"Sus gavillas va extendiendo,
"Que amagan á Sultepeque,
"Tenancingo y otros pueblos.
"Si miramos al Oriente,
"Más voraz es el incendio;
"Apam, Otumba, Tlaxcala,
"Están en poder ajeno,
"Y Tepeaca, perseguida,
"Llora horribles desafueros.
"Oaxaca está interceptada,
"Y Veracruz por momentos,
"Privándonos de recursos,
"Sentirá la soga al cuello,
"Dando á la Europa noticias
"Que nos cubran de descrédito.
"Acapulco, encadenado,
"Inútil tiene su puerto,
"Privándose al real erario
"Como de un millon de pesos.

"El coloso que allí tiene
"Puesta la planta de acero,
"El que quiere arrebatarnos
"La esperanza de remedio,
"El alma de este conflicto,
"Se llama el Cura Morelos.
"Es forzoso anonadarle,
"Produciendo un escarmiento
"Que á las almas más feroces
"Llene de terror intenso;
"Ocupa Izúcar y Tasco,
"Chalco, Juchi y demas pueblos,
"Se avanza hasta Buenavista
"Y tiene en Cuautla su asiento.
"Es, pues, forzoso que marche
"El ejército del centro
"Con el batallon de Asturias,
"Que es poderoso refuerzo.
"Puebla con sus bravas tropas
"Debe marchar de concierto
"Por donde Morelos ande;
"Volad en su seguimiento,
"Que en su total exterminio
"Se interesa el honor nuestro."
La fecha escribió Venegas,
Cuidadoso cerró el pliego,
En la vela puso el lacre
Y en el lacre quedó el sello.

Al sol siguiente, las fuerzas
Del ejército del centro
Marchaban precipitadas
A perseguir á Morelos,
Atravesando las calles
De la ciudad en silencio.



ROMANCE DE IZÚCAR.

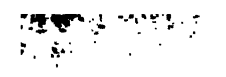
Soberbia tunda á las tropas
De don Ciriaco del Llano
Dió el modesto padre Sánchez
En el cerro del Calvario,
Cuando de tomar á Izúcar
Se jactaba más ufano,
Y llamó del Sur su ejército
Altisonante y finchado.
Dos veces al insurgente
El realista embiste bravo,
Y don José Antonio Andrade
Excede en furia á los diablos.
Al aire silban las piedras,
En tierra de sangre hay charcos,
Y por todas partes muertos
Ven los ojos espantados.

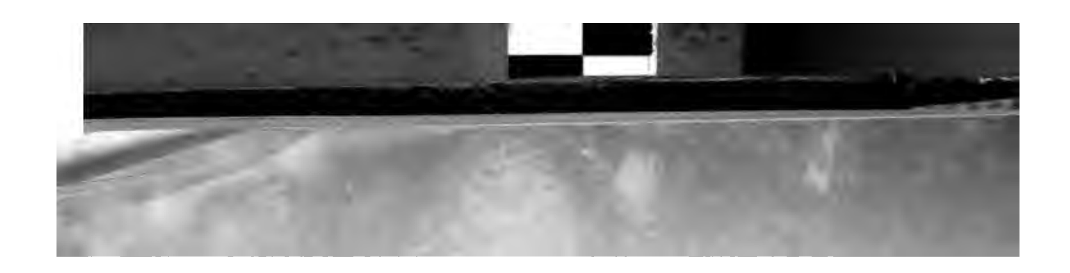
Frustrado el segundo empuje
Y de rabia rebramando,
Entrega el pueblo á las llamas
Furioso el brigadier Llano.
Los alaridos se escuchan
De aquel pueblo infortunado,
Pereciendo entre las llamas
Entre inauditos quebrantos:
Y en medio de tal pavura,
Y las llamas y su escándalo,
Atraviesan insurgentes
A la patria vitoreando.
Burlándose de la muerte
Con su arrojo temerario,
Al frente van dos campeones
Valientes como preclaros,
Y cual humo, en el incendio
Sus siluetas dibujando . . . .
Uno Sandoval se llama,
De renombre entre los bravos:
Otro, *Vicente Guerrero*,
A quien ceñirá más lauros
La Patria reconocida
En los venideros años.



EL GENERALISIMO D. JOSE M.ª MORELOS.

Copiado del mejor retrato del héroe, hecho en Oaxaca en 1812 y que hoy está en el Museo de Artillería de Madrid.





PRIMER ROMANCE DE CUAUTLA.

Están azules los cielos,
El sol asoma en Oriente,
Los altos volcanes forman
Como muralla de nieve
Donde la luz vierte en tumbos
Raudales resplandecientes,
Quebrándose en mil reflejos
Que deslumbrando se encienden,
Que se apagan, y que surgen
Y en sombras se desvanecen.
Errantes grupos de nubes
Flotan en el aire leve,
Semejando sus figuras,
Que se condensan ó crecen,
Ya sílfides, ya barquillas,
Y ya luminosas sierpes,

Como séres de otros mundos
Escondidos en el éter.
La cadena de montañas
Abierto círculo extiende
Hasta hacer inmenso cerco,
Ancho y macizo, que hienden
Hondas quiebras, altas lomas
Que como que inquietas hierven,
Y ya en picos se levantan,
Ya en cataratas descienden,
Se aplanan, se arremolinan
Y en montes gigantes vuelven
Como á rendir homenaje
Al gran Popocatepetle,
Que aislado con su Ixtacihuatl
Perdido en los cielos vése,
En su union nupcial inmóvil,
Y pensativo y solemne . . . .
En esa cuenca espaciosa
Que á todos rumbos se extiende,
Un mar forman los sembrados,
De tan encendidos verdes,
De tan tupido follaje,
Que cuando el viento los mueve,
Forma oleajes de esmeraldas
Que á la vista dan deleite,
Embriagando sus cambiantes
De voluptuosos vaivenes.

Negros surcos en las ondas
De ese mar verde aparecen,
Que llevan á las haciendas
Que blanquean muy alegres,
Con sus altas chimeneas
Como de vapor bajeles,
Que sobre una mar tranquila
No flotan, sino que duermen.
Y en una orilla lejana
Bañada en fulgor de Oriente,
Entre bosques de naranjos,
Y plátanos y mameyes,
Extiende su manto Cuautla
Con su caserío alegre,
Sus templos y campanarios,
Sus plazas y sus verjeles.
El Atlatlahua famoso
Al Norte el paso detiene
Para que lleguen humildes
Y á sus contornos se acerquen
Tepostlan y Tlayacapam,
Bellos hijos de Occidente.
Los volcanes la coronan,
Y á su espalda quietas duermen
Echadas mansas colinas
Como dóciles lebreles.
Mas si en ese Cuautla hermoso
Su antorcha la Historia enciende,

Y sus ráfagas de gloria
Cruzan su zenit luciente,
En monumentos se tornan
Grandes, augustos, solemnes,
Haciendas, calles y plazas,
Lomeríos y verjeles....
Esas piedras se tiñeron
Con sangre cien y cien veces;
Esas torres sustentaron
A los patriotas valientes;
Allí Galeana.... allá Bravo;
Aquí Rul halló la muerte,
Sediento de beber sangre
De la falange insurgente.
Allí ganó Matamoros
Mil inmortales laureles,
Y en todas partes Morelos
Sublime descuella siempre,
Exhumando de este polvo
A la patria independiente.
¡Oh Cuautla! ¿qué mexicano
Sin emocion podrá verte
Cuando divise tus muros,
Cuando tus ruinas contemple,
Si todo está consagrado
Con la sangre de los héroes?

SEGUNDO ROMANCE DE CUAUTLA.

Contra el sentir de Galeana
Y con bien pequeña escolta,
Marcha en su troton Morelos
A reconocer las tropas
De Calleja, que descienden
Como raudal, por las lomas.
Los vigías de las torres
Ven la marcha con zozobra,
Y los jefes, con anteojos
Ni un momento le abandonan.
Entretanto que Calleja
Sus avanzadas embosca,
Preparando al insurgente
La sorpresa desastrosa.
El vigía de San Diego
De pronto el campo alborota
Gritando: "¡al arma! ¡socorro!"
Porque al General destrozan.
Los soldados de Calleja

Han dispersado la escolta,
Y se ceban y encarnizan
En los valientes patriotas.
Morelos, aislado, entero,
Con intrepidez heróica,
Derriba, acomete, asuela,
Y difiere su derrota;
Pero le cercan, le envuelven....
Y ya sus fuerzas se agotan,
Cuando se escucha rugiente
Voz, cual de herida leona,
Que grita: "¡viva Morelos!"
Furibunda é impetuosa.
Es Galeana con sus bravos,
Que los fusiles arrojan,
Y empuñando sus machetes
Aniquilan lo que tocan;
Es Galeana, que cual llama
Descuella, se extiende y flota,
Y dejan mares de sangre
Los embates de sus tropas....
Entre despojos y muertos
Se unen los jefes patriotas,
Y Galeana sobre el pecho
Del gran Morelos se arroja,
Sin articular palabra,
Porque de júbilo llora.

TERCER ROMANCE DE CUAUTLA.

EL PRIMER ASALTO.

Con el sol que está en Oriente
Coronando los volcanes,
Embelleciendo los montes
Y dando vida á los valles,
Se mira á los de Calleja
Marchando para el combate.
Los cañones van al centro,
Van las mujeres delante,
Y los terribles dragones
En los flancos, arrogantes.
Los guiones y las banderas
Se agitaban en los aires,
Y se escuchaban los sones
De las músicas marciales.
Calleja á la retaguardia
En su coche sobresale,

Formándole cerco de oro
En tropel sus edecanes,
Con sus sombreros montados
Y sus espadas brillantes.
Doquier resuenan los vivas,
Doquier anhelan procaces
Arrancar al enemigo
Los laureles inmortales.
En tanto, los insurgentes
Esperan sin inquietarse,
Con la confianza en los pechos
Y el júbilo en los semblantes.
Ya se avanzan las columnas,
Ya se oye el toque de ataque,
Ya estalla el nutrido fuego
Por la plaza y por las calles;
Ya, cundiendo por el viento,
Embriaga el olor de sangre,
Y humo, y llama, espanto y muerte
Corren en pos del desastre.
Las mujeres de Calleja,
Como furias infernales,
Heridas, medio desnudas,
Y sus cabellos flotantes,
Discurren enfurecidas
Dando alaridos salvajes.
Los del fuerte de San Diego
Resisten, sin arredrarse,

El primero y recio empuje
De los realistas infames.
Ya avanzan los españoles,
Ya logran precipitarse,
Pero Dios vino en auxilio
Y Galeana está delante,
Que sale ileso y brillando
De su personal combate.
Embiste de nuevo osada
De españoles la falange,
Pero los indios honderos
Con impetuoso coraje
Lanzan diluvio de piedras
Repentino y en instantes.
De Casa Rul llega el Conde
Bravo en su alazan pujante,
Y las balas le derriban
Y envuelto en su sangre cae....
A degüello los clarines
Tocaban por todas partes,
Y son campos de batalla
Templos, y plazas, y calles.
En los huecos de las piedras
Formaba charcos la sangre,
Y sonaban las pisadas
Cual sobre agua al asentarse.
Pero al levantarse el humo,
Pero el humo al dispersarse,

Miraba nuestra bandera
Alta, y alegre, y triunfante....
  De pronto cesan los fuegos,
Y trazas de retirarse
Parece que da Calleja;
Mas Morelos, vigilante
Conoce la red, y ordena
No deje su puesto nadie.
Lleno de rabia Calleja,
Da la órden que contramarchen,
Cuando consultó á su muestra
Y eran las tres de la tarde....
De Santa Inés á la hacienda
Voló Calleja á ocultarse,
Miéntras desde el insurgente
Campo, y hendiendo los aires,
Volaba la alegre nueva
De la victoria brillante.

CUARTO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ARTILLERO.

Es segundo mes del año;
Diez y nueve soles cuenta:
Sobre las calles de Cuautla
Flotan soberbias banderas
Do se lée: "¡Que muera España!
"¡Que viva la Independencia!
En trueno, en llamas, en bronce,
Sobre el pueblo se descuelga,
Como aguacero de rayos,
La cólera de Calleja
Que, seguro de su triunfo,
Ruge cual ruge la fiera
Al empaparse de sangre
Cuando destroza su presa.
Sobre los aires se cruzan
Con el plomo las blasfemias,
Y con la sangre que corre

Pierde su color la tierra.
Escenas de horror y espanto
En los aires se renuevan,
Y en las alturas la llama
Con furia voraz ondea.
Los heridos moribundos
Con ayes los vientos pueblan,
Y aullan de rabia mujeres
Que las calles atraviesan
Conduciendo agua y socorros
A los que ardientes pelean.
Los niños abandonados,
Unos lloran, y otros juegan
Entre montones de muertos
Y entre despojos de guerra.
Al costado de San Diego,
De Galeana fortaleza
Viendo al Norte, y extendiendo
Al Ocaso la siniestra,
Se elevaba un fuerte muro
Con honores de trinchera,
En donde se empeñó tanto,
Tan temerario Calleja,
Donde las crueldades fueron
Tan terribles y sangrientas,
Que cediendo á rudo empuje
Quedó un momento desierta
En medio del fuerte choque

De tigres y de panteras.
Estaban los artilleros
Muertos junto de las piezas,
Los cañones silenciosos.
Ardiendo la *cuerda-mecha.*
El enemigo furioso
Descubierto un flanco observa,
Y alucinado de gozo,
Viendo la victoria cierta,
Con oficiales resueltos
Y con impávidas fuerzas
El asalto preparando,
Se dirige á la trinchera;
Pero detrás de aquel muro
Y sin que nadie lo advierta,
Quedaba un niño del pueblo,
Audaz, vivo, que se emplea
En ir sembrando donaires
Donde arde más la pelea;
Ojo negro, tez oscura,
Largo el cuello, carnes recias,
Risueño al par que valiente,
Y que á nadie se sujeta.
Éste mira á los realistas
Que decididos se acercan:
Ya reconocen, ya avanzan,
Ya preparan y ya llegan;
Y cuando tocan el muro,

Al asaltar con fiereza,
El niño al cañon aplica
Resuelto la cuerda–mecha,
Y torrente de metralla
La fuerza invasora asuela.
"¡Que viva el Cura Morelos!"
Grita el chico, la cabeza
Levantando con orgullo
En la triunfante trinchera.
Acuden los de Galeana:
Es victoria la sorpresa,
Y en los fuertes de patriotas
Tocan diana las trompetas.
"¿Quién es?—preguntó la fama,
"El niño de tal proeza?"
Y contestaba orgullosa
La Historia imperecedera:
"Ese es Narciso Mendoza,
"Que no abandona la escuela,
"Que los catorce no cumple
"Y entre el fuego se pasea.
"Con vítores le saludan
"Los chicuelos que le cercan,
"Y recordando su hazaña,
"Se llama la calle entera
"Calle del *Niño Artillero*,
"Como lo dicen sus letras."

QUINTO ROMANCE DE CUAUTLA.

LAS VICTIMAS DE CALLEJA.

Pueblan el aire lamentos,
Ensordecen los gemidos,
Marchan en tropel confuso
Los desaforados indios,
Y sus mujeres cargando
Las esteras y los niños.
Dejaron los infelices
Sus chozas de *Tetelcingo*,
Cuando del feroz Calleja
Los soldados asesinos
Llegaron sembrando horrores,
Y tornando vengativos
En cenizas y en escombros
Sus miserables asilos.
Con aire triunfal llegaron
A poner á Cuautla sitio,

Y los indios desdichados
Huyeron despavoridos,
Como de estanque apacible
Se abate muro macizo,
Y las aguas agitadas
Forman proceloso rio,
Cenagosas, turbulentas,
En desordenados giros,
Destrozando los sembrados
Y huyendo con triste ruido;
Semejantes al enjambre
De la colmena proscrito
Despues de vagar inquieto
Con dolorosos zumbidos,
Circuye, volando, un árbol
Que le recibe propicio.
Mas Cuautla es plaza de guerra,
Y es inseguro su arrimo:
Espantados por los truenos
Y del fuego perseguidos,
Al Sur yendo y á Occidente
Hallan guarida solícitos
Los moradores del pueblo
Del humilde Tetelcingo.
La casa de los *Albearas*
Abre su seno benigno,
Y debajo de sus fresnos,
Dándoles la cerca arrimo,

Se tienden como un rebaño,
Y se agolpan confundidos,
Los hombres y los ancianos,
Los enfermos y los niños.
  Anúnciase de Febrero
El diez y nueve inaudito,
Y conociendo Morelos
De Calleja los instintos,
Manda que el pueblo se aloje
Tras las murallas. Los indios
Despreciaron el mandato
Y burlaron los avisos....
  Las balas rasgan los vientos:
Del cañon el estampido
Avisa que corre sangre:
Cruzan dolientes heridos,
Y son infierno los muros,
Y es de llamas remolino
Lo que se mira flotando
Sobre los templos divinos.
Los soldados de Calleja
Embistiendo decididos,
Avanzan, se les rechaza,
Y tornan con más ahinco,
Como al retachar la bala
Contra el muro de granito
Renueva el tremendo empuje
Con horroroso estampido.

En una de esas repulsas,
Los soldados perseguidos
Y sedientos de venganza,
Y azuzados por indignos
Oficiales, como tigres
Cayeron sobre los indios
Del desventurado pueblo,
Del humilde Tetelcingo.
Y como hambrienta jauría
De lobos, de rabia henchidos,
Despedazan, aniquilan,
De sangre derraman rios,
Esparciendo por los suelos
Despojos en sangre tintos.
El anciano arrodillado,
El jóven robusto, el niño,
Hechas girones sus carnes,
Son pasados á cuchillo.
Contemplábase la escena
Cual sementera de trigo
Con el salvaje atropello
De los ganados bravíos;
O como la negra nube
Se descuelga de improviso,
Y del sembrado risueño
Deja funestos vestigios
Entre las raudas corrientes
Que cruzan en remolinos . . . .

¡Qué horror! la madre es cadáver
Sobre el cadáver de su hijo
Que oculto contra su seno
Librar de la muerte quiso:
¡Qué horror! entre agudos ayes,
Y súplicas, y alaridos,
El grito de "¡viva España!"
Era como mando inícuo
De renovar la matanza,
Sin dejar á nadie vivo.
Y fué tan atroz la escena,
Que cuando la piedad quiso
Completar formas humanas
Con los miembros esparcidos,
No pudo, y monton de carnes,
Y de entrañas y resíduos
Se arrojaron en la fosa
Tras el tremendo suplicio;
Y "*Víctimas de Calleja*"
Grabó la Historia en el sitio
Donde desplegó su tropa
De pantera los instintos.



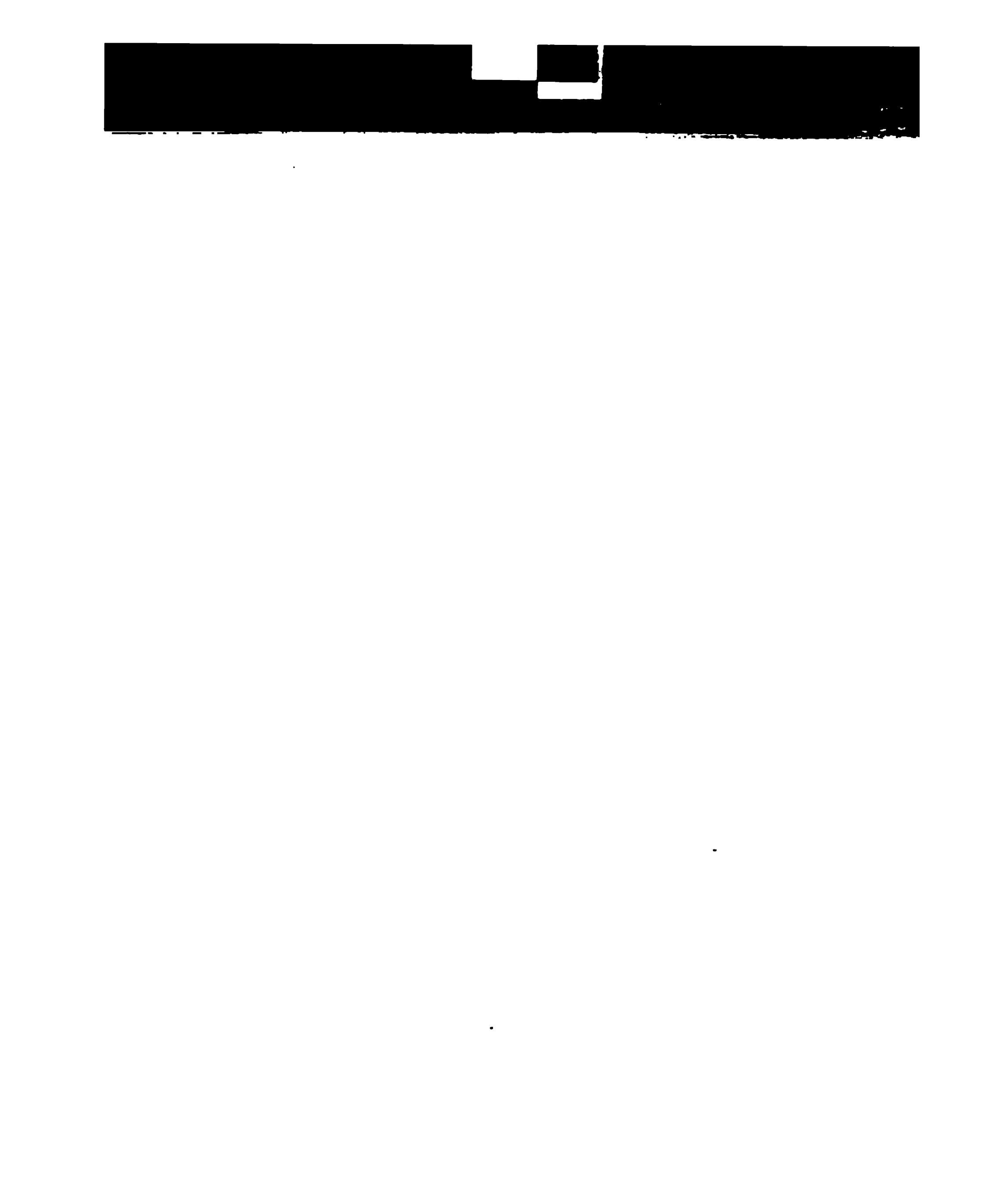
SEXTO ROMANCE DE CUAUTLA.

MATAMOROS.

Al tronar de los fusiles
Y al retumbar los cañones
Arrojando tempestuosos
Torrentes de ardiente bronce,
Entre gritos de venganza
Y entre dolientes clamores,
Al desplomarse los muros
Que con las balas se rompen,
Dejando huellas la sangre
Que sobre la tierra corre,
Del campo de Buenavista
Que lleva su ilustre nombre,
Erguido, sereno, ufano,
Sale valeroso jóven,
Orgullo de los patriotas
Y admiracion de los hombres:

Alto el cuello, ancha la frente,
Rubio el cabello y en órden,
Y del verde de los mares
Sus ojos indagadores,
Que cuando en medio al combate
Al enemigo se tornen,
Recordaránle terribles
El mirar de los leones.
El caballo que lo lleva.
Hijo ardiente de la noche,
Que caballo de la muerte
Suelen llamar los traidores,
Parece que del ginete
Va ufano, segun su porte,
Por lo listo, y lo soberbio
Que el ancho cuello recoge....
Va sembrando el entusiasmo
Por las filas que recorre,
De donde brotan los vivas
Y donde se oyen mil voces
Que vuelan, de Matamoros
Inmortalizando el nombre.
Así se acercó á la plaza,
Y junto del atrio apeóse,
Dándole paso los bravos
Que son sus admiradores.
Bajo el árbol que hoy se mira
Junto al templo, que por flores

Tiene plumeros sangrientos
O de púrpura borlones;
Entre rúbricas de ramas
De caprichoso desórden,
Sentado estaba Morelos
Dando tranquilo sus órdenes,
Penetrante, cejijunto,
La frente piadosa y noble.
Vió llegar á Matamoros,
Con majestad levantóse,
Y con paternal sonrisa
Y honra marcada le acoge.
Por el fuerte de Galeana
Terrible el combate se oye,
Y á poco tocaron diana
Los clarines y tambores,
Que escuchó inquieto Febrero
De mil ochocientos doce.



SÉTIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

El clarin grita "enemigo;"
El tambor anuncia alarma;
A rebato clama el viento
Y á somaten las campanas.
Tiembla de furor la tierra,
Álzase terrible Cuautla,
Pendiente de que Morelos
Le dé suelta en la batalla.
Descendiendo de las lomas,
Negro remolino avanza
De polvo, que al hacer claros,
Descubre en olas quebradas
El brillar de los fusiles
Y el acero de las lanzas.
Está el pueblo cual desierto,
En las calles no hay un alma,
Y tras las cerradas puertas
Y las cerradas ventanas,
Sólo de cerca se escuchan

Entrecortadas palabras,
Como ecos interrumpidos
De corrientes subterráneas.
Tan sólo unos cuantos bravos
Y Hermenegildo Galeana,
En la distante trinchera
Hacen su despierta guardia.
La falange de Calleja
Tiende sus inmensas alas,
Truena provocando el bronce,
Y alzan las primeras balas,
En tumultuosos acentos,
El grito de "¡viva España!"
Al clamor, en la trinchera
Erguido vése á Galeana
Desafiando desdeñoso
Al plomo y á la metralla.
Érase Galeana un hombre
De una estatura mediana,
Rubio el cabello y tendido,
La piel como nieve blanca,
Nariz aguda, ojos vivos,
Pequeños, pero como ascuas,
Resuelto en sus movimientos,
Económico en palabras;
Pero la voz como trueno,
Y la frente levantada,
En que dejó la viruela

Rojas y encendidas marcas.
En presencia del peligro
Se enaltecia su talla,
Y era rayo, y era furia
Que iracundo anonadaba.
Como torrente, las tropas
De Calleja se disparan,
Y á su frente, incontenible
Marcha el capitan Sagarra,
Gritando provocativo:
"Aquí espero al gran Galeana,"
Cada vez que su voz se oye
Entre una y otra descarga.
Galeana acude al llamado,
Ambos requieren sus armas,
Las tropas están suspensas
Y se quedan como estatuas.
Se embisten los adalides,
Se cruzan de ambos las balas,
Y repiten sus disparos
Cada vez con mayor saña,
Hasta que queda sin vida
Nadando en sangre Sagarra,
A la vez que el enemigo
Aprovecha otras entradas,
Y penetra victorioso
Sin resistencia á la plaza.
No bien la ocupa, á una seña,

Como por arte de magia,
Se coronan las alturas,
Se abren puertas y ventanas,
Y vomitan fuego y muerte
Sobre la servil canalla.
La guerra se empeña cruda
En el cerco de las casas;
Santo Domingo, San Diego
Y Buenavista se abrasan:
Los soldados de Calleja
Vuelven por fin las espaldas,
Aunque una voz los contiene
Y una valerosa espada . . . .
Es de Casa Rul el Conde,
Que gira sembrando hazañas,
Y que deja su cadáver
En la lucha encarnizada.
"¡Que mueran los gachupines!"
Grita ardiente la chinaca,
Alborotando el contento
Los repiques y las dianas.
Nadie contiene la furia
De las fuerzas desbandadas:
Así en medio de la noche
Corcel salvaje se avanza
En impetuosa carrera
Por escabrosas cañadas,
Y la formidable peña

Creyéndola sombra vana,
La embiste, y su mismo empuje
Le derriba y le quebranta.
¡Qué gemir de los heridos!
De las mujeres ¡qué lágrimas!
¡Qué humillacion tan terrible
De la española jactancia!
Y en el soberbio Calleja
¡Cuánto despecho y qué rabia!
Con ponzoña de serpientes,
Que no tinta, va una carta
En que le dice á Venegas
Tras de la noticia infausta:
"Para escarmentar facciosos
"Demolerémos á Cuautla,
"Sepultando en sus escombros,
"Juntos, cadáveres y armas."
Y luego, más adelante,
Con inconsecuencia clara,
Revelando sus temores,
Dice, aparentando calma:
"Es, pues, necesario un sitio;
"Pero esto exige tardanza."
Escribió, puso su firma,
Y salió con faz turbada
A albergar á los heridos
Que arrastrándose llegaban.



OCTAVO ROMANCE DE CUAUTLA.

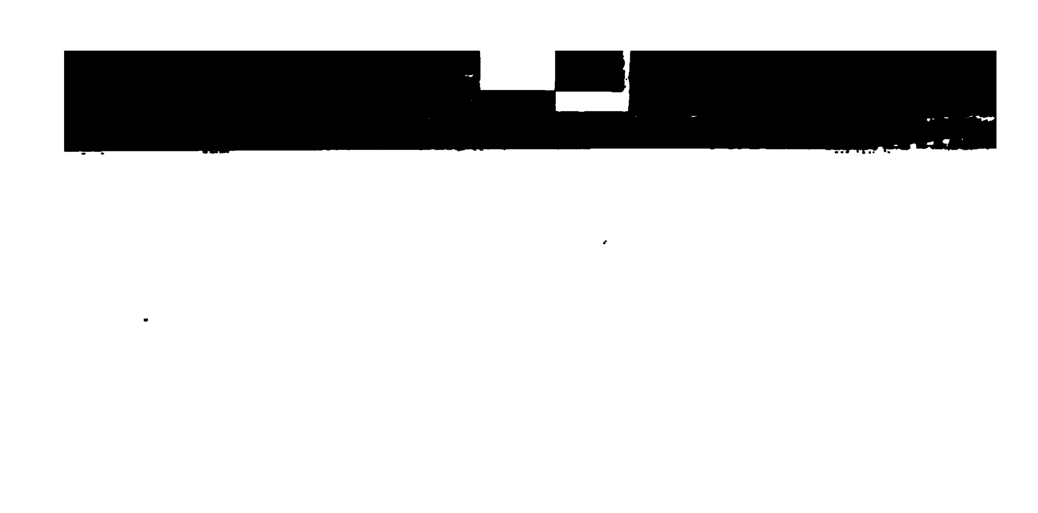
Estaba en su infancia Marzo,
Y ya muy formal el sitio
Que á la fama de Morelos
Dió tanta altura y prestigio.
Al retronar de las bombas,
Del cañon al estampido,
El pánico se difunde,
Y la vida es un suplicio;
Pero por fin, la costumbre
Ejerce influjo benigno,
Y á las bombas se saluda
Con algazara y con gritos,
Haciendo la gente alarde
Del desprecio del peligro,
Renovando la leyenda
De lo heróico los prodigios.

Ya se esfuerza Víctor Bravo
Y ahuyenta los enemigos;
Ya el guapo coronel Tapia
Hazañas hace aun herido....
Y entretanto, en sus *fandangos*
Sigue el pueblo de continuo,
Y prorumpen las guitarras
Despues de cada estallido:

" *Y rema nanita, y rema,*
" *Y rema y vamos remando,*
" *Que los insurgentes llegan*
" *Y nos vienen alcanzando.*"

Pero en la Toma del agua
Dánse combates reñidos,
Porque esa es cuestion de vida
De los que sufren el sitio....
Se abren pozos, y se agotan,
Arena sólo da el rio,
Y las gentes ven que llega
Algun supremo conflicto.
Galeana al fin, impaciente
Congrega valientes indios,
Y cuando brilla el sol claro,
Y despreciando el peligro,
Alza en la Toma trincheras
Circundado de enemigos.

De un espaldon la guarece,
Y hace seguro recinto
Del depósito precioso
Disputado con tal brío.
Las aguas, tintas de sangre,
Van corriendo á los vecinos,
Y á Cuautla les encarecen
Sus defensores invictos.
Calleja concentra su ira,
Y añade á lo que va escrito,
Dirigiéndose á Venegas
Con furia de basilisco:
" *Este clérigo es Mahoma,*
" *Que hace morir á sus indios*
" *Contentos, pues les ofrece,*
" *Si mueren, un paraíso*
" *En que gozan mil placeres*
" *Y en que están muy divertidos.*"



NOVENO ROMANCE DE CUAUTLA.

Y esos tiempos pasaron como nubes
Que vestidas de vívidos colores,
O arrastrando sus caudas de tinieblas,
Barre el viento á distantes horizontes.
Y esos tiempos pasaron, y la duda
Con sardónica risa hora recorre
Los senderos divinos de la gloria
En que dejó sus huellas el renombre.
¡Cuautla gigante! al admirarte augusta
Clavada en tu patíbulo de bronce,
Desafiando del bárbaro Calleja
Casi triunfal los ímpetus atroces;
Al recordarte alegre y luminosa,
Entonando tus himnos vencedores,
Al desgarrar tus carnes virginales
Verdugos implacables y feroces,

Siento el alma del pueblo.... Era la guerra
Sembrando muertes y regando horrores;
Pero era entre las nubes de tormento
La esperanza sonriendo con sus dones;
Eran turbas salvajes, sospechando
Del derecho del hombre los fulgores,
Y á esa fe consagrándole sus vidas,
Haciendo con sus cuerpos hecatombe;
Era el oleaje hirviente, que quebraba
Del sol los refulgentes resplandores,
Y que ántes de borrarse en el abismo
Dejaba rastros de esplendentes soles.
Odio á las chusmas, odio proclamaban
Los tiranos, de México señores;
Odio porque llevaban sus corrientes
De libertad idolatrada el pólen;
Odio por divorciar al Dios del cielo
Del impostor de cínicas pasiones;
Odio porque destrozan las cadenas
Con que la fuerza vil explota al hombre;
Odio porque igualdad gritan sus labios
Y de la ley–razon hacen su norte;
Odio porque la luz viene con ellos....
El servil es tiniebla, aunque pregone
Su grandeza el bandido del santuario,
Su pompa los lacayos de las cortes.
Fijemos las miradas en los libres.
En sus harapos, en su agreste porte,

Y llamémosles bárbaros, aunque ellos
Por nuestro amor y nuestro bien se inmolen.
Hombres los de esta edad, los que aspiramos
Aromas en espléndidos salones;
Los que extasiados con los lindos ojos
De la beldad, la requerís de amores;
Los que de alas dotais al pensamiento
Y á la ciencia pedís sus ricos dones;
Los que gozais, do estaba la picota,
Del aura embalsamada de las flores,
¿Por qué olvidar á los sublimes héroes
Que os procuraron tan divinos goces?
Era el sitio fatal; los de Calleja
Cerrando los macizos eslabones
De su soga de fierro, al pueblo todo
Condenan de tortura á los horrores.
Lo peste en la ciudad terrible vaga
Con pasos descarriados y veloces,
Y deja en pos de sí momias vivientes
De ojo vidrioso, greñas en desórden,
Medio desnudas, trémulas, huyendo
Y dando al aire gemebundas voces.
Más allá, del vivaque del soldado
Se exhalan, provocando, las canciones,
Que burlan á la muerte y á su espanto
Al estampido del terrible bronce.
Más allá, horrible cuadro, donde el hambre
En esqueletos convirtió á los hombres,

Los labios secos, la razon perdida,
Incierto el cuello, débiles las voces,
Devorando reptiles asquerosos
Entre fragmentos que resisten nombre.
Allí una madre, allí, forzando el pecho
Renuente á su presion, á que rebose
Una gota, una sola, que humedezca
El seco labio de su niño pobre.
Que ya desfallecido, no consigue
Ni el acerbo dolor hacer que llore.
En tanto, de contento repicaban
Las campanas alegres de las torres
Celebrando la muerte de los bravos
Al vitorear sus venturosos nombres.
Es tu causa, ¡oh Morelos! la que obraba
Ese prodigio augusto en tus pendones:
Reflejaba el Olimpo de tu genio,
Que será un tiempo admiracion del orbe.

DÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

EL NIÑO ADIVINO.

La gárrula turba
De alegres muchachos
Que en medio de Cuautla
Se miran vagando,
Miéntras que las balas
Hacen sus estragos,
Y siembran doquiera
Terrores y espanto,
En breves instantes
Se miran armados,
Y preso conducen
A un fuerte soldado
Del campo enemigo,
Con todo aparato.
Morelos contento
Celebra á los bravos,

Y suenan repiques
Y se arma cotarro.
Ya tocan degüello,
Y al campo contrario
Tenaces desvelan
Corriendo y saltando.
Ya cueros de reses
Que empujan con palos,
Figuran cureñas,
Y hay bulla y asaltos.
En tanto Calleja
Se daba á mil diablos.
Y rival de Herodes,
Pepena muchachos,
Queriendo en instantes
Feroz inmolarlos.
Pero lo más chusco
Fué, cuando inventaron
Atar en rocines
Muñecos de trapo,
Y al campo enemigo
Festivos lanzarlos,
Levantando polvo,
Para que el engaño
Mejor se encubriese
Con más resultados.
Por aquí hay carreras,
Por allá disparos,

Y rayos y truenos,
Y muerte y espanto.
¿Y quién es el jefe
Del infantil bando?
¿A quién dió la patria
Tan precoces lauros?
Un niño á quien llaman
De Morelos vástago.
El niño adivino
Tambien renombrado:
Era Juan Almonte,
Que despues los hados
Lo hicieron, ¡oh patria!
Tu afrenta y tu escándalo.



UNDÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

Despues de que cada aurora
Mira combates sangrientos,
Y cada noche la tierra
Traga en silencio los muertos,
Repleto de sangre humana
Se arrastra pesado el tiempo,
Está Calleja impaciente
Y está obstinado Morelos.
Ambos astutos se acechan
Cual jaguar y leon fieros
Que pretenden embestirse
Con abismos de por medio.
Está silencioso el campo,
Claro y trasparente el cielo.
Las aguas corren tranquilas
Y apacible vuela el viento.

Del Abril puro fragancias
A su paso recogiendo.
En el campo de Calleja
Se oye el toque de "alto el fuego:"
Despues con bandera blanca,
En señal de parlamento,
Sale don Miguel Calápiz,
Alférez de Granaderos,
Y es portador arrogante
Del indulto de Morelos
Con tal que al Virey se rinda
Reconociendo al Gobierno.
Morelos el papel mira,
Y escribe por el reverso:
" *Hago á Calleja igual gracia*
" *Si se rindiere al momento.*"
Bravo y Galeana celebran
Festivos este suceso,
Miéntras ruge enfurecido
Calleja, de rabia ardiendo.
Morelos toca al instante
De realizar sus proyectos
Rompiendo con recio empuje
De sus verdugos el cerco.
Setenta veces el dia
Miró tenaz el asedio,
Para las tropas realistas
Honda fuente de descrédito.

Calleja á Venegas cuenta
Que toca su último extremo,
Y el Virey le puso notas
Que destilaban veneno.
Era la noche, la luna
Despide opacos reflejos;
Como procesion de sombras
De las huertas van saliendo
Los heróicos ciudadanos
Compañeros de Morelos.
Aguayo va á la vanguardia,
Los dos Bravos en el centro,
Don Víctor y don Leonardo,
Y Galeana va el postrero.
"¡Alto!" grita un centinela,
Galeana contesta "¡fuego!"
Cunde la alarma, se torna
El campo en voraz incendio,
Y en tenaz lucha avanzando
Los patriotas prosiguieron.
Los de Calleja, furiosos,
Se ceban en los dispersos,
A su tránsito dejando
Amontonados los muertos.
Desentrañaban los niños,
Destrozaban á los viejos,
Y en las inermes mujeres
Sepultaban sus aceros.

Calleja oculta en su estancia
Su vergüenza y su despecho,
Y da parte, cual de un triunfo,
A Venegas del suceso.
Éste, rebosando su ira,
Contesta: "Gracias al cielo.
"Y gracias tambien se deben,
"Don Félix, á ese buen clérigo,
"Por habernos perdonado
"Benigno, el bochorno inmenso,
"Despues de nuestros amagos,
"De levantar el asedio,
"Nuestra vergüenza ante el mundo
"Poniendo de manifiesto."

DUODÉCIMO ROMANCE DE CUAUTLA.

¡Oh qué horribles son las treguas
Del incendio y la matanza
En el sitio encarnizado
De la combatida Cuautla!
El hombre horrible entre espectros
Arrastrándose vagaba
Royendo huesos, raíces,
Aullando en campos y casas.
La sed, con faz de locura
Los secos labios pegaba
A la tierra, que sin jugos
Los calcinaba como ascuas,
Y la peste enfurecida,
Con las ropas desgarradas,
De dolor dando alaridos,
En vano piedad clamaba,

Porque el consuelo la muerte
Reservó á los bravos ávida ....
Setenta soles nublaron
El humo de las batallas,
Y setenta renovaron
De los libres las hazañas.
"No más," prorumpe Morelos.
"No más," prorumpe Galeana,
Y Bravo heróico requiere
Sus incontrastables armas.
El campo está silencioso,
La luna apacible y clara
Brilla en la cándida nieve
De las gigantes montañas;
Y cual procesion de sombras,
Los insurgentes avanzan
A romper el cerco horrendo
De los soldados de España.
Ni el aliento se percibe,
Ni hacen ruido las pisadas:
En la vanguardia potente
Marcha sereno Galeana,
Morelos ocupa el centro,
Los Bravos cuidan su espalda,
Y va el capitan Anzures
Marchando á la retaguardia.
De pronto se oye el "¿quién vive?"
De centinela avanzada,

Y pueblan los aires gritos
De "viva" y de "muera España."
Entónces la alarma cunde
Y es horrible la batalla,
Se extiende por el Oriente
Y por *la Caja del Agua.*
Mas como lava encendida
Que entre los peñascos salta,
Y desciende incontenible
Y los estorbos arrastra,
Tal las tropas insurgentes
En su curso se adelantan,
Dejando sangre y despojos
Por donde aterrando pasan . . . .
Llenos de oprobio y vergüenza
Los sitiadores de Cuautla,
Inmóviles permanecen,
Y como secreto guardan
La salida de Morelos
Y de Calleja la infamia.
Éste, lleno de despecho,
Al llegar la madrugada
Sabe todo, y aturdido
Entra en la desierta plaza,
Y ordena, lleno de enojo,
Que se toquen las campanas,
Y que enfermos y mujeres
Se fusilen sin tardanza.

A poco escribe á Venegas,
Disimulando su rabia:
"*Nuestras tropas vencedoras*
"*Han penetrado en la plaza*
"*Entre dianas y repiques*
"A las dos de la mañana."

DÉCIMOTERCERO ROMANCE DE CUAUTLA.

Silenciosos los caminos
Y en abandono los campos,
Se miran, sin el aliento
De la paz y del trabajo.
¿Dó está, Cuautla, tu riqueza,
¿Dó tus alegres sembrados
Que sus tesoros de almíbar
Brindaban al hacendado?
¿Dónde en tus alegres huertos
De limones y naranjos,
Los cantos de los rancheros,
La gresca de los muchachos
Entre el ruido de las aguas
Y los cantos de los pájaros?
Desiertos están tus templos,
Solitarios tus mercados,
En tus calles, insepultos
Hay cadáveres humanos,
Y se alza entre los escombros

Con su sagrado entusiasmo:
Dónde fué todo tu aliento
Entre sus huestes llevando?....
Triste estás, como en la arena
El abandonado barco
Que fué terror de las olas
Y fué de los mares pasmo.
Los soldados de Calleja
Mudos te están contemplando,
Y se acercan temerosos,
Y se alejan espantados.
Al fin, cuando se persuaden
Que está el pueblo abandonado,
En furias se convirtieron:
Los vengadores soldados,
Ébrios, terribles, sedientos
De sangre, corren matando.
A los templos se introducen,
Roban los vasos sagrados,
Y repican las campanas,
Con desvergüenza y escándalo.
Hace alto en Chautla Morelos
A los suyos esperando,
Y el pueblo reconocido
Le abre amoroso sus brazos.

PRIMER ROMANCE DE D. FRANCISCO AYALA.

Hablando están mano á mano,
En la puerta de una casa,
Don Joaquin de Garcilaso,
Que era comandante en Cuautla,
Con un campesino honrado,
De nombre Francisco Ayala.
Era arrogante el primero,
Duro en gestos y en palabras:
El segundo, aunque fungiendo
De jefe de la Acordada,
Por noble y por bondadoso,
De cariño disfrutaba,
Aborreciéndole sólo
Malhechores y canallas,
A quienes activa guerra
Les declaró en su comarca.

Amor á los insurgentes
Guardaba en secreto su alma;
Así, cuando Garcilaso
Le dijo: "Vuestra Acordada
"Sígame;" puso pretextos,
Y en su mision se encerraba,
Rechazando los mandatos,
Repeliendo las instancias,
Encendiendo fieros odios
En el jefe de las armas,
Que temiendo su prestigio,
Rabioso disimulaba.
"Ved lo que haceis, don Francisco,"
Dijo, con voz alterada
Garcilaso . . . . "Ya lo he visto,"
Respondió sonriendo Ayala.
Garcilaso era valiente,
El otro no teme á nada:
Cual movidos por resorte
Los dos se vuelven la espalda;
El uno á su puesto vuelve
Llamando en su auxilio infamias,
Para al rencor que le inquieta
Quitar sagaz toda traba,
Y á sus jefes y vecinos
Su conferencia delata.
Don Francisco, descuidado,
Entra gozoso en su casa,

Donde contenta le espera
Su esposa, que le idolatra,
Y do traviesos sus hijos
De sus rodillas se abrazan.
Y como tras bello arcoíris
Nubes pavorosas se alzan,
Así, en presencia del cuadro
De la familia de Ayala,
Nacieron presentimientos
Oscureciéndole el alma.

SEGUNDO ROMANCE DE AYALA.

I

" Pasad, pasad, caballeros,
" Tomad asiento en mi mesa,
" Que son buenos los manjares
" Cuando es buena la apetencia."
Tal dijo Francisco Ayala
A dos que están á la puerta
De la chocilla de paja
Que es do *Mapaxtlan* le alberga.
La esposa de pié se pone,
Los unos asombro muestran,
Los extraños se dirigen
Unas miradas siniestras,
Y el uno lanza un silbido
Que sirve de contraseña.

II

El Comandante Moreno,
Vencedor en Xalmolonga,
Encontróse en un cadáver
Que destrozaron sus tropas,
Cartas para Ignacio Ayala,
Ya conocido patriota;
Y conservando del nombre
Sólo confusa memoria,
Segun como Garcilaso
Le habló en sus últimas notas,
A Mapaxtlan se dirige
Embriagado por la cólera.
Se embosca, y como sabemos,
Manda á Ayala dos personas....
La contraseña se escucha,
Rompen el fuego las tropas;
Las balas que penetraban
En la deleznable choza,
Silban, doquier alcanzando,
Rompen el seno á la esposa
De Ayala, que agonizante
En sangre propia se ahoga.
Levántase éste furioso,
Amartilla sus pistolas,
Y hollando, de rabia ciego

A lo que más ciego adora.
Embiste, mata, rechaza,
Empuja y dispersa la ola
De destruccion y matanza
De la canalla traidora.
Al punto que se retiran,
Ayala en su corcel monta
Y desparece, dejando
Silencio, terror y sombras.
Los de Moreno resuelven
Ponerle fuego á la choza,
Y huyen, temiendo regrese
Don Francisco con sus tropas,
Miéntras se oye entre las llamas
Gemir á la herida esposa.

En castillo inexpugnable,
En invencible castillo
Se ha tornado la iglesita
Del risueño Xenecuilco,
Que entre árboles se divisa
A la orilla del camino
De do á Mapaxtlan se mira
De sementeras circuido.
Allí resuelto esperaba
A Moreno don Francisco
Ayala, con catorce hombres
Y sus dos valientes hijos.

Eran más de cuatrocientos
Los feroces enemigos,
Que embisten, como jauría
De mastines atrevidos,
Al noble toro que, inmóvil,
Y silencioso y erguido,
Les desprecia si están léjos,
De cerca les da castigo.
Garcilaso, que á Moreno
Con los suyos se ha reunido,
Se enronquece frente al templo
Dando del asalto gritos;
Mas, como se desbarata
Contra el muro el torbellino,
Y como los chorros de agua
Se rompen formando rios
Al chocar contra las peñas
En desordenados giros,
Así mira á los serviles
La iglesia de Xenecuilco,
Perdiendo con cada empuje
Parte del bélico brío.
Así dolientes cruzaron
Horas diez por aquel sitio,
Dejando espanto en el aire
Y el suelo de sangre tinto,
Cuando, al fin, desesperado,
Y resuelto, y decidido,

A terminar con la muerte
De los suyos el suplicio,
Como el leon acosado
En su guarida, con ímpetu
Va á abandonarla, y lo anuncian
Su embestida y sus rugidos,
Resuelto Ayala les grita:
"Ya salgo, esperad, bandidos,"
Y se presenta tan grande,
Tan audaz, tan decidido,
Como cuando entre las rocas
Suele saltar de improviso
Como ráfaga la llama
Del volcan enfurecido,
Imperando incontenible
Y anunciando el exterminio.
Los serviles, que esto vieron,
Se ahuyentan despavoridos,
Alas dándoles el miedo,
Espantados de sí mismos,
Estorbándoles el cuerpo,
Queriendo volverse espíritus.

Y Ayala, con sus valientes
Y en medio de sus dos hijos,
Marcha en busca de Morelos,
Quien le recibe benigno.

[redacted]

ROMANCE DE AYALA Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
De la hacienda de Temilpa,
En limpio catre de lona
Y tras de blancas cortinas,
Está don Francisco Ayala
Presa de fiebre maligna,
Luchando por levantarse
Para perseguir realistas.
Al verle mudo é inerte,
¿Quién pensara, quién diria
Que era el mismo que tremendo
Blandió su espada temida
En Mapaxtlan, destrozando
A las fuerzas enemigas?
¿Quién que era el rayo terrible
Que en Nenecuilco teñida

Dejó en sangre la vereda
Que le abrió su espada invicta?
Triste se halla y silencioso,
Con dos hijos que le cuidan,
Y con cuatro amigos fieles
Que componen su familia.
De pronto se abre una puerta,
Y una voz despavorida,
Con tono inquieto de alarma
Y muy temblorosa grita:
"Alto, señor don Francisco,
"Señor don Francisco, arriba,
"Que aquí llegan los de Armijo
"Sedientos de vuestra vida,
"Como el Cura Matamoros
"Os trasmitió la noticia."
Don Francisco, levantando
La cabeza, en voz tranquila,
"Bien, aquí los esperamos,"
Indiferente replica....
Y se viste, y sosegado
Por una ventana mira.
"¡Hola! vienen los de Armijo
"Con infernal vocería."
Ayala cierra las puertas,
Las refuerza y fortifica,
Y denodado y ardiente
Para la lucha se alista.

Corriendo llega la tropa,
A España gritando vivas,
Y la lucha que comienza
Por momentos se encarniza.
Vése Ayala, cual leona
Con sus cachorros, y herida,
Presa de feroz jauría,
Que acomete y se retira,
Dejando rastros de sangre
Tras de cada tentativa.
Ayala mira á sus plantas,
Luchando con la agonía,
Dos de sus fieles amigos
Que quieren luchar y espiran.
La furia crece, las puertas
Crujen, despidiendo astillas;
Ayala alienta á sus hijos,
Y fijándoles la vista,
Advierte que con su sangre
Ambos perdieron las vidas.
A ellos apunta furioso,
Sólo un amigo tenia,
Y se levantaba erguido,
Como en bravo mar se mira
Alzándose la bandera
De una nave ya perdida.
Por fin, queda solo Ayala,
Y así temerario lidia.

Falta á sus armas el parque;
La espada empuña con ira....
En esto ceden las puertas,
La tropa se precipita,
Y al héroe ciñen cordeles,
Le ultrajan y martirizan.
Armijo marcha contento
Con una presa tan rica,
Y de San Juan en el pueblo
Que con Yautepec colinda,
Tras de belicosa farsa
Al prisionero fusila,
Y manda que su cabeza
Quede á un árbol suspendida,
Y tambien las de sus hijos
Que le forman compañía.
Y así, al resoplar el viento,
Las cabezas se movian
Cual buscándose; las gentes
Abandonaban la via,
Signándose, y maldiciendo
A los feroces realistas.

ROMANCE DE CALLEJA.

Levantado el emboce,
Gacha la oreja,
En un coche cerrado
Marcha Calleja.
Redoblan los tambores,
Tocan trompetas,
Seis ébrios gritan *¡vivas!*
A su excelencia.

Como forzada sonrisa
Cuando la cólera ciega;
Como sobrepuesto encaje
Sobre de una piel con lepra;
Como en un lecho de muerte
Regadas rosas y adelfas,
Tal México desdeñoso,
Así México contempla.

Tras los sucesos de Cuautla
Esta entrada de Calleja.
En vano el Gobierno quiere
Encubrir las grandes pérdidas,
Pues por doquier se señalan,
Que fueron mal encubiertas.
Y el pueblo, que las conoce,
A gritos las enumera,
Y luego clama en voz baja
Con burlona cantaleta:

Levantado el emboce,
Gacha la oreja,
En un coche cerrado
Marcha Calleja, etc.

Dicen que los granaderos,
A pesar de su soberbia,
Con don Ciriaco del Llano
Fueron á esconder en Puebla
De las tundas de Morelos
Los desastres y vergüenzas.
En la entrada figuraron
Los soldados de Lobera,
Recien llegados de España,
Cerreros y oliendo á brea.
Viene allí una culebrina
Como trofeo de guerra,

Que era de Porlier querida
Y llamaban *boca chueca*,
Que si á la diestra apuntaba,
Hería por la siniestra,
Y que la plebe, al mirarla,
Armaba jácara y gresca,
Y más cuando le mostraban
Al furibundo Calleja.
Y repetía burlona
La letrilla picaresca
Que pífanos demandaba
Reclamando castañuelas:

Levantado el emboce,
Gacha la oreja,
En un coche cerrado
Marcha Calleja.
Redoblan los tambores
Y las trompetas;
Seis ébrios gritan ¡vivas!
A su excelencia.

Mas lo que choca en la farsa
Y odio profundo despierta,
Es mirar entre las cargas
Y los despojos de guerra,
Preso á don Leonardo Bravo,
Sorprendido en una hacienda,

Donde demandando auxilio,
Torturas halló y afrentas.
Le visten de mojiganga
Para que así se escarnezca,
Y un personaje . . . . muy alto.
A quien la Historia no mienta.
Va sofrenando el caballo,
Ni un instante á Bravo deja.
Lanzándole, vil, injurias,
Que los soldados celebran.
En revancha, los patriotas.
Con su venerable flema.
Repetian la letrilla
Con que el romance comienza.
Y que llenaba de gozo
El corazon de Venegas:

Levantado el emboce.
Gacha la oreja,
En un coche cerrado
Marcha Calleja, etc.

Este suceso desata
Entre Calleja y Venegas.
Aquella enconosa lucha.
Aquella pérfida guerra
Que atravesando los mares
Le dió el Gobierno á Calleja.

ROMANCE DE LOS INDIOS DE MEXCALA.

En medio al mar de Chapala,
Mar olvidado en la tierra,
Mar huérfano, coronado
De pueblos y sementeras,
Está la isla de Mexcala,
Tan graciosa y tan esbelta
Como la fábula pinta
Las seductoras Nereidas.
Si la acarician las brisas,
Las blandas olas la besan,
Y orgullosa se levanta
Dominando las tormentas,
Desde su peana de rocas
Que entre las olas descuella.
Allí, á su modo, los indios
Proclaman su independencia,

Y á sus fieros opresores
Invencibles escarmientan.
Herido Cruz en su orgullo,
En Guadalajara ordena
Que á los indios mexcaleros
Se haga furibunda guerra.
Ya se disponen valientes,
Ya embarcaciones se aprestan,
Ya el estampido del trueno
Horror y venganzas siembra.
Linares surca las aguas,
Frente de Mexcala llegan,
Y la isla triste, de pronto
Se mira como desierta;
Mas de repente, en las aguas
Voces humanas resuenan,
Y canoas numerosas
Que van de gente repletas,
A las tropas españolas
Anonadan y escarmientan.
Tíñese de sangre el agua,
La horrible matanza arrecia,
Y cuando alumbra un sol nuevo,
No halla del desastre huella.
Cruz, que supo la derrota,
Brama como herida fiera,
Y un papel manda á los indios
Que es de muerte su sentencia:

Allí les reprocha airado,
Allí amaga, allí condena,
Y concluye con decirles,
En ira ardiendo y soberbia:
"Si no os someteis humildes,
"Si me negais obediencia,
"Veréis correr mucha sangre,
"Y esa será sangre vuestra."
Atentos oyen los indios
La filípica tremenda,
E instados á que respondan,
El que la palabra lleva
Responde con grande calma
Y con expedita lengua:
"*Señor, que corra la sangre,*
"*Al fin y al cabo es la nuestra.*"



ROMANCE DEL JURAMENTO DE LA CONSTITUCION.

A su fin toca Setiembre,
Y el siglo doce años cuenta;
El Virey está en Palacio
De rigurosa etiqueta.
De gala el Ayuntamiento,
Y junto al Virey la Audiencia.
Dosel de púrpura y oro
Domina en la cabecera
Del salon, y majestuoso,
Bajo del dosel se ostenta
El retrato del monarca.
Exigiendo reverencia.
A su frente, un Crucifijo
Se está viendo entre dos velas,
Y un gran libro, con sus hojas
Con estudio medio abiertas.

Puesto de pié el imperante
En medio á la concurrencia,
Que, cual si de estatuas fuese,
Atenta, no pestañea,
Él primero el juramento
Con voz reverente presta
Al Código que la España
Se impuso cual ley suprema.
Todos á su turno juran
Con sumisa reverencia,
Y á una señal, los cañones
Cimbrando el suelo retruenan.
Se desatan los repiques,
Y las metálicas lenguas
A las gentes alborotan
Y á la multitud congregan.
En medio á gran comitiva,
Al templo marcha Venegas,
Do Beristain, Arcediano
De la Santa Madre Iglesia,
Dijo, como de costumbre,
Con énfasis, mil blasfemias.

ROMANCE DEL SITIO DE HUAJUAPAM.

En un alegre domingo
Y entre el trajin de la feria,
Régules toca en Huajuapam
Bramando como una fiera.
En su ejército imponente
Catorce cañones lleva,
Con las furibundas bocas
Sobre Huajuapam abiertas.
Cual del infierno escapados
Ostentan sus pieles negras
Y sus dentaduras blancas
Los soldados de Candelas;
Y para que nada falte
En la belicosa fiesta,
Va del Obispo Vergosa
La desastrada caterva;

Clérigos arremangados,
Frailes de sable y jinetas.
Sacristanes baladrones
Y músicos de la orquesta.
Trujano espera en Huajuapam,
Que es el rey de la Mixteca.
Chico el cuerpo, el ojo ardiente,
Buen brazo, erguida cabeza,
Si es su arrojo temerario,
Es sesuda su prudencia,
Y su alma tan compasiva,
Como su espada resuelta.
Régules comienza el sitio,
Trujano valiente espera,
Y hostiliza á su enemigo
Sin un momento de tregua.
Su astucia es como su audacia,
Y cual su audacia sus tretas.
Finge los troncos cañones,
La bomba al cañon remeda,
Funde esquilas y campanas.
Y hace metralla las piedras:
Y así corren treinta auroras
Y es más fuerte la pelea.
Despues de siete embestidas
Régules se desespera,
Y más, mirando á Trujano
Con la calma más risueña

Haciendo iluminaciones,
Bailes, banquetes y fiestas.
Dos lunas ven este sitio,
Admirando su defensa;
La noticia se propaga,
Los patriotas se hacen lenguas.
Morelos está en Chilapa,
Cuando recibe una esquela
De Trujano, en que le dice:
"Somos trescientos cincuenta,
"Cuatro mil los enemigos;
"Haré lo que más se pueda."
Morelos, á su socorro
Cual relámpago se apresta,
Manda á Galeana, y los Bravos
Se anticipan con sus fuerzas,
Y él, el veintitres de Julio
De ochocientos doce, llega.
Galeana el primero embiste
Y despedaza á Candelas:
Los Bravos hacen prodigios
Y terror y espanto siembran.
Trujano acomete fiero
Y sus contrarios se aterran;
Se repican las campanas,
El aire nublan las piedras,
Y los indios de Morelos,
Entre su ruidosa gresca,

Despojos del enemigo
Llenos de gozo cosechan.
Trujano, al mirar triunfante
Y en alto nuestra bandera,
Con el sombrero en la mano
Al gran Morelos se acerca,
Quien conmovido, en sus brazos
Con entusiasmo le estrecha.
Más de cien soles el sitio
Llevaba en su aciaga cuenta,
Y más de cien en los libres
El valor se puso á prueba.
Formó una legion Morelos
Para memoria perpetua
De aquel sitio, y San Lorenzo
Un Cuerpo por nombre lleva.
¿Por qué? preguntan algunos
—Porque se vió su grandeza
Tostado como en parrilla
Por el fuego de la guerra,
Y es su coronel Trujano
Para honra de la insurgencia.

FAMOSO ROMANCE DE MANUEL IZAZAGA.

Era el sitio de Huajuapam,
Traslado de los infiernos;
Era Regules el rayo,
La tempestad don Valerio,
Y tal arrecian las balas,
Y hay tal fandango de truenos,
Que las carnes se esponjaban
Y se arrugaban los huesos;
Y dónde más nos dañaban
Y amontonaban más muertos,
Era frente una trinchera,
Como madrastra del pueblo,
Y como llave y dominio
De nuestro amplio campamento.
"Sin él no hay triunfo posible,"
Repetia don Valerio,

"No hay que dudar: ó tomarlo,
"O de fijo nos perdemos."
Y Trujano, tan prudente
Como esforzado guerrero,
Sus arranques refrenaba,
Volviende triste á su puesto.

Era Izazaga un muchacho
Alegre, audaz, ojos negros,
Delgado como una jara,
Cierto desgaire ranchero,
Y en momentos apurados
Sobresaliente en el pleito.
Al ver á Trujano triste
Por la trinchera del cuento,
Le dijo: "Afuera las dudas,
"Mi coronel, no aflojemos,
"Que al cabo la Vírgen gana
"Y solo se cura el cuero:
"Con que usted me dé la vénia,
"Echo el albur, y me arriesgo."
Y Trujano da permiso
Entre asombrado y riendo....
Izazaga se concierta
Con otros diez compañeros,
Que deben fingir sagaces
Correr en su seguimiento,
Miéntras él á la trinchera

Se lanza, auxilio pidiendo.
Oyense de pronto tiros,
Izazaga va cual viento.
Arrojando fornitura,
La chaqueta y el sombrero.
"¡Socorro!—grita, llegando
Al fuerte—"que yo soy vuestro;
Socorro, porque me matan;
Indulto, porque me muero."
Abre la guardia el rastrillo,
Llegan los diez compañeros,
Y gritando "¡viva Hidalgo!"
Comienza el choque violento.
La sangre corre á torrentes,
Nubes de humo van al cielo,
Llega terrible Trujano,
Y la victoria surgiendo,
Alumbró el campo insurgente
Divino con su contento....
Cuando cesa la refriega,
Vése á Izazaga en el suelo
Sangrando por treinta heridas
Que despedazan su cuerpo.
Trujano le toma en brazos,
Y planta en su frente un beso....
"Manuel, tú eres de mis hijos
"El sin igual y el primero."
Y calló.... porque le impuso

Su propio llanto el silencio.
Izazaga, agonizante,
Repetia: "no aflojemos . . . ."
A poco unos estandartes
En el monte aparecieron,
Y eran, anunciando triunfos,
Las tropas del gran Morelos.

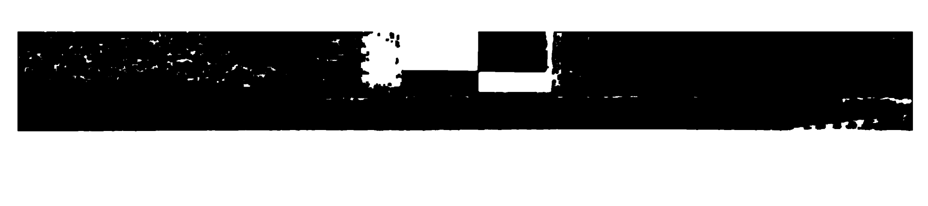
ROMANCE DE TRUJANO.

En el rancho de la Vírgen,
De Tepeaca á media legua,
Aislado y como perdido
En las llanuras inmensas,
Está Valerio Trujano
Esforzando su defensa.
Le acometió Samaniego
Con cuatriplicada fuerza;
Pero él, que para la lucha
Sus enemigos no cuenta,
Resiste, mata, y destroza,
Redoblando su entereza.
Veinte horas, y más de veinte
Dura la lucha sangrienta,
Hasta que al fin Samaniego,
Con el alma de ira ciega,

Por todas partes el rancho
Con combustibles incendia.
La lid sigue entre las llamas,
Y de humo entre nubes densas
Se oyen hondos alaridos
De los que heridos se queman.
Se hunden tronando los techos
Y se desgajan las piedras,
Los cuerpos de moribundos
Con lienzos de pared ruedan.
Trujano, entre los horrores
De la catástrofe, impera,
Sereno, terrible, augusto,
Del valor con la grandeza.
Al fin las llamas se extienden,
Al fin el fuego se arrecia,
Y la asfixia diezma gente
Que muere, y no en la pelea....
"Salgamos," dice Trujano,
Al derrumbarse una puerta;
Y entre llamas y entre escombros,
Arrollando cuanto encuentran,
Como torrente de lava
Cuando ígneo volcan revienta,
Se precipita Trujano
Venciendo la resistencia;
Y cuando más empeñados
Sus enemigos le cercan,

Vió que se quedaba su hijo
De las llamas siendo presa.
Se vuelve, entónces le hieren,
Sigue peleando pié á tierra,
Y á herirle tornan de nuevo,
Y por reluchar se esfuerza.
Su sangre corre á torrentes,
Vacila un punto y flaquea,
Y viéndole derribado
La furiosa soldadesca,
Su cadáver despedaza
Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
De heroismo dando pruebas,
Y así orgullosa la Patria
Su memoria recomienda,
Para que de otras edades
Modelo y ejemplo sea.



ROMANCE DE D. LEONARDO BRAVO.

Gracia clamando Venegas,
Y sus esbirros perdon,
Para adormecer del pueblo
El desatado furor,
Sacrifican insurgentes
Con redoblada pasion,
Lo mismo que suele astuto
El mañero cazador
Cubrir de yerba las redes
Que á las aves preparó;
Pero rompiendo disfraces,
Se anuncia la ejecucion
Para don Leonardo Bravo
Y sus compañeros dos,
Que á su entrada el cruel Calleja
Cual trofeos exhibió.

Bataller tuvo en la causa
Inícua delectacion,
Y un nuestro paisano infame
A Bataller excedió.
La ciudad está de duelo,
No suena alta ni una voz,
La tropa se está reuniendo
En severa formacion,
Desde Palacio al Ejido,
Donde el tablado se alzó,
Para hacer con vil garrote
Más dura la ejecucion.
De trecho en trecho se mira,
Agrupada con pavor,
La gente en las bocacalles;
Se hace y deshace reunion,
Al mirar á las patrullas
Llegar con aire feroz....
De pronto, que se suspende
Se anuncia, la ejecucion;
Que el Virey á don Leonardo
El indulto prometió,
Como someta á sus hijos
Al yugo del español....
Bravo ni un punto vacila;
La propuesta rechazó,
Y prosigue su camino
Con serena decision:

Piedras y Pérez le siguen
Sin jactancia y sin pavor,
Alzando al cielo sus preces,
Como cristianos que son.
Así llegan al Ejido,
Se escucha sordo rumor....
Don Leonardo, la escalera
Del cadalso dominó,
Y levantando la frente,
Con sosegado valor,
Clavó la vista en el cielo,
Y á su verdugo sonrió....
Se sienta, cruje el cadalso,
Reprime el pueblo un clamor,
Que se duda si es de espanto
O de despecho feroz....
Y la tropa silenciosa
Por su camino volvió,
Oyéndose de sus pasos
En las calles el rumor.



ROMANCE DE D. NICOLÁS BRAVO.

Sobre la playa de la mar de Oriente
Se ostenta Medellin; extenso rio
Retrata manso su apacible frente
De la arboleda entre el ramaje umbrío:
Un tiempo vive, y al placer ardiente
La juventud entrega su albedrío;
Pero pasa el placer, y queda muerto
El pueblo en medio el arenal desierto.

Bravo, á quien el Palmar vió victorioso,
Con la frente ceñida de laureles,
Del pueblo amante y de su honor celoso,
Custodia al puerto con sus tropas fieles.
Tal Morelos lo ordena cauteloso
Para escarmiento de realistas crueles,
Y Bravo espera, en aparente calma,
De nuevas glorias obtener la palma.

Mas ¿por qué silencioso, por qué inerte
El adalid se mira y confundido?
¿Es éste el Bravo espanto de la muerte?
¿Es este Bravo el guerreador temido,
Que hizo su esclava á la voluble suerte
Y á quien siempre el peligro encontró erguido?
Luto es su frente, su mirada llanto,
Es su pecho un abismo de quebranto.

Alumbra amarillenta una bujía
En su mesa la letra de Morelos,
En que el caudillo ilustre le decia:
"Tu padre don Leonardo está en los cielos;
"Fué digno de la patria en su agonía."
Y acaba prodigándole consuelos,
¡Cual si al poder humano dado fuera
Consienta un hijo en que su padre muera!

Vidrioso el ojo, trémulo el acento,
La voz desbaratándose en gemidos,
Solo con su orfandad y su tormento,
Devoraba sollozos comprimidos;
A veces se fijaba .... y en el viento
Se figuró escuchar ecos queridos;
Y era el viento, y no más, y era el vacío,
Y era correr indiferente el rio ....

Accesos de furor, lloros de niño,
El alma codiciando el imposible,
Recuerdos adorados de cariño,
Créencia en lo misterioso y lo invisible,
Ensueños de la albura del armiño,
Juntos á lo sangriento y lo terrible,
Todo fué presa del dolor ardiente.
¡Ay! ¿qué será de tí, pobre demente!

Fija un momento la mirada incierta
En un papel que apénas asomaba
Por un rasgon formado en la cubierta;
Le abre, le mira, y al leer temblaba
Lo que su mente á descifrar no acierta.
Inflexible Morelos le ordenaba
Ejecute á trescientos prisioneros
Que cual rehenes guardan sus guerreros.

Feroz, tremenda al bárbaro coraje,
Se presenta sonriendo la matanza,
Para lavar el furibundo ultraje;
Y pues consuelo el corazon no alcanza,
El opio venga del placer salvaje
Que le brinda al despecho la venganza.
"¡Sangre por sangre! grita, esta es la suerte;
"¡Españoles, temblad! ¡venganza y muerte!"

"Al alumbrar la aurora venidera—
Dice—"que todos sin piedad espiren."
Conduce el mensajero la órden fiera,
Manda que de su estancia se retiren
Los de su guardia, y á la luz espera,
Y ha prohibido severo que le miren,
Porque el dolor terrible le sofoca,
Y tiene miedo de su mente loca.

"No, no perecerán: ¿daré la vida
"Al padre á quien adoro, con que sea
"Del mundo mi memoria maldecida?
"Pero ¿yo permitir que el mundo vea
"Sin castigo la saña aborrecida
"Del que en este martirio se recrea?
"¡Anatema al tirano! El mismo infierno
"Tuviera compasion de mi amor tierno."

"Mirando estoy, "¡oh padre! tu cabeza
"Que acaricié mil veces con mis manos:
"Con reverencia amante y con terneza
"Viendo estoy á tu lado á mis hermanos,
"Del quebranto sintiendo la fiereza.
"¡Ah! no, no puede ser; venid, tiranos,
"Y en la horrible hecatombe que presento
"Comenzad á mirar vuestro escarmiento."

Así luchando, en íntima fatiga,
La noche fué pasando hora tras hora,
Y el profundo dolor nada mitiga.
Por fin, despliega tímida la aurora
Entre blancos celajes luz amiga,
Y la alta cima de los montes dora.
"Todo está listo ya," dice un soldado,
Y Bravo sale de su estancia armado.

En fila extensa, junto al ancho rio,
Esperan los dolientes extranjeros
Llegar la mano del destino impío.
Rasgan el aire acentos lastimeros;
Bravo no es dueño ya de su albedrío,
Habla su corazon, y . . . . "¡Prisioneros!
—Clama en resuelto y conmovido tono—
"En nombre de mi Padre, yo os perdono."

La augusta Libertad sublime brilla
Derramando doquier sus ricos dones;
El llanto que bañaba la mejilla
De los de Bravo fuertes campeones,
Es derrota del trono de Castilla,
Y rebosando amor los corazones
De los testigos de tan alta gloria,
A Bravo inmortalizan en la Historia.



SEGUNDO ROMANCE DE BRAVO.

Aquel Bravo generoso,
Aquel garrido doncel,
Espejo de caballeros,
De adalides honra y prez,
Con su valerosa tropa
Manda en Coscomatepec,
Contemplando de Orizaba
El magnífico verjel,
Siendo terror de convoyes,
Pesadilla del Virey,
Y de Águila y de los suyos
El espanto y el Luzbel.
Es su fuerte áspero cerro
Circundado por doquier
De inaccesibles barrancas,
Y fortificado bien.
Castro Ferreño, que quiere
Ceda todo á su altivez,
Manda al Coronel Andrade

Con órden de acometer
A Bravo, creyendo torpe
Mirarlo bajo sus piés.
Fué tremenda la embestida,
Tremenda la lucha fué,
Formando arroyos la sangre
De la altura al descender.
Tomó el realista á Orizaba
Con odiosa avilantez,
Para tornar, y más cauto,
Sitio formal emprender.
Renuévanse los combates,
Más reñidos cada vez,
Y Bravo en cada embestida
Quita á la suerte un laurel.
Por cuádruple fuerza urgido,
Y ántes que el hambre y la sed
Se mostraran imponentes,
El sitio quiso romper;
Pero su plan temerario
Nadie lo supo más que él.
Érase el cuatro de Octubre,
Y el año de trece fué:
En la noche las lumbradas
Mandó encender por doquier,
Cual tenia de costumbre;
Pero ordenóse tambien
Atar á cada campana

Su competente cordel,
Y un can lazado al extremo,
El que al quererse mover,
Repicaba la campana
Como alegre cascabel.
Así abandonó tranquilo
Bravo á Coscomatepec,
Con despecho y con escarnio
De las tropas del Virey.
Águila en la fortaleza
Fué terror, pantera fué:
Al Fuerte ciñó el incendio,
Y de su rabia en la sed
A los Santos fusilaba
A imitacion del francés,
Que en España dió lecciones
De semejante jaez.
La Vírgen de Guadalupe,
Porque liberal se crée,
Objeto fué de atropellos
De soldadesca soez,
Que con eso echó en las almas
De los rencores la hiel.
Así Alaman lo refiere,
Y así por siempre han de ser
Los serviles sin creencias,
Sin patriotismo y sin ley.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL P. ANTONIO TORRES.

I

Dejando doquier recuerdos
De imperecederas glorias,
A Valladolid querido
Torres dirige sus tropas.
Embiste á Negrete osado,
Y tras de una lucha heróica,
Desbarata sus legiones
Como huracan la derrota.
Arango entónces se alienta,
Negrete tenaz le acosa,
Como escandalosos canes,
Que mirando en la congoja
De escapar, al ciervo herido,
A acometerle se arrojan.
Aturdidos sus soldados,
En unas trojes, que cortan

De Palo Alto los caminos,
Se refugian y amontonan.
Los realistas, furibundos,
Acuchillan y destrozan
A los hombres ya rendidos,
Y luego, con furia loca,
A las trojes prenden fuego,
Y los bárbaros se gozan
En presenciar los tormentos
Que entre algazaras provocan
Horror, y humo, y sangre, y muerte,
Entre llamas destructoras.
El guerrillero Merino
Que dirige la maniobra,
Manda que á Torres respeten
Para mandarlo, con pompa,
A Cruz, á Guadalajara,
Como homenaje de gloria.

II

Cruz, que á la hiena da celos
Por sus feroces instintos,
Al saber que llega Torres
Se inunda de regocijo,
Y manda que se le ponga,
Para ser de todos visto,
Una argolla bajo el cuello,

Que Torres rechazó digno,
Ofreciendo ni un momento
Dejar de marchar erguido.
(Y cual lo ofreció el valiente
Supo resuelto cumplirlo.)
Dispúsose en el instante
Una parodia de juicio,
Para gala, y como lujo
De sus viles enemigos.
El canónigo Velasco
Presidió el embrollo inícuo;
Y despues de mil ultrajes
Y atropellos infinitos,
Le notifican sentencia
Para el último suplicio.
Los verdugos, descontentos
De no apurar hasta lo íntimo
La hiel de sus corazones,
Terminan así el escrito:
" Que despues de ajusticiado
"Caiga de cuchilla al filo
" La maldecida cabeza
" Del insolente bandido.
" Y en un asta se levante
" De la plaza en el recinto.
" Item, que se descuartice
" Su cuerpo, y ya dividido,
" Un cuarto vaya á Zacoalco,

"Donde triunfante le vimos.
"Póngase otro en la garita
"Llamada Mexicaltzingo;
"El otro cuarto en el Cármen.
"Que es barrio inquieto y altivo.
"Y el que queda, que en San Pedro
"Se cuelgue, para ludibrio.
"La casa de Piedra Gorda,
"Donde tal monstruo ha nacido.
"Ordenamos que se arrase
"Y de sal se siembre el sitio."

Tal se cumplió la sentencia;
Torres la escuchó tranquilo,
Sin pronunciar una queja.
Sin exhalar un suspiro.

ROMANCE DE LOS INSURGENTES EN TEXAS.

Luengos caminos cruzando.
Salvando inmensos desiertos.
Desde la orilla del Bravo
Hasta Béjar insurrecto,
Va el General Arredondo,
Obedeciendo severo
Las órdenes de Calleja
Que es su jefe y su modelo.
Lleva á su lado á Elizondo
Con sus aguerridos cuerpos.
Y predice la victoria
Con arrogante desprecio.
Y el buen Gutiérrez de Lara.
Que de Béjar era dueño,
Rechazando los auxilios
Que le brindara el Gobierno
De los Norte-americanos,

Con miras que conocemos,
Admitió como soldados
Extraños aventureros,
Y con ellos y los suyos
Va de Arredondo al encuentro.
El "*Atascoso*" se llama
El lugar del choque horrendo:
Quedaron lagos de sangre
Y hechos montones los muertos.
En el rio de Medina
Se enciende la lid de nuevo;
Tan recia fué la matanza
Y el luchar tan estupendo,
Que las aguas del Medina
Cual de sangre se volvieron.
Arredondo, envanecido
Con un triunfo tan completo,
Mandó fusilar heridos,
Degollar aventureros,
Y pidió para los suyos
Con vivo entusiasmo el premio.
Así en nuestra historia pátria
Los nombres aparecieron
De Santa-Anna, de Morales,
De Castrejon y de Lémus,
Mandando la accion reñida
Un Álvarez de Toledo.

ROMANCE DEL CURA CORREA.

En una lóbrega estancia
Medio prision, medio celda,
Con el papel puesto al frente,
La pluma tras de la oreja,
Y en las palmas de las manos
Apoyada la cabeza,
En meditacion profunda
Se encuentra el Cura Correa,
Por su espada valerosa
Muy conocido en la guerra.
Medita en un manifiesto
En que estampe su conciencia,
Y en que se le mire débil,
Mas sin traicion ni vilezas.
Lo que tiene escrito al frente
Así dice, letra á letra:

“Jóven ardiente, su vuelo
“Emprendió mi fantasía,
“Buscando el eterno dia
“En la conquista del cielo.
“Y fué tanto mi desvelo
“Y tan hondo mi fervor,
“Que con prematuro honor
“Llegué feliz á lograr
“Mirarme junto al altar
“Sacerdote del Señor.

“Cura de almas, atendia
“Las penas del desvalido,
“Y con el indio abatido
“Los dolores compartia.
“Como Vicario, tenia
“Un hombre á quien muchas gentes
“Le miraban reverentes
“Como ejemplo del cristiano,
“Y era feroz, inhumano,
“Y odiaba á los insurgentes.

“Un dia, terrible dia,
“Tratando de malhechores
“A infelices leñadores,
“Su muerte á gritos pedia.
“Horrenda carnicería
“Se hizo ante mí; yo demente.

"En su pro me lancé ardiente
"En medio de la matanza,
"Jurando eterna venganza
"De aquella sangre inocente.

"Al bravo Arriaga acudí,
"Con auxilios me encontré,
"Y cuando jefe me hallé,
"A mi curato volví.
"Andrade se hallaba allí
"Siguiendo mi pista; luego
"Que me vió, mandó hacer fuego;
"Yo, que el choque deseaba,
"El primero le buscaba,
"De ira y despecho ciego.

"Dos veces dudó la suerte
"A quién otorgar victoria:
"Mas yo, con mi sed de gloria,
"Hice mi esclava á la muerte.
"Y Andrade, el jefe más fuerte
"De la comarca, el temido,
"El tirano aborrecido,
"Al fin corrió de pavura
"Huyendo del triste Cura
"De todos desconocido.

" ¿Quién es el estrafalario
" Que á los realistas inmola?
" ¿Qué hizo el padre de la estola?
" ¿Por qué dejó el incensario?
" El combate temerario
" Lo exageró la opinion,
" Y yo, con noble ambicion,
" A Colimena seguí,
" Y le alcancé y le vencí
" En la Villa del Carbon.

" Torre, Cuadra y Michelena
" Acreditaron mi brío,
" Voló mi fama al Bajío
" De inmenso prestigio llena.
" Entonce el deber me ordena
" A Zitácuaro acudir;
" Fuí como bueno á servir
" Entre bravos campeones,
" Y risueñas ilusiones
" Poblaron mi porvenir.

" En Nopala la traicion
" De un asistente villano,
" Me puso bajo la mano
" De Ondarza y su division.

" Penetra en mi habitacion
" Arrollando estorbos mil;
" Yo, bravo, empuñé un fusil,
" Rompo la línea atrevido,
" Y desnudo y malherido,
" Triunfo del bando servil.

" En bélicas aventuras
" Mi existencia se desata,
" Siendo la flor y la nata
" De sacristanes y Curas.
" Y no quedaban oscuras
" Mis hazañas, que brillante
" Por su genio intolerante.
" Las tornaban inmortales
" Muchos partes oficiales
" De Castillo y Bustamante.

" En Tenango, la derrota
" Nos puso en grande afliccion;
" Yo me salvé con Rayon
" El eminente patriota.
" Lobato me dió la nota
" En Ixmiquilpan triunfal
" De esforzado general;
" Y cuando en un grande aprieto
" Solo asalté un parapeto,
" Me hizo Rayon Mariscal.

" Despues de tanta fatiga,
" Terrible la enfermedad
" Me acomete con crueldad
" Y á guardar cama me obliga.
" Allí la suerte enemiga
" Llevó á un Cura desdichado,
" Y tras que me hubo amarrado
" Con tropa ya preparada,
" Dijo:—No le hagamos nada,
" Que el Cura ya está indultado.

" Yo entretanto me moria,
" Presa de intensos dolores,
" Pidiendo á mis opresores
" Abreviasen mi agonía.
" A mi mente aparecia
" Mi causa con claridad,
" Y cuando con ansiedad
" Corrí de lo cierto en pos,
" Me persuadí de que en Dios
" Irradia la libertad.

" Al frente del santo altar,
" Bajo mi humilde sotana,
" Se sublevaba mi gana
" De volver á batallar.

" Al humillarme, al rezar,
" Al besar los santos suelos,
" Mi mente alzaba sus vuelos,
" Ansiando mi corazon
" Servir á mi religion,
" Pero al lado de Morelos.

" Para no alargar la historia,
" Un dia me sublevé,
" Y me hice libre, y volé
" A los campos de la gloria.
" De Guadalupe Victoria
" Fuí el apoyo y el padrino;
" Tuve de triunfos camino
" Hasta tocar Tehuacan,
" Adonde don Juan Terán
" Gozoso á mis brazos vino.

" Tras de reluchar sangriento.
" En un trance lastimero
" Fuí de Bracho prisionero,
" Que era ordinario y violento.
" Sus órdenes al momento
" Fueron llevarme al suplicio;
" Y cuando tal maleficio
" Esperaba con razon,
" Se me trajo á esta prision
" Para sujetarme á juicio."

Y proseguir no sabia
El valeroso Correa,
Llena su mente de dudas
Y su corazon de penas;
Y así dejó el manifiesto,
Al que le puso la fecha,
Y tomó despues la Historia
De la mano de la imprenta.

ROMANCE DE LOS CHAQUETAS.

Va volando el exterminio,
Espantando cielo y tierra;
Pueblos contra pueblos chocan:
Doquier destruye ó incendia.
Do coronaban las mieses
Las alegres sementeras,
Se ve silencio y espanto
Si no se ven osamentas:
De las alegres ciudades
Ruinas y despojos quedan,
Truenos agitan los mares,
Hondos gemidos las sierras;
Las gentes están de luto,
Las plazas están desiertas;
Llegan de la España acentos
Que irritan á los *chaquetas*,

Y á los bravos insurgentes
Llenan de vigor y alientan.
Las tropas que á nuestras playas
Con paso medroso llegan,
Por instantes desparecen,
Y sostienen la refriega
Alucinados valientes
Que el bando español emplea,
Y que sus limpios aceros
Esgrimen, para su mengua,
Contra sus propios hermanos
Y su santa independencia.
Eran Barragan, Pedraza,
Bustamante y Rincon: eran
Cortazar, Andrade, Armijo,
É Iturbide á la cabeza,
Los que el poder de la España
Impiden desaparezca.
¿Qué fuera el Virey sin ellos?
¿Qué de sus serviles fuera
Sin sus funestas hazañas,
Sin sus fatales proezas? . . . .
Dominando esos horrores,
Pura, tranquila, tremenda,
Sobre Cuautla, y con Morelos,
Se mira surgir la idea
Franca, de romper el yugo
Que México no tolera;

Y á esa luz indeficiente
Vése erguida la cabeza
Del impávido Morelos
Burlándose de Calleja.
Para el Oriente dirige
Sus entusiasmadas fuerzas,
Donde derrotado vence,
Porque luchando se enseña
A vencer á los tiranos,
Por más que la suerte inquieta
Adule al pueblo unas veces,
Y otras se le muestre adversa.

ROMANCE DE LEONA VICARIO.

LEYENDA DE AMORES.

Suele en pavorosa noche
Soplar repentino el viento,
Y rompiendo de las nubes,
Retronando, el negro velo,
Dejar absorta la vista
Reverberantes luceros,
En una esfera infinita
De claridad y sosiego.
Suele torrente impetuoso,
Al emprender rumbo sesgo,
Derramar olas hirvientes
En escabroso descenso
Que recorren, y dormidas
Retratan el limpio cielo.
Suele en el espeso bosque
De precipicios cubierto,

Al acaso abrirse un claro
De do percibe el viajero
Claras fuentes, dulce sombra,
Cabañas y refrigerio.
Así en medio á los horrores
Que narro, aparece un cuento
Que comunica á la historia
Los hechizos del ensueño.

Era la jóven Vicario,
Y era su nombre opulento.
Prodigio de entendimiento
Y de virtud relicario.

Ardiente se enamoró
De un hombre que en nuestra historia
Es honor, y luz, y gloria:
Su nombre, Quintana Róo.

Quintana era cual conciencia
Del ejército insurgente,
Y era su pluma elocuente
Alma de la independencia.

La jóven, que al héroe amaba,
Entusiasta confundia
El amor que la encendia
Con la causa que abrazaba.

Y así, henchida de pasion,
Arrebatada, vehemente,
Se hizo brazo y confidente
De don Ignacio Rayon.

Es delatada, se oculta,
La aprehenden, y en el momento,
De Belem en el convento
Sin piedad se la sepulta.

Feliz de sufrir, contenta,
Al Virey dijo verdades,
Y censuró sus crueldades
Con amargura sangrienta.

Iracundo está el poder,
Y redobla su violencia
Verse puesto en evidencia
Por una débil mujer.

Era la noche; tres bultos
Salen de la sombra incierta,
Y del convento la puerta
Fuerzan, penetrando ocultos.

En un alazan ardiente,
Por la noche protegida,
Es la jóven conducida
A poder de su insurgente.

Donde delante de Dios
Y frente al divino altar,
Se juraron siempre amar,
Sirviendo al pueblo los dos.

Y la historia en la ciudad
Fué mirada, con razon,
De los tiranos baldon,
Y honra de la libertad.

ROMANCE DE ACAPULCO.

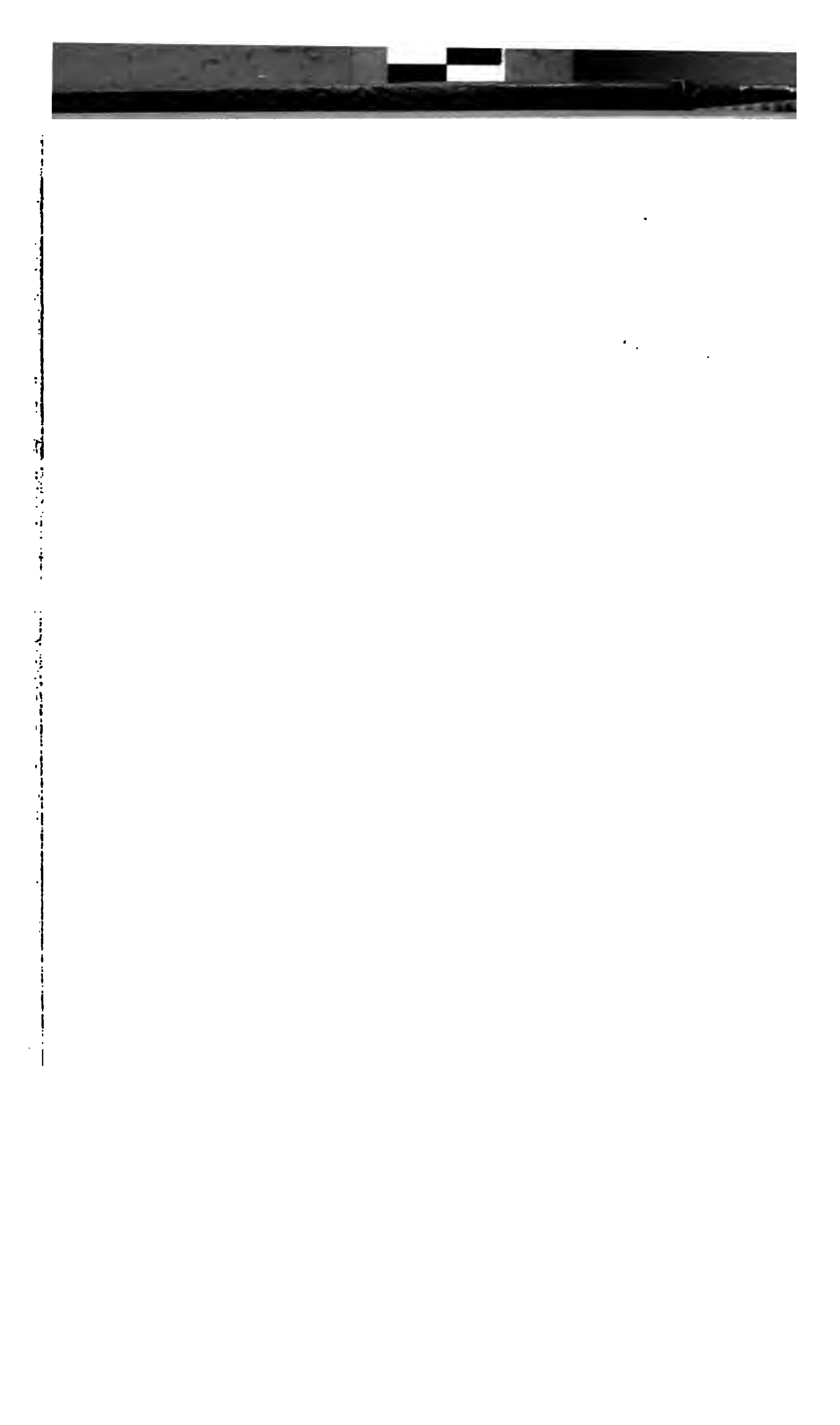
(AGOSTO DE 1813.)

Dedicado especialmente á mi hermano Angel María Vélez.

Altos montes, altos montes
De la soberbia Acapulco,
Regad de flores los mares,
Arcos levantad de triunfo,
Que estais mirando á Morelos
Que es vuestra gloria y orgullo.
En la isla de la Roqueta
Galeana la planta puso,
Y el castillo desde léjos
Está diciendo que es suyo.
Lo guarda don Pedro Vélez
Sereno y meditabundo,
Diciendo de cuando en cuando:
" *Perezco, y no capitulo.*"

Estragos siembra la peste,
Es el castillo un sepulcro,
Y parece que batallan,
Espantando, los difuntos.
El Vélez era valiente,
Y sin tacha entre los justos;
Pero su deber le manda
Quemar su último cartucho,
Y hombres que así se educaron
No saben cejar un punto.
El gran Morelos, en tanto,
Al concluir el hondo surco
De un mina cuyo estrago
Era de éxito seguro,
Proponer la paz á Vélez
Con humanidad dispuso.
Sus órdenes dió á Galeana,
Que prolijo cumplir supo;
Y á don Felipe González,
Que era muy bravo y muy ducho,
Le manda que se apodere
De un pico, codo ó reducto,
Protuberancia de un monte
Que da sobre mar profundo,
Al que sólo escalar pueden
El pensamiento ó el humo,
Y que le quita al castillo
Accion, auxilio y recursos.

El Canónigo Velasco,
Hombre de seso y de pulso,
El mensaje llevó á Vélez.
Éste se mostró ceñudo,
Pero en medio de sus dudas,
Y cuando en el cielo puso
Sus ojos, miró á González
Del *Pico* dueño absoluto;
Mas permaneció resuelto
Hasta que no se le expuso
Que tendrian los honores
De la guerra él y los suyos,
Del Rey marchando al servicio
Con el honor limpio y puro.
Entónces, y al ver entrando
A las llamas en tumulto,
Cogió el papel de Velasco,
Firmó turbado y confuso,
Y una lágrima furtiva
Se enjugó con disimulo.
Honra á Pedro Vélez hace
Morelos, sincero y justo;
Pero el Gobierno de España
Y Calleja, furibundos,
Sólo le hicieron justicia
Cuando descendió al sepulcro.



ROMANCE DE MORELOS.

Agil, audaz, expedito,
Como toro, que en la lucha
Desbarata á sus contrarios
Bravo y arrojando espuma,
Alza soberbio la frente,
El suelo escarba con furia,
Y revolviéndose inquieto
A sus enemigos busca;
Así se mira á Morelos
De Tehuacan en la altura;
Y Venegas le contempla,
Y al contemplarle se asusta;
Como entendido marino,
Contempla la nube oscura
Que predice tempestades
Y que desastres anuncia.

A Orizaba se dirige
Morelos: tras recia lucha
Que inunda de sangre el suelo,
Y á los realistas abruma,
Torna, de botin cargado;
Le siguen alegres chusmas,
Y el Virey y sus secuaces
Se abaten y se conturban.

ROMANCE DE MORELOS.

TEHUACAN.—LABAQUI.

Tehuacan está de gorja;
En él alumbró Morelos
Derramando el entusiasmo
En los campos y los pueblos,
En la poblacion alegre,
En los empinados cerros,
En las fértiles cañadas
Y en los sembrados extensos.
Con la luz girar parecen
El bienestar y el contento,
Al tráfico dando vida,
De alas dotando al comercio.
Entretanto, las ventajas
Del estratégico puesto,
Aprovecha el gran caudillo
Con su poderoso genio.

En el Palmar, Matamoros
Hace valiosos aprestos;
En las Mixtecas, Trujano
Siembra patrióticos hechos,
Y en todas partes la Patria
Mira horizontes risueños.
Veracruz, que acaso ignora
De Morelos los progresos,
Empeña á don Juan Labaqui
A que conduzca de efectos
Un convoy tocando en Puebla,
Para auxilio del Gobierno.
"Venga aquí Nicolás Bravo,
"Que venga—ordena Morelos,—
"Y que traiga bien armados
"A sus invencibles negros...."
Pablo Galeana está listo,
Antonio Sesma está presto,
Y del Palmar todos juntos
Van siguiendo el derrotero....
Labaqui á los insurgentes
Sale rabioso al encuentro,
Tres casas convierte en fuertes,
Y tres toma el bando opuesto.
Entre truenos y blasfemias
Se empeña terrible el fuego:
Ya vacilan los patriotas,
Ya los patriotras cedieron,

Y arroyos corren de sangre
Entre montones de muertos.
La noche miró esta lucha
Sin marcar su horrible término,
Perdiéndose en las tinieblas
Vidas, gemidos y truenos.
Aun en la aurora, indeciso
Era el combate sangriento.
"Avancen," grita Labaqui
De las casas descendiendo;
"Avancen," Bravo repite
A los toques de degüello.
Se lanza el capitan Palma,
Que era un formidable negro,
Y con su feroz machete
Rompe á Labaqui los sesos.
Hay de confusion horrible,
De humo y de fuego un momento,
Hasta que flotó en los aires
De repente un blanco lienzo
Que avisa que los realistas
A discrecion se rindieron.
A Tehuacan los patriotas
Vuelven con los prisioneros,
Con los *tapextles* de heridos,
Y con cuantiosos pertrechos.
Entre repiques y salvas
Sale á encontrarlos el pueblo:

Bravo y Sesma, con Galeana
Adelántanse contentos,
Y la espada de Labaqui
Presentaron á Morelos.

ROMANCE DEL CLERO Y BATALLER.

Poniendo en vergüenza al cielo,
Frailes, diáconos, subdiáconos,
Sacristanes, campaneros,
Y espúrios del sotabanco,
Unos gritan: "¡Viva España!"
Y otros gritan: "¡Viva Hidalgo!"
Haciendo á Dios ya insurgente,
Y ya del contrario bando.
Los sacerdotes pedestres
Libertad han proclamado,
Unos por ser de los pobres
Los confidentes y amparo.
Otros por más avenidos
Que con la cruz, con el diablo.
Los Canónigos augustos,
Los eminentes prelados,

Los Obispos, son realistas,
A muy pocos exceptuando.
En esto, con las conciencias
Del vulgo daban al trasto,
Y llueven excomuniones,
Y están de trajin los diablos,
Y lo que es virtud en unos
En otros se llama escándalo;
Y tú, religion sagrada,
Alejábaste llorando
De la sangre, de la muerte
Y de las luchas de hermanos.
Describe leyenda horrible
La muerte del Padre Salto,
Saliendo como un espectro
Desde el corazon de un antro,
Cuya pintura en las almas
Produce miedo y espanto....
En veinticinco de Junio
El Virey publica un bando
Para juzgar á los Padres
Como si fueran soldados,
Sus fueros y preeminencias
Con resolucion hollando.
"Sacrilegio," dicen muchos,
Que eran ardientes cristianos,
Pero lo dicen tan quedo
Y tal miedo demostraban,

Que aparentando ser rezos
Los que hilvanaban sus labios,
Tomaban sus maldiciones
Entonacion de rosario.
De Seguridad la Junta
Apoyaba lo mandado,
Y Bataller á su frente
Con su corazon insano.
Una mañana en que estaba
El fiero Oidor apartado
En el escondido estudio
Los negocios despachando,
Un hombre entró de repente;
Con puñal desenvainado
A Bataller acomete;
Álguien le detiene el brazo,
Y como la llama, cunden
La noticia y el espanto.
Quiso intentarse el proceso,
Corren rumores extraños,
Ninguno conoce al reo,
Silencio guarda Palacio,
Y las sombras del misterio
El drama horrendo cercaron.
Los amigos de la Iglesia
Dizque el suceso ignorando,
Se persignaban humildes
Dando gracias á los santos....

El bando quedó vigente,
Pero tan sólo aplicado
A los Padres insurgentes,
De la Mitra con aplauso.

ROMANCE DEL PENSADOR MEXICANO.

(1812.)

Iluminando las almas
Con divina claridad,
El sol de la prensa libre
Vióse en los cielos brillar.
Y como tras crudo hielo
El sol su influencia vital
Derrama, y se abren las flores,
Y se ve al ave volar,
Y desata sus corrientes
En los campos el cristal
Que aprisionaba la nieve
En esclavitud tenaz;
Así el alma inteligente
Se alza robusta y jovial,
Y á la alimaña escondida,
Engendro de la maldad,

Espanta y la hace impotente
Para el daño y para el mal.
¿Qué fuera del pobre ciego
Si en su negra oscuridad
Le sorprendieran los rayos
De la aurora celestial?
¿Qué del tullido infelice,
Si su cuerpo al arrastrar,
Expedito lo sintiese,
Pronto y con agilidad,
Al contemplar la distancia
Sintiéndola dominar?
¿Y qué de esos miserables
Si fuera sueño fugaz
Lo que la mente embriagada
Creyó fácil realizar?
Así vió el año de doce
México su libertad,
Y así encontró las tinieblas
Cuando logró despertar;
Como el ave, que sus redes
Piensa que no existen ya,
Porque descuidó anudarlas
El carcelero infernal,
Y que al emprender el vuelo
Con ciega temeridad,
Cayendo herida en la tierra
Ve que irrompibles serán.

De ese sueño, de ese rayo
De luz, que pasó un cristal,
Quedaba una sola huella,
Una sola, y nada más.
El Pensador Mexicano
En honda prision está,
Viejo, pobre, desvalido,
Devorando un negro pan
Por derramar en los pueblos
Sus acentos de verdad.
Entrecano es su cabello,
Amarillenta la faz,
Sus ojos tristes, dolientes,
Por la aguda enfermedad;
Flaco, entelerido, triste,
Encorvado de pesar;
Pero cuando á ese esqueleto
Se hablaba de libertad,
Resplandecia su frente,
Tomaba tono jovial,
Y su mente enaltecida
Nadando en la claridad,
Bendecia sus prisiones,
Preparándose á luchar.
¿Por qué no tiene Lizardi
En mi patria un pedestal,
Él, el apóstol del pueblo,
Él, el patriota sin par,

Él, que al que en honda miseria
Y con incansable afan,
Al tugurio y la mazmorra
Llevaba la claridad,
Mil gérmenes derramando
De virtud y de moral?

Sombra querida, reposa,
Lizardi, reposa en paz....
Que otra edad ménos ingrata
De lauros te colmará.

ROMANCE DE MORELOS.

OAXACA.—1812.

Resplandecientes de gloria
Y de esperanzas henchidos
Van los Cuerpos de Morelos
De Oaxaca en el camino,
Salvando, llenos de gozo,
Barrancas y precipicios,
Y montañas escarpadas,
Y anchos y revueltos rios.
Todo de vigor llenaba
De Morelos el prestigio;
Los cañones arrastraban
En sus corrientes los indios,
Como á las débiles ramas
Fiero torrente en sus ímpetus.
Donde quiera la victoria
Les brindaba sus hechizos,

Y miraban á Oaxaca
Cual galan favorecido
Ve á lo léjos á la dama
Árbitra de su destino,
Que le contempla risueña
Con los brazos extendidos,
Brindándole con tesoros
De apasionado cariño.
Sarabia espera á Morelos
Tras sus muros, decidido,
Y sueña con su escarmiento
Y goza con su castigo;
Pero el Obispo Bergosa,
Aquel feroz basilisco
Que trocó el báculo humilde
Por la espada del caudillo:
El gallo de las bravatas,
Que supo formar activo
Un ejército de frailes,
De beatos y monaguillos,
Cuando de próximo choque
Apénas tuvo el aviso,
Persignándose humillado
Se escondió en Santo Domingo,
Y de allí, como un fantasma,
Hasta Veracruz dió el brinco,
Vertiendo á torrentes llanto,
Lleno de temor divino,

Pero de oro mexicano
Bien repletos los bolsillos.
Veinticinco de Noviembre
El sol marcaba en su disco:
“ *A acuartelarse en Oaxaca,*”
Morelos dejaba escrito.
Cuando anuncia la batalla
Del ronco bronce los tiros,
Sesma se apresta soberbio,
Matamoros está listo,
Y Galeana, como siempre,
Reposado, pero altivo,
Dejó mirar en su acero
Del sol el fúlgido brillo.

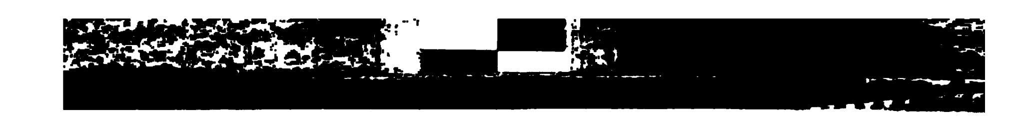


ROMANCE DE OAXACA.

Como en medio del torrente
Alto peñon se destaca
Pretendiendo formar dique
Al empuje de las aguas,
Y éstas, ciñendo el estorbo
Que su carrera embaraza,
Le acometen, y le empujan,
Y le embisten y socavan,
Hasta que al fin le derriban
Y sobre él furiosas saltan,
Viéndose á trechos la peña
Entre las espumas blancas;
Tal fué, conforme á la Historia,
El asalto de Oaxaca:
Al fortin invade Sesma
Y rebosa por su zanja.

Corriendo despavorido
Por el estrago, Bonavia.
Dueño de Santo Domingo,
Manda repicar Galeana,
Todo cubierto de polvo
Y la espada ensangrentada.
Matamoros, en el Cármen
Prodiga heróicas hazañas;
Pero un fraile le resiste,
Un fray Félix se le encara,
Ojo negro, gran copete
Crespo, de ronca palabra.
Que seguido de otros frailes
Lanza torrentes de balas;
Si bien al fin sucumbieron
Cuando se fugó Sarabia.
Terán, honor de la ciencia
Y de los jóvenes gala,
Apuesto, gentil, valiente,
Decidia la batalla
Al frente de los cañones
Que vomitaban metrallas.
Y un Fernández. reluchando
Frente á un muro que guardaba
Ancho foso, en un arranque
Fiero, arrojando la espada,
Se lanza á nado arrogante
Entre el fuego á recobrarla.

Entónces, sus fieles tropas,
Admirando tanta audacia,
Le cambian nombre, y *Victoria*
Entusiasmados le llaman,
De Guadalupe Victoria
Eternizando la fama.
Los vivas rompen los aires,
El gozo embriaga las almas,
Y con majestad Morelos,
Entre olas de pueblo marcha
A la casa de Gutiérrez,
Que hasta hoy existe en la plaza.



ROMANCE DE RAMOS ARIZPE.

(1812.)

Tras de los inmensos mares.
En las ibéricas costas,
Resienten los mexicanos
De la insurreccion las olas,
Y ya los unos se humillan
Y otros se muestran patriotas.
Ya tranquilizando al trono,
Ya infundiéndole zozobras.
Allí está el Obispo Pérez,
El de palabra melosa,
Que tal se atilda y compone,
Y se pule y almidona,
Que es director en Palacio
De las grandes ceremonias.
Allí conquista las almas
El diputado Gordoa,

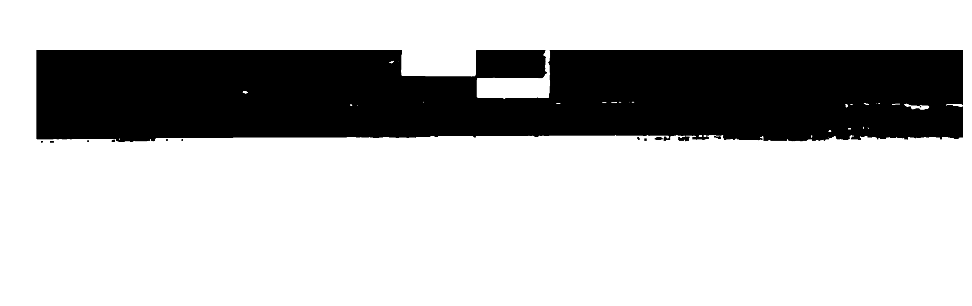
Extremado caballero
De corazon de paloma,
Aunque incensando á los reyes
Por su índole bondadosa.
Allí Belle de Cisneros
Luce espléndidas carrozas,
Y en sus íntimas tertulias
Repite, como de broma,
Aludiendo á nuestra patria,
Con astucia cautelosa:
"*Allí hay un médico Hidalgo*
Que hace curas milagrosas."
Pero entre todos descuella,
Sin hacerle nadie sombra,
Con la entereza del héroe
Y con la fe del patriota,
Don Miguel Ramos Arizpe,
Honra y prez de nuestra Historia.
Desde léjos se le mira
Que la sotana le estorba . . . .
Ancha frente, negra ceja,
Muy tupida y borrascosa;
La ternilla deprimida,
La nariz pequeña y roma,
Que se duda si es verruga,
Boton, repulgo, ó alforza.
Labio atrevido y delgado,
Barba refornida y tosca,

Y una rolliza papada
Que su faz muestra redonda.
Cuando un brazo se descubre,
Por su robustez asombra,
Y cuando anda, el suelo tiembla
Bajo su planta imperiosa.
Todos le llaman el Cura,
Y él el Comanche se nombra.
Hace estrago su palabra,
Bien que sin aliño y tosca,
Como en débil edificio
El estallar de la bomba.
Cierto dia en que un escrito
Presentaron los patriotas,
De Venegas denunciando
Las crueldades horrorosas,
Las Cortes se sobresaltan,
La discusion se acalora,
Y llueven las amenazas,
Y los castigos asoman.
Un diputado firmante,
Lleno de aguda zozobra,
Aprovechando la esquina
Del papel en que dudosa
Se columbraba su firma,
Con ansiedad clara y honda,
Llega, se acerca, y la tira
Rasga, y vuelve á su poltrona.

Ramos Arizpe le observa,
Y clama con voz sonora,
Interrumpiendo el discurso
Del que por España aboga:
"Falta al escrito mi firma;"
Y se alza lleno de cólera,
Y en el lugar más visible
Planta su firma estorbosa,
Diciendo con ronco acento:
"Mi firma rehusé hace una hora,
"Por ser cobarde el escrito
"Y con manchas de lisonjas;
"Mas puesto que hay amenazas,
"Y hay á quienes miedo impongan,
"Yo quiero ser responsable,
"Y quisiera mi alma toda,
"Para honra de nuestra patria,
"Que fuera mi firma sola."
Quedó el orador suspenso,
La augusta sesion se embrolla,
E imperó Ramos Arizpe
En la sala silenciosa,
Como cuando el bravo toro
Embiste feroz, destroza,
Y ausentes sus burladores,
De uno á otro lado se torna.

Las borrascas ya pasadas.
Y al lucir nuevas auroras,
Los reprimidos rencores
De los serviles se enconan,
Y á Ramos Arizpe hundieron
En espantable mazmorra.

- - - - ◆ - - - -



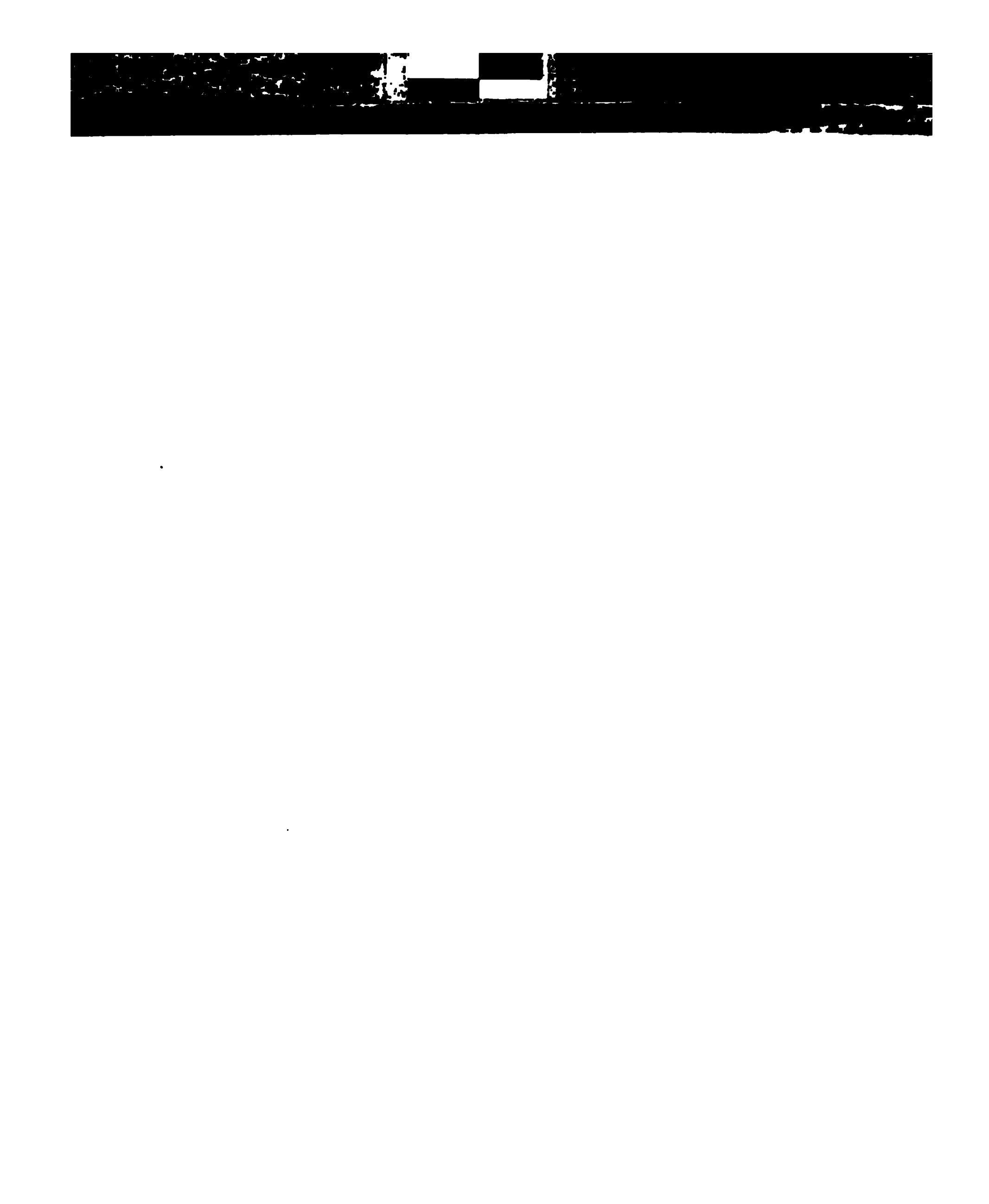
ROMANCE DE LA CONSTITUCION DE CHILPANCINGO.

Taciturno está Morelos,
Cavilando está Rayon;
Ambos son heróicos hombres
Y son patriotas los dos;
Pero el uno quiere vida
Propia dar á la Nacion,
Y el otro quiere su dicha
De manos del español.
Era la lucha obstinada,
Y érase el conflicto atroz:
En tanto, males sin cuento
Sembraba la desunion,
Cosechando ricos frutos
El implacable opresor.
Así al tocar Chilpancingo
Morelos las cosas vió,
Y convocando patriotas,
De su santa causa honor,

Con los ojos centellantes
Y conmovida la voz,
En medio de hondo silencio
De aquesta manera habló:
" No hay que allegarnos al pueblo
" Con el disfraz del histrion.
" Ni que endulzarle palabras
" Como hace el embaucador,
" Porque á los pueblos se debe
" Siempre la verdad de Dios.
" No hay por qué cubrir la causa
" Que la patria nos confió,
" Porque es más bella que el cielo
" Y más brillante que el sol.
" Queremos en nuestros brazos
" Ver nacer á la Nacion.
" De España y del mundo amiga,
" Pero vil esclava, nó.
" Queremos que dentro el templo
" Se ame y se venere á Dios:
" Pero odiamos el comercio
" Con la Santa Religion.
" Queremos que el pobre pueblo
" Que en esclavitud vivió,
" *Entienda que es soberano,*
" Que es de sí dueño y señor,
" Y que hace y deshace reyes
" Sin amo ni apuntador.

"Queremos que los que mandan
"Tengan juez y sujecion,
"Sin haber leyes distintas
"El pechero y el señor.
"A la esclavitud queremos,
"Con eterna maldicion,
"Desterrar de nuestro suelo,
"Repitiendo con fervor
"Que no puede ser esclavo
"Quien mexicano nació.
"Pretendemos al trabajo
"Tornar en fuente de honor,
"Y al arado y al martillo
"Hacer de nobles blason.
"Queremos pueblos de reyes,
"Que hayan por timbres de honor
"Las virtudes y el talento,
"La justicia y la razon."

Los patriotas esforzados
Aplaudieron á una voz,
Y constituidos Congreso,
El acta se redactó,
Que firmada en Chilpancingo,
Fué de la fe profesion
Del gran partido insurgente
Que libertarnos juró.



ROMANCE DE VALLADOLID.

(1814.)

Cual de plátanos sonantes
Las anchas hojas tendidas
En el viento matutino
Se ven agitar festivas,
Así están los estandartes,
Las banderas se divisan
Flotando sobre las lomas
Blancas de Santa María.
Son los bravos insurgentes
Que Valladolid admira,
Y que anuncian la victoria
Con músicas y con vivas.
Pero ¡ah! Llano é Iturbide
Tan sagaces los espian,
Qué ¡ay de ellos si el tiempo pierden!
¡Ay de ellos si se descuidan!

Así alegre caminante
A la vega se desvia
Seducido por las flores
Que á lo léjos se le brindan,
Sin cuidar si entre las yerbas
Se ocultan nidos de víboras.
Allí descuella Morelos,
A Bravo y Galeana admiran,
Y Matamoros ostenta
Brillando su espada invicta.
Manda Llano que Iturbide
Reconozca con pericia,
Acompañado de Aguirre,
Que entre los valientes iba,
Y del Potosí los Fieles
Lleno de honra conducia.
Era Iturbide ambicioso,
La ocasion era propicia.
En los montes del Ocaso
El sol su disco escondia:
No reconoce Iturbide,
Llega, acomete, derriba;
A su empuje se dispersan
De los patriotas las filas,
Como vuelan los peñascos
Cuando revienta una mina.
Al campo envuelve la sombra
En la batalla reñida:



La confusion, el tumulto,
La sangre, la gritería,
El matarse unos con otros
Los de una bandera misma,
Y de Iturbide el denuedo
Sin ejemplo, y la pericia,
Hacen que al fin la victoria
Ricos laureles le rinda.
Llano, del triunfo orgulloso,
Sigue á Morelos la pista;
Morelos quiere esperarlo,
Y los dos jefes se avistan
En los campos de una hacienda
Llamada Santa Lucía,
Y cuyas fértiles tierras
Hasta Puruaran terminan.



ROMANCE DE LA BATALLA DE PURUARAN.

Tras de cercados de piedras
Que al tocarlas se estremecen,
Los derrotados patriotas
Contra Llano se hacen fuertes.
Llano dispone que Orrantia,
Con su tropa floreciente
Y con cañones tremendos,
Ataque á los insurgentes....
Éstos le rompen el fuego,
La batalla se enfurece,
Mas los cercados de piedra
Con el cañon se conmueven
Y se tornan en metralla
Al abatirse y romperse.
El tumulto de dispersos
Quiere abalanzarse á un puente

Estrecho que rompió el rio
Con empuje de torrente.
Allí consúmanse horrores
Que espantan y que estremecen.
Bravo y Galeana se salvan,
Solo á Matamoros vése
Reluchando con las olas
Y alentando á sus valientes;
Pero un soldado, Rodríguez,
Desde un vado le acomete,
Y de allí preso le llevan,
Como en triunfo, esbirros crueles,
Y á Valladolid camina,
Donde le espera la muerte.
Morelos, en salvo, escribe
A un amigo que bien quiere:
"*Nos queda algo de Morelos;*
"*Dios entero nos protege.*"

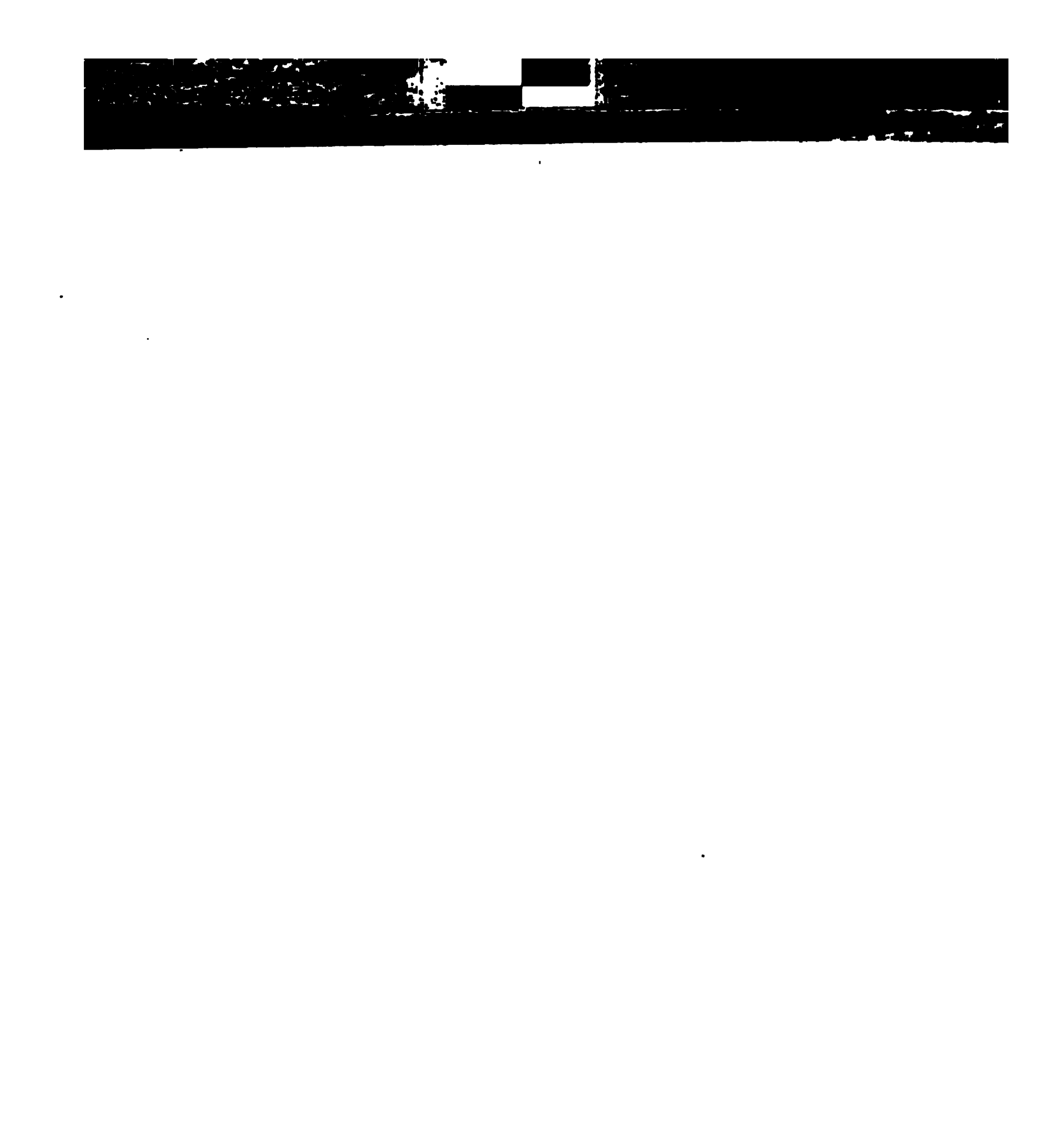


ROMANCE DE MATAMOROS.

Digna y serena la frente
Que ciñe el rubio cabello;
Es el color de sus ojos
Como esperanza en el cielo;
Con el paso mesurado,
Y tan firme cual modesto;
En la diestra un Crucifijo
Que estrecha contra su pecho,
Entre insolentes soldados
Que cuasi insultan al preso;
En medio de inmensa turba
Que embarga mortal silencio,
Va marchando Matamoros
En Valladolid el bello,
Hasta tocar de su plaza
En el despejado centro,

Donde le espera el suplicio
Como á furibundo reo.
Ni un suspiro, ni una queja
Interrumpieron el rezo
Con que el noble sacerdote
Aclamaba al Sér Eterno:
Pero en torno de su frente
Volaban nobles recuerdos
De bravura y patriotismo,
De gloria y de heróico esfuerzo.
Ese pecador contrito,
Es el mismo que en un tiempo
El confin de Guatemala
Sembró de inmortales hechos;
Esa diestra en que hace peana
De la Cruz del Sér Excelso,
Es la que en Cuautla, empuñando
Resuelta el terrible acero,
El orgullo de Calleja
Hizo que besase el suelo.
Esa frente, que las sombras
De eternidad van cubriendo,
Es del ínclito caudillo
Que del Palmar entre el fuego
Descollando se mostraba
Aterrando á los iberos,
Como señor absoluto
De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio
De algun impostor rastrero
Le finja retractaciones
Y llame á sus glorias yerros:
La Historia, justa y severa,
Le tiene asignado un puesto.
El del gran Morelos brazo,
El del patriotismo aliento,
El de la virtud dechado,
Flor de oro de los guerreros,
Va caminando al suplicio
Recogido y circunspecto;
Solamente sus verdugos,
Que son verdugos del pueblo,
Se acercaron: Matamoros
Toma en su mano un pañuelo
Con que se venda los ojos
Con pulso firme y sereno.
Le forma cerco la tropa,
Levanta la frente el reo,
Se oye preparar las armas,
Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!" . . . .
La Historia, en la hirviente sangre
Empapó llorosa el dedo,
Y en los fastos de Calleja
Escribio: "*Tres de Febrero.*"



ROMANCE DE GALEANA.

Por el Sur anda Galeana
Resucitando á los pueblos.
Con el brillo de su espada
Desterrando el desaliento.
Unos le llaman el amo,
Otros le dicen el bueno.
Y *Tata Gildo* le dicen
Los grandes y los pequeños.
Que quieren hacerlo suyo
Y se declaran sus deudos.
Camina cual si ocupara
Muchas comarcas á un tiempo,
Se sentia su presencia
Cual siente calor benéfico
La tierra, del sol fecundo
Con sus lejanos reflejos.

Ya proclama sus hazañas
El monte del *Veladero;*
Ya en *Cajones* deja altivo,
Al pasar, rastro sangriento;
Ya entre las ondas tremendas
Del Papagayo, le vemos
Solo atravesar á nado,
Gruesa legion combatiendo.
Los serviles se congregan
Y van en su seguimiento,
Como tras segura presa
Se amontonan los sabuesos.
Avilés, Armijo, miles
Le van persiguiendo fieros,
Y con ellos la fortuna
Que mostró su ceño adverso,
Desde que dejó Acapulco
El indomable Morelos.
Él arrolla á sus contrarios
Con el furor del incendio;
Él alza la fe postrada
Con su poderoso aliento,
Y él, dominando peligros,
Al destino y sus agüeros
Rinde, y les pone la planta,
Denodado, sobre el cuello.
Está al frente de Coyuca
Contra Avilés combatiendo

En un desigual rastrojo
Erizado de tropiezos.
Desafia su bravura,
Suple al número el esfuerzo....
Ávila, que está á su lado,
Escúdale con su pecho;
Mas le hieren el caballo,
Que es fogoso y de ardimiento.
Se encarniza la batalla;
Galeana, retrocediendo,
"Aquí está Galeana," grita,
Rompe el formidable cerco
Que ya formaba la tropa,
Eclípsase unos momentos,
Y aparece ensangrentado
Entre montones de muertos;
Corre entonce á la vanguardia
Airado, impetuoso, ciego,
Que allí está lo más reñido
De aquel tremebundo encuentro.
Su corcel salta arrojado
La aguda espuela sintiendo,
Y no percibida rama
De un huisache corpulento,
Choca en la erguida cabeza
Y lo tiende por el suelo!....
Como tigres le cercaron
Los enemigos, sedientos

De su sangre, la victoria
Fácil del atleta viendo.
Quiere rehacerse; la espada
Se escapa de entre sus dedos:
Entonce un dragon, llamado
Joaquin Leon, sin esfuerzo
Su carabina dispara
Y le despedaza el pecho.
Luchando en las convulsiones
De sus últimos momentos,
Le cortaron la cabeza
Y en alto la condujeron.
Las harpías soldaderas,
Asco y mengua de su sexo,
Llegan vomitando injurias
Y derramando denuestos
Ante el Jefe, que les grita
Con desaforado acento:
"¡Alto, canalla maldita!
"¡Alto, y silencio, y respeto!
"Dejad la burla y la farsa:
"Llevad la cabeza al templo,
"Que es cabeza de un valiente
"Que era bueno entre los buenos."

ROMANCE DE CALLEJA.

En el balcon de Palacio
Asomado está Venegas,
Con inquietud esperando
La visita de Calleja;
Y cuando está cerciorado
De que la plaza atraviesa,
Componiendo su semblante
Y fingiendo aire de fiesta,
Con expresivos abrazos
Le recibe en la escalera.
"Sois Virey de Nueva España
—Le dice:—sea en hora buena."
Reconocen los despachos,
La ceremonia se apresta,
Y al fin el cuatro de Marzo
Se verifica la entrega.

Es la mañana; en el templo
Sonaban las nueve y media:
Tendidas están las tropas
En la espaciosa carrera
De Tacuba, de Vergara,
Empedradillo y su vuelta.
Va el Ayuntamiento en coche,
En el Palacio se apea,
Y se oyen, como es costumbre,
Las oficiales arengas.
En casa de Pérez Gálvez
A albergarse fué Venegas,
Y síguese el besamanos
Hasta que la noche llega.
La Capital, entretanto,
Ni muestra gozo ni pena,
Observando cuanto pasa
Con marcada indiferencia,
Que es el elocuente modo
Con que el esclavo se venga.

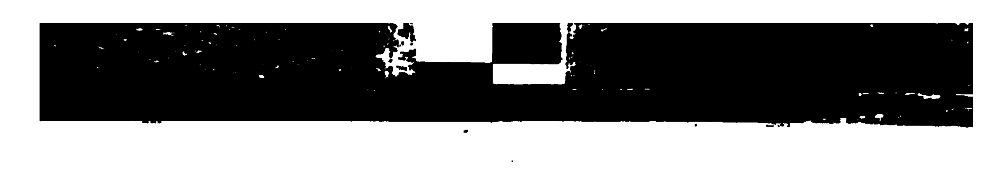
PRIMER ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

TEXMALACA.

¡Oh rio de Texmalaca!
¿Cómo seguiste corriendo
Y no vestiste tus aguas
De confusion y de duelo?
¿Cómo no lanzas gemidos
En lugar de alegres ecos,
Desde que fuiste testigo
De la prision de Morelos?
¿No de Concha y de los suyos
Burló tenaz el esfuerzo,
Gran soldado de la patria
Y custodia del Congreso?
Qué ¿no es el mismo que há poco
Domaba al destino adverso,
Oponiendo su constancia,
Y su virtud y su esfuerzo,

A la suerte y la miseria,
Al dolor y al aislamiento?
Ya le veis: tras de la rota
Carranco le toma preso,
Falso amigo, infiel patriota,
Y malo entre los perversos.
Quiere hablarle, mas él dice:
"*Pienso que nos conocemos,*"
Y prosigue silencioso,
Digno, grave y circunspecto.
Concha se llena de gozo
En cuanto sabe el suceso,
Porque más de mil victorias
Importaba el prisionero.
Los soldados, su equipaje
Se repartieron contentos,
Ménos algo muy notable
Que se reservó al Gobierno.
El Padre Morales sigue,
Tambien preso, al gran Morelos,
En medio á los regocijos,
Y en medio de los denuestos
De la brutal soldadesca,
Que puede mirar sin miedo
Al mismo que fué su espanto
En no muy lejanos tiempos;
Como esas turbas cobardes
Que á los toros van siguiendo,

Dispersándose asustadas
Con cualquiera movimiento;
Mas luego que los derriban
Otros audaces toreros,
Acuden, y los maltratan,
Y hacen con ellos excesos,
Seguros que están atados
Y de que están libres ellos.
Así á Tenango llegaron,
Do Villasana, muy hueco
Le recibe, y el caudillo
Le ve con alto desprecio.
"Dígame usted, señor Cura,
—Le preguntó pedantesco,—
"¿Qué fuera de mí y de Concha
"Si ocupáramos su puesto?"
Y Morelos le responde
Sin alterar el acento:
"Les doy dos horas de plazo
"Y los fusilo." Con esto
Cortó el diálogo importuno,
Y se encerró en su silencio.



SEGUNDO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

NOTICIA EN MEXICO DE SU PRISION.

Es el nueve de Noviembre
De mil ochocientos quince,
Y éranse las dos y media
De una tarde helada y triste
En que el sol amarillento
Entre nubes se distingue,
Cuando en el regio Palacio
Repentino se percibe
Un rumor que crece y cunde,
Alarmante, incomprensible,
Que á unos inunda de gozo,
Que á otros conturba y aflige;
Pero que todos le llaman
Aborto del imposible.
"Está preso el gran Morelos,"
El rumor por fin les dice,

Y unos instan por que suenen
Las dianas y los repiques,
Miéntras en casas y tiendas
No se interrumpen los brindis,
Y se escuchan las palmadas
Y vivas de los serviles,
Y se dan enhorabuenas
Los próceres y sus mites.
Entretanto, los patriotas
Su intenso dolor reprimen,
Y viendo negro el futuro,
Negros sucesos predicen.
El Virey, con entusiasmo
La fausta prision escribe,
Y da suelta á mil augurios
Realizables y felices.
Se le ve como al marino
Que horrendo escollo percibe,
Y que cuando va á tocarlo
Y va en el abismo á hundirse,
Lo despedazan las olas
Dejándole el paso libre.
Y como quien ve una nube
Que fragorosa despide
Rayos y espanto doquiera
Anunciando muerte horrible,
Y que al reventar el trueno
Vuela á distantes confines,

Tornándose blanda lluvia
Bajo de espléndido arco-íris.
En las calles aparecen,
En caracteres visibles,
Anatemas espantosos
Contra el rey y los serviles.
Calleja ve al Arzobispo,
Y el proceso se decide.
Bataller funge el primero,
El Inquisidor le sigue:
De fiesta están los tiranos,
De fiesta los alguaciles;
Los esbirros se preparan
Para un banquete de buitres,
Miéntras la patria de Hidalgo
En hondo silencio gime.

ROMANCE DE LA ENTRADA DE MORELOS EN MEXICO.

(NOVIEMBRE 22 DE 1815.)

En el peso de la noche,
Cuando, dominando el sueño,
Remeda á la misma muerte
Lo profundo del silencio,
Sin soportar rumor leve,
Ni un tenue ruido, ni un eco,
A la Capital augusta
Llega escoltado Morelos.
Como procesion de sombras
Que atraviesan el desierto,
En la Inquisicion pararon:
Abren unos bultos negros,
Y á las cárceles secretas
Sigilosos condujeron,
Sin articular palabra,
Al héroe y su compañero.

El Virey está asombrado,
Como cazador perplejo
Que ve á sus plantas herida
A la fiera que de léjos
Apuntó como al acaso,
Sin esperar ser su dueño.
De antemano están nombrados
Los actores del proceso,
Con instrucciones severas
Y tiranos mandamientos.
Y cada cual se esforzaba,
Por servir á Dios primero,
En ser lo más implacable
Y más feroz con el reo.
Entre todos, descollaba
Bataller, por su odio intenso
Y el Provisor Alatorre
Por sus falaces manejos.
Morelos no nombra á nadie
Por defensor; le eligieron
A un jóven, *don José Quiles*,
Estudioso, circunspecto;
Pero sin salir del aula
Ni de los brazos del clero.
Le toman declaraciones,
Y á todo responde el reo,
Imponente, noble, digno,
Sin desmentirse un momento

Y haciendo bajar los ojos
A jueces y palaciegos.
Ni un punto eximirse intenta
De los cargos más tremendos,
Ni delata á ningun cómplice,
Ni acude á términos medios,
Y más grande se descubre
Miéntras más quieren perderlo;
Semejante á la montaña,
En cuyo terrible seno
La horrenda erupcion estalla
Y hace retemblar el suelo;
Y aunque torrentes de lava
La destrocen con su fuego.
Alta, sublime, grandiosa,
Le forman corona egregios
Los destellos que despide
El resplandor del incendio.
Bataller al Arzobispo
Concluido entrega el proceso,
Y el Arzobispo lo toma,
Ocultando su contento
Tras su máscara impasible
De santidad y de hielo.

ROMANCE DEL GRAN MORELOS.

EL ARZOBISPO.—LA INQUISICION.—LA DEGRADACION.

I

Está el Arzobispo Fonte
Sobresaltado en su asiento,
Que espera el fin de la causa
Mandada hacer á Morelos.
Frotábase la cabeza
Desquiciando el solideo;
Oprimia con su labio
Impaciente el pulgar dedo,
Y del más ligero ruido
Parece estar en acecho.
Nombró á los de más confianza
Para formar el proceso:
Al Marqués de Castañiza,
De Durango Obispo electo;

Beristain, doctor flexible,
Prestigitador soberbio,
Encanto de los serviles,
Personaje joco-serio,
De quien mucho tengo hablado
Y á quien mucho conocemos;
Sarria, Gamboa, Fernández,
Altas lumbreras del clero,
Del Rey esclavos sumisos,
De cortesanos modelo.
Despues de maduro exámen
Y discursos académicos
Empedrados de latines
Que alarmaron al infierno,
Y teniendo muy presente
El Gran Concilio de Trento,
En su capítulo cuarto
Párrafo décimotercio,
Unánimes en sus votos,
Implacables decidieron:
"Privarle del beneficio
"A su carácter anexo,
"Conforme al Santo Concilio,
"Degradándole primero,
"Y en las manos de Calleja
"Entregándole bien preso,
"Impetrando su clemencia
"Con el de estampilla ruego."

II

La Inquisicion entretanto
Levantaba el ronco acento
Pidiendo ardiente y resuelta
Le entregasen á Morelos,
Como cansada pantera
Que al mirar su presa huyendo
Se sacude enfurecida
Lanzando agudos lamentos.
Al fin se le otorga plazo
Para formar el proceso,
Y auto de fe se convoca,
De los beatos con contento,
Que sueñan quemado vivo
Como hereje al gran Morelos.

III

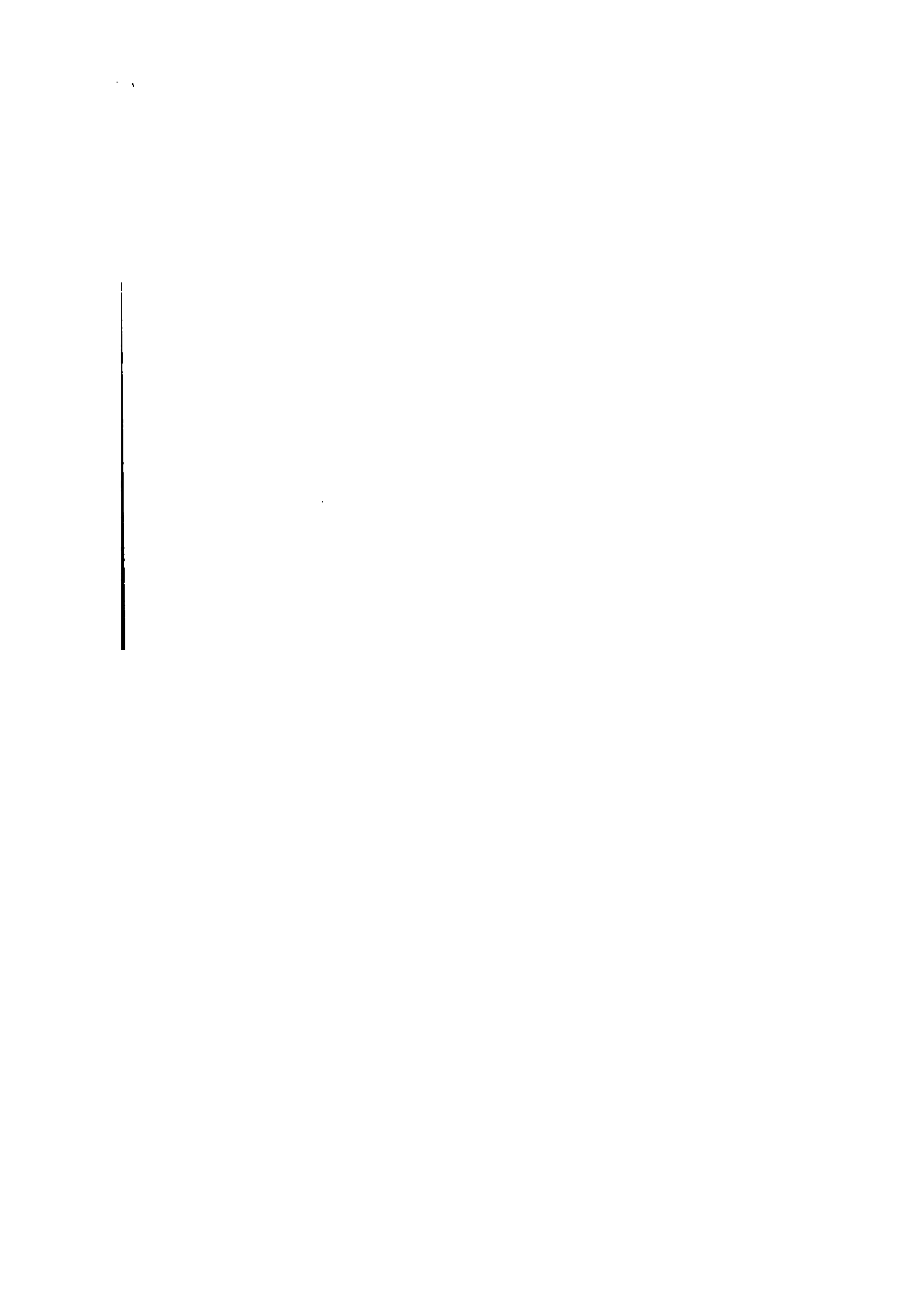
Ved el salon augusto, horror y espanto
Del hereje procaz y del judío:
Contemplad de la cólera divina
De hielo y sin entrañas los ministros.
Negros los trajes, amarillo el rostro,
Mano huesosa y ojos cual de vidrio,
Bajo negro dosel están sentados;
En la mesa se mira el Santo Cristo,

Cayendo en él siniestros resplandores
De la flama temblante de los cirios.
En apiñadas bancas se contempla
Ansioso y mudo el popular gentío,
Ocupando los puestos eminentes
Soberbios personajes distinguidos,
Ostentando sus plumas y entorchados
Y sus altos y nobles distintivos.
De Flores Alatorre y Monteagudo
Son bajo del dosel los altos sitios,
Y del Fiscal Tirado y sus secuaces
Los más humildes y de ménos brillo.
Al frente de la mesa, aislado, solo,
Sin cojin ni respaldo, está vacío
El banquillo del reo, á quien se espera
Como una aparicion, como un prodigio.
No sé qué de siniestro hay en el aire,
Ni sé qué hay de terror en el recinto:
El acento apagado de las voces,
El silencio profundo, el triste brillo
De la llama oscilando en luz de dia,
La cruz en alto, de la cera el ruido,
Y las momias vivientes de los jueces,
De boca desdentada y ojos fijos....
Todo era de conflicto para el alma
Y derramaba de la muerte el frio....
De pronto gime la escondida puerta
Que disimula el muro, y de improviso

Se destaca Morelos en la sombra,
Noble y sereno, impávido y tranquilo.
Sordo rumor corrió por el concurso
A la vista del héroe, conmovido.
Vióscle entónces de sotana corta,
Sin cuello, y de ridículo vestido,
Para añadir la mofa á los tormentos
Y el odio exacerbar con el ludibrio.
Morelos asentóse indiferente,
Como de sí olvidado, en el banquillo.
Y al cuestionario inícuo de la causa.
Arrogante, Tirado dió principio.
Morelos contestó grande y sublime,
Con su voz aplastando á sus esbirros.
Haciendo su apoteósis la grandeza
De sentimientos á que daba abrigo.
Terminado el proceso, hondo silencio
Reinó, y entónces en su mismo sitio.
Puesto el fiscal de pié, la atroz sentencia
Pronunció con acento vengativo.
Dice: "que fué traidor á Dios y al Papa.
"Que lo declara *hereje negativo*.
"Que asistiera con cuello y vela verde
"Al auto, describiendo su vestido.
"Que se destierre al África, si acaso
"Por un milagro lo dejara vivo,
"Y que en la Santa Catedral se fije
"Unido con su nombre un sambenito."

Concluida la sentencia, le forzaron
A abjurar de rodillas sus delitos....
Y entonce aparecieron unos monstruos
Engendrados en cieno y en abismos,
Y con terribles varas destrozaron
La piel del impertérrito caudillo.
¡Oh Inquisicion! ¡oh tiempo! ¡Oh Dios eterno!
¿Con qué nombre llamar á los bandidos
Que en complot de ignominia con los tronos
Pretendieron llamarse tus ministros?
Abrióse inesperada la capilla
Del fondo del salon, y prevenido
Se encontraba el Obispo de Oaxaca
Severo y arrogante, y todo listo
De la degradacion para el gran acto,
Prólogo de la infamia y el martirio.
Pero ¿por qué apurar gota por gota
Este de mi alma bárbaro suplicio?
¿Por qué asistir al triunfo de los buitres,
Y al triunfo del verdugo y del esbirro?....
El gran Morelos resistió impasible
La mofa, el odio, el insistir impío
En su ignominia, y sólo cuando audaces
Y calumniando al Hacedor Divino
Le rayeron las manos, conmóviose,
Y relámpago de ira repentino
Encendiendo terrible su mirada,
Hizo palidecer á los esbirros.

Terminó la funcion, los concurrentes
Dejaron sus asientos sin ruido,
Y al reo le cercaron los soldados
Para llevarle á la prision solícitos.
Era el coronel Concha su custodio,
Mendívil le acompaña por oficio
Como Mayor de plaza, y fué nombrado
Don Alejandro Arana, hombre expedito.
Para ser Secretario en esta causa
Hasta que cumpla el reo su destino.



ULTIMO ROMANCE DEL GRAN MORELOS. *

I

¡Oh qué triste es al viajero
Que va incierto en su camino,
Y que toda su esperanza
Tiene del sol en el brillo,
Para encontrar refrigerio
Y esquivar los precipicios,
Verlo correr á Occidente,
Ver tras los montes su disco,
Verlo espirar en las sombras
Y en ellas quedar perdido.
Así con trémulo paso
Al grande Morelos sigo,
Y miéntras más sus grandezas
Tierno y reverente admiro,
Más los pesares me envuelven
Y más lamento al destino.

* Véase la nota puesta al pié de la pág. 317.

Estaba en la Ciudadela
Con centinelas y grillos:
Espiaban sus pensamientos
Y contaban sus suspiros.
Érase un derruido cuarto
Con el pavés de ladrillos,
Con las paredes desnudas,
Húmedo, lóbrego y frio,
Con apartada ventana
De opacos y rotos vidrios.
Un mal catre, una mesilla
De tosco y grosero pino,
Silla de plebeyo tule
Y de dudoso equilibrio,
Era todo lo acordado
Al eminente caudillo.
Mil curiosos le acechaban
Entrando algunos furtivos,
Ya á gozarse en su desgracia
Insolentes y malignos,
Ya á prodigarle atenciones
Corteses y compasivos.
Y él, con todos generoso,
Siempre afable y siempre digno,
Daba á la injuria el desprecio
Y á la bondad el cariño....
El Virey sigue la causa
Cada instante más activo,

Contemplando la demora
Doquier sembrando peligros.
El veintiuno de Diciembre
Concha previene al cautivo
Para que escuche de hinojos
La sentencia del suplicio.
La oye el reo de rodillas,
Que es por la ley lo prescrito,
Cercado de bayonetas
Y circundado de esbirros....
Sabe que al tercero dia
Irá en busca del patíbulo,
Y lo oye todo en tal calma
Y con ceño tan tranquilo,
Que fué admiracion y asombro
De sus propios enemigos.

II

Cierra sus ojos la noche
De espanto de ver el dia
Que anuncia crueles tormentos
Y proclama hondas desdichas.
En la espaciosa calzada
Que le llaman de la *Villa*,
Bajo de álamos frondosos
Y entre llanuras tendidas,

Reluciendo limpios lagos
Entre yerbas amarillas.
Alzando nubes de polvo
Puede distinguir la vista
Un coche, que va cercado
Por tropa dispuesta y lista.
Que más á librar batalla
Que como escolta camina.
En el coche van tres gentes;
Dos de mármol parecian,
Otro era el grande Morelos,
Cuya mirada tranquila
En el espacio infinito
De lo inmortal discurria.
Cuando llegan al Santuario
Quiere hincarse de rodillas,
Creyendo que en aquel punto
Se despide de la vida . . . .
Concha le brindó alimento.
Hace alto la comitiva,
Y miéntras se desayuna,
Dulce y afable platica
Él, que en el parlar sesudo
Mucho y muy bueno sabia.
Una voz grita: "adelante" . . . .
Y al frente de una capilla
Que se llama del *Pocito*,
Del Santuario á la salida,

"Vamos á morir," se dice;
Pero ve que se camina
A do Ecatepec levanta
La delgada torrecilla.
Era un pueblo al que llamaban
Morada de la ictericia,
Con tristes casas de piedra
Y alguna notable finca;
Cercas, árboles dispersos,
Aridez desnuda y fria,
Llanuras como desiertos
Y cerros en perspectiva,
En donde espinos y peñas
De mirarse se contristan.
En un pajar descuidado
A Morelos se confia
A su guardia numerosa
De terror sobrecogida.
Se hace una señal, el preso
La capa á sus hombros quita,
Y arrastrando de sus grillos
Las dos cadenas macizas,
Con respirar fatigado,
Pero con la frente erguida,
Oyó al oficial que dijo:
"Aquí," y su espada indecisa
En la tierra y junto al muro
Trazó la insegura línea.

"Aquí me he de hincar?"—pregunta
Morelos,—y de rodillas
Sintió á su espalda á la muerte
Con indiferencia fria.
"¡Fuego!" grita un rudo acento,
Una voz enronquecida,
Y cae el héroe, y su sangre
Brota por anchas heridas,
Pero entero, amenazante,
Con luz siniestra en la vista,
Se mueve, poniendo espanto
En todos los que le miran.
Entónces, fieros soldados,
Como rabiosa jauría
Que al ser herida la fiera
Sobre ella se precipita,
Le asestan otra descarga,
Y están en expectativa,
Como creyendo imposible
Que se extinguiese tal vida.
Pero se extinguió, brotando
En tu cielo, Patria mia,
Sol de gloria indeficiente
Con su memoria bendita.

ROMANCE DE ITURBIDE.

SALVATIERRA.

Salvatierra está en la altura
Y á sus plantas pasa el rio
Chocando en rocas y piedras
Que le estorban el camino.
A su entrada se alza un puente,
No airoso, pero macizo,
Donde Rayon se hizo fuerte
Ocupando San Francisco.
Era el dia que recuerda
La muerte de Jesucristo;
E Iturbide, segun cuentan,
Dizque con jactancia dijo:
" *Quiero matar insurgentes*
" *Para hacerme á Dios propicio.*"
Acomete furibundo,
La lucha empeña con brío,
Y es rechazado; mas torna

Impetuoso y decidido,
Atacando al arma blanca
Incontenible y bravío.
Rayon vacila, sus tropas
Forman recio remolino,
Entre torrentes de sangre,
Moribundos y vencidos.
Es furia, es llama, es torrente
Iturbide, cuyo grito
Era en medio á la batalla
Y del bronce al estampido:
" *Bajen los excomulgados*
" *A los profundos abismos.*"
Y cuando tras la matanza
Sobreviviendo sus ímpetus
Se vuelve á los prisioneros
Que piden piedad rendidos,
Ordena se les fusile,
Y á los reiterados tiros,
Revolcándose en su sangre
Quedan en tierra tendidos

Calleja supo la hazaña,
Y lleno de regocijo,
De Coronel con la banda
Le dió el premio merecido;
Y se llamó de Calleja
El bravo y el favorito.

Mas los trescientos patriotas
Que sufrieron el suplicio
En hecatombe espantosa
Al vireinato ofrecidos,
Del Puente de Salvatierra
Perpetuarán el martirio
Proyectando negras sombras
En torno del *asesino.*

———◆———

ROMANCE DE ALBINO GARCIA.

I

Era terror del Bajío
El manco Lino García,
Gran ginete, machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirúmen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desparecia,
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecian,

Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.
Los atormentados pueblos
Su tránsito conocian
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaban en las ruinas.
De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguian;
Ya en San Miguel se les pierde,
Ya le alcanzan en Yuriria,
Y ya al tocar Irapuato
Resienten sus embestidas.
García Conde, fatigado
Deja de seguir su pista,
Y á Iturbide le encomienda
Que al guerrillero persiga.
Iturbide se disfraza,
Se finge Pedro García
Hermano carnal de Albino,
Y que á darle auxilios iba.
Entra al Valle cauteloso,
Estalla la gritería,
Despiertan en la matanza
Los que tranquilos dormian;
Resistir quieren en vano;
Preso está Albino García,

Y orgulloso, alborozado,
Rebosando en alegría,
En peloton á las tropas
Del guerrillero fusila.

II

Con poderosa custodia,
Sin armas, y bien sujeto,
Camina con Iturbide,
Albino, á Celaya preso.
García Conde, enajenado
De regocijo al saberlo,
Y dando á su desahogo
Colorido de grotesco,
Mandó formar á sus tropas,
Ordenó repique á vuelo,
Le hizo irónicos honores,
Pero poco satisfecho,
Frente al balcon de su estancia
Le llevaron con apremio.
Allí el vencedor terrible
Se desató en improperios,
Entre los gritos salvajes
Y los aplausos del pueblo.
Albino marchó al cadalso,

No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,
Y á la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

ROMANCE DE LA VUELTA DE FERNANDO VII A ESPAÑA

Y FESTEJOS POR LA CAIDA DE LA CONSTITUCION.

Dicen que los cielos cantan;
Dicen que baila la tierra;
Dicen que esparcen cohetes
En los aires buenas nuevas,
Al clamor de las campanas
Que en las torres se hacen lenguas.
La gente inunda las calles,
Toda con aire de fiesta,
Agitada, parlanchina,
Alharaquienta y risueña.
¿Qué produce tanto gozo?
¿Qué alboroza? ¿qué enajena?....
Que el adorado Fernando
De España está en la Frontera,
Y libre, felice, fuerte,
Su régia corona ostenta.

El batallon de patriotas
No le da á su gozo tregua,
Y con su música al frente
El gran suceso celebra.
Vése á los frailes dieguinos
Engalanando su iglesia,
Y en procesion fervorosa
Altos estandartes llevan,
En que del grande Monarca
Se mira la efigie excelsa.
Las más apuestas matronas,
Con flores en las cabezas
Y en las manos gruesos cirios,
Lucen en la concurrencia.
Y para que nada falte
A una funcion tan completa,
Marchan de escolta los indios
En tumultuosa caterva,
Con figurones risibles,
Atabales y trompetas.
Entretanto lleva un chasco
De los tremendos, Calleja,
Pues creyendo fevoroso
Que Constitucion impera,
La Diputacion convoca,
A liberales alienta....
Y en esto, ¡sagrado cielo!
Cual llovida, por sorpresa,

Va llegando la noticia
Que á los serviles alegra,
Que el Código de los libres
Echó Fernando por tierra.
Era de ver en Palacio
Cuál se hacen las volteretas:
¡Qué maromas! ¡qué equilibrios
De la gente de librea!
Y eso que sabeis son diestros
Para bailar en la cuerda.
Beristain, el *non plus ultra*
De la flor de tal nobleza,
Que no sabe si es pescado
O si es ave la vergüenza,
Dice un sermon, denigrando
La Constitucion perversa,
Con tan tremendos dislates,
Con tan horribles blasfemias,
Con tales contradicciones,
Con tantas inconsecuencias
Con lo que dijo en encomio
Del Código y sus grandezas,
Que hasta los santos de palo
Quedan con la boca abierta.
Por todas partes pintores
Vénse borrando las letras
Que en las plazas y las calles
La Constitucion recuerdan.

Reviven como por magia
Los Oidores de la Audiencia;
Brota un nuevo Ayuntamiento
De espadin, zapato y media:
La Inquisicion, entre escombros
Saca la horrible cabeza,
Con las hogueras al frente
Y el Crucifijo en la diestra,
Con Flores y con Tirado
Que sirven de centinelas,
Y que de dejar acaban
La Santa Casa Profesa;
Pero nadie goza tanto,
Pero nadie tanto ostenta
Por el chasco de los libres,
Cual de Catedral la iglesia;
Se ilumina por la noche
Con veinte mil candilejas;
Hay fuegos artificiales
Y hay suntuosísima orquesta.
Elévase un gran tablado
Donde augustos se presentan
Caballeros distinguidos
Con regios mantos de seda.
Todo es vida, incienso, flores,
Y mil cirios reverberan
En las manos de los fieles
Que miran la gloria abierta

Y á Dios derribando libres
Y ensalzando á los *chaquetas*....
Descollando majestuosa
Se mira la Biblioteca
Que es de Beristain el nido
Y su más preciada perla.
Cortinas de terciopelo
Desde su cornisa cuelgan,
Con grandes borlones de oro
Y flecos de oro de á tercia;
Gallardetes, banderolas
Y cintas su frente pueblan,
Sobresaliendo jardines
Que en luz confusa é incierta,
Ya remedan el incendio
Y ya el arco–íris remedan.
Las inscripciones atroces
Por todas partes se muestran,
Aduladoras y viles,
Y villanas y rastreras.
Y no satisfecho el clero,
Ni satisfecho Calleja
Con haber dado á Fernando
De su amor tamañas pruebas,
Acuñar mandan medallas
Que inmortalicen la fiesta,
Y que remiten á España
Con amor y reverencia.

En tanto, los insurgentes,
Y el gran Cos á su cabeza,
Celebran el triste cambio
Con carcajadas homéricas....
Y los buenos españoles
Se ocultaban con vergüenza.

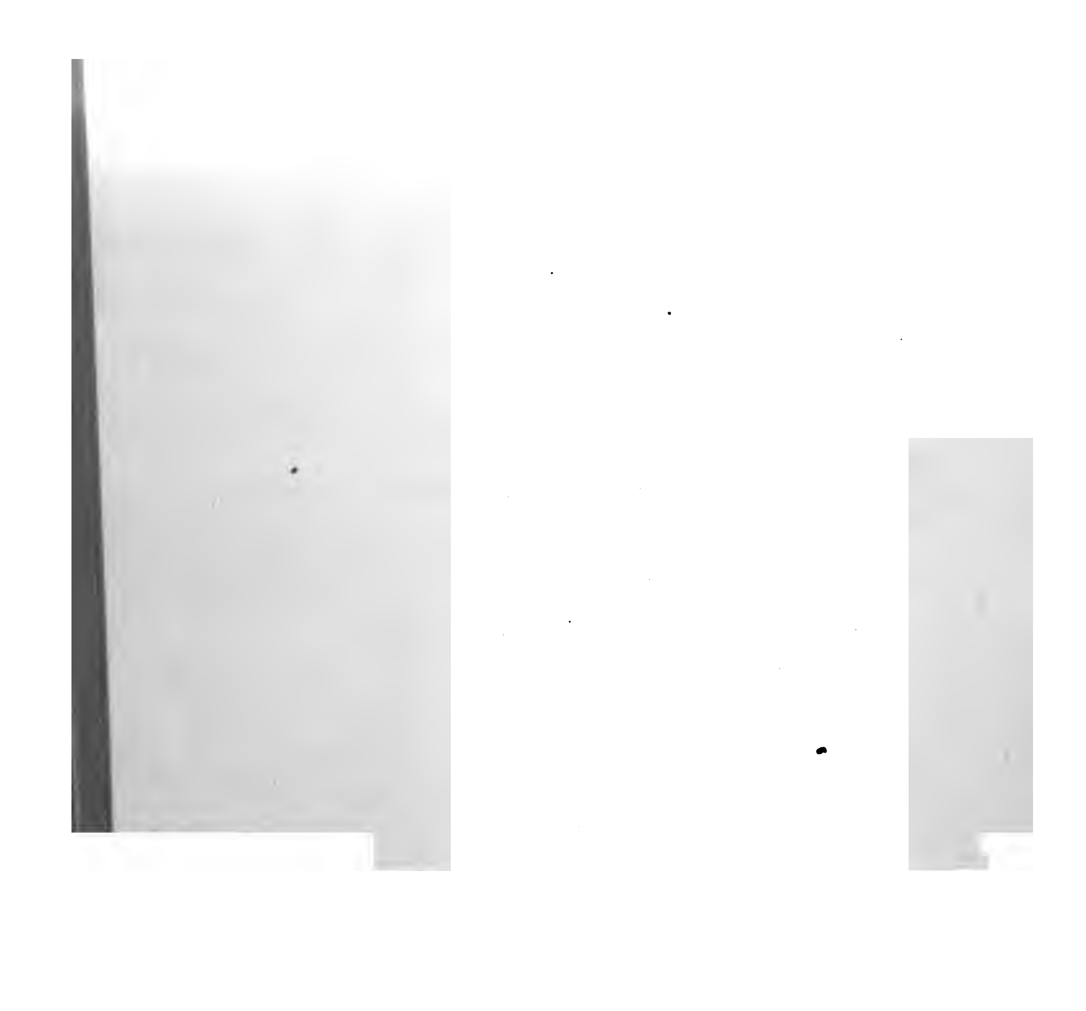
ROMANCE DE GUERRERO.*

Envidioso estaba Sesma
De Guerrero y su prestigio;
Y fingiendo comisiones,
Con hipócrita artificio,
Orden le da de que encuentre
A Rosains en su camino,
Y en tenebrosa reserva
Le habia pérfido escrito
Infundiéndole recelos,
Dándole falsos avisos,
Gérmenes de divisiones
Y semillas de conflictos.

* La serie de Romances que se refieren al Señor General Guerrero, los dedica mi afecto al Señor General D. Vicente Riva Palacio, digno nieto del héroe y honra de las Letras Mexicanas, en testimonio de singular cariño y estimacion.

Dirígese á la Mixteca
Defendiéndose de Armijo,
Y Rosains al mismo punto
Va por un rumbo distinto,
Persiguiendo á Samaniego,
Que estaba desprevenido.
En tanto, en pos de Guerrero
Peña, al mandato de Armijo,
Marcha, seguro del triunfo,
Que está débil su enemigo.
Al hallarle, le detiene
Del ancho Tecachi el rio
Y en espera de la aurora,
Dando á sus fuerzas respiro,
Aguarda de la batalla
El momento decisivo.
La de Guerrero era chusma,
Sin armas y sin vestido,
Desnuda, bisoña, torpe,
Pero rebosando brío;
Y así les habla Guerrero,
Entusiasta y decidido:
"¿No nos protege la noche?
"¿No están ellos bien provistos
"De caballos y fusiles,
"Municiones y vestidos?
"¿De quién serán, sino nuestros
"Esos efectos tan ricos,

"Con un arrebato de hombres
"Y de surianos cumplidos?
"Avancen, sigan mis pasos,
"Crucemos á nado el rio,
"Que la victoria nos llama
"Con cara de regocijo....
"Adelante;" y todos parten,
Y cayendo de improviso
Sobre las tropas de Peña,
Las convierten en añicos.
Guerrero marcha contento
Del rico botin provisto,
Y su bandera gloriosa
De aquel triunfo con el brillo,
Plantó en la modesta altura
Del bello Tlamajalcingo.



ROMANCE DE GUERRERO Y ROSAINS.

Frente á frente están las tropas
Viéndose desde unos cerros,
De Rosains el cauteloso,
Del ofendido Guerrero....
Le hace cuatro intimaciones
De que se rinda al momento,
Y el suriano, valeroso,
Contesta con su desprecio....
Por fin, van á dar las voces
De que se rompan los fuegos,
Con vergüenza de la patria,
Con deshonra para el pueblo,
Para los buenos patriotas
Con desprestigio y con duelo.
Guerrero presiente el triunfo,
Pero se oprime su pecho
Al mirarse victorioso
De amigos y compañeros.
"Vé á Rosains—dice de pronto

A entendido mensajero,—
"Y dile que venga al llano,
"Solo, que yo haré lo mesmo."
Parte veloz el enviado,
Toca Rosains parlamento,
Y se juntan en el llano
Como se tiene propuesto.
Rosains, que lleva desnuda
La espada, advierte á Guerrero,
Y éste, con calma y grandeza,
Arrojándola muy léjos,
Dijo: "¿Ya veis esas fuerzas?
"¿Ya conoceis su ardimiento?
"¿Conoceis que no es posible
"Que resistais á su esfuerzo?
"Pues yo por mí . . . . y sin amagos,
"En vuestras manos la entrego,
"Porque sé que sois mi Jefe,
"Y cual soldado, obedezco,
"Que así lo exige la patria,
"Y así por su bien lo quiero."
Rosains le estrecha en sus brazos;
Y las tropas que esto vieron,
A México vitoreaban
Con lágrimas de contento,
Proclamando como triunfo
La grandeza de Guerrero.

ROMANCE DEL ASALTO DE CÓPORO Y MUERTE DE ABARCA.

I

Tiene de Cóporo el cerro
En su cima dos alturas:
Es una plana y extensa,
Otra corta y puntiaguda,
Y ambas están separadas
Por hondonada profunda:
Por donde quiera le envuelven,
Donde quiera le circundan
Lisas, colosales peñas
Que al parecer se derrumban
Sobre inmensos precipicios
Y cimas en que se ofusca
La vista desvanecida
Que no mira el fondo nunca.
Como cortados á pico
Paredones se columbran

Que hacen más inaccesible
La cima, que casi ocultan.
Don Ramon Rayon el bravo,
Allí se apresta á la lucha,
Tras de débiles trincheras
Mal construidas é inseguras,
Y allí el honor de la patria
Se robustece y escuda.
Hay dos puntos vulnerables
Que á los tímidos asustan:
Uno al frente, otro al costado
Por una vereda obtusa
Que pudiera aprovecharla
Tan sólo la audacia suma.
Llano, que sitiaba el fuerte,
Forma en su tienda una junta,
En que muestra sus recursos
Y hace presentes sus dudas,
Y ni sus planes de ataque
Ni sus temores oculta;
Sólo Iturbide disiente
Del parecer que consulta
Llanos, con cálculos ciertos
Y razones muy sesudas.
Quiere él que se ataque el fuerte
En una embestida ruda,
Y la vereda del flanco,
Perdiéndose gente mucha,

Pero da tras el esfuerzo
La victoria por segura....
Otro plan al fin se acepta,
Y va á comenzar la lucha.
Llano ántes le da á Iturbide
El mando; dice que triunfa,
Ensalzando sus talentos,.
Y su valor y su astucia.

II

Ántes de que el tres de Marzo
Alumbre la rubia aurora,
Frente á Cóporo Iturbide
Hace atrevidas maniobras,
Y se prepara al asalto
Su alma ardiente y ambiciosa,
Viendo bosques de laureles
Que alumbran soles de gloria.
Ocupa de honor el puesto
Don Vicente Filisola,
Capitan de Granaderos,
Esforzado hijo de Roma;
Mas que sirve en las banderas
De la falange española.
Marcha allí don José Pérez,
Don Pio Ruiz, á quien abonan

Hazañas que en varios tonos
Ha repetido la Historia.
Y se encarga la reserva,
Con frases aduladoras,
Al bravo Francisco Falla,
Capitan de la Corona.
Manda airosos escuadrones
De brava y fogueada tropa,
Señor don Pedro Monsalve,
Cuya espada poderosa
Está teñida en la sangre
De renombrados patriotas.
Y no contento Iturbide
Con armas tan ventajosas,
Pretendiendo con engaños
Asegurar la victoria,
Finge le llega una carta,
Que lée con voz estruendosa,
En que le dicen del Fuerte:
"Que embista sin gran zozobra,
"Que ellos tirarán á lo alto
"Si las vidas les perdona
"Y si les dan lo ofrecido....
"Por tal y tal cual persona."
Entretanto, los del Fuerte
Velan, cuidan, inspeccionan,
Sin permitir al silencio
Un respiro, una voz sola.

Mas la gente está resuelta,
No hace ruido ni una hoja,
Todo parece desierto,
Envuelto en espesas sombras.

De un can de repente se escucha el ladrido
Que suena en la cumbre de Cóporo, audaz,
Y el fuego responde, repítese, cunde,
Formando en instantes incendio voraz.

Entre olas de fuego se miran trepando
Feroces realistas, que el Fuerte al tocar,
Rechazan las piedras, y bajan rodando
Entre hondos gemidos y recio avanzar.

De Pérez se arriesga la fiera columna,
Cual tromba marina, la cerca á romper,
Y hercúlea falange de horrendos titanes
Peñascos arrojan de inmenso poder....

Entonce el despecho recurre á la llama,
Y alumbra, tremenda, matanza y horror;
La vida no es nada delante el espanto,
Se busca á la muerte temiendo al dolor.

Parece luchando volcan encendido
Con furia tremenda de horrísonó mar;
Retiemblan las cimas con cada estallido,
Y sangre las peñas parecen llorar.

Allí la fortuna os vió moribundos
Garrido, Codallos, valiente Obregon;
Allí revelaste con noble entereza
¡Oh buen Filisola! tu gran corazon.

Las peñas, los troncos que ruedan ardiendo,
Dispersan la gente, y huyendo se ven,
Dementes de espanto, los bravos realistas
Que al criollo ¡insensatos! creyeron vencer.

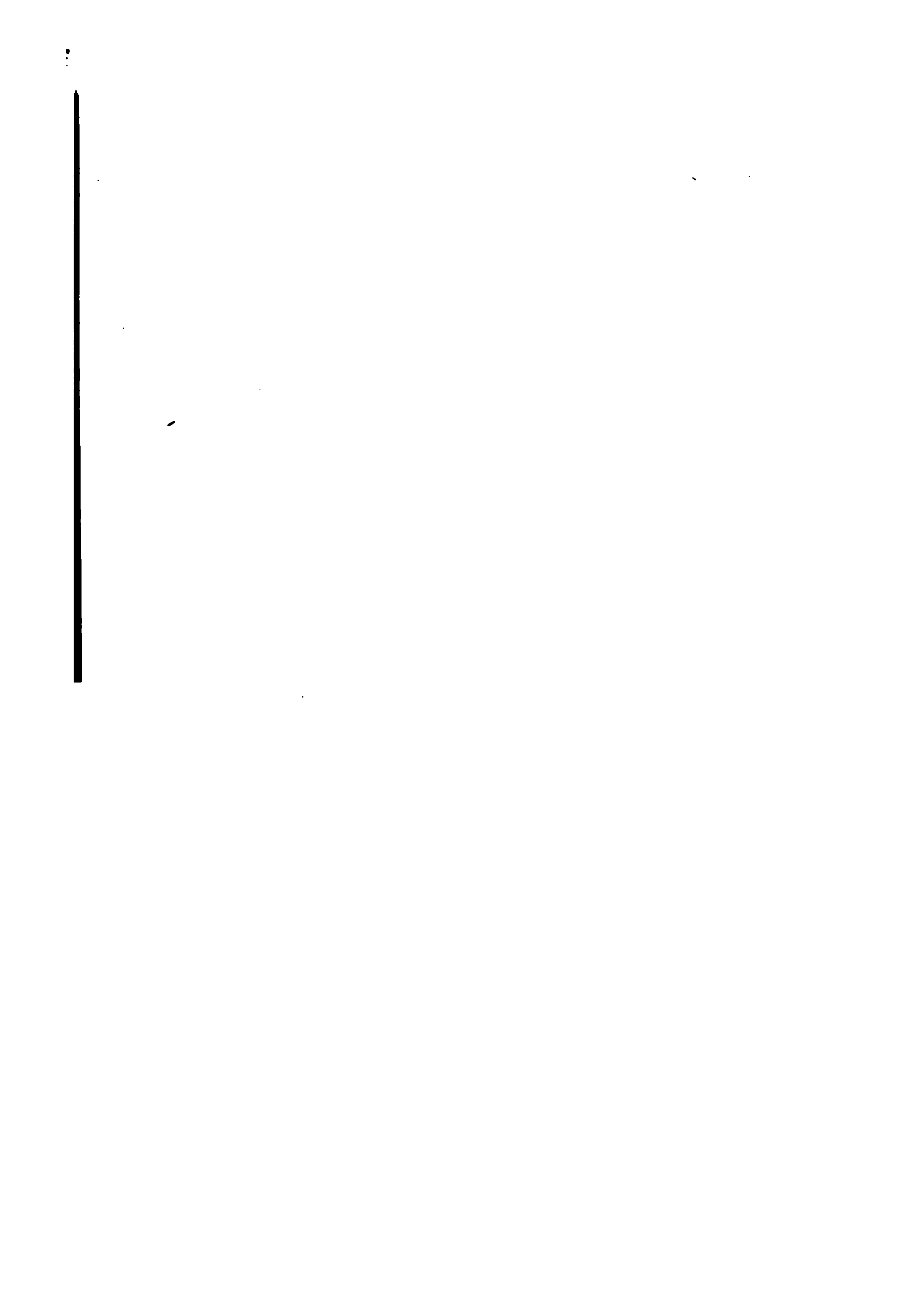
Que viva la Patria, que México viva,
Repite en sus ecos la voz del cañon;
Honor á los libres, ¡oh Patria adorada!
¡Al fin la victoria feliz sonrió!

De Cóporo la victoria
Contenta á los insurgentes,
Y los hermanos Rayones
Recogen puros laureles,
Don Ramon por sus trabajos,
Don Ignacio como Jefe,
Que ántes de romperse el fuego
Aparece de repente,
Y don Ramon, generoso
Con gusto se le somete.
El Virey arde de enojo,
Y en secreto reconviene
A Llanos, porque se aleja,

Aunque con frases corteses.
Iturbide, por el voto
En que de Llano disiente,
Por su arrojo en el combate,
Y por miles de actos crueles,
Del poder sigue mimado
Y en el favor se mantiene.
Pero camina furioso
Entre su dispersa gente,
Sediento de sangre humana,
Que tirano doquier vierte.
Dirígese á Guanajuato,
Donde Orrantia, por dos veces
De la fortuna triunfante,
Ha vencido á los rebeldes.
En tanto, al Virey propone
Disimulado y aleve,
Un plan contra del Congreso,
Por el que Llano se ofende.
Regueros de sangre marcan
En esta excursion tan breve,
De Iturbide el derrotero
Con matanzas que estremecen;
Pero puso el sello á todas
Por villana, y por aleve,
La de don Bernardo Abarca,
Que contaré brevemente.

Era de Pátzcuaro Abarca
Un pacífico vecino;
Benéfico cual la lluvia,
Inocente como un niño.
El Padre Cos, en su marcha,
Sin miras hostiles, quiso
Formar allí un regimiento
De acomodados vecinos,
Que de tirios y troyanos
Cuidasen los domicilios.
A la entrada de Iturbide
Huyeron los elegidos,
Ménos don Bernardo Abarca,
Por hallarse en el conflicto
De tener su esposa enferma
Sin custodia y sin auxilios.
Así, aprehendieron á Abarca.
Y al punto fué decidido
Le pasaran por las armas
Como á tremendo enemigo.
La noticia apénas cunde,
Y el pueblo lanza gemidos
Cuando recuerda de Abarca
La piedad y beneficios.
Van en tropel las mujeres,
Llorando acuden los niños,
El Cura de almas del pueblo
Ruega á Iturbide, rendido,

Y la desolada esposa,
De rodillas y en delirio,
Implora piedad, mostrando
A sus inocentes hijos.
Iturbide, al ver tal cuadro,
Con voz afectada dijo:
" Sosegaos, noble dama,
" Salvo está vuestro marido."
Y llovieron bendiciones
Sobre el pérfido caudillo.
Así de Pátzcuaro marchan
Llevando á Abarca cautivo,
Y al abandonar Zintzuman,
Sin más fórmula ni aviso,
Manda matarlo Iturbide....
Y prosiguió su camino.



SEGUNDO ROMANCE DE ITURBIDE.

¡Oh! cuál tiembla mi mano
Tocando irreverente
Los lauros de una frente
Que mi alma tanto amó;
Y que adoró mi padre
Con ánimo tan fuerte,
Que hasta su misma muerte
Incrédulo negó.

Ejército que flotas
En las memorias mias,
De las tres garantías
Alzando el pabellon:
Si hoy al héroe de Iguala
En mi dolor sepulto,
¿Qué queda de su culto
Al triste corazon?

Pero la Historia "escribe,"
Grita con voz severa,
Y se impone altanera
Al bardo nacional,
Dictándole estas líneas
De atrocidad y espanto,
Líneas que borra el llanto
Sobre ellas al pasar.

Los seides de Calleja,
A fuer de valerosos,
Desátanse rabiosos
Contra el pueblo infeliz.
Y el robo y el incendio,
Y estupros y matanza,
Fueron horrible usanza
De la legion servil.

Descuella incontrastable,
Con gozo de la Corte,
El Jefe que del Norte
Mandaba en la region.
Guanajuato en un tiempo
Tambien le acusó ardiente,
Y un velo trasparente
Su causa conservó.

Mandaba que el vencido
Cavase con premura
Su propia sepultura,
Gozándose en su afan.
Y sin dar á su furia
Ni tregua ni sosiego,
Él ordenaba el fuego
Con júbilo brutal.

Así á un capricho inmola
Al íntegro Noriega,
Sin que á la furia ciega
Se pida la razon.
Así del Padre Luna
Se cuenta la leyenda
Que conservó tremenda
La horrible tradicion.

A Luna el buen amigo,
El viejo compañero,
Le toma prisionero,
Obséquiale jovial.
Le brinda refrigerio,
Se muestra complaciente....
Y al fin.... indiferente
Le manda fusilar....

Y callará mi pluma
Sus gustos y placeres,
Y el bando en que á mujeres
Hizo feroz quintar....
Al punto, que Calleja
Retrocedió espantado,
Y le ordenó al soldado
Su furia refrenar.

Absuelto fué Iturbide,
A la opinion burlando,
Pero de Jefe el mando
Jamas reconquistó,
Hasta que oculta intriga
Lo alzó con entereza,
Cercado de grandeza
Con mágico esplendor.

ROMANCE DE TERÁN Y DE LOS INSURGENTES.

"Aliento, aliento, insurgentes,
Que el sepulcro de Morelos
Más que llanto, necesita
De venganza y de trofeos.
Para brillantes laureles,
Muchos conquistóse el muerto,
Y más grande le miramos
Y nos dió más grande ejemplo
En la prision y con grillos,
Que vencedor y contento...."
Esto Terán predicaba
En Tehuacan con esfuerzo;
Y Luna, Arroyo, Machorro,
Le secundaban con celo.
Victoria dice á los suyos
Cuando escucha tales ecos:

"Una luz falta en la tierra,
Y hay un sol más en el cielo
Que dirija nuestros pasos
Y aliente nuestros derechos."
Osorno en Apam exclama:
"Sangre con sangre borremos;"
Y se distingue impasible,
Pero imponente, á Guerrero.
En el Sur, Bravo y Galeana
Dan señales de su duelo,
Ahuyentando á los serviles
Y levantando á los pueblos.
En Valladolid, Correa,
Torres y sus guerrilleros,
Empeñan fieros combates,
Sostienen rudos encuentros;
Por todas partes se siente
Del huracan el aliento.
Era, como derribado
Por la llama el alto cedro,
Que derramando centellas,
Y que atizando el incendio,
En mar convierte de lumbre
Lo que sombra fué un momento.
Calleja airado contempla
De la guerra el cuadro fiero,
Y aconsejando á los suyos,
Que son furias del averno,

Que lleven el exterminio
A sus últimos extremos;
Y sabedor que sin órden
Se esteriliza el esfuerzo,
Orden, cautela y astucia
Oponiendo al pueblo ciego,
Trajo á su lado el auxilio
De nuestro destino adverso.

ÚLTIMO ROMANCE DE CALLEJA.

Están cubiertas de duelo
Esas gentes de Calleja
Porque el rey de las Españas
Manda que á su lado vuelva.
Laméntanse los serviles
En orfandad y tinieblas,
Y auguran trastorno y luto
Las espadas y la Iglesia.
¿Quién, en su juicio, reemplaza
Su valor y su experiencia?
En donde puso la mano
De sangre la mancha queda:
En donde la planta puso
No volvió á brotar la yerba.
En sangre ahogar pretendia
De los pueblos las ideas,

Con tan incansable saña
Y constancia tan resuelta,
Que si omnipotente ha sido,
Ni un liberal vivo queda.
Imitar al tigre supo
Con su política artera,
Como el puerco-espin salvaje,
Astuto cual la culebra,
Con el corazon de hielo
Y las entrañas de hiena.
Y á ese su dios le proclama
Esa gente de Calleja,
Y á Hernan Cortés le compara
Alaman en su Leyenda.
Así partió para España;
Se le mima, se le obsequia,
Y de Calderon el Conde
El título se le entrega.

ROMANCE DE APODACA.

"¡Fuego á ese coche, muchach
Y el viento rompe las balas,
Con espanto de las gentes
Que acompañan á Apodaca,
Que, sucesor de Calleja,
Para México va en marcha.
De Osorno era aquel acento,
Que con su gente arriesgada
Intenta un golpe de mano
Que apoya Vázquez Aldana.
La escolta se desordena,
El Virey saca la espada,
Acude Márquez Donallo,
Y logra llegar con ansias
A un lugar de aquel camino
Que llaman el Ojo de Agua.

El Virey queda triunfante,
Y ántes de seguir su marcha
Liberta á los prisioneros
Sin insultos ni venganzas.
Las damas de su familia,
Que eran elegantes damas,
Atienden á los heridos
Muy generosas y humanas.
Esos hechos en su vuelo
Lleva contenta la Fama,
Y en flores de su camino
Se convierten en la marcha.
Con un ambiente más puro,
Para solaz de las almas,
Era el veinte de Setiembre
Cuando, al sonar las campanas,
Y al retumbar los cañones,
La gente batiendo palmas,
Más bien en odio á Calleja,
Gritaba regocijada:
"¡Viva! ¡viva el Rey Fernando!
"¡Viva el Virey Apodaca!"

PRIMER ROMANCE DE MINA.

¿Quién es ese que descuella
Grande como ígnea montaña,
Como sol resplandeciente,
Bello como la esperanza,
Gritando á los insurgentes:
"¡No desmayeis! ¡á las armas!"
Cuando créen que todo muere
Y está espirando la Patria?
Vedlo: juventud ardiente
Le hace erguido como palma;
Lleva en su frente la auréola
De las heróicas hazañas,
Y acredita que es oriundo
De los campos de Navarra,
Lo esforzado de su pecho,
Lo invencible de su espada.

Viene, despues que renombre
Dejó en su nativa patria,
La Libertad adorando,
De gloria sedienta su alma.
Una pléyade le sigue
De gente tan extremada,
Que cada hombre es una estrella
Que nuestro horizonte aclara.
Toca en Soto la Marina,
A Tamaulipas se lanza,
Y el trono de los vireyes
Retiembla con sus pisadas.
Si es émulo del torrente
En sus impetuosas marchas,
En su empuje incontenible
Vence al furor de la llama.
Ya recorrió la Frontera,
Ya San Luis su vista alcanza,
Y del Virey los soldados,
Cual jaurías azuzadas,
Entre sí corren, se chocan
Y de sí mismas se espantan.
Por fin, Armiñan le sigue,
Por fin, Armiñan le alcanza;
"¡Alto, traidores!" les grita,
Y comienza la batalla:
Entre infantes y ginetes
A Mina tres mil atacan,

Y no son trescientos hombres
Los que al navarro acompañan.
"Vencemos—dice á su tropa,—
"Seguid la luz de mi espada,
"¡Avanzad! volad conmigo,
Que Dios protege su causa."
Young le secunda valiente,
Novoa á la retaguardia....
Y gritos, truenos y horrores,
Como huracan se desatan.
Rafols, que era el gran atleta
De la falange contraria,
Le resiste furibundo
En dos formidables alas.
Mina casi está perdido,
Y casi sin esperanza,
Forma reducido cuadro,
A su tropa se adelanta:
"¡Hurra!—prorumpe esforzado,—
"¡Hurra!—y retruenan las armas—
"¡Hurra! y triunfo, mexicanos!"
Y su gente entusiasmada,
Cual rio de lava ardiente
Cunde, y troncha, y despedaza.
A Rafols lleva un corneta
Despavorido en las ancas,
Y de Mina la victoria
Se declara sobrehumana.

A Mina aclama su tropa;
Él cariñoso la halaga,
Y pide lauros y flores
Para su segunda patria.
Solo un momento, uno solo
Viéronse en sus ojos lágrimas,
Que fué al llevarle el cadáver
De un noble amigo de su alma
Que dejó vida y ejemplo
En la sangrienta batalla.

Tal fué la accion de Peotillos
Que el quince de Junio marca;
Los serviles se aturdieron,
Sobresaltóse Apodaca,
Y las tropas insurgentes
Rebosando en esperanzas,
La noticia celebraron
Con repiques y con dianas.

SEGUNDO ROMANCE DE MINA.

Va raudo como la chispa
Que el huracan arrebata
Y torna voraz incendio
Cuanto en su furor alcanza,
O como tromba marina
Que en el centro del mar salta,
Y se alza y barre con todo
Lo que detiene su marcha;
Así va Mina triunfante,
Lauros le rinde la Fama,
La victoria le da amigos,
Y bendiciones la Patria.
Y es tan jóven, tan garrido,
Tan grande con su grande alma,
Que de verlo junto á Marte
Celosas están las Gracias.

Va reviviendo recuerdos,
Resucitando esperanzas,
Del sol puro de Dolores
Bello renovando el alba.
De San Luis la tropa ahuyenta,
Pinos celebra su entrada;
En Zacatécas le espera
La brava gente de Nava.
Para el fuerte del Sombrero
Todos emprenden la marcha
En medio del regocijo,
Los vítores y las dianas.
En su ruta, y cuando llegan
Sobre los altos de Ibarra,
Con su formidable tropa
Miran al realista Orrantia.
En facha está el insurgente,
Fiero el pecho, la frente alta,
Y sin detenerse un punto
Sobre el enemigo avanza.
Éste, esquivando el combate,
Emprende la retirada,
Y siguen su polvareda
Con burla y con algazara.
Oid . . . . al heróico Mina
Llama el Fuerte con sus salvas.
Allí le agasajan todos,
Allí Moreno le abraza,

Y allí de doscientas leguas
Deja el polvo á su llegada,
Para renovar la lucha
Contra Ordóñez, que con ansia
Viene en su alcance, orgulloso
Con setecientos que manda.
Moreno corre á su lado,
Que es el qué en el Fuerte manda.
Ágil, blanco, corpulento,
Con negros ojos, cual llama
Si el entusiasmo le agita
O le anima la batalla.
El *Pachon* tambien se alista,
Que era poderosa espada;
Grueso, estevado, barbudo
(Por eso el *Pachon* le llaman),
Furibundo en el combate,
Piadoso tras la batalla,
Y para quien Mina ilustre
Era el corazon de su alma.
Ordóñez está en los Llanos
Y Castañon le acompaña;
La "Union" y Moreno juntos
Van con Young á la vanguardia.
Mina acecha al enemigo,
Advierte, ordena, y aguarda
Dar la señal convenida,
Lanzar el grito de alarma

En medio de las tinieblas
Que favorecen la marcha.
Al fin estalla su acento,
Contra de Ordóñez se lanza,
Y su terrible falange,
Sin que la detenga nada,
Al formidable enemigo
Aniquila y. despedaza.
Muere el furibundo Ordóñez
Como bravo, en la demanda,
Y con trescientos valientes
Castañon la vida exhala.
Con las descargas del Fuerte,
Con los vítores y salvas,
Leon sabe la victoria
Y su prestigio propaga.
Sin dar descanso á los cuerpos
Ni dar tregua á las hazañas,
Para el Jaral opulento
Mina dispone su marcha.
Va en busca del Marqués noble
Y su tropa de Moncada,
Y regresa muy contento,
Conduciendo mucha plata,
Miéntras el Marqués temido
Hasta San Luis no descansa.

TERCER ROMANCE DE MINA.

Cual quien delira con sombras,
Y fantasmas y vestiglos,
Dejando perder la mente
En los mares del prodigio,
Así delira Apodaca
(Tan sereno de continuo)
Con las hazañas de Mina,
Con su esfuerzo y con su brío;
Y, el cabello alborotado,
El andar firme y activo,
Las manos bien á la espalda,
Bien sueltas y en bruscos giros,
Dictaba á su Secretario,
Trágico y enloquecido,
Su gran proclama de Julio
Que le pinta tan al vivo.

"¿Puso usted *traidor?*"—dictaba
Al Secretario sumiso.—
"Sí.—Pues ponga usté en seguida,
"Ladron, malvado y sacrílego,
"De su patria horror y mengua,
"Del mismo Dios enemigo.
"Poned "que quinientos pesos
"Se darán en este sitio
"A cualquiera que lo entregue
"En México, muerto ó vivo;
"Y que yo cien pesos pago
"Por otro de sus bandidos,
"De esos extranjeros viles
"Que siguen al asesino."
Luego, de su furia inmensa
Al tocar el paroxismo,
Ordenes dicta violentas,
Por todos rumbos activo,
Para destronar á Mina,
Sin que se perdone arbitrio,
Dándole á Liñan el mando,
Pródigo enviándole auxilios,
Y circuyendo su nombre
De poder y de prestigio.
Y así como al hondo valle
Desde los montes vecinos
Acuden precipitadas
Las aguas formando rios,

Al romper de la tormenta
En las alturas, con ímpetu,
Así acuden los realistas
Invadiendo los caminos.
Frente al Fuerte del *Sombrero*
Que se destaca tranquilo
En la Sierra de Comanja,
Rodeado de precipicios,
Liñan ataca esforzado,
Loaces realiza prodigios,
Anastasio Bustamante
Asombra por lo atrevido,
Y Villaseñor espanta
Por su temerario brío;
Y el puñado de insurgentes
Que defienden aquel sitio,
Entre nubes de metralla
Sangrando, audaces, invictos
Rechazando las columnas
Con peñas, balas y gritos,
Las miraban vacilantes
Y rodando á los abismos.
Toman parte en el combate
Las mujeres y los niños,
Y entre humo, peligro y gloria,
Mina descuella magnífico,
Cual pintan al dios del trueno
Dominando en el Olimpo.

Los furibundos realistas
Dejan la empresa corridos,
Y conciertan, desconfiados,
Poner al *Sombrero* sitio.

CUARTO ROMANCE DE MINA Y DEL SITIO DEL SOMBRERO.

Tras de asaltos espantosos
Y tras de choques sangrientos,
Liñan ordena que sitien
Ese Fuerte del Sombrero,
Amparado por fantasmas,
Defendido por espectros.
Del hambre se oye en la sombra
Discurrir el esqueleto,
Y la sed á la demencia
Abandona el campamento.
Veneno corre en el aire
Con el hedor de los muertos,
Y las madres á sus hijos
Tienen sin vida á sus pechos.
Mas cada vez que el realista
Osado nutre sus fuegos,

Se revive el entusiasmo,
Retumba en el Fuerte el trueno,
Y los de Liñan se alejan
Llenos de horror y despecho:
Mas como buque averiado
Poco á poco váse hundiendo,
Aunque marinos audaces
Hagan hercúleos esfuerzos.
Mina logra una salida,
Grandes peligros venciendo,
Para conducir socorros,
Con temerario denuedo.
Queda Young mandando el Fuerte,
Que es heróico caballero:
Liñan dispone el asalto
Con las furias del infierno.
Corre la sangre á torrentes,
Alza su llama el incendio;
A Young arranca una bomba
La faz de sobre del cuello.
En un momento terrible,
En un momento supremo,
Hay torrentes de peñascos,
Hay proyectiles de muertos,
Hay escenas que conturban
Y espantan al mismo infierno:
Liñan vése al fin triunfante,
Y su triunfo le da miedo,

Porque es su triunfo entre escombros
Y entre despojos sangrientos.
Humillado, furibundo,
De sí mismo sin respeto,
Manda fusilar heridos,
Que al sepulcro van contentos,
A los fieros vencedores
Al espirar maldiciendo.

QUINTO ROMANCE DE MINA.

¡Oh Fuerte de los Remedios
Que coronas San Gregorio
Con tus muros gigantescos
Y con tus hechos heróicos!
¡Campos fértiles, riqueza
De San Diego del Bizcocho,
Tornados campos de guerra,
De matanzas y destrozo!
¡San Luis de la Paz, risueño,
De altos recuerdos tesoro!
¿Qué habeis hecho del gran Mina?
¿No lo vísteis valeroso
Cruzar por el ancho espacio
Deslumbrador meteoro,
Terror del bando realista,
Del libre blasón glorioso?

¿Lo vísteis, cuando la suerte
Le mostrara el ceño torvo,
De unos la envidia arrostrando,
De otros despreciando el odio,
Buscando el bien de la patria
Más ardiente y más celoso?
Tocando está en Guanajuato;
El combate emprende heróico,
Y la gran ciudad retumba
Con el combate espantoso.
Es la noche, las tinieblas
Hacen más grande el trastorno
En aquel terreno abrupto
De voladeros y de hoyos.
Linares, el Comandante
De aquel punto, es hombre brioso:
Enfila un cañon potente
Por donde oye el rumor sordo,
Y lanza nubes de rayos,
Acreciendo el alboroto.
"¡Alto, infames!—grita Mina,
"¡Alto!" y encontróse solo,
Ignorante del terreno,
Entre muertos y entre escombros.
Entónces mira en los cerros
El incendio, que horroroso
Tiende ráfagas de llama
Entre aullidos y destrozos.

La suerte le da salida,
Y despechado, y furioso,
En un apartado rancho,
Aislado, mísero y solo,
Recibe de un noble amigo
Oculto asilo y socorros.

ÚLTIMO ROMANCE DE MINA.

"Mal español, mal soldado,
"Mal hombre, mal caballero,
"¿Por qué me dais por lo plano?
"¿Por qué no me dejais muerto,
"Encubriendo lo salvaje
"Vuestra mengua y vuesto miedo?"
Así denostaba Mina,
Lleno de ardiente despecho,
A don Francisco de Orrantia
Que, su asilo sorprendiendo
Con más de quinientos hombres,
Acaba de hacerlo preso;
Brutal ultrajando al héroe
Y degradando su acero,
Pues soldado que al vencido
No guarda de hombre los fueros,
Vale mucho para esbirro,
Y es muy vil para guerrero.

Orrantia carga de grillos
Y humillaciones al reo,
Y lo conduce en Silao
De Liñan al campamento.
Liñan al Virey anuncia
El venturoso suceso,
Y el Virey manda que muerte
Se dé al importante reo,
Miéntras que dispone fiestas
Y eclesiásticos festejos,
Y hacen canto de venganza
El sacrosanto *Te Deum.*

Es el treinta de Noviembre:
Del *Bellaco* el alto cerro
Contempla al heróico Mina
Frente al suplicio tremendo,
Erguido, galano, hermoso,
Dulce, tranquilo, risueño.
El Padre Saenz le acompaña;
Se hace profundo silencio....
"No me hagais sufrir," encarga
Mina á sus verdugos fieros.
Truena la descarga horrenda,
Se levanta el humo denso,
Y se ve tendido en tierra
De Mina el cuerpo sangriento.

ROMANCE DE D. PEDRO MORENO.

Dedicado á mi querido amigo Apolonio Romo.

Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del *Sombrero*,
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los Lagueños,
Del rancho del Venadito
Escapa con bravo esfuerzo,
Despues de dejar á Mena
Entre sus verdugos preso.
¡Oh qué tremenda sorpresa!
¡Oh qué dolor! ¡oh qué duelo!
¡Qué bravura tan estéril
Y qué corazon tan negro
El que alentaba de Orrantia
Lo indigno y mal caballero!

Escapó medio desnudo,
Mas con su espada, don Pedro,
Esperando en una cueva
A su criado traicionero,
Que le vendió al enemigo
En vez de darle consuelo.
Aguardaba sus caballos
El bravo insurgente inquieto,
Cuando oye tropel confuso
Que se le acerca violento;
Eran los hombres de Orrantia
Que como lobos hambrientos
Se lanzaban á su presa
De ardiente furor rugiendo.
Moreno, altivo, orgulloso
Les esperaba soberbio,
Y los primeros que llegan
Quedaron á sus piés muertos.
Entónces aquellas fieras
Ceban en él sus aceros,
Y él relucha y acomete
Y rompe el terrible cerco,
Y derribado combate
Hasta el postrimer aliento,
Dejando á sus enemigos
Baldon, infamia y desprecio
Al dejarles el despojo
De su cadáver sangriento.

Orrantia manda que corten
La cabeza del guerrero,
La claven en una pica,
Y á Lagos la lleven luego,
Donde en alto la miraba
Triste é iracundo el pueblo,
Predicando Independencia,
De heroismo dando ejemplo,
En vez de servir horrible
De advertencia y escarmiento

ROMANCE DE CÓPORO.

LA MADRE DE LOS RAYONES.

(1817.)

I

Entregado á la borrasca
De sus tristes pensamientos,
Como el acíbar amargos
Y como la noche negros,
Don Ramon Rayon se encuentra
De Cóporo en el asedio.
Treinta veces vió á la luna
Reaparecer en los cielos,
Y en cada vez el destino
Se le mostró más adverso.
Se vieron como esperanzas
La matanza y el incendio,
Y la muerte y sus horrores
Llegaron á ser consuelos.

El bravo Martin Aguirre
Terrible estrechaba el cerco,
Y eran ruinas y cenizas
Los circunvecinos pueblos.
Entre espantosos escombros,
Entre despojos sangrientos,
Surgian medio desnudos
Animados esqueletos,
Con la locura del hambre,
Rabiosos por lo sedientos;
Mas con el fusil al hombro
Y oyendo el toque de fuego,
Se animaban entusiastas,
Honra y gloria dando á México.
En los terribles asaltos,
Aquellos héroes soberbios,
No teniendo municiones
Y de espadas careciendo,
Viendo acercarse el peligro,
Todos ira y todos nervios,
Se trepaban á las rocas,
Las socavaban intrépidos,
Lanzándolas como rayos,
Y con ellas descendiendo.
Miéntras tanto, entre las quiebras
De los peñascos tremendos,
Agonizante el herido,
Y agua con fervor pidiendo,

Moria junto á la madre,
Que hallando exhausto su seno,
Al verlo morir, rasgaba
Con ambas manos sus pechos....
Pero todo se olvidaba
Si alzando la vista al cielo
Se miraba la bandera
De Hidalgo, el ala tendiendo,
Como bendicion divina
Y como sublime premio.

II

EL HÉROE.

En reducida barraca
De ramas y rotos lienzos
Por el polvo y por la lluvia
Medio podridos y negros;
Con una tabla por mesa
Apoyada en unos leños,
Y con piedras y ladrillos
Formado inseguro asiento;
A la luz de una lumbrada,
Itermitente luciendo,
A Rayon se contemplaba
En hondo desasosiego,

Cual se revuelve en su jaula
Con fiebre el leon soberbio
Cuando burla sus furores
Implacable carcelero.
¿Cuál es la causa funesta
De tan horrible tormento?
¿Por qué á ese hombre de granito
Doblega el dolor intenso?
¿Por qué se alza enfurecido?
¿Por qué sucumbir le vemos,
Y se ve en sus ojos llanto
De la llama á los reflejos?
La causa dice esa carta
Que repasa veces ciento,
Y que la estruja y la deja
Y la sustenta con miedo,
Desgranando letra á letra
Su contenido siniestro.
En ella el Virey le dice
Sin precaucion ni rodeos,
"Que su hermano don Francisco
"En su poder se halla preso:
"Que si libertarlo quiere,
"Rinda Cóporo al momento;
"Y que si rehusa obstinado,
"El patíbulo tremendo
"Proclamará su dureza,
"Predecirá su escarmiento.

"¿Cómo—gimiendo decia—
"Al cielo inclemente plugo
"Que yo compulse al verdugo
"A verter la sangre mia?
"¿Cómo mirar su agonía?
"¿Cómo, con furioso intento,
"Entregarlo al escarmiento
"Con alma desapiadada,
"Hundiendo á mi madre amada
"En orfandad y tormento?"

"Si luchar es mi delito,
"Si exterminarte deseo,
"Ven á mí que soy el reo,
"A mí, ¡¡tirano maldito!!
"Más ¿por qué no solicito
"Yo solo tanto furor
"Apaciguar? ¿Y el honor?
"¿Y mi deber? ¿y mi ley?
"¿Qué hago, ofreciendo al Virey
"La vida de un desertor?"

"Pero ya hay sublevacion;
"Los tormentos infinitos
"Hacen que se pida á gritos
"Tregua y capitulacion.
"¿No me dice la razon
"Con su imperio soberano,

"Que no es proceder villano,
"Sino ántes un beneficio,
"Evitar el sacrificio
"De todos, y el de mi hermano?"

"¿Y abrigo tal pensamiento,
"Yo, Rayon, yo, el insurgente?
"¿Rompo el primero, demente
"Mi sagrado juramento?
"¿Este recinto sangriento,
"No le dirá á la Nacion,
"Un dia de redencion,
"Con imponderable grito:
"Huid del lugar maldito,
"Que aquí traicionó Rayon?"

Y callaba, y con braveza,
Y gemebundo, y sin habla,
Daba golpes en la tabla
Su atormentada cabeza.
De pronto, y con extrañeza,
Vió venir, poco distante,
Una sombra, sombra errante:
Se acerca.... duda.... se abisma;
Es cierto.... es su madre misma
La que está viendo delante.

Alta, pálida, terrible,
Como aparecida en sueño;
Ojo inmóvil, duro el ceño,
Cual de mármol, insensible.
Con acento imperceptible
Le dijo: "Ramon, no llores:
"Con tal que favor no implores,
"Estarémos de concierto,
" *Que yo quiero un hijo muerto,*
"Y no dos hijos traidores."

La vision despareció,
Y el héroe, recuperado,
Con un pulso sosegado
Tomó el papel y escribió:
"No quise decidir yo,
"Señor, de vuestros favores;
"A mi madre, en mis dolores
"Ví, y me dijo con acierto:
" *Llorar quiero á un hijo muerto,*
" *Y no á dos hijos traidores.*"

Y al saber esa respuesta
En el Olimpo sagrado,
Sonrieron *Guzman el Bueno*
Y la madre de los Gracos.

SEGUNDO ROMANCE DE CÓPORO.

LA RIFA DE LA MUERTE.

(1817.)

Más negra que la fortuna
De los tristes insurgentes,
Es la noche pavorosa
Que está mirando mi mente,
Y á Cóporo se distingue,
Cual noble toro, que suele,
Herido en el vasto circo,
Orgulloso mantenerse,
Aunque sienta que la vida
Envuelta en su sangre riegue.
Silenciosos centinelas
De trecho en trecho aparecen,
Cual de macizos pilares
Haciendo toscos relieves.

De cuando en cuando se animan
Y un flaco brazo se mueve,
Dando el fusil en la tierra
Para que sordo resuene,
Y ronco el alerta diga
Y exacto el alerta exprese.
Es el silencio tan hondo,
Que remeda el de la muerte;
Y ni rumores lejanos
Ni bullidoras corrientes,
Ni el ladrar de can inquieto
Hacen que el eco despierte.
Las lumbradas moribundas
En las cenizas perecen,
O bien la cárdena llama
De algun leño que se enciende,
Alumbrando los semblantes
De los que allí cerca duermen,
Y que muertos insepultos
Por lo extenuados parecen.
Don Ramon Rayon, en tanto
En su tienda permanece,
Abrumado, silencioso,
Sin esperanza y doliente.
De saber el triste acaba,
Que unos soldados y jefes
Por capitular conspiran,
Y proceder tan aleve

El corazon le destroza
Y le barrena las sienes.
Y es la situacion tan negra,
Y el dolor es tan perenne,
Y hace el hambre tal estrago,
Que se le envidia al que muere,
Y á quien con su propio llanto
Logra el labio humedecerse.
Sofocándole la pena,
Aire codicia, aire quiere,
Y se sale de su tienda,
Porque enloquecerse teme.
Cual sombra, el campo recorre,
Cauto avanza, y se detiene
A orillas de precipicios
Que aquella plaza guarnecen,
Y que forman con las rocas
Inaccesibles paredes.
En una arruga que abriga
Unos tulares agrestes,
Oyó cual rumor siniestro,
Que acento humano parece.
Acércase sin ser visto,
Paso y aliento contiene;
Apénas se oyen las voces,
Y son voces de mujeres.
Se arrima, y escucha claro
La discusion que mantienen ....

Cual quien escucha á sus plantas
Víboras de cascabeles:
Escuchemos lo que dicen,
Aunque no pueda creerse.

"¡Oh! no es que cobardes esquiven la lucha,
"¡Oh! no es que volubles no quieran sufrir,
—Exclama el acento;—pero es que destroza
"El alma, sin lucha, por hambre morir."

"Y bien—otro acento con ira replica—
"¿Verémos nosotras al fiero español
"Triunfante, y aquellos que tiernas amamos,
"Besando sus plantas sin patria ni honor?

"Perezcan primero, primero incendiemos
"El parque, primero muramos aquí;
"Primero lanzados á mútua matanza
"Salvemos nuestra honra con cruel frenesí."

Y erguida muchacha de suelto cabello,
De rostro de arcángel, de pálida tez,
Con ojos que rayos despiden ardientes,
Y acento que suena con raro poder:

"Rifemos las vidas, señale la suerte
"Quién es de nosotras quien deba morir;
"Sus miembros, sagaces cual vianda sirvamos,
"Y así lograrémos el hambre extinguir.

"Seré la primera."—Y entónces la llama
De oculta lumbrada su rostro mostró,
Augusto, terrible, feroz, dominante,
Con todo el prestigio de maga vision.

Aquel pensamiento se acoge entusiasta:
"Juremos.... Juramos....—el eco repite—
En ser la primera cada una compite....
"¿Mañana?".... Mañana funesto gimió....
....

Volvió espantado á su tienda
Rayon, miró sus papeles,
Y anudó contestaciones
Que ántes rechazó valiente,
Y que de Cóporo altivo
Determinaron la suerte....
Despues traidor le llamaron
Hombres villanos y aleves
Al mirar sobre sus canas
La còrona de los héroes.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL GIRO.

(1819.)

Aquel Giro temerario
De los serviles azote,
Al embestir, cual torrente,
Y en la resistencia bronce;
Aquel adalid tremendo
Que en las batallas atroces
Giraba cual las gaviotas
Al soplar los recios nortes;
Aquel de quien dijo el pueblo
Rebosando de emociones:
"Para este no nació gallo;
"Donde él pinta no hay quien borre,
"Es la flor de los valientes
"Y el orgullo de los hombres;"
Éste, tras duras derrotas
Y de infortunios sin nombre,

Huyendo de Bustamante
Y de sus huestes feroces.
En la profunda barranca
De *Laborcilla* ocultóse,
Que es de Santa Cruz vecina
Y que muy pocos conocen.
Forman la barranca horrenda
Quiebras y piedras enormes,
Y un torrente sus entrañas
Con sordo rumor recorre.
Allí don José Castillo,
Que es alférez de dragones,
Encontróse con el Giro,
Y allí la lucha trabóse.
Era Castillo esforzado,
Alto, fuerte como el roble,
Extremado cual ginete,
Y en las armas de renombre.
El Giro es un indio altivo,
De triste y humilde porte,
Pero en sus ojos se advierte
La llama de los leones,
Y en su *cuaco* se trasforma
En terrible y en feroce.
Se acometen con la espada
Luego que se reconocen,
Y al chocarse formidables
Ambos aceros se rompen.

Revuélvense los corceles,
Iracundos y veloces,
Al borde de los abismos
Que miedo en las almas ponen,
Y de las agudas lanzas
La sangre abundante corre.
El prieto que monta el Giro
Un instante resbalóse;
Eso aprovecha Castillo,
Y asestando un fuerte golpe,
Sepulta al Giro su lanza
Hasta cerca de los topes.
Al verlo tendido en tierra
Fué á llamar á sus dragones;
Miéntras el Giro relucha,
La horrenda lanza zafóse,
Y á su contrario provoca
Con muy iracundas voces.
De nuevo torna Castillo;
La lid de nuevo empeñóse;
El Giro está agonizante,
Pero de pronto incorpórase,
Y al implacable contrario
Fiero el pecho atravesóle.
Los soldados, que esto vieron,
Dan al Giro aleves golpes,
Gritando: "ríndete, infame;"
Pero el Giro les responde:

"¡Que viva la Independencia!"
Al morir, como los hombres.
Disponen que su cabeza
A Salamanca trasporten,
Donde vió la luz primera
Este patriota sin nombre,
Cuya fama y cuyos hechos
Decir debieran los bronces.



EL GENERAL D. VICENTE GUERRERO.

Copiado de un retrato hecho por el pintor frances Paris en 1822
y que posee el General Don Vicente Riva-Palacio.



ROMANCE DE GUERRERO ÚLTIMO INSURGENTE.

(1817.)

Cual sucumben los estribos
De la reforzada presa
Al empuje de las aguas
Que al embestirla se estrellan,
Lo que queda en pié minando
Y escurriendo por sus grietas;
O como riegan el suelo
Los gigantes de la selva
Al derribarlos el viento,
Desparramando la yerba;
Así se mira á los libres,
Tal sus campos se contemplan,
Llamando por los serviles
Al estrago y la miseria.
Veinte años no cuenta el siglo
Que hoy caduco nos alienta,

Y ocho sangre de patriotas
Bebió implacable la guerra.
Apodaca, afortunado,
Como íris de paz ostenta
La bandera de la España
Empapada en sangre nuestra,
Y con los làuros del héroe
Los verdugos se pasean.
Y sólo uno, un solo punto
Surge como una protesta.
Contra la ciega fortuna
Y en pro de la independencia.
Como de inundado valle
En la accidentada cuenca,
Grande, impasible, robusta
Se levanta una eminencia
Brindando asilo á los hombres
Que valerosos intentan
Dominar á los torrentes,
Aunque en la lucha perezcan.
Y el héroe que en ese fuerte
Tiene en alto la bandera,
Emblema de la esperanza
Y de nuestra gloria emblema;
El que en medio del conflicto
Mantiene alta su cabeza,
Coronada de esperanzas
Que como astros reverberan,

Es el inmortal Guerrero,
El del Sur flor y presea,
El leon en las batallas,
El clemente despues de ellas,
El grande entre todos grande
Por su constancia y modestia.
Si el infortunio le ensalza,
Le engrandece la miseria;
Y cuando alumbra de su alma
La imponderable grandeza,
El odio mismo enmudece,
La calumnia le respeta,
Y el Virey siente humillada
De su raza la soberbia.
¡Oh! que no se extinga el faro
Que su diva luz proyecta
Sobre las revueltas olas
En medio á la mar inmensa.
¡Oh! que no se hunda esa tabla
Juguete de las tormentas
En que están nuestros penates
Expulsados de la tierra.
Unas veces la derrota
La corta legion dispersa;
Otras la reune animosa
Y de gloria reverbera....
¡Guerrero.... Guerrero ilustre,
Dios tus esfuerzos sostenga!

Nave en que nuestros derechos
Custodia la Providencia,
¡Dios te dé seguro puerto
En borrasca tan deshecha!
Y el héroe, impávido, solo,
Con los suyos se presenta,
Cual promontorio de rocas
Que en medio á la mar se ostenta
Burlando los huracanes,
Desafiando las tormentas.
Tu aislamiento será gloria,
Y gloria que no perezca,
Cuando el *único* la Historia
Te señale justiciera.

ROMANCE DE D. PEDRO GUERRERO.

I

Por la accidentada orilla
Del inconstante Mexcala,
De sombras llena la frente
Y de dudas llena el alma,
Marcha don Pedro Guerrero,
Que la Capital dejaba
Por la mision importante
Que recibió de Apodaca
De que convirtiera á su hijo
A la causa de su patria,
Ofreciéndole tesoros,
Honores y bienandanza
Como al Rey se sometiese,
Como dejara las armas.
Era don Pedro un anciano
Venerable y de noble alma;

Pero su dios en la tierra
Era el Rey, á quien amaba,
Porque ántes que todo el mundo
Era su créencia cristiana,
Y la insurgencia era vista
Cual por demonios fraguada.
A veces su amante pecho
Abrigaba desconfianzas,
Porque conoce de su hijo
La firmeza sobrehumana
Con que domina las penas,
Y la miseria y las balas.
A veces le alienta grato
El prestigio de sus canas,
Su ternura y rendimiento,
Los recuerdos de su infancia,
El poder que siempre tuvo
Sobre su hijo su palabra
Al bendecirlo amoroso
Y trémula por las lágrimas.
Y así, en sus cavilaciones,
Sigue y detiene su marcha,
Hasta que ve á los soldados
Que guarnecen Tlacotalpam,
Y los que al reconocerlo
Mandan que se toquen dianas.
El centinela, afectuoso,
Grita alegre: "¡Los de guardia!"

Y de boca en boca cunde,
Y rápida se propaga
La nueva de que don Pedro
Viene á honrar aquella plaza.
Con el sombrero en la mano,
Respetuoso, sin espada,
Sale á su encuentro Guerrero,
Con gran ternura le abraza,
Y circundado de bravos
Que al hijo y al padre ensalzan,
A la sombra de una ceiba
Don Pedro y su hijo se instalan.
En el hijo ¡qué atenciones!
¡qué comedidas palabras!
En el padre, gravedoso,
¡Cuánto amor y qué confianza!
Todo en la tropa es contento,
Todo en el campo son frascas,
Todo es júbilo en los pechos,
Todo placer en las almas,
Todo obsequios al anciano,
Que de placer rebosaba.

II

En un momento oportuno,
Luego que creyó don Pedro
Que de cumplir su mandato
Era la sazon y el tiempo,
Aparte llamando á su hijo,
Y con aire de misterio,
Le dijo: "Yo sin testigos
" Estar un instante quiero" ....
Fuéronse los circunstantes,
Tosió dos veces don Pedro,
Limpió el sudor de su frente,
Y entrecortado el acento,
Así le habló conmovido
Al insurgente Guerrero:

III

" Hijo de mi alma, si acaso
" Mi palabra mal te suena,
" No castigues con tu pena
" Mi cariño paternal;
" Que á fe de cristiano juro,
" Que sólo quiero tus bienes,
" Y que pusiera en tus sienes
" Una corona imperial."

"Me vas á escuchar contento,
"Con bondad y con cariño,
"Como cuando tú eras niño
"Y era tu *tatita* yo.
"Como cuando entre mis brazos
"Alegre te suspendia,
"Y en el aire te mecia
"Riendo dichosos los dos."

"Bien sabes que en esta vida
"Otorgué siempre la palma
"A la salvacion de mi alma
"Desde mi tierna niñez.
"Y mis padres me enseñaron,
"Con un incansable anhelo,
"Que si Dios manda en el cielo,
"En la tierra manda el Rey."

"Así seguí, y me aconseja
"Incesante la conciencia,
"Que en esa santa creencia
"Debo vivir y morir.
"Tú, señor de tu albedrío,
"Has pensado de otro modo,
"Vicente, y no sabes todo
"Lo que he sufrido por tí."

"Yo en las filas de los leales,
"Tú el obstinado insurgente:
"¿Al amado, al obediente,
"Enemigo contemplar?
"¡Cuántas veces, escuchando
"En las tremendas campañas
"Tu grandeza y tus hazañas,
"Me oculté para llorar!"

"Al mirar cediendo todo
"Del Virey á la hidalguía,
"Más honda en mi alma sentia
"Tu firmeza pertinaz.
"Al fin Dios oyó mi ruego,
"Y aquí me endilgó piadoso,
"Trayendo, padre amoroso,
"Noble mensaje de paz."

"Me llamó el Virey, y dijo:
"Don Pedro, tu hijo Vicente
"Es patriota y es valiente,
"Aunque lo ciegue el error.
"Bríndale perdon y honores,
"Preséntale la riqueza
"Ofrecida con nobleza
"Hija de tu corazon."

"Sabes tú cuánto le debo
"Al amor de mi familia;
"Sabes que me reconcilia
"Con la vida mi ilusion.
"Sabes que una nueva aurora
"En mi hogar miro brillando,
"Do está tu madre llorando
"Con una hija de mi amor!"

"¿Sabes lo que mi alma siente
"Al descubrir mi esperanza
"En risueña lontananza,
"La tumba casi al pisar?
"A tí, mi sosten querido,
"De mi huerto en el sembrado,
"Frente al cementerio amado
"Donde tus padres están."

"No vaciles, que entregada
"A tí mi alma comovida,
"Te está pidiendo la vida
"Y tu propia salvacion.
"Un instante, un solo instante
"Has tu capricho pedazos,
"Y ven contento á mis brazos,
"Hijo de mi corazon!"

Y el viejo cayó de hinojos,
Y tendiéndole los brazos,
Hace que el llanto le explique
Lo que no pueden los labios:
Guerrero, que idolatraba
A tan venerable anciano,
Que contuvo sus sollozos
Miéntras duró su relato,
Al mirarlo de rodillas
Le alzó, de angustia temblando,
Y de lágrimas y besos
Cubrió sus callosas manos.
Despues de un corto silencio
Y ya repuesto algun tanto,
Así prorumpió Guerrero,
Su honda emocion dominando:

"Padre y señor, al acento
"De esa tu voz dolorida,
"Siento que sangra mi vida
"Bajo el filo del tormento.
"Quisiera darte contento,
"Pero darlo causa horror,
"Y escucho que en mi interior
"Mi alma me grita:—"Guerrero,
"El honor es lo primero;
"Quédate en paz con tu honor."—

"Yo idolatré en tu bondad
"De niño, en mi juventud,
"Y fué mi sol la virtud,
"Porque tú eras mi deidad.
"Pero amo la libertad
"Y odio la coyunda ibera;
"Déjame, señor, que muera
"Con mi causa y con mi gente,
"Como intrépido insurgente,
"Abrazado á mi bandera."

Y no pudo proseguir
El héroe, porque el quebranto
Su voz anegaba en llanto
La palabra al balbutir.
Vióse á don Pedro partir
Con fiera resolucion;
Y á solas, con emocion
El caudillo repetia:
"Cuánto le amo, ¡oh Patria mia!
"¡Si vieras mi corazon!"

ROMANCE DE LA JURA DE LA CONSTITUCION.

(1820.)

Con clarines y atabales,
Alcaldes y Regidores,
En caballos enjaezados,
Con apostura y en órden,
Entre estruendosos repiques,
Y al retumbar los cañones,
Se dirigen á Palacio,
Adonde el Virey dispone
Recibirlos con gran pompa,
Entre plebeyos y nobles.
El frente de su Palacio
Como nunca, se vió entónces:
Un espléndido tablado
Que tocaba á los balcones,
Con cortinas de Damasco,
Con candelabros de bronce,

Con espejos colosales
Y con guirnaldas de flores;
Con versos en que ensalzaban
A los libres españoles,
Rebosando en entusiasmo
Y en viles adulaciones.
La gente llena la plaza
Y está hormigueando en las torres,
Hace muro en las alturas
Y guarnece los balcones.
De pronto reina el silencio,
Alguno en alto se pone
Y da lectura á la carta
Que encierra las ilusiones
De los desdichados pueblos
Que entre sus luchas atroces
Ven de pronto desarmados
A sus crueles opresores.
Pueblan los vivas el viento;
La dicha en las calles corre;
Del Obispo en el Palacio
La lectura repitióse,
Y las músicas marciales
En himnos ardientes rompen.
Llueven desde los tablados
Los pesos y los doblones,
Y los chicos, y los viejos,
Las mujeres, y los hombres,

Cogen del maná la lluvia
Y su cosecha recogen.
Los liberales distinguen
Un porvenir de esplendores;
Los serviles ven herejes
En llanuras y rincones,
Y la rabia los devora
Y el odio el alma les roe.
Bufa de furor intenso
La nobleza de abarrotes,
Y la gente de sotana
Bílis riega á borbotones.
Como buitres espantados
Vuelan los inquisidores,
Sin saber ni dónde han ido
Los que más les reconocen.
De duelo están los esbirros,
Atónita está la Corte:
A los llamados herejes
Se les abren las prisiones,
Y en el cielo de las almas
Aparecen los albores
Que vierte la prensa libre,
Escudo y gloria del hombre.
Pero ¡ay! que alguno percibe
Entre los divinos goces,
Un punto negro, que pronto
Será mina de traiciones,

Y es guarida de serviles,
Y es alfolí de rencores....
Mas que tal vez en provecho
La suerte propicia torne,
Trayendo la Independencia
Con admiracion del orbe.

ROMANCE DE ITURBIDE.

(NOVIEMBRE DE 1820.)

Platicado han, largo trecho,
Iturbide y Monteagudo;
El uno audaz y ambicioso,
El otro servil y astuto.
Ambos quieren á Fernando
Darle poder y refugio,
La Constitucion tornando
En vil irrision y en humo.
Audaz el uno propone,
De su genio á los impulsos,
Del Virey apoderarse
Con engaño y sin tumulto,
Y hacer que acepte sus planes
De los que es amigo oculto.
El otro piensa, vacila,
Y se marcha irresoluto,

Dejando al bravo guerrero
Exasperado y confuso.
Pasan dias . . . . y en Palacio
Está el Virey taciturno
Porque Armijo le renuncia
Del Sur el mando absoluto,
Faltándole un firme apoyo
En tan peligroso rumbo.
En el Sur está Guerrero,
Que es como postrer reducto
Que abriga á los insurgentes
Y que propaga su influjo.
Tambien está Pedro Asencio,
Que es de Guerrero segundo,
Y que activo se aparece
Por los más distantes puntos,
Sembrando terror y espanto
Con su espada y con los suyos . . . .
Cruzaba como luz fatua,
Ya indeciso, ya exabrupto,
Ya en la cima de los montes,
Ya entre los bosques oscuros,
Cayendo como panteras
Sus hombres, medio desnudos,
Sobre realistas, que esparcen
Por doquier terror y luto.
Pide Apodaca, turbado,
Su consejo á Monteagudo,

Y éste, diestro le señala
Como el apropiado y único
Para reemplazar á Armijo,
A Iturbide, al que con gusto
Llama el Virey; su confianza,
Entrégale sin escrúpulo;
Del mando en Jefe le inviste;
Y él falaz, y él con orgullo,
Despues de haber protestado
Que hace sacrificio sumo,
Y decir que se consagra
Todo á su Monarca augusto,
Sale, dejando á Apodaca
Lleno de placer profundo,
Llevando en el alma engaños
Que iluminan su futuro.

[redacted]

ROMANCE DE LA PROFESA.

(1820.)

Miéntras á México espanta,
Miéntras á Mexico incendia
La Constitucion de España,
Que al mismo tiempo comentan
Unos como don del cielo,
Otros plaga de esta tierra,
En el Oratorio Santo
Que llaman de la Profesa,
Donde el servil retroceso
Se respira desde á legua;
Donde el fanatismo ciego
Se mira desde las puertas;
En donde están los pecados
Hechos sapos y culebras, [1]

1 Alusion á los cuadros estúpidos de la portería de la Profesa.

Y donde el claustro se ha vuelto
De conspiradores cueva.
Está en lugar separado
Una amplia y cómoda celda,
Que á no ser su humilde entrada
Pudiera llamarse régia.
Baldoquin con Santo Cristo,
Pantallones de Venecia,
Camapés de rico tripe,
Sillones de caoba y seda,
Estante con pergaminos,
Sobre el estante la beca,
Y el bote de hoja de lata
Con las borlas de la ciencia.
Al medio, mesa maciza
Con soberbia papelera,
Con velador y tintero,
Arenilla y falsa regla;
Y en el centro y á sus lados,
Dos sillones de vaqueta.
En el momento en que estamos,
El humo nubla la pieza:
Casacones y sotanas
En revolucion se encuentran;
Los unos vierten conjuros,
Otros vomitan blasfemias;
Cada bonete parece
Que está coronando un Etna,

Y aturde el ruido de voces,
Y aturden las toses secas;
Hasta que se oye un acento
Que autoritativo impera
Y que el órden restablece
Desde el centro de la mesa.
Al resonar la palabra
Se vuelve la concurrencia,
Y ve al doctor Monteagudo
Con su cara amarillenta,
Que es el alma de la junta
Por su poderosa influencia.
Allí está el doctor Tirado,
Ex-inquisidor de cuenta,
Y Bataller, sanguinario,
El de corazon de hiena.
Allí hay varios españoles
Notables por su riqueza,
Y notables porque tienen
De pedernal la mollera.
Pero los que más abundan,
Más arden, y más altercan,
Son los santos sacerdotes,
Que, hechos áspides y fieras,
La Constitucion maldicen,
En derribarla se empeñan,
Y el veneno justifican,
Y los puñales aprestan,

Ofreciendo al mismo crímen
El cielo por recompensa.
"El Plan—dice Monteagudo—
"Es que el Rey Fernando venga,
"Y aquí se salve y nos salve,
"Y salve á la Santa Iglesia:
"Que perezcan los herejes
"Que de nuestro Dios blasfeman;
"Que ese Código maldito
"Entre las llamas perezca
"Con sus perversos autores,
"Luto y mengua de la tierra."
"¿Y el ejército—pregunta
Alguno—es de gente nuestra?"
Una ronca voz responde.
"¿Y el Virey?"—Otros contestan:—
"Ayer formó en estas filas,
"Y aunque afecta otras creencias
"Constitucion protegiendo,
"El plan está en su conciencia,
"Y es su adoracion Fernando
"Y su libertad desea."
"Pero ¿quién es el caudillo
"Propio para tal empresa?"
Exclama el doctor Tirado,
Con voz trémula y perpleja.
El murmullo se levanta,
Brotan nombres por doquiera,

Surgen mil candidaturas
Que naciendo se desechan.
Una voz clama: "Iturbide."
Y al instante que resuena,
Los unos en pié se ponen,
Otros su entusiasmo muestran,
Otros estallan furiosos
Como en medio á la pelea,
Y se deja ver el fuego
De las almas que se incendian.
"¿Aprobado?—Monteagudo
Grita. Responden:—"Se aprueba,"
Conviniendo en que el proyecto
Ponga en planta la prudencia.

ROMANCE DE PEDRO ASENCIO.

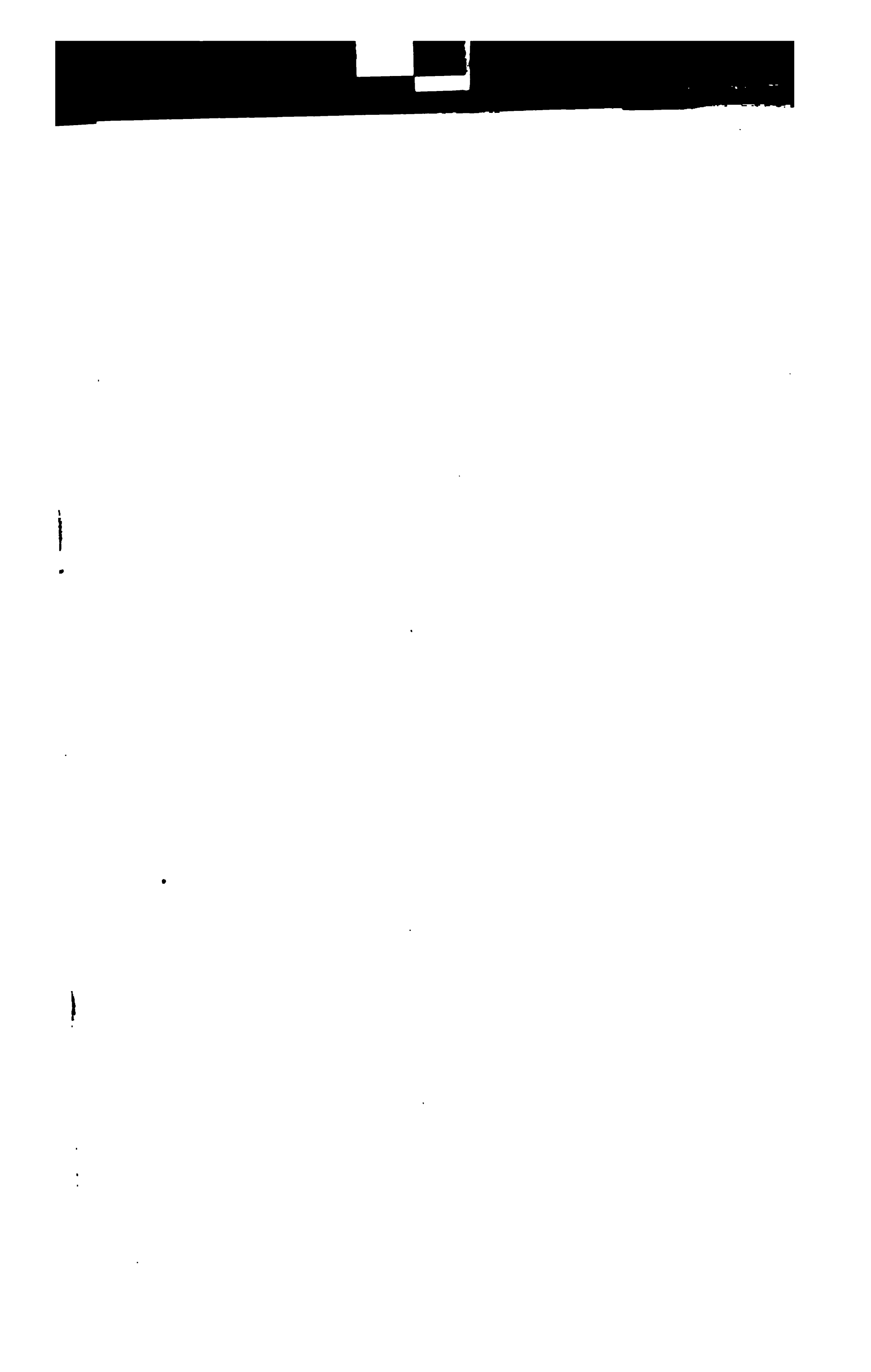
(TLATLAYA 1820.)

Lacio cabello, alta frente,
Moreno, los ojos negros,
Flaco, nervudo, expedito,
El cuerpo más bien pequeño,
Pero soberbio y erguido,
Era el bravo Pedro Asencio,
Amado de sus valientes,
Idolatrando en Guerrero,
No dejando á los realistas
Ni que tomaran resuello.
De las fuerzas de Iturbide
Se pone en constante acecho,
Cual tigre que entre las ramas
Se esconde de árbol espeso
Y deja venir su presa
Para asaltarla mañero

Cuando esté más descuidada
Y se haga de ella más dueño....
Así esperaba en Tlatlaya
Al realista el bravo Pedro,
En una intrincada sierra
Llena de horribles tropiezos,
Surcada de hondas cañadas,
Dominada de altos cerros,
Con escabrosas veredas
Y abismos que causan miedo....
Deja pasar la vanguardia
Que manda Iturbide mesmo;
Con Quintanilla á su frente
Espera que pase el centro,
Y al llegar la retaguardia
Con un González intrépido,
Que de los suyos incauto
Aislado quedaba y léjos,
Desde el alto de los montes
Grita el insurgente: "¡Adentro!!"
Y peñas y troncos de árbol,
Entre torrentes de fuego,
Con los surianos valientes
De las alturas cayeron.
Los realistas, iracundos,
Hacen heróicos esfuerzos,
Mas al abismo rodaban
Al empuje de los nuestros.

Alza el incendio su llama,
Amontónanse los muertos,
Y sobre ellos, como furia
Se levanta Pedro Asencio,
Chorreando sangre su espada,
En un bridon como el viento,
Muerte y terror propagando,
Muerte y terror difundiendo.
Sólo Brito y tres soldados
En la lid no perecieron:
En vano vuelve Iturbide
En ira y despecho ardiendo;
En vano de Quintanilla
Los soldados acudieron;
En vano Davis Bradburen [1]
Valiente sostiene el centro.
La derrota consumóse,
Y los entusiastas ecos
De los vivas á la Patria,
Y los vivas á Guerrero,
Brotaron de las montañas,
Con gloria de Pedro Asencio.

1 El apellido es *Brad–burn*, pero en general se pronunciaba como está escrito.



OMANCE DE LOS ADICTOS Y DE LA CUEVA DEL DIABLO.

(ENERO, 1821.)

Como al despuntar la aurora
Tras la terrible borrasca,
Cielo azul y blancas nubes
Los horizontes aclaran,
Y las cantadoras aves,
Rompiendo los aires pasan,
Mensajeras de contento,
A las regiones lejanas,
Así el Sur abandonando
Y dejando sus montañas,
Los enviados de Iturbide
A todos rumbos se lanzan
Llevando *la buena Nueva*
De la Independencia santa.

En Valladolid consigna
Quintanar tan sólo aguarda;
Cortazar y Bustamante
A Guanajuato preparan;
En México, Navarrete,
El clero y personas varias
Se agitan, sin que perciba
Sus maniobras Apodaca;
Mas no el pueblo, que distingue
Con su instinto, que algo pasa
Que alegra los corazones
Y vivifica las almas.
Así cuando el aura leve
Húmeda en los campos vaga,
Alzan su cuello las flores,
Abren sus hojas las plantas
Presintiendo las caricias
De las bienhechoras aguas....
Entretanto, Pedro Ascencio,
Que las cosas ignoraba,
Del cerro de la Goleta
Hace un fuerte, que derrama
Por donde quiera el espanto
Cual ígneo volcan sus lavas.
Berdejo, que le persigue,
Le azuza; la lid se traba,
Y de la Cueva del Diablo
Pedro Asencio se dispara.

La luz se envuelve en el humo,
Corre sangre en las cañadas,
Llevan los aires gemidos,
Despojos van en las aguas,
Las peñas tiemblan al trueno
Y á los gritos de venganza.
Berdejo al fin se retira
En cuanto las sombras bajan.
Oyendo de los de Asencio
Los vítores y las dianas.
La nueva sabe Iturbide,
Y ocultando la desgracia,
A su Secretario dicta,
Grave y tránquilo, dos cartas.
En la una le desfigura
Los sucesos á Apodaca,
Diciendo que la victoria
Himnos en su campo canta.
En otra, invita á Guerrero
A tratarse de palabra,
Jurando que todo cede
En honra y bien de la Patria;
Y parece tan sincero,
Y con tal franqueza le habla,
Que no pudiendo Guerrero
Dominar sus desconfianzas,
Comisiona á Figueroa
Para que á su nombre vaya

A entrar en negociaciones;
Pero severo le manda
Que no comprometa su honra
Ni la lealtad de su espada.

ROMANCE DE ITURBIDE.

(ENERO, 1821.)

"Mal caminas, Iturbide,
"Bravo Agustin, mal te portas;
"Los pueblos no se subyugan
"Con cañones ni con pólvora,
"Y do la justicia impera,
"Las armas á veces sobran.
"Del empuje de Guerrero
"Ya te hablaron dos derrotas;
"La de Tlatlaya reciente
"Y la de don Cárlos Moya.
"Y aunque la suerte inconstante
"Te acordara cien victorias,
"El poder de la conciencia
"Jamas la fuerza sofoca."
Así la razon hablaba
A Iturbide, que á sus solas

Forma planes de campaña
Para que venzan sus tropas.
La razon al fin domina,
Duda, piensa, reflexiona,
Y al noble á Guerrero escribe
Una carta cautelosa
En que le brinda el indulto,
En que le aclama patriota,
En que le prodiga astuto
Las flores de la lisonja,
En que le promete honores
Y riquezas amontona,
Y en que le pinta invencibles
A las armas españolas.
Guerrero ve con desprecio
Tan artificiosa nota,
Y le manda que conteste
A don José Figueroa,
Quien le replica indignado
En el tono de la cólera:
"¡Cómo! yo ser indultado?
"¿Pues qué no sabeis mi historia?
"Si sois tan buen mexicano,
"Si es cierto que sois patriota,
"Imitad en vuestra patria
"Lo que hace el grande Quiroga,
"Que ántes que á su rey, defiende
"La independencia española."

Vió la respuesta Iturbide,
Y de pronto se sonroja;
Mas despues, reflexionando
Lo que á sus planes importa,
Deja la carta á la vista
Para escribir otra y otra.

ROMANCE DE ITURBIDE Y FIGUEROA.

(1821.)

A Figueroa, sesudo,
Que representa á Guerrero
Para entablar amistades
Y para firmar convenios,
Su plan le muestra Iturbide,
Que en Iguala admirarémos,
Como lábaro divino
Y como sol de los pueblos.
Y Figueroa, fijando
Su mente en el bien supremo
De la santa Independencia,
Deja lo demas al tiempo,
Que las alianzas forzadas
Y los tesoros del clero,
Al fin pasan, como pasa
Todo lo falso y lo incierto.

Tal Figueroa presiente
Que coopera á un bien excelso:
Reduce todo su pacto,
A nombre del gran Guerrero,
A la adhesion de sus fuerzas
Al heróico movimiento;
Mas prohibiéndose tirante,
Con un ánimo resuelto,
Que no se llame *indultados*
A los que así se adhirieron,
Porque Iturbide es quien viene
A su causa y á su puesto....
La resolucion tomada
Los insurgentes supieron,
Y sin odios ni rencores,
Reunidos tres mil quinientos,
Sin jactancia, sin dobleces,
Con Iturbide se unieron,
Llena de confianza el alma
Y sin doblegar el cuello.
Alegre, ufano Iturbide,
Saluda á sus compañeros:
Luego se hace de una imprenta
Para dar la vida al verbo:
Furlong, el de la Profesa,
Es quien la procura en México.
El Plan al fin nace al mundo,
El Plan al fin rompe el viento;

Magan y Monroy le llevan
De la patria á los extremos.
La conducta de Manila
Que confió noble el comercio
A la lealtad de Iturbide,
Le procuró los dineros,
Y todo listo quedaba
Para asegurar el éxito.

Alaman, el que á Iturbide
Alza á veces á los cielos;
El que afirma que merece
Unico la honra y el premio,
Cuando narra en tono helado
Tan singulares sucesos,
Dice: "abusó de Apodaca,
" Burló al noble caballero:
" Las armas que se le fiaron,
" Las tornó contra el Gobierno;
" En sus manos los caudales
" Humo y nada se volvieron."
Si ese es de Alaman el juicio,
Nosotros ¿qué pensarémos?
Que si curan graves males
Acaso activos venenos,
La traicion siempre es odiosa,
Siempre el veneno es veneno.

ROMANCE DE IGUALA.

(FEBRERO, 1821.)

Como de púrpura y oro
Se reviste el horizonte,
Formando como un incendio
A la espalda de los montes,
Para anunciar la salida
Del rey de la luz del orbe,
Así se anuncia la dicha,
Así el contento recorre
Los campos y las montañas,
Las cañadas y los bosques....
Y es que se alegran las almas
Con los primeros albores
De la augusta Independencia
Que surge en aquellos montes,
Dándole vida á los pueblos,
Revindicando á los hombres.

La luz es como más clara,
Tiene el sol más resplandores,
Prorumpen en dulces himnos
Las campanas de las torres;
Patria parece que aclaman
Los belicosos cañones,
Y que árboles y peñascos
Se dotan de humanas voces.
Marco ardiente se levanta,
Y se engalana y compone,
Bajo verdes tamarindos,
Coronándose de flores.
Era la tarde serena,
Y á Iturbide distinguióse
En su corcel arrogante
Que envidia en los vientos pone;
Esbelto, rubio, garrido,
Ganando los corazones;
De adalid en su apostura
Y de caballero el porte.
Descuella en medio á los jefes
Como entre arbustos el roble,
O cual suele distinguirse
Sobre gigantescos montes
La nieve de los volcanes
Que á todo se sobrepone.
Está la tropa tendida,
Enmudecen los tambores,

Toca atencion la trompeta,
Y la voz del héroe se oye.
Manda á don Francisco Hidalgo
Y al capellan, que se asocien,
Y que llamando los cuerpos
En confusion y sin órden,
Con firmeza y reverencia
El juramento les tomen,
Como él hizo con los Jefes,
Con fórmula que conocen.
Reina silencio profundo,
Las sordas pisadas se oyen,
Y á cada cuerpo se dice
Con acento que se impone:
" ¿Jurais la Religion Santa
" Defender?" y—*sí*—responden.
" ¿Y jurais la Independencia
" Defender?"—y ardientes voces
" *Sí*—repiten.—"La concordia
"Jurais con los españoles?"
" —*Sí* juramos"—generosos
Contestan los corazones,—
Y dar el trono á Fernando
Con privilegios y honores;
El todo, la independencia,
Que ella todo lo compone.
Cuando acabaron las tropas,
Iturbide adelantóse,

Y con la voz conmovida
Dijo estas palabras nobles:
"Vuestro empeño, ¡oh compañeros!
"Será admiracion del orbe:
"La fama de vuestras glorias
"Hará eternos vuestros nombres.
"Con ser vuestro compañero
"Alta recompensa dóyme,
"Y juro no abandonaros
"Ni dejar vuestros pendones
"Miéntras me anime la sangre
"Que hora por mis venas corre,"
Los soldados, entusiastas
Gritan mil vivas entónces:
Reverbera el regocijo,
Vuelven á tronar los bronces,
Agítanse las banderas,
Cohetes los aires rompen,
Y las montañas repiten
En ecos atronadores:
"¡Que viva la Independencia,
"Que la gloria la corone,
"Trayendo vivos recuerdos
"De los héroes de Dolores!"
La música de Celaya,
En deliciosos acordes
Marchas entona ardorosas,
Y sus ecos triunfadores

Propagan como un hechizo
De encantos y bendiciones,
Y hace al noble *Plan de Iguala*
Prez y orgullo de los hombres
Al ostentar su bandera
Del arco–íris los colores.

ROMANCE DEL PLAN DE IGUALA.

(1821.)

Como al descender las aguas
En el llano se represan,
Y se estancan ó se escurren
Por extraviadas laderas,
Tornándose en infecundas;
Mas luego que toman fuerza
Abren al curso ancho cauce,
Hirvientes mojan la tierra,
Vistiéndole los colores
De la alegre primavera,
Sonando por todas partes
Sus lisonjeras promesas,
Música de las cabañas
Y de las ciudades fiesta,
Tal los primeros momentos
Fueron de la Independencia.

El pabellon de los libres
Aislado primero ondea;
Inmóvil está Iturbide,
Y las tropas se desertan;
Mas se miran claros cielos
Que dejan las nubes negras,
Donde irradian como soles
Encantadoras estrellas....
Entónces el primer jefe
Del Sur, marcharse proyecta;
Pero á Guerrero ante todo
En Teloloapam espera,
Y allí fué el sitio dichoso
De su entrevista benéfica.

ROMANCE DE LA ENTREVISTA.

(1821.)

I

Con desgarrados vestidos,
El pié desnudo en el suelo,
Y como en vellones toscos
A los ojos los cabellos;
Al hombro viejos fusiles,
Calcinados de hacer fuego;
Pero orgullosos, audaces,
Ágiles como resueltos,
Caminan á Teloloapam
Los soldados de Guerrero.
No tienen galas ni dijes,
Pero sí piel como hierro
Que el sol con su viva llama
Acaricia lisonjero,

Tornando pechos y brazos
Como plumaje de cuervos.
Mas tesoros de virtudes
Encerraban esos cuerpos:
En la tremenda campaña,
¡Qué inquebrantable ardimiento!
Para sufrir infortunios,
¡Qué grandeza y qué desprecio!
Si hay veces que sus furores
Tocan terribles extremos,
Otras, como dulces niños
A lo noble obedeciendo,
Vulgarizan la grandeza
Y hacen popular lo bueno....
Al frente de los valientes
Marcha el heróico Guerrero;
El de grandeza espontánea,
El de virtudes modelo,
El que puede, cual Bayardo,
Decirse en medio á los pueblos,
"El caballero sin tacha,
"El caballero sin miedo."
Ancho de espalda, membrudo,
Bien formado, corpulento,
El cabello crespo y tosco,
Nariz corva y ojos negros.
Lleva un chaqueton holgado,
Cuyo color es misterio,

Adornado con botones
De reverberante acero,
Que bajaban en hileras
Desde por detrás del cuello.
Distinguiendo á Teloloapam
Manda hacer alto á los cuerpos,
Y solo, sin ayudantes,
Digno á la par que modesto,
Tranquilo busca á Iturbide
Que le está esperando inquieto.

II

Con uniforme de gala,
Sable corvo, bota fuerte,
El rubio cabello alzado
Sobre las pálidas sienes,
Aguarda el héroe de Iguala
A Guerrero don Vicente,
Sin decidir si ha contento
O si ha pesar de que llegue.
Entrambos disimularon
Sus sensaciones al verse,
Y ocultaron desconfianzas
Que los alejaron siempre.
Era el uno el artificio;
Otro la verdad agreste:

Uno el hombre de las clases;
Es del pueblo don Vicente:
Uno promesas prodiga;
El otro los hechos quiere:
Pero ambos á un pensamiento
Decididos obedecen,
Que es el de la Independencia,
Y ella en union los mantiene.
Dice Iturbide: "Yo marcho,
"Vos del Sur seréis el jefe;
"Dad vuestras órdenes luego
"Y advertid á vuestra gente."
Los pintos y los realistas
Se hablan y de cerca vénse,
Pero en el fondo hay rencillas
Que odios pudieran volverse
Si precavido Iturbide
No declarara prudente
Que al Bajío se dirige.
Activo la marcha emprende,
Y á Guerrero los surianos
Entonan vivas alegres.

ROMANCE DE TELOLOAPAM.

(1820.)

Derrama á puñados flores
El pueblo de Teloloapam
Al ver entrar en sus calles
Los valientes de Celaya.
¡Cuán garridos son sus hombres!
¡Qué lucientes son sus armas!
¡Qué hermosas flotan al viento
Sus banderas desplegadas!
¡Qué contento está Iturbide
Al divisar la vanguardia
De su regimiento, que era
Su brazo fuerte y su espada!
Al mirár á Quintanilla,
Capitan que el Cuerpo manda,
Adelanta su caballo,
Franco la mano le alarga,

Y distante de la tropa
Empeña difusa plática.
Allí, sagaz, atrevido,
Con seductora palabra,
Le deja entrever sus planes
Para salvar á la patria;
Y Quintanilla, confuso.
Le escucha incrédulo, y calla,
Miéntras una luz divina
Deja que penetre en su alma.
Así el que surca los mares
Divisa nube lejana,
Y miéntras duda si anuncia
Tiempo sereno ó borrasca,
Rayo de sol la ilumina,
Viento propicio la rasga,
Y mira el azul del cielo
Sobre las amigas playas....
Los oficiales, que un tiempo
La independencia tramaban,
La plática de los jefes
Acechan con desconfianza.
Y al fin su evasion conciertan
Para eludir las venganzas.
Todo lo sabe Iturbide,
Regio banquete prepara,
Y allí, radiante de orgullo,
Con inconcebible audacia,

Les comunica sus planes,
Los cuenta sus esperanzas,
Les grita: "Volvėd los ojos
"A la Independencia santa:
"Los males que el error hace
"La heroicidad los repara."
Y es tan bella su apostura,
Y su voz de tanta magia;
Y es tan sublime el prestigio
Con que seduce las almas,
Que con el llanto en los ojos
Y la mano en las espadas,
Ofrecen seguirle fieles
En su empresa temeraria.
Y miéntras las dianas suenan
Y atruena alegre algazara,
Él se retira sonriendo,
Con paso grave, á su estancia,
Y así la epístola sigue
Que escribe para Apodaca:
"Que venga Epitacio Sánchez,
"Que vengan los de Oaxaca;
"Enviadme mucho dinero,
"Que es lo que más me hace falta.
"Dejad todo á mi cuidado,
"Tened en mí confianza,
"Que si realizo los planes
"De que os hablo en otra carta,

" En México por Febrero
" Habrá una *Misa de Gracias*
" Por el espléndido triunfo
" De las españolas armas,
" Y la sumision al órden
" De toda la Nueva España."

FAMOSO ROMANCE DE MANGOLARRA.

(A Ignacio M. Altamirano.)

Érase el don Domingo Mangolarra
Coronel de las fuerzas de Iturbide,
Neto español: cuadrada la cabeza,
Un borlon de cabellos en la frente,
Patilla de columpio, gran bigote,
Ruda la voz, soberbio el entrecejo,
Pauta de su conducta: el tiempo viejo,
Sin saber más, sin aspirar á nada,
Contando con su Rey y con su espada.
Cuando aquello de Iguala y de las tretas
Del Jefe trigarante,
No dió un paso adelante.
"No entiendo de dibujos—repetia—
"Yo no cambio casaca,
"Ni conozco más jefe que Apodaca."
Y torvo, silencioso, y separado

Del Cuerpo de Iturbide y sus honores,
Claro manifestaba
Su despecho de estar entre traidores.
Iturbide le amaba
Por noble, por valiente,
Y en constante porfia
De sus planes el bien le encarecia,
Y sus arranques toleró paciente.
La union de los ejércitos gloriosa
De Iturbide y Guerrero,
La miró enfurecido:
Daba cada berrido
Cual si se calcinasen sus entrañas;
Y tal le parecia
Tener sobre su pecho las montañas
Y de plomo sentir la luz del dia.
Mas por capricho raro
Quiso ver á Guerrero frente á frente,
Al negro levantado,
Al bárbaro insurgente
Que tanto tiempo combatió obstinado.
Fué con cierto disfraz, donde su gente
Como hijos le rodeaba,
Y do ufana la tropa de Iturbide
Con *los Pintos* contenta se mezclaba.
Y llegó en el momento
En que Guerrero hablaba,
Y á la sombra de un mangle corpulento,

Con amoroso acento
Los planes de Iturbide comentaba,
Exhortando al amor y á la obediencia
Al Jefe de la santa Independencia.
¡Qué cuadro aquel! El campo, las montañas,
El ancho cauce del tranquilo rio,
La ziranda gigante, esbeltas palmas,
Sin una nube en el azul vacío,
Sin una sombra en las humanas almas.
Y la tropa servil medio dormida,
Con sus toscos arreos
Tendida en la llanura y en las peñas:
Sueltas cabalgaduras
Medio ocultas pastando entre las breñas:
Miéntras atenta, en agolpado grupo,
A Guerrero su gente circuia,
Que con voz amorosa
Su sagrada mision le encarecia.
Y don Domingo, oculto presenciaba
Aquel cuadro salvaje,
Pasando por su frente
Relámpagos de asombro repentino,
Relámpagos terribles de coraje....
Guerrero repetia:
"¿Qué era vivir así? marca de fuego
"En nuestras frentes puso la conquista,
"Y en honda pesadumbre
"Fueron limosna el aire y el sustento,

"Y vida la abyeccion y servidumbre:
"El agua que á la yerba alimentaba,
"Que el gusano bebia,
"A nuestro labio ardiente se negaba
"Si nuestro dueño así lo disponia.
"¿Amor? ¿qué era el amor? Era riqueza
"De ese dueño tirano,
"Que á nuestros hijos les llamó su cría!
"Dios! ¿cuál era ese Dios, que bendecia
"Del *doctrinero* el ominoso yugo,
"Y en las eternas llamas nos hundia,
"Cómplice declarado del verdugo?
"¡Oh mis hijos amados!
"A ensalzar la virtud y la justicia,
"A restituir al hombre su grandeza,
"A convertir la bestia en sér humano,
"A trasformar en patria la mazmorra
"Aspiró nuestro afan; la dura suerte
"La esperanza del bien trocaba en muerte,
"Y el sueño de vencer en humo vano.
"Dios es el Dios del bien: en Iturbide
"Piadoso enciende la divina llama;
"Es sol su inteligencia,
"Dice que nos alienta y que nos ama,
"Proclama Independencia,
"Se une de nuestros héroes á la gloria,
"Y á la causa sagrada que abrazamos
"La lleva de la mano á la victoria....

" Amadle! que haga el bien! mire en nosotros
" Al soldado sumiso, al hijo tierno;
" Que embellezcan su senda la alegría,
" Las bendiciones y el renombre eterno;
" Le incensen los honores,
" Le aclamen entusiastas alabanzas,
" Porque es quien realizó las esperanzas
" De los héroes divinos de Dolores.
" Nosotros, al volver á estos hogares,
" Dirémos á las gentes:
" Vivid, vivid dichosas,
" Y os halague futuro lisonjero;
" Para eso, cual valientes,
" Combatimos constantes con Guerrero
" Y os hicimos de España independientes."
Y habló con tal ternura
Aquel gran corazon, con tal encánto,
Que unidos como hermanos
Realistas y surianos,
Se inundaban en llanto:
Los soldados realistas, conmovidos,
Arrojaban al suelo
Sus gorros y fusiles
Para abrazar con entusiasta anhelo
Las rodillas del héroe . . . . que en sus brazos
Con sincera efusion los estrechaba
Sin rencor y sin celo.
Don Domingo se aleja conmovido,

No sin limpiar el dorso de su diestra
Sus lagrimosos ojos,
Y le dijo á Iturbide:
"Ya le ví y le escuché; le ví, y le admiro,
"Y juro á Dios, don Agustin, mi acero
"Aquí romper primero,
"Que combatir á España;
"Pero no se alzará contra Guerrero.
"Seguid vuestra tarea:
"Yo.... yo sin rumbo surcaré los mares:
"No ensangrenteis la bárbara pelea,
"Al derecho del Pueblo alzad altares.
"Lo quiere Dios.... La Independencia sea!"

ROMANCE DE ACATEMPAN.

Escuchan de pié los montes,
De léjos miran los valles,
Y la plaza de Acatempan
Mece en el viento sus árboles,
Para cubrir con su sombra
A los bravos militares
De Iturbide valeroso
Y de Guerrero indomable.
Ellos están frente á frente,
Sin rencor y sin dañarse,
Mirando limpios los cielos
Y sin trascender á sangre.
Los de Iturbide ¡qué guapos!
¡Qué galones y alamares!
Sombreros de ricas plumas
Y de acero corvos sables:

¡Qué cañones tan lucientes!
¡Qué escuadrones tan marciales!
Los infantes de Celaya
¡Qué tallas tan arrogantes!
Los soldados de Guerrero
Forman en todo contraste,
Porque el que tiene sombrero
Las espaldas lleva al aire:
Unos ostentan fusiles
Afirmados con *mecates;*
Los otros llevan sus *jierros*
Sin tener dónde colgarse;
Pero ¡cuánto noble orgullo
En el conjunto salvaje,
Y cuánta noble fiereza
En posturas y ademanes!
Todos están en espera
De sus Jefes, todos saben
Que Iturbide y que Guerrero,
Fieros enemigos ántes,
Se citan en aquel punto
Para amigos saludarse.
Atencion! el bronce grita,
Resuenan marchas triunfales,
Y entre un bosque, que le forman
Las banderas y estandartes,
Aparecióse Iturbide
Rodeado del sol brillante.

Iba en su hermoso caballo
Negro como el azabache,
Cenceño, brioso, sensible
Al toque del acicate.
El ginete, ¡qué garrido,
Y qué garboso, y qué afable!
Con su cabellera de oro
Y con su hermoso semblante.
Apénas llega, y Guerrero
Asoma á la opuesta parte,
Con su mirar majestuoso,
Con su talla de gigante,
Circunspecto, pero dulce,
Con humildísimo traje,
Trasparentando su aspecto
Su bondad y su alma grande.
La tropa está silenciosa
Formando espaciosa calle:
Los caudillos en el centro
Se hablan, sin que escuche nadie.
De pronto clama Iturbide:
"Soldados: teneis delante
"Al caudillo independiente
"Y su bizarra falange.
"Él quiere libre á su patria,
"Y él viene para ayudarme."
Y Guerrero, enternecido,
Dice á sus tropas leales:

"Ved que recobra la patria
"A un hijo; ¡el cielo le ampare,
"Y que hoy le haga tantos bienes
"Como le hizo tantos males!"
Mas las palabras se vuelan,
Las palabras nada valen
Cuando las almas rebosan
En afectos celestiales.
Ambos caudillos se abrazan,
Se ve llanto en los semblantes,
Y entre gritos, y entre vivas
Que estallaban en los aires,
Y entre un mundo de recuerdos
Que se encontraban fugaces,
Parece que se miraba
Surgir airosa, triunfante,
A la Patria independiente
Y grande entre las más grandes.

ROMANCE DE LA BANDERA TRIGARANTE.

Como entre la blanca bruma
Con que visten á la aurora
Los mares embellecidos
Con su hermosura y su pompa,
Se miró nuestra bandera
Nacer gallarda y gloriosa
En los pensiles de Iguala,
Entre arrayanes y rosas.
Le dieron vida las almas
De los hombres que la adoran;
Nació del amor más puro
Y de sangre de patriotas,
Y de la noble esperanza
De verla llena de gloria.
Vedla cómo al sol reluce,
Vedla cuál se agita y flota,

Vedla cómo, palpitante
Nos acaricia amorosa.
Es un sér esa bandera,
Que se conmueve y que llora:
Es la Patria, que nos brinda
Sus tesoros y su sombra.
Duerme como duerme un niño,
Se alza cual régia matrona,
Y es como el amor primero,
Inocente y seductora.
Cuando se agita en las lides
Y la ennegrece la pólvora,
Y la hieren inclementes
Las metrallas y las bombas,
Veráse con el cabello
Flotar en inquietud loca
Por la pasion de sus hijos
Y por su triunfo y por su honra.
¡Lindo pabellon de Iguala,
Arca de santas memorias,
Relicario de recuerdos
De esclarecidos patriotas,
De Hidalgo y del gran Allende
Primera y sublime sombra,
Surge airosa entre tus hijos
Y predíceles victoria,
Y ofréceles esperanza
Para vengar sus derrotas!

¡Maldito quien no te adore
Como su encanto y su joya,
O quien al mirarte sienta
Por tí desden y ponzoña!
A tí, emblema sacrosanto,
Oro, y lágrimas, y aromas,
Porque eres la Patria amada,
Porque eres la Patria hermosa
Nacida del amor puro
Y de sangre de patriotas.

[redacted]

ROMANCE DE LA MARCHA TRIUNFAL.

¡Pueblos, en pié, que gloriosa
Nuestra Patria resucita:
Estremeciendo la tierra:
El sol de Dolores brilla.
¡Que viva la Independencia!
¡¡Que viva!!!

Vedle venir, brotó de las montañas
Bajo un cielo de pompa revestido
Como un astro fulgente: sus legiones
De Iguala proclamáronle caudillo.
Avanza como el sol entre esplendores,
Dando el pasado á generoso olvido:
Al agitar la tricolor bandera
Vuelan al viento como rayos ígneos
Que incendian las ciudades y los campos
Y hacen surgir milagros de heroismo;

Cual si hubiese hacinado combustible
De trecho en trecho el vívido prestigio
De la gran causa, reproduce hogueras
De la pasada lucha en los vestigios.
Y cual leones, que en el hondo bosque,
Mansas las auras y los cielos limpios,
El huracan presienten, atronando
La augusta soledad con sus rugidos,
De distancia en distancia heróicos pueblos
A Iturbide saludan conmovidos.
En Michoacan, Domínguez, esforzado
Levanta audaz el entusiasta grito
De Patria y Libertad, que repercute
En Ario Barragan, en el Bajío
Cortazar y el valiente Bustamante;
Compitiendo en grandeza y decididos,
Presentan al heróico Guanajuato
Grande, y ardiendo de furor divino,
Como esos dioses que eterniza Homero,
Armados, descendiendo del Olimpo.
Crece la tempestad; Bravo, de Puebla
Proyecta osado el inflexible sitio,
Y Herrera, con Santa-Anna turbulento
A la causa del pueblo convertido,
Del Golfo hirviente en las revueltas ondas
Hace escuchar de Independencia el himno.
Del vireinato el monstruo se agitaba
Iracundo arrastrándose y herido;

Si un rayo de victoria le alumbraba,
Era para mirar hondos abismos....
É Iturbide avanzaba prepotente,
Sagaz, conciliador vertiendo olvido
En las heridas crueles de la Patria,
Pródigo de esperanza y regocijo....
Encubriendo entre flores y laureles
De sus proyectos los sutiles hilos,
A su redor uniendo como hermanos
Los ántes enconados enemigos....
Cual suelen en la hondísima cañada
Cuencas mirarse en apartados sitios,
Y que cuando descienden las corrientes
Crespas formando poderosos rios,
Esos hoyos congregan á las aguas,
Las tornan en horrendos remolinos,
Y esas quiebras empujan al torrente
Y son de fuerzas y furor abismos;
Así lejanos pueblos, agitados
De libertad por el furor divino,
Vomitaban legiones á torrentes,
De Iturbide extendiendo el poderío....
Y el Virey.... como estúpido ingeniero
Discurriendo insensato y aturdido
En terremoto horrendo, en vano quiere
Apuntalar bisoño un edificio....
Cada vaiven desarticula piedras,
Cada empuje renueva sus conflictos,

Y ruinas amontonan sus afanes,
Y ruinas sus sangrientos sacrificios.
Y acércase Iturbide.... y donde pasa
Los pueblos le proclaman su caudillo,
Y en tumulto repiten donde quiera
Las mujeres, los viejos y los niños,
Irradiando de gozo los semblantes,
Las almas rebosando en regocijo:

"Somos independientes,
"¡Viva la Libertad!
"¡Viva México libre!
"Y ¡viva la Igualdad!"

ROMANCE DE APODACA Y DE LA CAPITAL.

Cual caporal inexperto
Que á las espantadas reses
Persigue, y más las dispersa,
Y en agitacion va y viene,
Y miéntras á unas alcanza
Otras saltando se pierden,
Y sus gritos multiplica.
Y se ve más impotente,
Y á nada acude atinado,
Y no hay cosa con que acierte,
Así persigue Apodaca
Las tropas independientes,
Con el poder moribundo
De los antiguos Vireyes.
Fuera del cauce las aguas,
¿Cómo pueden contenerse

Cuando se han precipitado
Desde una cima eminente,
Y los que eran arroyuelos
Se han convertido en torrentes?
En Querétaro Iturbide
Dominador aparece;
Zacatecas alza libre
Entre los montes su frente;
Los de Durango, entusiastas
Himnos cantan á Negrete;
En las provincias internas
Arredondo se enfurece,
Y á pesar de sus cañones
Y el ardor de sus valientes,
Desde el Saltillo se impone,
Y le derrota un teniente.
En Chihuahua, García Conde
Tan sin fuerza se mantiene,
Que instante á instante se mira
Su poder desvanecerse.
Por fin, Bravo, sobre Puebla
Alza orgulloso la frente,
Como llama trepadora
Que en la alta cima se enciende
Iluminando los campos
Triunfal y resplandeciente.
Leon levanta en Oaxaca
La bandera y tropas fieles;

Yanhuitlan y las Mixtecas
Hacen que libres despierten,
Y que la voz de la Patria
Al mar de Occidente llegue.
Y como al mar van los rios
Por caminos diferentes,
Los pueblos van á Iturbide,
Altivos, briosos, alegres,
Y en Cuernavaca se posan
Circuyendo al primer Jefe.
Apodaca se desvive
Descontentando á sus gentes;
Que cuando del infortunio
La pesada sombra crece,
Todo se contempla negro
Y hasta la esperanza muere....
El dolor no tiene amigos;
Los cortesanos infieles
Sólo á la aura de la dicha
Se alimentan y florecen.
Por fin, el disgusto estalla,
Arma sedicion la gente,
El Virey se muestra digno,
Pero en discordia los Jefes.
Liñan severo se ostenta
Con todos los exigentes,
Artificioso Espinosa,
Diestro y astuto Llorente.

Por fin, muestra una renuncia
Como en proyecto, Buceli,
En que pinta enfermedades
Apodaca, que no tiene.
Esto el colmo de la burla
Al noble Virey parece,
Y quitando de las manos
El manuscrito á Buceli,
Con furia lo hace pedazos:
Se alza rumor imponente,
En tanto que sorda ruge
Distante la inquieta plebe.
Es ya la junta tumulto:
Liñan injuria á los Jefes;
Por fin, Apodaca escribe
Que renuncia libremente,
Y que el Mariscal Novella
En el poder le sucede.
Los soldados sediciosos
Cerradas las puertas tienen,
Y cuando los cortesanos
Salir de Palacio quieren,
Se encontraron detenidos
Y como presos en redes.
Así al Oidor Campos Rivas
Aislado discurrir vése;
Al Marqués de Salvatierra
Que salir libre no puede,

Y al canónigo Mendiola,
Dulce y comedido siempre,
Que hubiera querido fueran
De requeson las paredes.
 Apodaca, sin boato,
Con su familia inocente,
Partió para Guadalupe,
Donde un meson le dió albergue,
Y se le vió como ejemplo
De los cambios de la suerte.

ROMANCE DE GUADALAJARA.

Vuela, regando laureles
Y distribuyendo palmas,
De rayos de sol vestida,
Alegre y triunfal la Fama.
Un momento se detiene
Mirando á Guadalajara,
La que se alza en la llanura
Gentil y ostentando gracias.
Tienen música sus vientos,
Corre la luz en sus aguas,
Son garridos sus mancebos,
Sus hembras cuando hablan cantan,
Y las flores se embellecen
Risueñas al coronarla.
La gente todo lo inunda,
Las tropas están de gala,

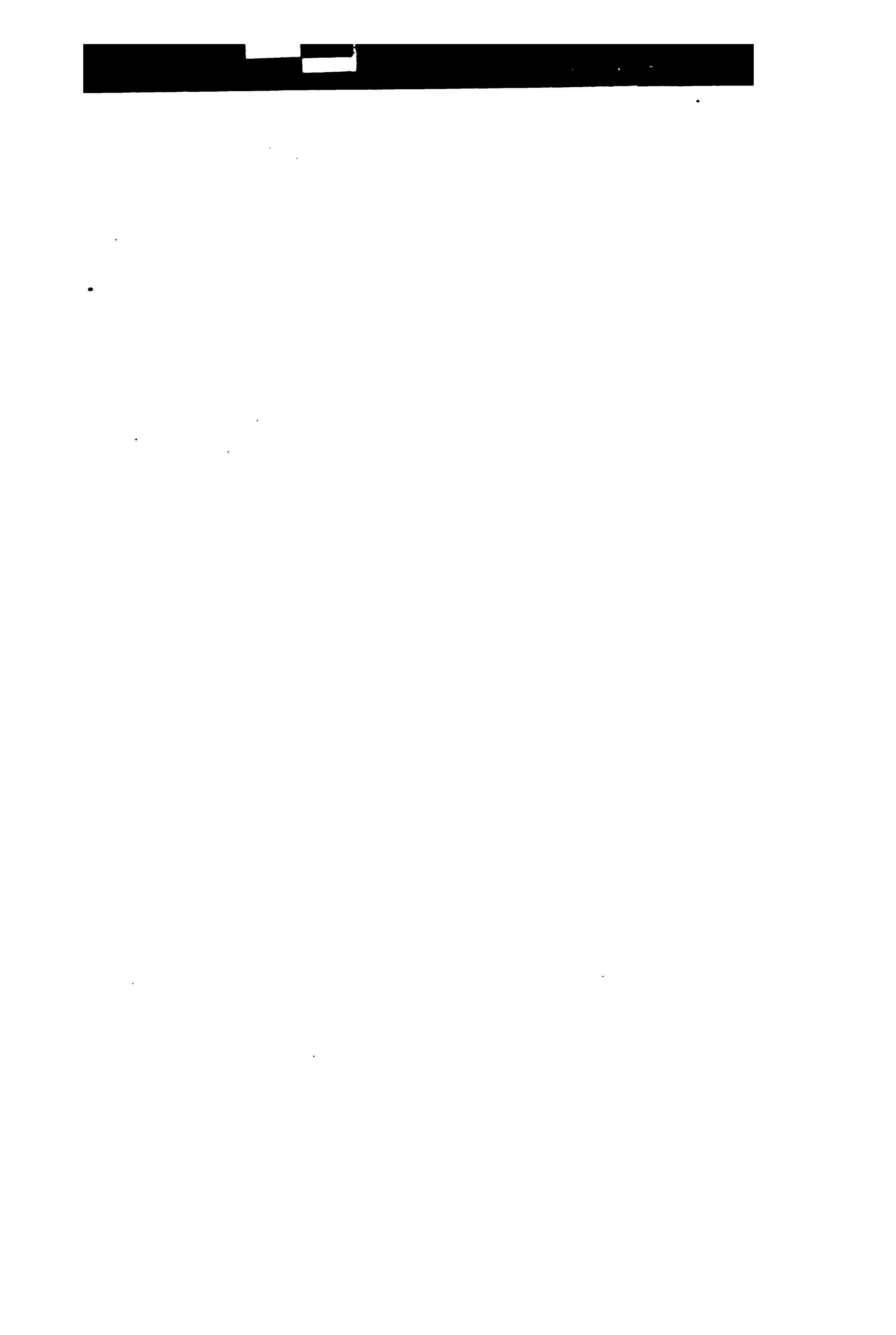
Y forman vistoso cuadro
En la despejada plaza,
Donde se mira una mesa
En que un Cristo se levanta
Entre dos soberbios cirios,
Con un Misal á sus plantas.
Vése á don Pedro Negrete;
Cruz y Andrade le acompañan:
El juramento se presta
Proclamando el Plan de Iguala;
Y á los vientos estremecen
Vivas, repiques y salvas.

ROMANCE DE ARROYO-HONDO.

En una empinada cima
Que llaman *El Colorado*,
De do se miran montañas,
Pueblos y verdes sembrados,
Con Querétaro á su frente,
Sus pueblos y campanarios,
Que en confusion se distinguen
Tras de gigantescos arcos,
Vése el Pabellon de Iguala
Brillante y bello flotando.
Allí se halla *el Primer Jefe*
En Iguala proclamado,
Y allí de San Juan del Rio
Lleva los recientes lauros.
Entretanto, de Arroyo–Hondo
En el peligroso paso,

Suárez manda á Montesinos
Con cuatrocientos soldados,
A qué á Paredes y á Sánchez
Hostilicen sin descanso.
Estos caminan audaces
Al frente de treinta bravos,
Guapos y entusiastas todos,
Buenas armas y caballos.
De pronto el *¡alto!* les marcan;
Ellos contestan airados,
Y la batalla se empeña,
Y forma la sangre charcos.
Paredes se parapeta
Tras un grupo de peñascos,
Y los hombres de Bosinos
Le atacan desesperados.
Embiste, arrolla, destroza
El Paredes don Mariano;
Aterra, aniquila, triunfa
El Sánchez don Epitacio,
Y entre miembros palpitantes
De valientes de ambos bandos,
Se alzan vivas á Iturbide,
Que la batalla escuchando,
Vuela ardiente á dar auxilio
A sus Jefes esforzados....
Mas cuando llega, las dianas
Están sonando en su campo.

A las tropas victoriosas
Tiende amoroso los brazos,
Y para que quede nombre
De un suceso tan preclaro,
Manda se forme un Escudo
Que pueda llevarse al brazo,
Treinta contra cuatrocientos
En sus letras expresando.
Y se formó . . . . y los valientes
Llenos de honor le portaron
Como título de gloria
Y ejemplo á los mexicanos.



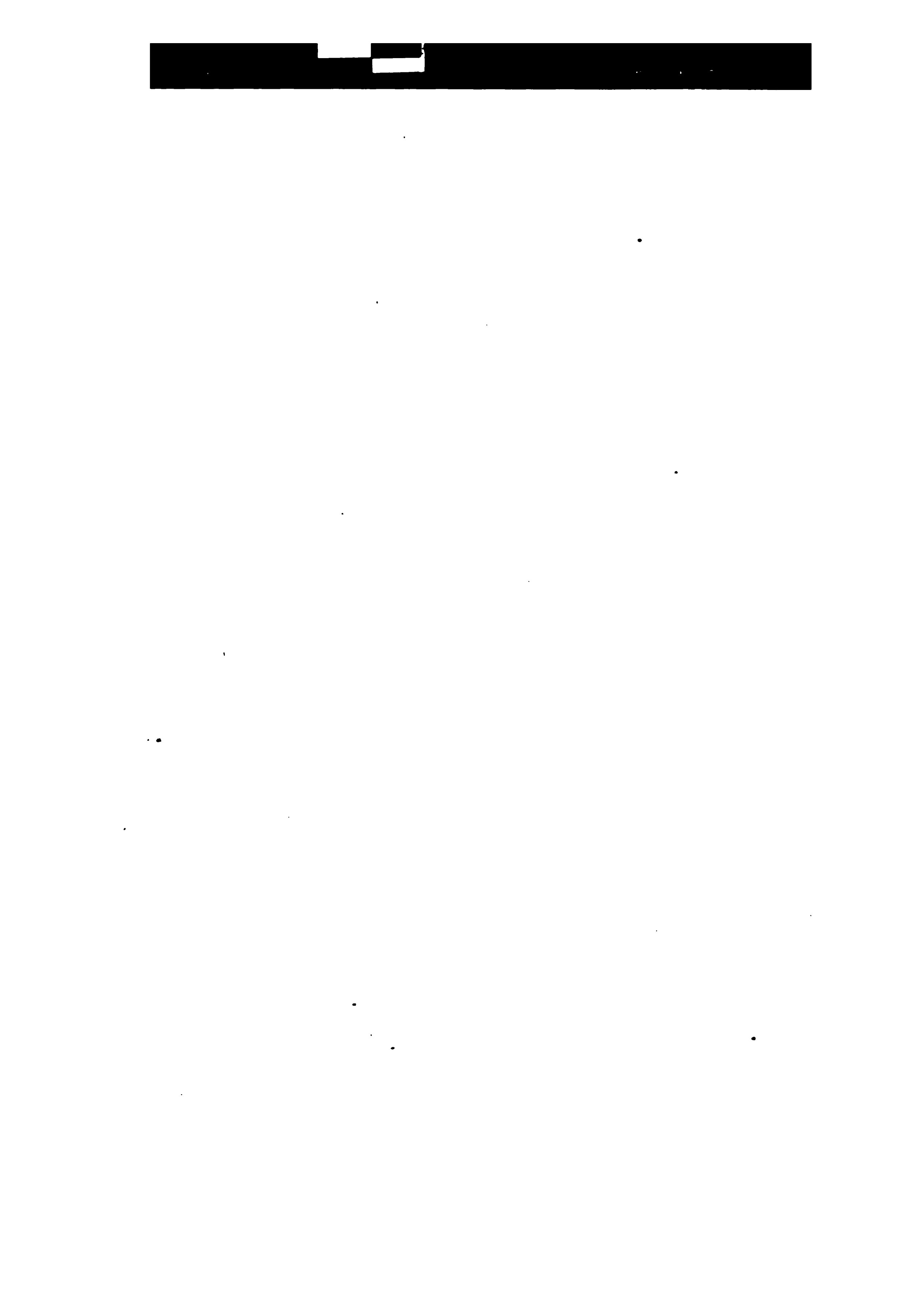
ROMANCE DE LA HACIENDA DE LA HUERTA.

(1821.)

En la hacienda de la Huerta
Don Vicente Filisola
Está con el Padre Izquierdo
Y con sus valientes tropas.
Iturbide le ha mandado
Que á combatir no se exponga,
Por ser muchos sus contrarios
Y ser su fuerza muy corta.
Toluca, en expectativa,
Su posicion mira ansiosa,
Lamentando su aislamiento,
Presintiendo su derrota.
El Comandante Castillo
Para el asalto se apronta,

Y organiza su defensa
Denodado Filisola.
Calvo y Martínez compiten
En ardimiento y en cólera;
Ya ve Castillo á los nuestros
Ceder; ya ve á la victoria....
Moreno, á la bayoneta
Puesto ventajoso toma,
Y se empeña la batalla
Implacable y horrorosa.
Es el campo un mar de llama,
La sangre la tierra moja,
El aire lleva gemidos,
El humo terror y sombra.
Fuentes y González juntos
Al enemigo se arrojan,
Y los siguen de Fernando
Las bayonetas heróicas.
Donde hay más furor se mira
Dominante á Filisola:
Sigue sus pasos la muerte,
Su frente alumbra la gloria,
El reflejo de su espada
Es alma de los patriotas.
Los de Castillo esforzados
Luchan, se alientan, se enojan;
Mas por fin se desordenan,
Por fin el campo abandonan,

Y entre despojos sin cuento,
Y sangre y humo de pólvora,
Cantos á la Independencia
Los vencedores entonan.
Las levantadas montañas
Alzan las frentes radiosas,
Y el Nevado gigantesco
Se viste de luz de gloria.



ROMANCE DE VICTORIA.

(1821.)

Terror de los negros bosques,
De sí propio horror y miedo,
Cual fantasma pavoroso
Su descarnado esqueleto,
Va Guadalupe Victoria
Por los lugares desiertos:
Su piel dibuja en relieve
Los perfiles de sus huesos;
Su pelo toca en sus hombros
En descuidados cadejos;
Su barba, revuelta y lacia
Baja hasta cubrir su pecho,
Como esas ramas que cuelgan
En el rigor del invierno
Del desmoronado muro
Sobre las ruinas cayendo.

Sus piés, con las uñas corvas,
Dejan la huella en el suelo,
No de hombre, sino de fiera,
O más bien de monstruo horrendo.
Entre el cabello y la barba
Casi se adivina el gesto
Del hombre, y sus negros ojos
Tienen resplandor siniestro,
Como ascuas que sobreviven
Al devorador incendio.
En aquel sér misterioso,
Ni hay lágrimas ni hay acento:
Parece como que flota
Entre la vida y los muertos,
Y que el dolor le permite
Que asista á su propio duelo....
Y á este suicidio espantoso,
Y á este salvaje tormento
Se entregó el héroe querido
Y se condenó el guerrero,
Cuando viendo de la Patria
Desparecer el remedio,
Odio juró á los tiranos,
Y juró morir primero
Que mirarla sumergida
En afrenta y vilipendio.
Primero el Virey le acecha,
Con tan decidido empeño,

Que no le deja descanso
Ni deja á sus ojos sueño.
Dos veces el sol ardiente
Su giro emprendió de nuevo,
Y dos resisten sus carnes
De la canícula el fuego,
Sin que la desdicha dome
Su constancia y su ardimiento.
Fatigados sus verdugos,
Le dan al Virey por muerto,
Y le fingen un cadáver,
Y suplantan un entierro,
Con que el Virey, ya vengado
Se demuestra, y satisfecho:
En tanto, peces y yerbas
Tosco sustento le dieron:
Despues á la húmeda arena
Pegaba sus labios secos,
Pidiéndole á la locura
Si no la muerte el consuelo...

En los mares del Oriente,
Sobre las ardientes playas,
Nuestra tricolor bandera
Bañada en luz se levanta,
Y de Veracruz los muros
Irresistible amenaza.
"¡Gloria!—las arenas dicen,

"¡Gloria!"—repiten las aguas,
Y en "¡viva la Independencia!"
Prorumpe el pueblo entusiasta
A Iturbide proclamando
Y vitoreando á Santa-Anna.
Éste, noble y generoso,
Dice á su tropa: "Nos falta
"Para dar pompa á estos hechos,
"Para completar sus galas,
"Que venga aquí el Gran Victoria."
Y á unos dragones destaca
Para que doquier le busquen,
Para que en triunfo le traigan,
Para que presencie ufano
Las victorias de la Patria.

Van preguntando á los bosques,
De Santa-Anna los soldados,
Por Victoria esclarecido,
Por Victoria el denodado,
Adonde la humana planta
No ha dejado ningun rastro.
Y perdida la esperanza,
De vagar desesperados,
Ya se tornan á sus jefes
Y ya abandonan el campo,
Cuando ven junto á los mares
Como un hilo de humo blanco;

Vuelan donde el humo se alza,
Pronto Victoria es cercado,
Y al verlo, casi cadáver,
Junto á una peña espirando,
Inmóviles le contemplan,
Y de compasion lloraron....
"Levántate, gran Victoria,
"Mi General, levantaos,
"Que por fin la Independencia
"Alumbra como sol claro"....
Y erguido aquel esqueleto
Y de ventura radiando,
Gozoso, altivo, ligero,
Alta la faz, firme el paso,
"¡Que viva la Independencia!"
Grita, el acento esforzando,
Y tiende á sus salvadores
Los cadavéricos brazos.

ROMANCE DE LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

MUERTE DE ENCARNACION ORTIZ (EL PACHON.)

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica,
Y ocupan Atzcapozalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la division de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba,
Que miéntras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entretanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzcapozalco tocan,

Entre avances y disparos
Del audaz don Lino Alcorta.
Con los músicos de Murcia
Enfurecido se choca,
Que desertan de la orquesta,
Arremeten y alborotan.
Oye del cañon el trueno
Desde Tacubaya Concha,
Y con sus fuerzas acude
Atravesando las lomas.
Alístase Bustamante,
Y, precavido patriota,
Ordena una retirada
Tranquila, pero juiciosa.
La retaguardia acuchillan
Intrépidos los de Concha,
Que traducen como miedo
Lo que de prudencia es obra.
Entónces, enfurecidos
Vuelven riendas los patriotas:
"¡A ellos!"—grita Bustamante,
"Fuego" las trompetas tocan,
Y los soberbios corceles
Como el huracan se arrojan
Sobre las terribles filas
De las fuerzas españolas.
Horror, y muerte, y gemidos
Envuelven las negras sombras;

Y la batalla se acrece
Más intensa y más rabiosa.
De Atzcapozalco en el templo
Están las fuerzas de Eldorza;
De Bustamante los bravos
Las ciñen y las acosan.
En medio de la refriega
Y entre la lid congojosa,
Se hunde en el lodo pesado
Un cañon de los patriotas.
Allí mil lides se traban,
Le pierden y le recobran;
Y ya ¡viva Bustamante!
Se escucha, ó vivas á Concha.
El Pachon la lid decide;
Solo, erguido, ardiendo en cólera,
A la pieza se abalanza,
En brazos casi la toma,
Despedazando á su paso
Cuanto obstruye y cuanto estorba;
Y cuando ya victorioso
Se alza y grita con voz ronca
"¡Que viva la Independencia!"
Como anuncio de victoria,
Cien balas rompen su seno
Cortando su voz fogosa
Y una vida, cuyos hechos
Justa la Fama pregona.

Del valiente Bustamante
Vítores gritan las tropas,
Miéntras en tropel se alejan
Los batallones de Concha,
Ocultándole á Novella
Su despecho y su derrota.
De Bustamante fué el nombre,
Mas fué del Pachon la gloria.

ROMANCE DE O'DONOJÚ.

(1821.)

En aquella misma aurora
Que á Leon mira en Oaxaca,
Con sus tropas victoriosas,
Sus banderas desplegadas,
Al estallar los cañones
Y repicar las campanas,
O'Donojú, receloso,
Ve de Veracruz las aguas,
Y Veracruz le saluda
Virey de la Nueva España.
Su juramento recibe
Sesudo el General Dávila,
Y en el Castillo le rinden
Los honores de la plaza.

Cuando sabe los avances
Que hace Iturbide, se espanta,
Como percibe un marino,
Presa de fiera borrasca
Que le sorprendió en la noche,
Luego que la luz aclara,
Que le cercan arrecifes
Y sobre arrecifes vaga,
Quedando sólo pendiente
De algunas dispersas tablas
Que algo salvan de su nave
Ya que su nave naufraga.
De Veracruz á las puertas
Formidable está Santa-Anna,
Como quien dice, oprimiendo
Con las manos su garganta.
Inquiere, piensa, vacila,
Dando á luz una proclama,
Que es más bien de quien suplica
Que del que empuña las armas.
A don Manuel Gual entónces
Y á don Pedro Vélez llama,
Ambos honor y decoro
De aquella importante plaza,
Y con pliegos á Iturbide
Cortés y ufano les manda:
De paz llevarán mensaje
En muy comedidas cartas.

Caballero y expresivo,
Su noble amigo le llama,
Y le pide una entrevista
Para el risueño Orizaba.
Iturbide, que está en Puebla,
Contento emprende la marcha;
Llega O'Donojú primero;
Al otro el pueblo esperaba;
Se le divisa en las cumbres,
Se agitan calles y plazas,
Brotan entre los sembrados
De las gentes las bandadas,
Riegan á su paso flores,
Cércanle con verdes ramas,
El pueblo le lleva en triunfo,
Llenas de embriaguez las almas,
Y están rompiendo los aires
Los ecos de las campanas.
Así camina Iturbide,
Y así el fértil Orizaba
De sus lindos platanares
Las hojas tiende á las auras,
Y alza, tocando las nubes,
Los penachos de sus palmas.
Vedlos; están frente á frente
Los dos próceres . . . . ya se hablan,
Se han estrechado las manos,
Entran en la régia estancia;

Miéntras, se dispersa el pueblo
Por las calles y las plazas,
Y las graves conferencias
Para Córdoba se aplazan.

———◆———

ROMANCE DE LOS TRATADOS DE CÓRDOBA.

(1821.)

Firmáronse los Tratados
Que de Córdoba se llaman,
Y eran, con otros ambajes,
En el fondo el Plan de Iguala.
Con una corte de burlas
Y con sus reyes fantasmas,
El pueblo á la Independencia
Se atiene, y eso le basta;
Y ella, con su puro aliento,
Vida le daba á la Patria.
En México está Novella,
Dejando estallar su rabia
Contra O'Donojú: protesta,
Porque poderes le faltan
Para celebrar tratados
Que afirmen el Plan de Iguala.

Rompiendo todos los lazos
Entre México y España,
A los de la Audiencia ordena
Corran á tomar las armas,
Y cómicos, y toreros
En los cuerpos sientan plaza.
Congréganse ardientes juntas,
Se publican mil proclamas,
Se prodigan mil elogios
A Concha, Liñan y Llamas,
Tenidos como á la sombra
Desde que cayó Apodaca,
Y con cada nuevo esfuerzo,
Más los ánimos desmayan.
Tal como bridon fogoso
Que á incierto vado se lanza,
Y á cada atrevido esfuerzo
Más se sumerge y atasca,
Y le empuja la corriente,
Invadiéndole las aguas.
Los trigarantes, en tanto
Libres y alegres avanzan,
Y en las haciendas y pueblos
Que á México circunvalan
Con hermosas sementeras
Y huertas como esmeraldas,
Sobre deliciosas flores
Y al correr de limpias aguas,

Se asientan, y el gozo alumbra
Las lomas y las montañas....
Santa Mónica es encanto,
Es la gloria Tacubaya,
Se ven cerca Atzcapozalco
De Bustamante las armas.
Coches, viandas y botellas
Inundaban las calzadas;
Todo jóven es valiente;
Iturbidistas las damas;
Todo clérigo es patriota,
Todos los músicos cantan,
Todo es cruzar de vendimias,
Todo risas y algazara,
Y por doquiera se escuchan
Bandolones y guitarras,
Divulgando alegres voces
Las canciones y las marchas.



ROMANCE DEL SITIO DE MÉXICO.

(1821.)

¡Gozo! ¡entusiasmo, patriotas!
Que al fin Iturbide llega,
Y en Atzcapotzalco flotan
Las tricolores banderas.
Los edificios, cortinas
Y gallardetes ostentan,
En las chozas de los pobres
Las sartas de flores cuelgan,
Los árboles y las casas
Parte toman en la fiesta,
Y embriaga placer intenso
A la gente, que hormiguea.
En la ciudad, entretanto,
Torvo y hosco está Novella,
Impotente, furibundo,
Como acorralada fiera

A la cual los cazadores
En tumulto alegre cercan.
Dispone Iturbide el sitio,
Que quiere paz y no guerra,
Y con sus brillantes tropas
A ejecutarlo se apresta.
Para el Marqués de Vivanco
La vanguardia se conserva;
Guerrero en Texcoco, y Chalco
Y Guadalupe se asienta,
Con sus *pintos* decididos
De *huarache* y sin *chaquetas;*
Pero no hay quien les supere
Cuando entusiastas pelean.
Encárgase el mando á Loaces,
Pero lo ejerce en su ausencia
El General Bustamante,
A quien aman y respetan,
Y que hace nacer laureles
En donde imprime sus huellas.
Quintanar manda en Oriente;
Barragan le hace pareja,
Mirándose sus pendones
Como una faja de estrellas;
Y Estado Mayor del héroe
Forman en hermosa mezcla,
Álvarez, Parres y Davis,
El noble Conde de Regla,

Con el Conde del Peñasco
Y el Marqués de Salvatierra.
En vano el pueblo pregunta
"¿Adónde está la insurgencia?"
Los patriotas de última hora
Van al campo por docenas,
Con alfanjes los *catrines*,
De sombrero ancho y espuelas,
Muy bravos y jactanciosos,
Y su calzado con tierra.
Medidas y escapularios
Al campo mandan las viejas,
Y con aire misterioso
Repiten, como en reserva,
Que con mirar á Iturbide
Ganarán *indulugencias*.
Por fin, O'Donojú manda,
Lo reconoció Novella,
Unos dicen que de grado,
Y otros dicen que por fuerza.
Sólo los negros de Yermo,
Que parecen de alma negra,
Con inflexible constancia
Y con una furia terca,
Quieren que domine España,
Y que venga lo que venga,
Porque, digan lo que digan,
Embrutecen las cadenas.

Despues de un corto armisticio
Iturbide más se acerca,
Y se instala en Tacubaya,
Donde al ejército arenga....
O'Donojú en su proclama
Dice: "*Terminó la guerra.*"
Como parte del Gobierno
Que con Iturbide empieza,
Manda que entreguen las tropas,
Que tristes México dejan,
A las tropas trigarantes
Que en las garitas esperan.
Les ordena á los de Yermo
Que se vuelvan á su tierra;
Y se volvieron, gritando
"¡Viva el Rey!" con torpe lengua.
Ocupa Chapultepec
Don José Joaquin de Herrera,
Y al alzarse, alumbra el valle
Nuestra tricolor enseña.
El 24 en la tarde,
Con pompa que conmoviera
En su sepulcro á los muertos
Y en las calles á las piedras,
Al Coronel Filisola
Abre México sus puertas.

PRIMER ROMANCE DE LAS VÍSPERAS.

Cual se ven en una altura
Represas hirvientes.aguas,
Que se engrosan de repente,
Que sus diques desbaratan,
Y que rajando la cuenca
Que las tuvo aprisionadas
Estrepitosas y alegres
Rebullen, corren y saltan,
Tal la poblacion ardiente
De México, se desata,
Desbordándose en los puentes,
Invadiendo las calzadas,
Agrupándose en los pueblos,
En las haciendas y estancias
Que se ven entre verjeles
Que de alrededores llaman,

Y en que se alojan las tropas
Salvadoras de la Patria.
La Piedad, la Ladrillera,
Guadalupe, Tacubaya,
Los Morales en las lomas,
El Peñon sobre las aguas,
Atzcapotzalco entre huertas
Y en laberintos de ramas,
Ahuehuetes, la Patera,
Y poblaciones sembradas
Entre ricas sementeras
Y con sus casitas blancas,
Todas banderas ostentan,
Que hizo brillantes la fama,
Y todas albergan héroes
De indeficientes hazañas;
Eran todos, reverberos
Del contento de las almas,
Eran manantiales puros
De libertad sacrosanta
En borbotones brotando
El gozo, el amor, la gracia,
Y las inquietas corrientes
Que á esos veneros llegaban,
Producian, como el choque
Del Pacífico en las aguas,
Ráfagas de luz divina
Que eran el placer del alma . . . .

Entre esos rios de gentes
Que á lo léjos matizaban
Los colores más variados
En confusion agraciada,
El tápalo de burato,
Las zancajosas enaguas,
La *tilma* del indio rudo,
La hermosa *cuera* bordada
Del payo de Tierradentro,
Y la severa casaca
Del finchado palaciego,
De baston, coleta y gafas,
Junto del sayal del fraile,
Y la pardusca sotana.
Flotantes, sobresaliendo,
Parecia que nadaban
Los coches y los lacayos:
Toldos que se improvisaban
En ruidosos carretones,
Caballos con gente en ancas,
Y en oleajes los sombreros,
Y en lo más alto paraguas.
Como huracan en el bosque,
Como hirvientes cataratas
Sonaban esas corrientes,
Corrian esas palabras,
Entre gritos de vendimias,
Entre alegres carcajadas....

Hacia la luz caricias,
Besos tronaban las auras,
Los sembrados de la tierra
Parecia que bailaban.
Cada árbol bajo su sombra
Un fandango cobijaba;
Todo amor eran los ojos,
Todo delicia las casas....
Y entre los confusos gritos
Y el trajin y la algazara,
De las músicas marciales
Los acentos se escuchaban.
Todos gozaban acordes,
Cual si sola fuese una alma.
Era el bien reverberando,
Era la grandeza humana
Redimida de su yugo,
Dándole ser á la Patria!....
Y el ¡viva la Independencia!
La explosion de dicha tanta.

Cuando más tarde estos goces
Nuestros padres recordaban,
Con la risa entre los labios
Vertian amargas lágrimas.

SEGUNDO ROMANCE DE LAS VÍSPERAS.

Como contempla el avaro
Con mirada dolorosa
La nave en que sus tesoros
Y sus ensueños zozobran,
Así Novella y los suyos
Vieron la ciudad hermosa
Desde que pisó sus quicios
El valiente Filisola.
En vano excesos atroces
Sugiere la rabia loca,
En vano se pide un dique
Para la corriente heróica.
Era el poder una nave
Cercada de hirvientes olas,
Hundiéndose sin remedio
Y á pesar de las maniobras.

Vaga Novella iracundo,
Llano en ira se desborda,
Liñan está pensativo
Y Armijo y Buceli evocan
A las furias del abismo
Entre sus quimeras locas;
Pero el grueso de las fuerzas
Para la marcha se aprontan,
Llevando duelo en las almas
Y en el corazon ponzoña.
Cuatro Ordenes y Castilla,
Y Lobera y Barcelona
Con los bravos Regimientos
De Murcia y de Zaragoza,
Los rencorosos de Yermo,
Los alegres de Saboya,
Todos á la Independencia
Ciegos y feroces odian.
Todos bebieron soberbios
La sangre de los patriotas,
Pero esta vez, impotentes
Sus rencores se desfogan,
Y escondiendo su despecho
Buscan, gimiendo, las sombras.

ROMANCE DE LOS PREPARATIVOS.

En el alto Arzobispado
Del alegre Tacubaya,
El de pintorescas lomas
Y deliciosas estancias;
El que mira los paisajes
De una belleza extremada
Reflejándose en los lagos
Y circuidos de montañas,
Se aloja el grande Iturbide,
Que era el alma de la Patria,
Y á quien el pueblo queria
Como á su dios, entusiasta.
Todo por él era grande,
Con su voz la gloria hablaba;
Mujeres, ancianos, niños
La augusta estancia cercaban

Para secundarle amantes,
Para servirle entusiastas,
Para que en todo se hiciese
Su voluntad soberana.
Concierta con Filisola
El veintisiete la entrada,
Y los Ayudantes, listos
Que doquier atravesaban,
Y fatigosos, intrusos
En piezas y en antesalas,
En un vaiven humillante
Las órdenes secundaban.
Filisola era italiano,
De ingobernable palabra,
Pero sus propios descuidos
Solia tornarlos gracias
Cuando la órden de Iturbide
En el papel asentaba.
" El Coronel Bustamante
" Va mandando la vanguardia
" Con infantes y cañones,
" Y los dragones de gala,
" De Chapultepec saliendo,
" Y en San Cosme hacen parada.
" De Atzcapotzalco y Tacuba
" Partirá la retaguardia,
" Y el Coronel Filisola,
" Al alborear la mañana,

"Se reunirá con sus fuerzas
"A su division en marcha.
"Con escolta y en buen órden,
"Por Belem irán las cargas,
"Todos guardando silencio,
"Con compostura extremada."

Entretanto, en los cuarteles
El trajin soltaba chispas,
Y era el correr de soldados,
Y eran de oficiales iras,
Y relinchar de caballos,
Y desvergüenzas de á libra:
Y en la ciudad entusiasta
Era el correr las modistas,
El agitarse los sastres,
El alborotar las chinas,
El preparar los tenderos
Almidonadas camisas,
El vagar de las pelucas
Y de las trenzas postizas,
El bañarse los caballos,
El preparar con fatiga
Destartalados simones,
Carros y calesas ricas;
El llevar á los balcones
Retratos, bandas, cortinas,
Y macetones con flores,

Y espejos en largas filas:
Todas las lenguas charlaban,
Todos los labios bebian,
Todo era *marfil la cacha,*
Y sin punta la cuchilla,
Como en su *argot* expresivo
Dice el lépero con risa.
Todos por ser militares
Rabiosos se desvivian,
Y era aguacero de espadas,
De casacas avenidas,
De charreteras chubascos,
Y diluvio de divisas.
De México los dragones,
La vistosa artillería,
La tropa del Padre Izquierdo,
De *La Union* la fuerza invicta,
De Chávarri el esforzado
La hermosa caballería,
En fin, agentes de todos,
Porque es muy larga la lista.

Diez y seis mil compañeros
Los de Iturbide contaban,
Listos, valientes alegres,
Para la triunfal entrada.
Apénas brota el lucero
Precursor de la mañana,

De trecho en trecho los gritos
Del clarin los vientos rasgan,
Y el júbilo con los ecos
En las almas se propaga,
Miéntras severas las tropas
Se disponen á la marcha;
Pero ántes, en los caminos,
En las calles y en las plazas,
Volando, ó de mano en mano,
Circulan esta proclama
Que dirigió el primer Jefe
A sus compañeros de armas:

“El orgullo de la Patria
“Contemplad de gozo llenos;
“Ella en su altura se encuentra
“Por vuestros heróicos hechos,
“Y como astros refulgentes
“Viviréis en sus recuerdos.
“Ved un porvenir de gloria
“Ante sus ojos abierto;
“Ya que supimos formarlo,
“Marchemos á merecerlo”

Pero la palabra escrita
Era el tema y el pretexto
Para verterse torrentes
De divino sentimiento,

Para irradiar victoriosa
La erguida frente del pueblo.
Lo instintivo, lo no escrito
Era lo augusto y supremo,
Supremo hasta lo terrible,
Y terrible hasta el misterio,
Porque advertia á los hombres,
Porque enseñaba á los siervos,
Porque á los crueles tiranos
Les mostraba con su ejemplo,
Que al fin consigue ser libre
La nacion que quiere serlo.

ROMANCE DE LA ENTRADA TRIUNFAL.

Inunda la muchedumbre
Caminos, plazas y calles,
Y como en torrentes surge
De los puntos más distantes.
Cortinas y gallardetes
Bosques forman en los aires;
Y en los techos y cornisas,
Y en las ramas de los árboles
Hierven los espectadores
Por ver á los *Trigarantes*,
Y cabalgan tiernos niños
En los hombros de sus padres.
Desde Belem á Palacio,
Por las opulentas calles
De Plateros, la Profesa,
San Francisco y arrabales,

Flores regaban el suelo
Y eran fiestas los detalles.
Las alturas ostentaban
Flámulas y cortinajes,
Y bandillas saludaban
En vaivenes arrogantes,
De lo alto de los balcones,
Y en portadas de magnates.
Azoteas y cornisas,
Lo que impera y sobresale
Eran orlas de curiosos,
Eran racimos colgantes
De *léperos* y muchachos
Invasores de los aires;
Eran ojos, eran bocas,
Y era vida exuberante.
Las calles eran salones
De fantásticos alcázares,
Con espejos, con candiles
Y lámparas de cristales,
Y retratos y banderas,
Y plantas que al agitarse
Llevaban frescor y aromas
En invisibles raudales.
Y era el verse esos colores
De los trajes singulares,
La negra saya, la enagua
Con lentejuelas brillantes,

La manta del pueblo rudo,
De las damas los encajes,
El *escote* de la *curra*,
Junto del sayal del fraile;
El sombrero *acanalado*
Y el sombrero de *petate*,
Y alternando con la seda
La *tilma* semisalvaje.
Repicaban las campanas,
Vivas sonaban distantes,
Y del trajin y del ruido
Y del concurso embriagante
Parecia desprenderse
Una voz sublime y grande:
" *En pié, y ¡gloria mexicanos,*
" *Porque nuestra Patria nace!*"
Y electrizadas las gentes
De todos sexos y edades,
En explosion estallaban
De delicias celestiales.
Las copas, de mano en mano
Corrian hasta agotarse:
Todas las gentes se amaban,
Todas reian sociables,
Y la vieja barrigona,
Entre su prole chillante,
Repetia, entre las risas
De los léperos tunantes:

"Vamos á ver *á mi Güero*
" *Y á ver á su coro de ángeles.*"
¿Quién pintara tanto goce,
Quién, cuando no ha sido dable
Que lo ofusque tanto duelo,
Que lo borre tanta sangre? . . . .
A las diez de la mañana
Las calles parece que arden;
Del ejército que llega
El cañon da las señales,
Y se agitan los curiosos,
Y se agolpan hasta ahogarse,
Retumbando los cañones;
Y las esquilas vibrantes
En las empinadas torres
Que de estruendo se deshacen.
Aparece el primer Jefe
De la fuerza trigarante:
Iba en su negro caballo,
Más negro que el azabache,
Como al salir de la noche
Se ve la aurora brillante;
Era verde su casaca,
Y era el guarnés de su alfanje
Esmeraldas y rubíes
Salpicados de brillantes;
Llevaba tres ricas plumas
Del sombrero por remate,

Con los tres lindos colores
Marcados por nacionales;
Las sujeta una cucarda
Que brilla reverberante,
Y la forman esmeraldas
Y rubíes y diamantes,
Alusiones expresivas
A la enseña trigarante.
Iba feliz, sus sonrisas
Derramando con donaire,
Acariciando al humilde,
Dando valor á los grandes;
Era el bien y la esperanza
Cautivando voluntades.
Le adoraban los ancianos,
Le reian las beldades,
Los niños quieren salirse
De los brazos de sus padres
Para decirle ternezas,
Para flores arrojarle:
Era frenesí, era rabia,
Era el espíritu amante
Ebrio de dicha y de gloria,
Sobre el héroe derramándose.
En medio á su comitiva,
Como jefe sobresale
El hermoso caballero,
Brigadier don Melchor Álvarez,

El humano, el consecuente,
Flor de lo bueno y lo grande,
Con Sota-Riva, á quien realzan
Sus virtudes y modales.
"Mirad—gritaba la gente—
Aquel rechoncho elegante,
El romo, de ojos pequeños,
Ancha espalda y frente grande,
Es el querer de Iturbide,
El Coronel Bustamante.
Ese de barba es Herrera,
Aquel, Epitacio Sánchez,
El impetuoso ginete
Que decide los combates.
Ese de áureos entorchados,
Que llega, cual sol brillante,
Es Cortazar, el que aduna
Lo temerario á lo amable.
Ese jóven es Ramiro;
Va cual queriendo ocultarse.
Peró abrid campo, que llega
Uno grande entre los grandes,
Blanco, majestuoso, digno,
Con el pelo de azabache,
Con la nariz pronunciada,
Barba aguda, ojos amantes....
Ese es don Nicolás Bravo,
Es el que en divino arranque

Vengó con perdon sublime
Las afrentas de su padre.
¿Y ese gigante?—Es Guerrero
El insurgente indomable.
¿Y aquel moreno?—Zarzoza.
¿Y ese guapo?—Don Luis Parres.
¿Y ese que saluda ufano?
—¿No aciertas? el noble Chávarri,
El mismo que venció á Bracho
Y dió á San Julian alcance."
Y al volar de cada nombre
Entre los ecos marciales,
Resonaban las palmadas
Y los vivas prolongándose,
Sonando como borrasca
De la gente el oleaje.

¡Alto! gritan en las tropas
De trecho en trecho á porfía,
Y enmudecen los acordes
De las músicas festivas,
Y se pára la corriente
De los raudales que brillan
De luz, en el limpio acero
De las ordenadas filas.
Al frente de San Francisco,

Entre arcos y entre cortinas,
El Ayuntamiento espera
Y ostenta sus galas ricas.
Su corcel deja Iturbide,
Descubre la frente altiva,
Y su rubia cabellera
Como aureola se mira.
"Señor—le dice el Alcalde
Mostrando una fuente rica
Con desmesurada llave
Cuajada de piedras finas—
"México, reconocido,
"Su llave de oro os envia,
"Para que éntre con vosotros
"De nuestra Patria la dicha."
É Iturbide le contesta
Con voz que de tierna vibra:
"Id á decir, concejales,
"A vuestra ciudad querida,
"Que siempre pensé en su gloria,
"Que de su ventura es digna,
"Y que cumplí como su hijo
"Cuando le ofrecí mi vida". . . .
Y al propagarse en los vientos
Aquellas voces divinas,
Causaba asombro el delirio
Que el júbilo producia,
Y esperaba la demencia

En ansiosa expectativa
Un aguacero de rayos,
De montes una avenida,
Un reventar de volcanes,
Algo extraño . . . . la alegría
Era pálido reflejo,
Y era el frenesí rutina . . . .
Así á Palacio llegaron
Las trigarantes insignias,
Así pasaron las horas,
Y así la noche, escondida,
Dejó encenderse mil luces.
Para prolongar el dia.

[redacted]

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1821.

ODA A MI PATRIA.

Dedicada al Liceo Hidalgo, en testimonio de profunda estimacion y cariño.

Brote la vida en tí, Patria adorada,
Y surge en el espacio vencedora,
Desgarrando las sombras con tu aurora,
Alzándote fulgente
Con tu divino cielo como manto,
Con el sol como joya de tu frente.
¡Gran Dios! ¡Gran Dios! que el júbilo no rompa
Mi amante corazon; vuele mi canto
Entre efluvios de luz y de armonía,
Conduciendo en las alas de la gloria
Tu nombre á las naciones,
Tu nombre, ¡oh Patria mia!
Como timbre de orgullo de los libres,
Como esperanza y como luz de dia!
Luchar, alzarse, destrozar valiente

La losa de la tumba preparada
A su sér inmortal, la negra sombra
Ostentar á sus piés despedazada,
Y elevarse potente
El pueblo independiente
En el éter divino, victorioso,
Exclamando triunfal: "¡PATRIA ADORADA!
"NACE Á LA LIBERTAD, SÁL DE LA NADA!"
Es el sublime espléndido inundando
Con la luz de la vida el infinito,
Hacer triunfar la luminosa idea
Que fué por tempestades combatida;
Es que la humanidad envilecida
En lo invencible del progreso crea!
Tal se presenta á mi agitada mente
La inmensa creacion: en negra noche
Los átomos vagaban confundidos;
Los contempló el Señor, y como nube
Que produce el relámpago y el trueno,
Dejó volar la vida de su seno.
Se hizo la luz; las ondas bullidoras
Prorumpieron en cánticos vibrantes;
Surgian del arco–íris los colores
Y se posaban en las gayas flores;
La ave el canto; la púrpura su llama,
Sensual la yerba, plácida la rama;
El cristalino arroyo en su murmullo;
La tórtola en su arrullo;

En requiebros de amores la paloma;
El ámbar de topacio,
Como incienso vertiendo en el espacio
Su delicioso aroma,
Eran como un hosanna de alegría
Que el balbutir del mundo producia!
El vellon de oro del fugaz celaje,
El sol con pompa, nítida la estrella,
Formando como lúcida guirnalda,
Volaron gratos á besar la hüella
Del Hacedor bendito,
En tanto que la sombra de su espalda
Inundaba de luz el infinito!
Y luego, al rebramar los aquilones,
Al retumbar horrísono el torrente,
Al rugir el leon y la pantera
Al mirar junto á Dios apareciendo
Algo maravilloso y estupendo....
Más donosa que el bosque y la pradera,
Más gallarda que el monte y los volcanes,
Más sublime que el astro refulgente,
Del hombre, hijo de Dios, se alzó la frente.
"Vive—dijo el Señor—vive y pasea
"Tu mirada en el mundo como dueño;
"Ahuyenta la tiniebla, ensalza el dia,
"Ya que te otorgo con amor ardiente
"El talento cual fuerza omnipotente,
"La libertad y la razon por guía."

Así el hombre nació: cuando rebelde
Tuerce un tirano su feliz destino,
Puede allanar la suerte su camino,
Puede usurpar sus timbres á la gloria,
Puede del despotismo
Pisar audaz la cima dominante;
Pero un vaiven, un soplo, un solo instante
Le hundirá en el abismo,
Y en el fango sangriento, con la vida,
Sepultará la frente maldecida.
Ese pujante acero
Con que pretende el déspota altanero
En su delirio estúpido, las luces
Ocultarnos del bien, ciega sus ojos,
Y en su reverso, plancha refulgente,
Reverbera la llama,
La aclara indeficiente,
Y empuja poderosa sus destellos
En vibraciones ígneas y brillantes,
A regiones distantes!
¡Oh Patria! ¡oh Patria! en tu porfiada lucha
Gritó venganza el hambre y el gemido:
Aire pidió el esclavo, en la mazmorra
Por los rencores de su dueño hundido;
Luz el que al antro disputaba el oro
Urgido por el ávido magnate:
Y la pútrida llaga y el harapo
Que engendraron el látigo y el yugo,

Clamaron contra el prócer y el verdugo!
Esa sangre, esas lágrimas, el ascua
Que estampaba su beso traicionero
Con los labios hipócritas del clero
Sobre la carne viva,
¿Fueron dones de hermanos,
Sembraron palmas, y laurel y oliva,
O despertaron el luchar sangriento
De pueblos oprimidos y tiranos?
Y no era España, no; ¿quién no recuerda
Gran Isabel, tu maternal ternura?
¿Quién no te mira en brazos de la muerte
Anhelando del indio la ventura?
¿Quién olvida del fraile primitivo
La ardiente caridad, cuando sublime
Empuñando la cruz se interponia
Entre vencido y vencedor sangriento,
Dominaba la fuerza y la matanza,
Y como á su hijo al indio protegia
Con resuelta hidalguía,
A la vez de mostrarle en lontananza
Su cristiana enseñanza
Una patria de amor, un lindo cielo
De amparo y de consuelo,
De ventura inmortal y bienandanza!
¿Quién no te adora, ¡oh Casas! fatigando
Los anchos mares con afan ardiente,
Con fe indomable, con entero pecho,

Pidiendo para el indio desvalido
Los fueros sacrosantos del derecho?
¿Quién ha olvidado de piadosos Reyes
Los nobles actos y las sábias leyes?
No era la España, no; la tiranía
No tiene patria. La insaciable hoguera
Que la barbarie estúpida atizaba
Al gemir en sus llamas Galileo,
Que á Juana de Arco invicta calcinaba,
Era en España la espantosa hoguera
Que de fuego sus sierpes retorcia
Y alumbraban el lúgubre recinto
Del vástago feroz de Cárlos Quinto!
No; los hijos del Cid, los de Pelayo,
Los que alzaron la Cruz sobre Granada
Combatiendo á los bravos Almanzores,
No pueden ensalzar á Torquemada
Ni odiar á los caudillos de Dolores!!
Tiemble el reptil, el fango se conmueva,
Vista la fiebre pavoroso duelo,
La infeccion pestilente
Gima con la pureza del ambiente,
El claro sol y el despejado cielo!
Pero el amor, el bien, los soberanos
Fueros del hombre Rey, hosannas canten,
Y derramando llanto de ternura,
Alcen á Dios las reverentes manos.
Espartaco, del Sílaro en las ondas,

John Bull sobre la playa de los mares,
Washington inmortal entre los hielos,
Walter en su muralla de montañas,
Pelayo de la Asturia en las entrañas,
Atravesando los desiertos Juárez
Y Cristo en su patíbulo sublime,
Serán signo propicio
Del grande, del excelso sacrificio
Que bendice el derecho y que redime!!
Suele el fuego que abriga en sus entrañas
La yerma tierra, conmoverse hirviente,
Romper su dique; en negros borbotones
Alzarse fiero, producir la llama,
Del alto monte desgarrar el seno,
Y gemebundo, en ponderoso trueno,
Hender las rocas, vomitar torrentes
De lava destructora;
Y la tierra infeliz estremecida
Bamboleando cual ébria, moribunda,
En hondas convulsiones
Llena de horror abandonar la vida! ....
Pasó el terror; la tierra conmovida
Allanó el paso á límpidos raudales
Que en puros y fecundos manantiales
Llevan el gozo en su corriente amiga;
Del labrador la dicha y la riqueza,
Del verjel la frescura y los matices,
La sombra que consuela en la fatiga,

La almibarada azúcar, la abundosa
Vid, y los frutos y las lindas flores,
El gozo de inocentes labradores,
Y la riqueza en la campiña hermosa.
¡Cómo en las quiebras que formó la lava
Las palmas nacen y las milpas crecen!
¡Cómo do triste el arenal dormia,
Los ganados alegres se solazan
Junto de los rosales que florecen!
¡Cómo al pié del ingrato lomerío
Gira, dulces rumores esparciendo,
En su ancho cauce el cristalino rio!
Y cómo los garzones y las bellas
Corren á ver, saltando entre los surcos,
De la diáfana fuente los cristales
Bullendo alegres, copos engendrando
De blanquísima espuma
Que salpica los verdes carrizales;
Ellos pidiendo amor, ellas amando
Al dar suspiros á las mansas brisas,
De pasion embriagando sus sonrisas,
En pasion y en deleite rebosando!
Así, ¡oh Patria! te ví, tras larga prueba
De dolor, de tormento, de martirio,
Al ceñirte en sus brazos la ventura
Y embriagarte del júbilo el delirio!
En olas de relámpagos fulgentes
El contento cundia

Electrizando á las felices gentes,
Tempestades forjando la alegría!!
Era la infancia con sus mil hechizos,
La juventud entre sus rayos de oro,
La beldad pura de flotantes rizos,
Y el pueblo con su enseña por tesoro,
De inefable placer vertiendo lloro!
  De mano en mano la dorada copa
Del contento corria rebosante;
Ni un adusto semblante,
Ni sombra de rencor. Como en tumulto
"¡Hosanna!" se escuchaba; himnos vertia
El templo del Señor; en las alturas
Los bronces ensalzaban las venturas
Al feliz manumiso prometidas;
Y la flor, y la llama, y el incienso,
Y en los espacios, lienzos y banderas
Se agitaban, flotando conmovidas
Del regocijo inmenso!
  La ventura es el bien; cuando en las olas
Del pueblo, sus grandezas esparcia,
De esplendores divinos le vestia,
Y al pasado de duelo sumergia,
Por su propia pujanza enaltecido,
Grande y potente, en generoso olvido!!
  La ventura es amor, cuando sus dones
Descienden como lluvia bienhechora
Que en puro rosicler tiñe la aurora,

Acaricia los árboles gigantes,
En la marchita yerba infunde vida,
Y al insecto que espira, imperceptible,
De dolor retorciéndose en el suelo,
Le amamanta y le otorga su consuelo
En la linfa apacible.
   Odiar! decid ¿á quién? que odie el esclavo:
¿Vengar? ¿Pues no es venganza
Tanto raudal de bien, tanta esperanza,
Que impere Hidalgo y que se adore en Bravo?
   Venid á mí, mis héroes, que sedientos
Quieren besar mis labios esas frentes;
Venid, pueblo, y troquemos en altares
Con amor sus patíbulos sangrientos!
¿Fué su ambicion el deslumbrante mando?
¿Fué su aspirar la púrpura y el oro?....
Fué luchar por tu bien, Patria adorada,
Desafiando las iras de la suerte,
Dejando la existencia abandonada
En manos de la afrenta y de la muerte!
   ¿Qué quiere ese tropel medio desnudo
Que se acerca salvaje,
Que huella el trono, que profana el templo
Con férvido coraje?
¿Que al noble, al sacerdote y al soldado
Se lanza irreverente en su despecho,
Se reune, y desangrándose y deshecho,
Pide para las castas oprimidas

La libertad sagrada y el derecho? . . . .
" ¡Atrás, canalla vil!" . . . . Y esa canalla
Que ignorada moria,
Con su instinto sublime conquistaba
Tu ser y tu renombre, Patria mia!
¡Cuántas acerbas lágrimas y sangre
Hicieron rebosar el hondo cáliz
Que apuraba la infanda tiranía,
Donde al Supremo Sér se calumniaba,
Y la muerte imperaba,
Coronada de pámpano, en la orgía!
  Y esos hombres que adoran la canalla,
Esos que escupe el templo, que maldice
Lo que llama el pasado la decencia,
Esos, justicia é igualdad pregonan,
Y esos, en nombre de la *vil canalla*
Olvidan sus afrentas y perdonan!
  Y perdonabas tú, pueblo glorioso,
Porque feliz y grande te sentias;
Te animaba tu espíritu potente,
Y al bendecir dichoso tu destino,
El gozo que á torrentes despedias
Circundaba magnífico la frente
Del hermoso caudillo independiente
De las Tres Garantías!
  Ese nacer divino, esa victoria
Que en la bandera mexicana vive,
Piedad para Iturbide nos reclama,

Piedad para su historia;
Y ya que no la inexorable Fama,
Que indulte la indulgencia su memoria!
Responde, pueblo incauto, ¿no mirabas
Al confin de tu cielo de zafiro,
Sus alas agitar las tempestades,
Y sangre, y ambiciones y maldades
Encadenar de tu ventura el giro? . . . .
Vivir era vencer. Alzar fulgente
Como antorcha, de Iguala la bandera,
Era triunfar. La Libertad querida
Es lanza, escudo, y salvacion y vida
Cuando en el pueblo soberano impera.
Se alzará la ambicion; de entre cenizas
La espada exhumará como trofeo,
Remedará el orgullo y el arreo
Del soldado del trono maldecido;
Mas serán impotentes sus rigores
Para hundir en desprecio y en olvido
Los recuerdos de Iguala y de Dolores!
Las clases, con su farsa explotadora
Serán cual Polchinelas, desertores
Del Carnaval y de su impura orgía,
Convertidos en burla por la aurora
Bajo el suplicio de la luz del dia.
Deja, ¡oh mi Patria! que á tu cuna llegue,
Déjame que tus piés bese de hinojos,
Que como óleo los unja mi contento

Miéntras la luz me baña de tus ojos
Y empapas con tu aliento
Y animas con tus gracias celestiales,
En la lira preciada que me diste,
Cánticos inmortales.
Deja que beba con mi labio amante
La nieve inmaculada de tu cuello,
Miéntras jugando besan mi semblante
Las hebras de tu espléndido cabello.
Deja, si eres feliz, que mire oscuro
Tu pompa merecida y tu grandeza,
Y deja, si te hiere el infortunio,
¡Oh mi Patria querida!
Que á tu lado te sirva reverente,
Que te entregue los restos de mi vida;
Que hagas del corazon que te idolatra
Cabezal preferido de tu frente,
Y alivien amorosas tu quebranto
En tus horas de duelo,
Las notas de dulcísimo consuelo
Y de esperanza de mi tierno canto!
¡Pueblo! luz de mi sér! fe en tu destino;
Cultiva tus instintos soberanos,
Y cegarás con cráneos de tiranos
Los abismos que obstruyan tu camino!

GUILLERMO PRIETO.

Tacubaya, Diciembre 31 de 1885.



DOS PALABRAS DEL AUTOR DEL ROMANCERO.

Excitar el amor á la Patria y la veneracion de nuestros héroes; reivindicar su memoria, contemplada hasta ahora al través del fanatismo, de las preocupaciones de una educacion servil y de los intereses creados por las clases privilegiadas; vulgarizar y robustecer los sentimientos de independencia y fe, en el pueblo: tales fueron los móviles y las aspiraciones que tuvo mi corazon al emprender este Romancero, que despues de laboriosísimo trabajo ve ahora la luz pública.

Sabios españoles se encargaron de poner de manifiesto la desastrosa dominacion de las casas de Austria y de Borbon, que nos rigieron, con poco acierto, salvas determinadas excepciones, durante la época vireinal. Esos escritores demuestran, *que el mal gobierno* fué la causa determinante de la independencia de las Américas. Puesto que los males que produjo el sistema español fueron tan funestos á España como á nosotros, no hay motivo de inculpacion, pero sí lo hubo de malestar y descontento, que por la naturaleza de las cosas se manifestó de un modo allende, y del otro aquende los mares.

La tradicion histórica tenia marcadas distintamente tres secciones de poblacion que crearon tres elementos constitutivos en lo que se llamó la Nueva España.

El colonial, el mixto, el indígena. Y aunque parecen fundidos esos elementos en unos mismos intereses, los tenian contrapuestos ó heterogéneos, sin unidad y sin concierto sólido.

El elemento colonial de conquista y dominio, de explotacion y codicia, era un trasplante netamente español, al que se referia su modo de ser.

El mestizo, ni era español ni indígena: era producto del español, que descendia y se desnaturalizaba, y del indio, que ingresaba á la civilizacion. Era *sui generis;* y así como de la mezcla del ácido y el carbonato resulta otra sustancia, que no es ni lo uno ni lo otro, el *mestizo* fué cosa muy distinta del indio y del español.

El indio, dígase lo que se quiera de sus grandezas históricas y de su importancia, quedó en su conjunto abyecto, semisalvaje, y explotable por colonos y mestizos.

Los colonos estuvieron constantemente sujetos á tres influencias: la conquistadora, la clerical, y la que nacia del poder civil.

Cada vez que una de ellas preponderaba, las otras se aliaban para moderarla ó destruirla, y de ahí los vaivenes que se notan en nuestra historia.

El mestizo, aunque excluido de los negocios, se civilizaba en estas luchas, se robustecia, y desarrollaba sus instintos de libertad y emancipacion, haciendo sus instrumentos á los oprimidos para conquistar el derecho.

Vínculo comun en todas estas divergencias era el elemento religioso, que inmaculado en su principio, independiente y sublime, fué personificado en el fraile, emblema y egida de la civilizacion. Pero este elemento, corrompido por la riqueza y la intriga política, ajustaba alianzas opresoras, constituyéndose en poder decisivo, por entrometerse, con el prestigio de la creencia, en las cuestiones mundanales.

Excluidos los criollos de los negocios públicos, esclavizados en el trabajo, desheredados por la conquista, se acercaron al indio, con quien tenian más contacto, y era comun su resentimiento contra la dominacion extraña.

Los elementos de rebelion que acumularon tres siglos, es-

tallaron y fueron acaudillados por los no participantes en los beneficios de los colonos que tenian el poder, las altas dignidades del clero, las fuentes todas de riqueza, el sér comun, digámoslo así, con el mundo civilizado.

El mestizo sublevado queria su regeneracion por sentimiento, por instinto, por aspiraciones bruscas y no razonadas de libertad y de derecho; y los que podian razonar y hacer doctrina y dogma lo benéfico y trascendental de los instintos, tuvieron que amoldarse á lo que podia querer y comprender la masa semibruta que los auxiliaba, no porque era lo bueno, sino porque era lo posible para llegar al fin.

Habia hombres sensibles y profundos pensadores, que anhelaban por una reorganizacion benéfica y conciliadora. Pero urgidos entre los fueros intolerantes de las clases privilegiadas y las aspiraciones de los criollos, se ocultaban para atizar en secreto y por interpósitas manos, las pasiones y los resentimientos que se desarrollaban desordenados.

La revolucion francesa, con las mil voces de sus predicaciones terribles, daba fórmula á aquellos instintos, y esas fórmulas, aceptadas por unos cuantos, descendian exagerándose y desfigurándose, hasta las últimas clases.

De esta mezcla nacian los planes de contemporizacion con el poder establecido, con la proclamacion de la religion santa, etc., etc., porque es de tenerse presente que la revolucion francesa á nadie alarmó como al clero, y el clero para todos los habitantes de este suelo era el omnipotente y el decisivo.

Como resúmen de las anteriores observaciones, las expondrémos en pocas palabras.

El indio, tratado por el *encomendero* desde los primeros dias de la conquista, como materia vil y explotable; vilipendiado al extremo de que fué necesaria una declaracion papal para que se le contara entre los animales racionales; nominalmente amparado por las Leyes de Indias, dictadas en su beneficio, pero constantemente desobedecidas en la práctica; empleado sin miramientos ni compasion, como simple instrumento para satisfacer una insaciable codicia, encerraba en su pecho, bajo la apa-

riencia de una dócil sumision, un odio profundo á la raza dominadora.

El criollo, aunque en posicion muy superior á la del indio, vivia descontento al verse despreciado de sus mismos padres, considerado en inferior categoría por no ser ya de pura sangre española, excluido por regla general de los altos puestos en la Iglesia y el Estado. Por un instinto inseparable de la naturaleza humana, aspiraba á un nuevo órden de cosas en que le fuese factible ocupar el primer lugar. A la hora de la lucha, bajo el impulso de sentimientos encontrados, se dividió en dos fracciones, de las que una abrazó con ardor la causa de los insurgentes, miéntras la otra sostuvo con no ménos brío la defensa de la metrópoli, hasta que el trascurso del tiempo uniformó la opinion en el sentido de la independencia.

El español de México, infatuado con la creencia de la superioridad de su raza, sin la ventaja de una esmerada educacion ni de una instruccion avanzada, habituado á la dominacion y guiado por el afan de enriquecerse, no se fijó en el abismo que se abria á sus piés, hasta que se vió próximo á caer en él precipitado. Con todos sus elementos combatió la insurreccion, con la que acabó al fin por aliarse, cuando pensó que la emancipacion de la colonia impediria el establecimiento y desarrollo de la libertad proclamada en la madre patria.

En el clero, considerado como clase, hubo dos corrientes distintas. El clero bajo, abatido, falto de influencia en las altas regiones del poder, sin la competente remuneracion; compuesto de los hijos del país, sobre quienes pesaba el menosprecio europeo, se declaró en favor de la independencia con patriótica abnegacion. La decision de los curas fué de suma importancia por el dominio que ejercian sobre sus feligreses. Con su conducta formó contraste la del alto clero, es decir, la de los obispos y cabildos, que por su nacimiento, por sus tendencias aristocráticas, por su espíritu de retroceso, sirvieron de potente apoyo al gobierno colonial.

Justo es advertir que no faltaron excepciones en los puntos mencionados; pero fueron tan raras, que no desvirtúan los ras-

gos fisionómicos que hemos delineado de la sociedad en México al abrirse la memorable éra conocida en nuestra historia con el nombre de "Guerra de insurreccion."

La invasion de Napoleon á España, la formacion de las juntas provinciales, las discusiones sobre la soberanía del pueblo y la Constitucion de 1812, fueron, no doctrinas, sino ejemplos y estímulos urgentes para la independencia; esos antecedentes la determinaron, *y la produjeron y consumaron, sin pensarlo, las clases privilegiadas y el clero, en odio á la libertad invocada en España como su salvacion.*

La lucha se entabló, teniendo de una parte gentes oscuras, ignorantes, semibárbaras; en una palabra, los instintos del pueblo; y por otra, la tradicion histórica, las clases privilegiadas, los ricos dueños del territorio, y sobre todo, el clero, terrible poder social y político, escudado con su formidable *ad majorem Dei gloriam*, que le aseguraba una preponderancia independiente y le hacia objeto de la adulacion de todos los partidos.

Verificado el rompimiento, la conversacion, el púlpito, la prensa, todos los medios de criterio fueron de españoles ó colonos, y rechazadas por todas las autoridades á porfía, con la Inquisicion á la cabeza, las exíguas publicaciones del Dr. Cos, de Quintana Roo, y de D. Cárlos Bustamante en los campos de batalla.

De aquí dependió que se caracterizaran sin contradiccion y secundándolas nosotros, las imposturas de los secuaces de los vireyes; á Hidalgo de vicioso y cruel, á Morelos de matasiete corrompido, á Guerrero de salvaje, á Mina de traidor, á Cos, Correa, Verduzco y otros, de apóstatas infames, y á todos de bandidos, de herejes, y de dignos de la execracion universal.

Los historiadores más eminentes, como Zavala y Mora, al hablar de nuestros héroes, dicen que hubieran obrado de tal ó cual manera acomodada á nuestro sentir y á nuestros conocimientos de hoy, sin tener en cuenta ni sus circunstancias, ni los elementos propios, ni las preocupaciones ó caprichos de las chusmas de que dependian, y de las que tenian que hacerse ecos, so pena de sucumbir.

Con tales datos críticos han sido juzgados los escritores que

defendieron á los héroes, apasionados por su causa y (prescindiendo de su raza y educacion) encareciendo sus altas virtudes, tales como el Sr. D. Cárlos María Bustamante.

Él se habia educado en la escolástica de su tiempo, era fanático, participaba de la educacion y de los hábitos del colono, escribia en el pésimo estilo que, con muy contadas excepciones, usaban los literatos de su tiempo.

Pero amaba la independencia; él solo se atrevia á opinar de distinto modo que los demas, á ensalzar á los héroes, á distinguirlos de los bandoleros que á la sombra de la revuelta pululaban y servian, puesto que concurrian al grandioso objeto que impulsaba á los caudillos.

En el Sr. Bustamante se operaba una revolucion tremenda; era su moral inconsecuente, discurria sin trabazon y como por intermitencias; sobre todo, su público no sabia leer ni tenia criterio para juzgarlo: se entregaba al interesado exámen de sus enemigos, y lo más cruel era que á sus enemigos se unian muchos por ignorancia, ó porque al vuelo exponia la diatriba, errores que era forzoso se escaparan de la pluma bisoña del historiador insurgente.

Pero una alta prueba de su valía real, es que, depurado el *Cuadro Histórico* de sus errores, es, ni más ni ménos, el excelente compendio de Mendívil, el relato de Mora, la elegante narracion de Zavala; y el propio Alaman, tan sistemático enemigo de la independencia, y tan español en su criterio, copia constantemente y se sirve de Bustamante como de guía, haciéndole muchas veces justicia.

¿Quién puede conocer á Lutero por los escritores ortodoxos? ¿quién á Voltaire? ¿Cómo se juzgó á Colon por los frailes dominicos? ¿Cómo están hoy juzgando los serviles á Juárez y á los hombres de la Reforma?

Se cita hoy para poner en evidencia al Sr. Bustamante, que creia en milagros, que tenia determinados candores, que no escribia como Jovellanos ni como D. Modesto de la Fuente.

La sola censura de la aparicion de la palma milagrosa, que dizque auguró á Calleja la victoria de Cóporo; la sangrienta iro-

nía con que ridiculiza la investidura de generala á la Vírgen de los Remedios, valia tanto ó más en aquel tiempo y entre aquella sociedad, que los escritos más audaces de nuestros libres pensadores de hoy: y viniendo á las dotes literarias, ¿escribian mejor Cancelada, Beristain, y otras lumbreras de la Iglesia y del trono, que nuestro D. Cárlos?

Yo no conozco libro más benéfico, más trascendental, de más profunda filosofía para México, que el *Periquillo del Pensador;* y ¿cómo se le juzga? como un aborto de ordinariez y de mal gusto: y ¿qué se cita para comprobarlo? se citan su lenguaje inconveniente, sus alusiones sucias, la parte superficial de su obra.

Jamas, para juzgarla, se presenta una sociedad compuesta del indio semibárbaro, del lépero holgazan y vicioso, del clero corruptor é hipócrita royendo las raíces puras de la familia, del niño mimado y libertino, del soldado déspota y brutal, del sabio tan petulante como frívolo......

¿Cómo no se recuerdan, al censurar al Pensador, las recetas del gran Padre Sartorio, ni los versos puestos en los claustros, ni los sermones...... ni el Padre Parra, ni el *Flox Sanctorum*, fuentes vivas, veneros riquísimos de la literatura cortesana, del estrado, del torno y de la reja? ¿No hemos visto contaminado con ese mal gusto á nuestro eminente Navarrete? ¿No hemos escuchado en los púlpitos verdaderas blasfemias y soeces invectivas, con motivo de la explicacion del Divino Verbo y cosas semejantes?

El Pensador Mexicano, prescindiendo de los lauros académicos á que podia haber aspirado; de las distinciones universitarias, de la fama encumbrada de los juristas, canonistas y teólogos, se mezcló al pueblo, imitó su lenguaje y maneras, se hizo bajo pueblo, y confundido en él, derramó lecciones llenas de moral y de bienes, inculcando el respeto á la ley, el amor al trabajo, las ventajas de la civilizacion y los principios sólidos que hacen á una sociedad digna y respetable.

Para llegar á esto tenia que hacerse vulgar y chocarrero, buscar las simpatías del que queria que fuese su público, con la chanza, con la anécdota, con la reminiscencia de su preocupa-

cion, y cautivados sus oyentes, esparcia entre ellos las semillas del bien, del amor á la justicia, del respeto al derecho y á las grandes conquistas del progreso.

Semejábase á los cazadores acuáticos de los aztecas, que metian la cabeza en un calabazo que parecia flotar en las aguas, para que no desconfiase la presa, y hacerla más segura.

El Pensador es hasta hoy desconocido, y se le ha visto hasta hace poco como el escritor de la canalla.

La patria de la raza blanca era y fué España, así como la garita de la salvacion era Roma. La revelacion de la Patria la hicieron sus primeros héroes. La independencia fué su sér real y autonómico. El encarecimiento de ese sér y de esa gloria, como ántes dije, fué el móvil preferente de mi trabajo.

Para la reivindicacion del nombre de los héroes eran débiles mis fuerzas y la tarea inmensa, puesto que se necesitaba exhumar sus recuerdos de entre pasiones dominantes ó imposturas que, elevadas á la categoría de creencias, constituian calumnias consentidas por lo que se llama gente decente, la cual forma la comparsa ruin, ó mejor dicho, la corte aduladora de la riqueza y el poder.

La contraposicion del arriero al corregidor, del cura al obispo, del labriego al mariscal de campo, ya era mucho, y aun entre amigos de la independencia habia más afinidades con el hombre culto que con el selvático y grosero.

Pero ese hombre de *huaraches*, de manos callosas, de modales toscos, corria á sacrificarse por nuestra libertad, y el pulcro, el afiligranado, el perfumado y simpático, se bañaba en sangre de patriotas, y se complacia en ser instrumento del tirano. Esos medio salvajes nos dieron patria, y en ellos reverberan sublimes dotes de verdadera virtud.

Pormenorizar las ilustres hazañas de esos héroes, hacerlos amar, predisponer nuestras almas á seguir su ejemplo, presentar en ellos modelos de fe, de constancia, de abnegacion y de altas dotes cívicas, fué otro de mis objetos. No desconocer al padre amante que nos dió el sér aunque vistiese traje humilde y habitase una choza infeliz.

Pero para mí todo esto no era bastante; yo queria y deseo que estas narraciones fueran como el pan del alma de mi patria, que corrieran, que se infiltraran por todas partes, que se vulgarizaran como la luz y como el agua, y esta para mí fué la gran dificultad.

Presentar hechos aislados, acomodados al canto épico y á la entonacion resonante de la oda, era halagador para mi vanidad, pero no correspondia á mi designio.

Seguir paso á paso la narracion; rimar á D. Cárlos Bustamante ó á Zavala, era engorroso y soporífero; desviarse totalmente de la Historia, antipatriótico y absurdo.

Conservé hasta en sus ápices la verdad histórica; adopté el romance como lo más popular y acomodaticio á todos los tonos; y en cuanto al lenguaje, desviándome de lo inconveniente y rastrero, preferí lo que *mejor se entendiese*, sacrificando la metáfora seductora, la alegoría brillante y el apóstrofe conmovedor, al tono de plática y al relato sabroso, pero humilde, del calor del hogar.

En este partido seguia una de las faces que presenta hoy naturalmente nuestra literatura pátria.

Hay genios eminentes que desde las alturas olímpicas de la inspiracion derraman su luz en nuestra patria; pero analizadas sus producciones, no se podrian llamar mexicanas; mas universales títulos les ha asegurado la fama, sin dejar por ello de ser glorias de México.

Hay otros poetas y escritores, que han querido verter las corrientes de su inspiracion sobre este conjunto informe de gérmenes y despojos, de fragmentos ó iniciativas de sociedad, de conjuntos heterogéneos, soñando en una patria y en un pueblo que se llama México, y á estos escritores fué mi aspiracion pertenecer desde mis tempranos años.

En una palabra, y tratándose de éxito, yo no aspiro á que sea mi *Romancero* tan ensalzado como los grandes poemas, ni tan admirado como las obras inmortales del arte: será recompensa de mis esfuerzos que en mi patria sean mis Romances como los frijoles, lisonja en la rica porcelana del banquete,

y refrigerio y contento en el grosero barro de la choza del artesano y del labriego.

Entro ahora en una cuestion más delicada, pero indispensable para que se juzgue de esta obrilla y de su espíritu.

Al narrar hechos que afean la conducta y anatematizan á determinados españoles, en nada creo herir á la nacion española ni á sus antecedentes gloriosos, ni nada importan aquellos juicios para la apreciacion que en nuestra conciencia hagamos de aquel Gobierno y de la civilizacion que nos trasmitieron los españoles.

Narramos, y si nuestra narracion forma el proceso del vireinato y sus agentes, tambien censura acremente y economiza los títulos que merecen, á mexicanos que vió despues en puestos eminentes la República, pero que en aquella época bien merecieron el nombre de verdugos de sus hermanos.

Cuando la propia Historia de España denuncia los crímenes de muchos de sus reyes, los robos de distinguidos favoritos, las asquerosas liviandades de varias reinas, en nada anubla esto los blasones de la patria de Guzman el Bueno, del Cardenal Cisneros y de la sublime Isabel la Católica, honra de la humanidad, y ménos á la patria del Cid, de Diego de Paredes y de D. Juan de Austria.

Nuestra independencia fué una emancipacion natural y necesaria, producida por la mayor edad de nuestra sociedad y el desarrollo de su vida propia.

Lo justo y conveniente hubiera sido la aquiescencia, el fomento de los vínculos creados por la naturaleza, la cooperacion al bienestar y á la felicidad del hijo; y de parte de éste, el amor, la ternura, el cultivo de relaciones que deberian serle benéficas, y el afianzamiento de vínculos que, con poco esfuerzo, deberian haberse convertido en poderosos lazos de familia. Si la España y nosotros hemos desconocido esas conveniencias, somos igualmente culpables.

Insistir los Gobiernos españoles y los descendientes de los conquistadores en sus pretendidos derechos; conspirar en contra de nuestras instituciones y nuestro modo de ser político;

aliarse con los elementos que nos encadenaban á un órden de cosas funesto y muerto para siempre, eso, á más de insensato, es criminal y digno de ejemplares escarmientos.

Con pocas excepciones, el odio del partido servil á las libertades patrias, reconoce por orígen fundamental el odio á la independencia. Ya se verá por qué lo rechazamos con tanta energía los mexicanos.

Por lo demas, nosotros al celebrar nuestra emancipacion, celebramos el triunfo del derecho sobre la fuerza bruta, y este motivo de gloria y orgullo de la humanidad entera, en nada tiene que lastimar á ningun pueblo, sino por el contrario, ser causa del regocijo de todos.

De esta manera, la toma de la Bastilla y la proclamacion de los derechos del hombre, es motivo de duelo para todos los tiranos del globo, pero no para los pueblos que aspiran á su libertad. ¿Por qué no ha clamado Alemania, que tiene en sus instituciones huellas del derecho divino, contra los regocijos del 14 de Julio?

¿Por qué no protesta la Francia contra las manifestaciones de la España el 2 de Mayo, y parece molesta y celosa de que nosotros celebremos nuestro 5 de Mayo?

El 5 de Mayo no quiso decir que fuéramos más fuertes, ni más civilizados, ni mejores que la Francia; quiso decir, que Juárez tenia mejor derecho al defendernos, que Napoleon III al invadirnos.

¿Quién se ha expresado en términos más vehementes contra el robo de los Estados Unidos, que sus hombres eminentes? ¿Quién ha dicho en ese particular más que Clay? ¿Quién ha hecho más preciosas confesiones que Grant?

¿Cómo no honrar á los que sucumbieron protestando contra tanta iniquidad?

Cuando se ensalza como corredentor á Lincoln; cuando la humanidad señala como objeto de odio la hoguera de Juana de Arco, el suplicio de Brown, ¿quién puede protestar? El retroceso, la tiranía, las malas y bastardas pasiones; no los pueblos: los tiranos y los verdugos; no el hombre. Si es así, esos rugi-

dos de despecho se convertirán en gloria, en himnos, en *Te Deum*, en la apoteósis del Progreso.

Respeto á España y sus glorias legítimas, para las que sólo tengo veneracion y amor; mi educacion, mis creencias, mis afectos más vivos están enlazados con españoles; español fué el bienhechor de mi santa madre (C. C.), y el único hombre que en mis dias de infortunio ha aparecido como mi Mecenas, ofreciéndome, como un hijo, abierto su bolsillo, y extendida á mí su mano generosa, es español. (R. S.)

La España amiga es un tesoro para mi corazon...... á los gachupines revolucionarios, fanáticos, celosos de nuestra independencia, traficantes con nuestras desdichas y nuestros extravíos, no los puedo tolerar.

Ahora dos palabras para concluir. Comencé este trabajo ya viejo y muy enfermo. Fué al nacer mi Romancero, hijo de la soledad, de la pobreza y de íntimos dolores.

Varias veces interrumpí mi obra, y hay muchísimos romances en mi manuscrito anotados así: *No puedo seguir, porque me ataca el cólico.—Este Romance está escrito en medio de profundos dolores.—Escribo en la cama, boca arriba y casi tullido.*

Y repito: no me era difícil componer; confieso sinceramente que mi dificultad consistia en escribir, borrando lo escrito espontáneamente para acomodarlo al lenguaje vulgar, y que la poesía resultara, no del engaste, sino del valor intrínseco de la joya. Al concluir, ví que podia haber mucho de cansado y de prosaico; pero todo claro, todo potable, como agua de fuente pública, al alcance del primero que pasa, y esto me satisfizo.

Escrita mi obra, comuniqué el nacimiento del párvulo á mis amigos, quienes no se cuidaron de que el chico fuese feicillo ni anémico, ni burdo de maneras, sino que ya Juan Peza le canta, y Vicente Riva, y Altamirano lo pasean en brazos, alentándome este eminente literato con filial cariño, tratando al pimpollo *pior que á Príncipe*, no desdeñando ni mi amado y venerado hermano y amigo José María Iglesias, peinar sus cabellos, ni Pedro Santacilia mimarle cariñoso.

El Sr. General González, Presidente de la República, supo la

existencia de mi obra, y favoreció su publicacion por medio del Sr. Ministro de Justicia D. Joaquin Baranda, digno hijo de D. Pedro Baranda, que forma en la Historia española parte de la pléyade inmortal de Trafalgar: D. Joaquin se constituyó protector de mi Romancero.

Por último, el Sr. Pacheco, Ministro de Fomento, secundando noblemente al Sr. General Diaz, ha impulsado un trabajo en que á todos he merecido favor, distinguiéndose los Sres. Francisco Sosa, y mis otros amigos D. José Pruneda, director de la imprenta del Ministerio de Fomento, y D. Luis G. Rubin, quien se ha encargado de las pruebas y de correcciones atinadas en los manuscritos.

Debo, en fin, mencionar tambien á mis amigos los impresores D. Juan Bustamante y D. Cárlos Pérez, que trabajaron mucho con mi mala letra y mis descuidos. A todas estas personas quiero hacer presente mi gratitud.

Resta ahora, y es lo esencial, que el público favorezca la obra con su acogida....... Si no fuere así, tendré un desengaño más...... desengaño cruelísimo, porque he vertido en mi Romancero lo que habia de mejor y más puro en mi corazon de mexicano.

México, Diciembre 31 de 1885.

GUILLERMO PRIETO.

[redacted]



